



ANIMALES ENFERMOS

Animales Enfermos

©Edgar Pacheco

©Edición Independiente

Primera edición, abril 2025

Diagramación: Néstor Y. Díaz Soriano

Diseño de Portada: Mizraim Piña

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin permiso previo del editor.

ANIMALES ENFERMOS

Edgar Pacheco

INDICE

Prólogo	12
Prefacio	14
Introducción	16
UNA BESTIA DIVINO HUMANA	24
El Pequeño Pastor.....	27
Mi Nuevo Dios.....	29
El Nietzsche Cristiano.....	36
La Bestia Netamente humana.....	39
El Profeta.....	45
LA DOMESTICACIÓN DEL ANIMAL	56
Los Tres Hombres.....	58
La Realidad del Hombre Moderno.....	60
La Mariconización del Cristiano.....	63
Los Hombres Lloramos.....	67
La Feminización Final.....	72
Mea Culpa.....	78
A LA DEFENSA DE NUESTRAS MUJERES	82
Maternidad y Muerte.....	85
El Valor de la Madre.....	87
El Pináculo del Hedonismo.....	89

Mujeres Sagradas.....	91
La Pastora Empoderada.....	93
Nuestras Pastoras.....	96
A mi Esposa.....	102
EL HOMBRE HUÉRFANO.....	108
Formando el Carácter del Huérfano.....	109
Usando la Bisagra.....	113
Mi Padre y el Descenso al Infierno.....	115
La Trampa del Cristianismo Terapéutico.....	120
Job y los Diferentes Cristianos.....	121
A mi querida Niña.....	126
LO PROPIO DEL HOMBRE.....	130
La Necesidad Del Rito.....	131
Cristiandad Emasculada.....	138
Monjes Inútiles.....	140
Papismo Edulcorado.....	143
Hacia una Reconstrucción del Hombre Cristiano.....	144
EL HOMBRE ES EL LOBO DEL HOMBRE.....	150
El Verdadero Poder.....	154
Cuando el Leviatán Sale a Devorar.....	158
Niños sin Poder.....	162
PADRES DESTRONADOS.....	170
Hombres Peleando por el Hogar.....	175
Recuperando la Eusebia.....	178

Oda al Viejo.....	182
VENCIENDO EL MAL.....	186
Dios.....	188
Dios y Occidente.....	190
Familia.....	195
A Mi Hijo.....	200
ALMAS VIEJAS.....	206
El Anciano Obtuso el Niño Sabio.....	208
Una Tregua Pastoral.....	210
Dos Caminos.....	213
LA VIDA CON HONOR.....	222
El Animal Restaurado.....	228
Agradecimientos.....	234

A mi hijo, esperando que al crecer, no permites que redefinan tu masculinidad.

PRÓLOGO

Bienvenidos al circo de los muertos en vida. A la jodida ruina de una civilización que se ríe mientras se desangra. A la cloaca donde la mentira es la reina, la verdad un mendigo apaleado y los imbéciles aplauden su propia extinción con la boca llena de mierda progresista. Vivimos en tiempos de cuerpos rotos y almas en ruinas. Tiempo donde lo sagrado es escupido y lo grotesco es glorificado. Donde la feminidad es un disfraz barato para vender la mentira de que el caos es progreso. La mujer de hoy ya no es la mujer de antes: es una parodia de sí misma, un chiste contado por idiotas que celebran su propia extinción. Y lo peor es que lo llaman “liberación”.

Las abuelas que criaban hijos con las manos callosas y el alma de hierro han sido reemplazadas por maniquíes de Instagram que se creen diosas porque pueden vender sus cuerpos al mejor postor. Las madres que daban la vida por sus hijos han sido reducidas a memes de amas de casa frustradas, mientras la nueva mujer “empoderada” baila semidesnuda en TikTok, meneando las nalgas; tanto la muchachita de nalgas firmes como la veteranita con sus nalgas celulíticas y tetas caídas.

No es la que paría hijos y levantaba imperios con las manos curtidas y el alma de hierro. Ahora es un producto desechable, una muñeca hinchable con maquillaje de guerra, exhibiéndose como un pedazo de carne barata a la venta en las góndolas de OnlyFans. Cree que es libre porque puede mover el culo en redes sociales para un ejército de pajeros sin propósito. Cree que es poderosa porque tiene “seguidores”. Pero la realidad es otra: es un número en una estadística, un cadáver en cámara lenta, una sombra que se arrastra por la pantalla, pegajosa de fluidos, de un teléfono antes de desaparecer en la irrelevancia.

La hipocresía es el nuevo dogma. Se glorifica la promiscuidad mientras se ridiculiza la maternidad. Se exalta la esterilidad como si fuera un logro revolucionario y se desprecia a la mujer que elige formar una familia. Nos han vendido la mentira de que el progreso es convertir a la mujer en una copia barata del hombre. La mujer sueña con tener pene. El resultado es una generación de mujeres frustradas, confundidas, solas, prostituidas. Y Pacheco lo sabe. No es otro cobarde tragando discursos

prefabricados, no es otro idiota con miedo de ofender a los imbéciles. No. Pacheco escribe como quien ha visto el infierno y vuelve solo para advertirnos que las llamas están cada vez más cerca. Su pluma no corta, desgarrar. Es un bisturí sucio en manos de un carnicero harto de ver tanta estupidez. Busca abrir la carne y dejar expuestas las entrañas de esta sociedad. Aquí no hay espacios para adornos ni sutilezas, porque la verdad no necesita de ser bonita. La verdad es un puño en los dientes, un botellazo en la nuca, un escupitajo en la cara de todos los que insisten en negar lo evidente. Se trata de una verdad tan grande e incómoda que pocos tienen el valor de decirla: ¡Nos estamos yendo a la mierda! Porque esto no es un cuento de hadas. Es un manifiesto de guerra. Es un grito desesperado en medio de una sociedad que se suicida con una sonrisa de imbécil en la cara. Es la última advertencia antes de hundirnos en la mierda, del lodazal del nihilismo y estupidez.

Nos vendieron la mentira de que la mujer solo sería libre cuando dejara de ser mujer. Que ser madre es una cárcel y que la promiscuidad es empoderamiento. Que ser esposa es esclavitud y que abortar es un derecho. Que el hombre es su enemigo y que la única forma de ser fuerte es imitando los peor de él. Se lo tragaron todo. Se devoraron el anzuelo con la carnada podrida y ahora son un ejército de almas rotas, ahogadas en ansiedad, en vacío existencial, en la mierda que el mundo les vendió como libertad. Porque si alguien cree que el rol de la mujer se define en lemas “progres” de autoayuda o en eslóganes feministas baratos, este libro le va a escupir en la cara una realidad que no está preparado para ver.

Aquí no hay lugar para las mariconadas del progresismo. Aquí no hay sentimentalismos ni discursos motivacionales. No hay abrazos ni pañuelos para los que quieran llorar. Aquí hay fuego. Aquí hay verdades que raspan la garganta como whisky barato y te revuelven las tripas como patada al hígado. Si sigues leyendo, más te vale estar listo para tragar vidrio, porque esto no es un maldito libro de cuentos. Este es el último aviso antes del derrumbe. Si tienes las entrañas para soportar, sigue leyendo.

Así que, lector, no seas iluso, tienes dos opciones. Puedes cerrar este libro ahora mismo y seguir viviendo en tu burbuja de pedo, rumiando la mierda que te dan y tragándola cual si fuese caviar; o puedes seguir leyendo y enfrentarte a la triste realidad.

Edgar Mancini,

PREFACIO

“En un mundo de barro, ser de hierro es un gran defecto”.

Pero ¿qué significa ser de hierro? ¿Es acaso negarse a coleccionar cuerpos como quien colecciona trofeos rotos, olvidando que somos criaturas con alma y un freno moral? ¿Es negarse a inflar la cuenta bancaria al precio de la familia, esa misma familia que, cuando la muerte toca la puerta, todos lamentan haber sacrificado en el altar del materialismo?

El *Superhombre*, esa quimera del proyecto hedonista y del delirio transhumanista, no es más que el hombre más débil de la historia. Un ser que se entrega a lo fácil y lo instantáneo. Corre como perro en celo hacia la pornografía para eyacular el trauma no resuelto de un padre ausente. Se arroja al vacío de unos pechos perfectos, creyendo que conquista, mientras se explota a sí mismo. No es libre. Es mercancía. Se convierte en lo que más odia: un objeto, un código de barras para el mercado que alimenta.

En contraste, el hombre de hierro es un defecto, un virus, un rebelde sin sitio en el manual de esta generación. Un manual escrito por las manos temblorosas de la impulsividad, donde el placer es dogma y el autocontrol es blasfemia. El hombre de hierro, ese que dice no cuando todos gritan sí, es el extraño. Es el que el cielo reclama como suyo, porque entendió lo que un niño de cuatro años aún no sabe: el poder de negarse a sí mismo. El hombre de hierro se forja en la fricción, en el frío de la incomodidad, en la renuncia al placer inmediato para abrazar la paz verdadera. Es el hombre que baja la botella y levanta la Biblia, porque prefiere enfrentar su propósito eterno que dejarse arrastrar por las corrientes modernas que buscan cortarles los testículos y venderle el vacío envuelto en *likes* y orgasmos rápidos.

Porque sí, bajo el reino de este nihilismo viscoso es donde nacen los hombres de barro: moldeables, maleables, intercambiables. Hombres útiles solo para ser deformados al antojo de modas y caprichos ideológicos.

Seamos de hierro. Seamos incorruptibles. Seamos valientes.

Luís Faraj

Texas, 2025.

INTRODUCCIÓN

Occidente se halla en decadencia y su cadáver putrefacto ahora es pasto de gusanos malolientes y ratas antropófagas, hambrientas de carne chamuscada. El nivel de podredumbre, cual maremoto, se ha tragado culturas, familias, instituciones y estamentos. Al decir de Francis Schaeffer, quien viese la hecatombe parado en las postrimerías de la era hippie, “*la filosofía, el arte y el pensamiento estarían en manos de pornógrafos*”¹, y estos tíos a su vez, en medio de una crisis de adolescencia no superada, estarían dirigidos por depravados, cuya obcecación los embrutecería de tal modo que terminarían arruinando sus propias creaciones, tal y como hicieron los Wachowskis con el guion de *Matrix*, cuando se pusieron peluca, se cortaron los cocos y se atiborraron de hormonas.

La voz de alerta, por supuesto, la dio un filólogo incomprendido en sus días (y todavía lo sigue siendo), Friedrich Nietzsche (1844-1900). Este sujeto, filosofando a martillazos, pudo ver con ojo crítico, las ruinas del Occidente postcristiano a la distancia, y al hombre occidental, “*un mal que debía ser superado*”, sentado entre los muros destruidos. Asumiendo la voz del ignorado Zaratustra, no solo describirá esta decadencia, sino también le pondrá nombre: “*Gott ist Tot*” (“Dios está muerto”), y su cadáver puede verse desde las puertas de la Iglesia. Con esto pretendía proveer un diagnóstico por el cual se facilitarían hallar soluciones a la hecatombe que veía tan cercana. ¡Y vaya qué solución propuso! La superación de la moral cristiana, a través de invertir los valores y crear un *Übermensch*, un Super Hombre que tendría más de Joker que de Superman. Un antihéroe salido de la retorcida mente de Shyamalan y no del colorido Stan Lee.

Claro que, al mirar sus resultados, descubrimos que Nietzsche fue un buen observador, pero un pésimo analista. Por más que su retórica enérgica lograba enganchar a sus lectores, el análisis causal del problema fue pésimo. Y si el diagnóstico es equívoco, el remedio se tornará en cruda enfermedad. Es lo que justo vemos alrededor. La propuesta de invertir los valores nos ha costado cara, y no hay

¹ Schaeffer, Francis (1969), *Huyendo de la Razón* (trad. José Grau), Ediciones Evangélicas Europeas, Barcelona, p. 68.

retorno que sea tan eterno para vendar esta sífilis contagiada por nuestra cultura tras haberse revolcado con aquel pensador alemán. Paulatinamente, la negación de la moral cristiana buscando preferir su contrario agudizó más el problema que tanto la Ilustración como el darwinismo impusieron en nuestros hombros. Y con el abandono de la cosmovisión bíblica cultural, vino un retroceso en la comprensión misma del hombre, hasta el punto de lograr desdibujarlo, deconstruirlo y a la postre, desnaturalizarlo.

Para las Escrituras, la cosa era bien clara: el hombre ha sido creado “*a imagen y semejanza de Dios*” (Gn. 1.26), con el cúmulo de características diferenciadas como para saber que “*varón y hembra los creó*” (Gn. 1.27). Pero lo más importante, fue creado para reflejar el carácter de su Hacedor en la manera como administra la Creación (Gn. 1.28), se relaciona con su esposa (Prov. 31.28-29), y en el proceso crece “*dejando atrás las cosas de niño*” (1 Co. 13.11), y la falda de mamá para unirse a su mujer “*en una sola carne*” (Gn. 2.24), formando así un hogar como el capitán y “*cabeza de su hogar*” (Ef. 5.23), amando y protegiendo a su esposa (Ef. 5.28), sin mancillarla (1 P. 3.7) ni ser “*áspero con ella*” (Col. 3.19) y criando a los hijos con la instrucción de su ejemplo y la “*disciplina del Señor*” (Ef. 6.4). Un hombre dispuesto al sacrificio por los suyos (Ef. 5.25), con el coraje suficiente de “*vencer el mal con el bien*” (Rom. 12.21), y el temple necesario para no dejarse guiar por los impulsos, pero filtrándolos en el servicio de justas causas (Rom. 6.12-13). Un verdadero macho alfa de lomo plateado, pues tiene como su modelo de vida no al *simp* de Aristóteles, montado a caballo por la hermosa prostituta Fillis, ni a los hipócritas de Cicerón o Séneca, cuyas acciones eran una verdadera patada en el estómago. ¡No y mil veces no! Más bien su ejemplo es Cristo, el MODELO perfecto de lo que fue Dios, cuando se hizo uno de nosotros.

Sin embargo, para este mundo postcristiano e hipermoderno, tomando prestadas las palabras a Lipovetsky, la cosa está de cabeza (nada fuera de lo común en un “*mundo de sabios y locos*”). El Übermensch, librado de la moral cristiano, en vez de lograr evolucionar, termina involucionando; de hombre a león, de león a camello y de camello a piojo; un parásito succionador, imbécil e inútil que considera todo el mundo está en deuda con él. Una cultura creada por individuos cuya visión es kafkiana, y su retórica nihilista, teje con los residuos de su insania una moral aguada y deforme, dejando a su vez que mujeres y mariscos redefinan lo que ser hombre significa (cuando ni siquiera pueden explicar qué rayos es una mujer). Y lo triste de todo es

que, tras esta bazofia de las múltiples hombrías, o la masculinidad tóxica, está un completo idiota, con la saliva corriendo por la barbilla, e incapaz de colocar tres palabras en una oración, pero restregándote a la cara sus PhD en “dejarse pensar”. De ahí que no sorprenda si tales miserables romboides nos conducen a una situación de proporciones chernobilescas, teniendo en un extremo a payasos como Bad Bunny o Camilo; vestidos con ropas andróginas y tarareando la canción de los mari... mari... mari... (Serán más ...cones que ...neros). Y, no obstante, aquí están los nuevos representantes del varón en la desquiciada cabeza de las energúmenas de #niunamenos. Pero ¿qué podríamos esperar de chicas que consideran a Tim Walsz el prototipo del macho?; un sujeto que no sabe cambiar el filtro de su vehículo y para cargar la escopeta, debe ponerla entre sus piernas.

A su vez, en la otra esquina tienes la reacción Temach, de los hombres rudos, que patean descalzos la pelota y juegan fútbol en la calle, que cambian llantas y tienen las manos madreadas por “*putearse con otros cabrones*” (espero que mi lenguaje no les ofenda sus oídos fiducia, pero este libro no es para mojigatos).² Por supuesto que tal retrato atenta contra la sensiblera masculinidad que las feministas intentan imponer. Y pese a ello, tal representación resulta tan mediocre como aquellos a quienes José Ingenieros denominaba “Hércules de feria”; tipos que solo sirven para mostrar su bíceps, pero en la cabeza no tienen más que pesas o reggaetón. Y al afrontar la vida, terminan tan estúpidos como los personajes del film *Pain and Gain* (2013). Más les valdría a estos, como decía Huchi Lora, “aprender a levantar pesos, no pesas”.

Sin embargo, entre estos dos extremos, se ha intentado crear una vía media, presentando un hombre mucho más equilibrado, a medio camino entre los Temach y Bad Bunny. ¿De dónde lo extrajeron? De los tomos polvorientos en las *Καθολικά* dictadas por Zenón, las *Meditaciones* de Marco Aurelio, las *Cartas a Lucilio* de Séneca, el *Himno a Zeus* de Cleantes y los *Discursos* del gran Epicteto. Es el hombre estoico (στωικός άνθρωπος), puesto tan de moda hoy por Fideler, Pigliucci, Romano y Freeman hasta el punto de que muchos de nuestros chicos cristianos, buscan en este modelo masculino el camino para dar un espaldarazo a su sentido de hombría. Por desgracia, como bien afirmase mi amigo Luis Felipe Faraj, este tipo de proyecto masculino discrepa ontológicamente del Cristianismo ya que, para el estoico, hombre

² Tales *machos Alfa* son tendencia, sobre todo en los canales de YouTube, y pretenden rescatar la masculinidad atrapada en las afeminadas manos de los progres. Sin embargo, la propuesta que presentan realmente no es el camino para la reivindicación de Occidente.

es aquel que puede perfeccionar su voluntad por la supresión (vamos que mientras más aprietes tu trasero, más macho te vuelves) y al carecer de un modelo más que sí mismo, termina brindando una solución tan mediocrementemente insuficiente como las de los otros dos extremos. Como ven, estos tipos no son la cura, sino la enfermedad (si entendiste la referencia a la inversa, debo decir que ciertamente resultaste ser un hombre de pelo en pecho).

Entonces, si así están las cosas, ¿cuál sería la solución? ¿A qué patrón de masculinidad debemos apuntar que no sea el *homo effeminatus* de las feministas, el *homo fortis* del Temach y el *imperium homo* de los estoicos? La respuesta es una sola, y descansa en las palabras del apóstol Pablo: “*portaos varonilmente*” (1 Co. 16.13). Como pueden ver, las Escrituras nos proveen una visión bíblica de la masculinidad, y la misma halla su culmen a la luz del sacrificio. De este modo, si le preguntase a Pablo, ¿Qué es un hombre?, aparte de presentar los rasgos físicos dictaminados por el Creador, hablaría el apóstol de un tío dispuesto no a madrearse con otros en el bar, sino a rendirse y desgastarse para el servicio, hasta el punto de morir por los demás. Y en esto coincidiría con el mismo Jesús cuando hablaba del que “*da la vida por sus amigos*” (Jn. 15.13). Porque hombre verdadero no es el que grita ¡Gooooool!, con una chela en la mano, sino el soldado que se lanza sobre una granada para salvar a sus compañeros; el tío que administra el único frasco del antídoto para salvar a otros mientras el veneno lentamente carcome sus entrañas; es el hombre que salía, en tiempos del COVID-19 a bancársela en la calle para traer el pan a su casa, mientras los cristalitos engordaban viendo series de Netflix.

Y este hombre que se sacrifica, el *homo immolatus*, está bien arraigado en el inconsciente colectivo, pues se volvió la mejor definición del héroe perfecto, sea DiCaprio sacrificándose por su amada con el fin de que no muera congelada en el *Titanic* (1995) o Tony Stark en *Avengers Endgame* (2019). De hecho, tal noción se introdujo en la cultura nipona, y quedó encarnada en su ideal de lo heroico; por eso vemos a Goku (DBZ), muriendo por todos en la saga de Cell con el fin de salvar a la raza humana. Y por lo visto, todos ellos han replicado este patrón que nació, no de la Iliada, donde los héroes peleaban por gloria, sino en la solitaria Cruz do muere Uno que fue Hombre verdadero y verdadero Dios; un ideal encarnado que ni siquiera el Nefarious de Steve Deace, pudo corromper.³

³ Deace, Steve (2017), *A Nefarious Plot*, Post Hill Press, Brentwood, TN, pp. 25-26.

Y aquí es donde se halla la riqueza de este libro. Mi amigo Edgar Pacheco, con esa pluma enérgica que le caracteriza, te dice sin pelos en la lengua (¡como todo un macho, carajo!), cual es la enfermedad del hombre occidental, y con una visión embebida de las Escrituras, te habla desde su propia experiencia, cuando transitó en la barca de Nietzsche y creyó en las pobres pócimas del filólogo para curar una epidemia que pudo prever, pero no supo describir. Y desde una posición privilegiada (como muy pocos la tienen), confrontará la presente cultura, y en el ínterin te mantendrá hipnotizado con su retórica y ocurrencias, al puro estilo de ENDK. Sin duda, uno de estos libros infaltables en la biblioteca de quienes intentan dar la batalla cultural, pero con pistolitas de agua y espadas de palo. NO, este es un libro para cristianos musculosos (fuego con el tipo). Al final, terminarás la lectura conmocionado, tras descubrir que la verdadera salvación del hombre occidental se haya en regresar a sus fundamentos cristianos; al modelo bíblico del cual nunca debió renegar.

¿Lo entendería Nietzsche al final de sus días? ¿Será por eso por lo que su loco llora mientras anuncia la muerte de Dios? ¿Derramaría sus lágrimas a torrentes mientras plasmaba sus esquizoides ideas en el papel? ¿Entiende acaso que construir una sociedad colapsada sin Dios es tan vano como “vaciar el mar” o “edificar la Casa” (Sal. 127:1)? ¿Tan absurdo como levantar la roca de Sísifo cuesta arriba cuhucientas veces? ¿No reduciría el “*Got ist Tot*” (Dios está muerto) a un “*Leben heißt leiden*” (Vivir es sufrir) y a la postre al nihilismo de Peanutbutter (Bojack Horseman, 2014), Tyler Durden (Fight Club, 1999) Rorschach (Watchmen, 2009) o el Agente Smith (The Matrix, 1999)? ¿Quizás por eso, al morir, el filólogo hastiado de la visión de una cultura decadente decidió volver tras sus pasos, y decirle a su madre: “*Mutter, ich war ein dummkopf*” (Mamá, he sido un tonto)? Nunca lo podríamos saber; eso queda entre Dios y el alma naufragada. Lo que sí podría reconocer es que, tras la muerte de Nietzsche, entre los papeles dispersos, Friedrich Wurzbach descubrió unas oraciones desgarradoras, escritas por la mente turbada del profeta decadente; y entre las líneas conmovedoras de uno que, tras la crisis, grita al vacío esperando respuesta, encontramos unas líneas que, paradójicamente, constituyen la mejor petición jamás hecha por labios mortecinos: 4

⁴ Wurzbach, Friedrich (1934), *Das Vermächtnis Friedrich Nietzsches: Versuch einer neuen Auslegung allen Geschehens und einer Umwertung aller Werte* (El Legado de Friedrich Nietzsche. Ensayo de una nueva interpretación de todo acontecer y de una transvaloración de todos los valores), Graz 1943. XLIII, 700 S. Hlwd. N° de ref. del artículo 917AB.

*“Dame amor... ¿quién me ama todavía? ¿Quién, aún, me da calor?
Tiéndeme manos ardientes, dale un brasero a mi corazón... ofrécete,
sí, entrégate a mí, ¡tú, el más cruel enemigo!*

*¿Huyó? Él mismo ha huido, mi único compañero, mi gran enemigo, mi
desconocido, ¡el Dios verdugo! ¡No! ¡Vuelve otra vez! ¡Con todos tus
suplicios! Vuelve a mí, ¡al último solitario!*

*Mis lágrimas, a torrentes, discurren en cauce hacia Ti, y encienden en
mí el fuego de mi corazón por Ti.*

*¡Oh, vuelve, mi Dios desconocido! Mi dolor, mi última suerte, ¡mi
felicidad!”.*

De este modo, la historia concluye con una nota irónica. Tenemos una plegaria elevada como preces al Dios verdadero, justamente por el mismo tipo que vio el declive de su mundo, pero no supo encontrar la solución, hasta que llegó a las puertas del s. XX. Y en 1900, año de su muerte, logró redescubrir al Dios verdugo, y hallar en Él su felicidad; una felicidad que sería el verdadero antídoto para una cultura moribunda, y un hombre postrado (¿Seguirán los amantes de Nietzsche sus últimos deseos?). De tales asuntos curiosos nos hablará el bueno de Pacheco en *Animales Enfermos*. Sin lugar a duda, impresionante, ingenioso, atinado. Por su parte, la evaluación queda, como siempre, a criterio del lector. Ο Θεός να το κάνει καλύτερα! ¡Quiera Dios le saque el mejor de los provechos!

Néstor Y. Díaz Soriano

East Elmhurst, NY

Primavera, 2025

CAPÍTULO UNO

UNA BESTIA DIVINO-HUMANA

CAPÍTULO UNO

UNA BESTIA DIVINO-HUMANA

"La vergüenza es la primera manifestación de la vida espiritual en el hombre, la primera negación consciente de su naturaleza animal." ⁵

Un hombre, empeñado en encontrar la relación entre el tamaño de sus bíceps y el saldo de su cuenta bancaria, no es más que un niño jugando con juguetes más caros. Porque, en última instancia, ¿qué importa ser "hombre" si primero no se ha resuelto la única pregunta que realmente importa? Puedes inyectarte testosterona hasta convertirte en un toro de matadero, con los huevos del tamaño de un balón de baloncesto, ¿a quién le interesa? puedes cubrirte de oro como un ídolo pagano, y tratar de saciar tu vacío fornicando con almas igual de huecas que tú, pero si al final del día todo eso se asienta sobre el vacío, no eres más que una cáscara con músculos y billetes, un simio empoderado.

Y mientras tanto, el mundo sigue acumulando delirios. Uno se percibe como perro, otro se automutila convencido de que una cirugía lo hará mujer, y todos celebran la farsa como si el universo se doblara ante los caprichos individuales. Pero no importa cuántas etiquetas se inventen, ni cuántos términos nuevos impongan para describir su enfermedad; el problema sigue siendo el mismo: ¿para qué existe el hombre? ¿Hay un propósito real en esta vida o estamos simplemente girando en círculos hasta que la tierra nos trague?

La respuesta a esa pregunta es lo único que debería quitarnos el sueño. Porque si la vida tiene un propósito, entonces todo lo demás es subordinado a esa verdad. Y si no lo tiene, no hay músculo, dinero ni percepción que pueda llenar el hueco de la nada. Primero se resuelve la trascendencia. Luego, y solo luego, se puede hablar de qué significa ser hombre, mujer, o lo que demonios se supone que seas o te sientas hoy.

Primero, reconozcamos pues, que hay de hombres a hombres, es decir, aunque todos tienen un pene y sus cromosomas son XY, te sorprenderías lo diferentes que pueden

⁵ (Soloviev, 1918, p. 27) Soloviev explica cómo la moralidad del hombre se basa en tres sentimientos: la vergüenza (relación con el mundo animal), la compasión (relación con otros humanos) y la piedad (relación con Dios). Esto sugiere que el hombre actúa como un puente entre estos mundos y lucha por definir cuál de ellos dominará por completo su vida.

ser sus mundos. Por ejemplo; algunos se aterrorizan ante el inevitable final del universo, mientras otros solo tienen espacio en la cabeza para su próxima eyaculación programada. Uno más, hundido en la misma ciénaga de siempre, ya se ve despertando en su vómito después de una borrachera de fin de semana, y otro cree que un manotazo en la quijada es la llave mágica para escapar de "la matrix". He oído a críticos de la religión soñar con reminiscencias templarias, como si el pasado pudiera resucitar con su nostalgia mal digerida, y a otros deleitarse en convertir la espiritualidad en una performance Queer. Camus parecía tener, al menos, la decencia de tomarse la cuestión de la existencia con la suficiente seriedad como para rumiarla hasta el fondo, y preguntarse, con la desesperación de quien no encuentra salida, si el suicidio no es acaso la respuesta más lógica a una vida sin propósito? ⁶ Mientras el gurú de Joel Osteen cree que la vida es tan fácil de vivir, que "5 pasos" lo solucionan todo. Qué cosas, ¿no?

No sé dónde te encuentres en este momento. Tal vez estés revolcándote en la pocilga de la frustración cuarentona, aplastado por un trabajo que odias, con un jefe que desprecias y una rutina que se repite como una broma cósmica maldita. Quizá la ansiedad te carcome, esa presión en el pecho que no te deja respirar, esa punzada en el colon que te recuerda que el estrés mata más que cualquier bala. Y cada noche te preguntas si el mañana traerá algo distinto o si solo será otra vuelta absurda en la rueda del hámster, otro día más en esta farsa disfrazada de vida.

Si eres adolescente y estás leyendo este libro, puede que empieces a comprender que la libertad es un chiste cruel, que el dinero no cae del cielo y que la vida no es un videojuego donde puedes reiniciar cuando te equivoques. Si ya estás casado, probablemente cargas con una losa de preocupaciones que en este circo infernal llamamos "ser hombre": pagar cuentas, ser fuerte, aunque estés roto, callar tus miedos porque nadie quiere escucharlos. Porque, aunque nadie lo diga, la masculinidad no es un privilegio, es un campo de batalla. Y el que no pelea, muere en vida. En algún punto de la vida, sea hoy, mañana o pasado, el vacío te va a morder en la nuca. Vas a

⁶ Camus, A. (1967). El mito de Sísifo (L. Echávarri, Trad.). Buenos Aires: Editorial Losada. (Obra original publicada en 1942). *"No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, vienen a continuación. Se trata de juegos; primeramente, hay que responder. Y si es cierto, como pretende Nietzsche, que un filósofo, para ser estimable, debe predicar con el ejemplo, se advierte la importancia de esa respuesta, puesto que va a preceder al gesto definitivo. Se trata de evidencias perceptibles para el corazón, pero que se debe profundizar a fin de hacerlas claras para el espíritu."*

despertar con la certeza brutal de que el mundo está podrido, que la sociedad en la que te mueves es una ruina maquillada, y que la vida no es ese cuento de hadas que te vendieron. Si ese día ha llegado, entonces este libro será tu amigo; si aún no, perdona que sea yo el que te lo diga: llegará.

Para mí, llegó a los 11 años. Un día, sentado en la esquina de mi cama, me di cuenta de que era huérfano, ni padre, ni madre, y dije a mí mismo: "Dios, me han jodido la vida". De ahí, todo pasó en un santiamén doloroso. No hay dinero en casa, hay que trabajar de niño, soy el pájaro del ala rota, tengo talentos, pero a nadie le importan. Juego baloncesto con tenis rotos, la vergüenza de la realidad se entromete en plena adolescencia como un ladrón de sueños. "¿Qué me han hecho?" ¿He de casarme? ¿Cómo? No tengo en qué caerme muerto.

Luego viene el positivismo estéril de quien, teniéndolo todo, te mira desde su pedestal y suelta un "Todo saldrá bien", como si su comodidad le diera autoridad sobre tu miseria. Como si su mundo mullido le permitiera hablar del tuyo, que es pura metralla de necesidad y noches en vela preguntándote si alguna vez algo realmente cambiará. Ya sabrás que la consigna moderna del nuevo masculinismo, es que, la vida no tiene simpatía por los débiles, y si esperas que alguien venga a salvarte, te vas a morir esperando. Eso dicen, eso he oído.

Si encuentras a un amigo en esas circunstancias, habrás encontrado un tesoro; si no, prepárate para el "cada uno rásquese con sus uñas", aunque esas uñas sean una mirada al bolsillo y la desesperación de ver un par de dólares que apenas alcanzan para el camión de regreso a casa. Luego, viene la parte en la que entiendes que no hay caballería en camino, que no hay rescate, que eres el inservible nieto de una abuela que te crio como a un perro callejero al que se le lanza un plato de croquetas por lástima, pero nunca se le deja entrar a casa. Y si, a todo eso se le puede llamar "amor", qué más da, cada uno hace lo que puede, me decían.

Entras a la juventud magullado, con cicatrices invisibles que nadie quiere ver, con un corazón que se acostumbró al frío, y la gente se pregunta: "¿Por qué ese tío será tan serio?", "¿Qué raro ese chico, no le gusta salir ni convivir?" Y tú ni te molestas en responder, porque hace tiempo entendiste que el mundo no pregunta por genuina preocupación, sino por curiosidad pasajera. Para cuando te haces consciente de los traumas, el cuerpo ya los ha registrado: una comida al día, noches en vela, un perro callejero que es la única criatura que te mira con lealtad, y demasiadas lágrimas

tragadas en silencio. Porque el cuerpo guarda la cuenta: lo codifica en las vísceras, en la frecuencia cardíaca, en la reactividad del sistema nervioso autónomo, en los niveles de cortisol y otras hormonas del estrés, no importa si la mente lo suprime o no. Es como un demonio que te ata del cuello y te arrastra de arriba abajo, y mientras te sume en las oscuridades de sus prisiones, se divierte viendo como intentas ser humano. Y, ante todo, siempre estará la máxima: "Jódete, a otros les va peor". ¿Verdad? Porque nadie quiere ver la miseria ajena, solo consolarse con la idea de que siempre hay alguien más jodido que uno. Y mira que esto a veces es tan normal, que los propios apóstoles le preguntaron a Jesús, "¿quién pecó, este o sus padres, para que a este le vaya así?"

Te preguntarás, ¿por qué me debería interesar esto a mí? ¡Yo quiero los 5 pasos para ser Leónidas de Esparta! Pero espera... si fuiste abusado de niño, si la vida te pisoteó antes de que supieras defenderte, si creciste en el caos, en la orfandad emocional, en la certeza de que el amor era un privilegio de otros, entonces no serás Leónidas. No. Serás un Oliver Twist en una novela negra, un hombre moldeado por la violencia y la indiferencia. Y si la rabia y el dolor han sido tus únicos compañeros, puede que sí llegues a ser un guerrero, pero uno repulsivo, uno cuya fuerza solo sirve para destruir porque por dentro está quebrado. Y alguien que está quebrado, primero ha de llorar mucho, pero tranquilo, hay de llanto a llanto, uno puede ser la inevitable expresión de un alma siendo liberada catárticamente, abriéndose paso entre prisiones de oscuridad e infiernos que aprisionan. Y otras pueden ser simple mojigatería insulsa.

Y aquí es donde quiero que prestes atención. Sigue leyendo. Porque si has sentido ese vacío, si has probado el sabor metálico del abandono, aun estando tu padre en casa, pero el pobre viejo está tan quebrado por dentro que sus intentos de amarte son comprarte un caramelo o un par de tenis, créeme, estás frito; y si la desesperanza ha dormido en tu cama, entonces hay algo que necesitas saber. No estás condenado a ser un animal rabioso, no estás atrapado en ese molde. Sincérate conmigo, porque yo también he caminado por ese valle oscuro. Y juntos, si dejamos que Dios, nuestro Padre, meta sus manos en nuestras ruinas, quizá podamos reconstruirnos de verdad.

EL PEQUEÑO PASTOR

El trauma, te jode de maneras que ni siquiera imaginas. Te destruye, te mutila por dentro, te deja cicatrices que nadie ve. Pero también te da un par de herramientas, como la capacidad de leer a la gente con una claridad que asusta. No es un don, es un

mecanismo de defensa brutalmente afilado. Es el perro callejero que no deja que lo acaricien porque aprendió a golpes que toda mano que se acerca puede terminar en puño.

Yo le llamaba "*la maldita intuición*". No es magia, no es premonición, es el instinto de supervivencia refinado por la desgracia. Mi esposa todavía se sorprende cuando con solo ver a alguien a los ojos le digo: "Este tío nos va a joder, hay algo podrido en su alma". Y luego, el tiempo me da la razón. No porque tenga un sexto sentido, sino porque mi cerebro, como un perro acorralado, no deja de oler la amenaza, de escanear hasta el más mínimo gesto, de protegerse hasta la última gota de sangre.

También aprendes a ser brutalmente honesto hasta niveles que pueden destruir a alguien. Pero es que la vida te ha jodido tanto, que se te acaban los discursos buena onda, las cortesías vacías, las sonrisas falsas que buscan aprobación. Es un, "Si me quieres ayudar, dale, y si no, escúpeme y sigue tu camino, qué más da, otros lo han hecho ya". Aprendes que la piedad es un lujo para los que nunca han tenido que recoger los pedazos de su propia alma en medio de la mugre. Que hay días en los que ni siquiera tienes la energía para justificar tu dolor ante los demás. Que hay heridas que no sanan, solo cicatrizan lo suficiente para que puedas seguir arrastrándote al día siguiente. Y entonces hablas con la crudeza de quien ya ha visto el fondo, porque no hay espacio para la mentira ni para el consuelo barato. O te levantas, o te entierran. La gente, acostumbrada a que le hablen con edulcorante, queda horrorizada cuando alguien que vive en el pozo de la desesperación, le habla con la jerga realista y le dice, "Doña, es usted una altanera pedante, así que, por mí, púdrase".

Pero ¿no es este un libro cristiano, dirás? Lo es a un nivel tan alto, que quien aquí escribe, hubo sido pastor de varias denominaciones, pero bregó con el realismo sucio de que incluso en el cristianismo, el piso no es igual de parejo para todos como te lo cuentan. Este realismo que en este momento quizá te esté sacando ronchas, al final del libro te sacará lágrimas catárticas. Pero como sé que necesitas la dosis de dopamina para seguir, aquí viene el giro de tuerca:

Aquí está el giro de tuerca que toda historia necesita para que sea memorable, la parte en la que el protagonista se enfrenta al peso insoportable de su destino, pero después triunfa por sobre toda desgracia. Pero espera, vamos despacio. Cuando fui pastor y viví para el Señor, descubrí que existían personas que podían amarte con sinceridad, sin dobleces, con un amor que, en medio de este mundo traicionero, era un refugio. El

cristianismo, por un tiempo, fue un descanso, una tregua en medio de la guerra. Porque sí, aún existe gente buena que tiende la mano. Pero Dios me había dado talentos—y digo "Dios me había dado" para no exaltar la mugre de mi humanidad como si algo bueno pudiera brotar de mí—talentos que me llevaron a la desgracia. Porque en la iglesia institucionalizada, la verdad es peligrosa. Mi celo por la santidad era visto como fanatismo, mi amor por el evangelio como un acto de intolerancia, y mi negativa a venderme como los demás fue suficiente para convertirme en enemigo. Me vi, una y otra vez, sentado en la oficina de los "grandes", siendo escrachado, amenazado, vilipendiado. Vi la hipocresía con mis propios ojos, vi cómo los hombres de Dios vivían como las divas de una telenovela mientras a los obreros fieles se les lanzaban migajas desde la mesa.

Y entonces llegó el golpe. Mi esposa embarazada de mi segundo hijo, yo con el ministerio que amaba, y de pronto, expulsado. ¿Por qué? Porque me negué a lamer la bota del falso profeta de turno. Porque me negué a repetir el guion institucional. Porque no caí de rodillas ante el sistema. Y ahí estaba otra vez el huérfano, la reminiscencia golpeándome en la cara, el joven del ala rota, de pie ante el todopoderoso obispo con el poder de aplastarme como una cucaracha. Y lo hizo. Me pisaron sin piedad. Pero esta vez, no me pisaron solo a mí. Esta vez arrastraron a mi esposa, a mis hijos.

Así que, en un giro de tuerca, de la nada y sin preverlo, este pastor se quedó sin casa, sin dinero, sin auto, sin cobijo, sin alimento, en una ciudad extraña, con la incertidumbre ardiendo en el pecho. Miré al cielo y pregunté: "¿Lloro? ¿Grito? ¿Quién dará la cara por mí? ¿Mi abuela?" Cuánto hubiese dado por tener en ese momento una voz que me dijera: "*Hijo, tranquilo, aquí me tienes, nada te va a faltar, vamos adelante*". Pero no la hubo. Solo el vacío. Solo el eco de la desesperanza. Otro trauma más. Solo que esta vez, dejó cicatrices que nunca se cerraron del todo. Ahí, nació la bestia. Y no narraré en este libro, lo que esa bestia hizo, porque ya lo narré en otro. En este, seré sincero contigo a niveles que Dios me exige para poder tenderte mi mano con sinceridad, y sepas que hay alguien que te entiende.

MI NUEVO DIOS.

En el contexto de mi huida de Dios y el evangelio, apareció este extraño personaje, Nietzsche. Solo Dios sabe cuánto anduvimos de la mano yo y ese loco, como él mismo se hacía llamar. Nietzsche fue la serpiente en el jardín que susurra: "Te lo dije,

hazme caso a mí, yo no te engañaré". Y así es como empieza este libro sobre masculinidad, porque la serpiente sigue hablando, y créeme, a veces no son las mentiras lo que debes temer, sino las medias verdades, esas que se clavan como anzuelos en la carne, como cuando dijo: "Seréis como dioses, conociendo el bien y el mal". Y sí, nuestros padres conocieron el bien y el mal, lo palparon, lo asimilaron, y lo hicieron a un costo que todavía nos persigue, pues los ángeles no lloran... los que lloran son los desterrados hijos de Eva.

Y Nietzsche, con el prodigio de un hijo de Lucifer, puso los cimientos del nuevo Occidente después de convencer a los hombres de que Dios había muerto. No les dio libertad, les dio una jaula sin barrotes donde cada uno se creía su propio redentor y verdugo. No los hizo dioses, los convirtió en cadáveres que caminan sin saber hacia dónde. Su filosofía, como el veneno de una serpiente, no mata de inmediato, sino que paraliza poco a poco, sumergiendo al hombre en un letargo donde ya no distingue el bien del mal, la luz de la oscuridad, la verdad de la mentira.

Aquí es donde el giro de tuerca se vuelve inevitablemente metafísico, irónicamente, porque Nietzsche repudiaba esa palabra. Pero su lucha, la lucha que inició con su martillo, no es solo contra la moral cristiana; es una guerra de tinieblas y luz, de Dionisio contra Jesús, de Shemihaza contra Miguel, de Prometeo contra Adán. Es la eterna batalla entre el hombre que se somete al Creador y el que, en su orgullo, prefiere arder antes que doblar la rodilla. Y en esa guerra, cada hombre, quiera o no, tomará un bando. Porque no hay neutralidad en la batalla cósmica. O eres parte del Reino, o eres parte de la rebelión. Y la pregunta es: cuando la última trompeta suene, ¿en qué lado estarás?

Así que graba este nombre: Nietzsche, "*Ecce Homo*", el profeta maldito de Occidente, el "anticristo" de la moral cristiana, el que sigue guiando al hombre hacia su supuesta redención, mientras lo arrastra a su ruina. Como un nuevo Prometeo, ofrece fuego, pero el precio es la descomposición de su propia alma. El "amigo" que te ayuda a ser "fuerte", el que te dice que el sufrimiento es para los débiles, el que se burla de la cruz porque no entendió que en ella estaba la única victoria real. Espera... parece que estoy describiendo a los gurús actuales de la masculinidad. Los mismos que, como Satanás en el desierto, susurran: "*Tómalo todo, no hay juicio, no hay Dios, sé tu propio dueño*". Ya verás cuán luciferina es esta lucha por la masculinidad cuando la pruebas hasta la última gota. Porque yo la bebí, y el sabor era dulce al principio, pero la resaca

fue peor que la muerte. Este camino no lleva a la fortaleza, lleva a la desesperación. Y ese es el truco del enemigo: hacerte creer que eres un dios, hasta que te das cuenta de que no eres más que un hombre roto, de rodillas ante un altar vacío.

Nietzsche fue el hombre que escarbó en las entrañas del alma occidental y descubrió su podredumbre antes de que ésta supiera que apestaba. El único que tuvo los cojones para decirle al mundo: "*Dios ha muerto y lo hemos matado*"⁷ mientras la gente lo llamaba "*loco*". Su diagnóstico fue brutal, y aunque su remedio fue una locura, hay que darle crédito por ver la herida antes que todos. Propuso al *Übermensch* como la respuesta al nihilismo, como el nuevo dios forjado de las entrañas de la pudrición por el propio hombre, el que impondría su voluntad sobre el vacío. Nietzsche, en efecto, era el idiota que cae bien por hablar con la franqueza con la que un hombre le hablaría a su caballo. De estos ha habido muchos, quienes, razonando en giros extraños de aparente prodigalidad, se sumergen en las más densas tinieblas de la locura.

Curioso, ¿no? Nietzsche aparece una y otra vez cuando un cristiano se tambalea en la fe, como si fuera un predicador de la apostasía, el apóstol del nihilismo, el sumo sacerdote de la desesperanza. Como una sombra que se cierne sobre los que se alejan del redil, dispuesto a darles la bienvenida con un martillo en una mano y una carcajada en la otra. Y no es coincidencia. Muchos cristianos sienten una extraña fascinación por él, tanto como los moribundos la sienten por la muerte. No pueden evitar asomarse al abismo y ver en sus palabras un reflejo de sus propias dudas, una confirmación de sus miedos más oscuros.

Es casi morboso, una atracción suicida hacia el vértigo de la nada. Como si el *sensus divinitatis*⁸ les empujara a buscar, no la salvación, sino la sentencia de su propio final. Y no los culpo. Yo mismo, cuando vagué por los márgenes de la verdad, me aferré a Nietzsche como si fuera un profeta de la crudeza, un guía en el infierno del sinsentido. Y por un tiempo, creí que sus palabras eran la descripción exacta de lo que sentía: un mundo sin Dios, un universo sin justicia, un hombre sin propósito, pero con una rabia infinita por seguir vivo.

⁷ Nietzsche, F. (2001). *La gaya ciencia* (A. Sánchez Pascual, Trad.). Madrid: Alianza Editorial. (Trabajo original publicado en 1882). La frase completa en el texto original de Nietzsche es: "*Gott ist tot! Gott bleibt tot! Und wir haben ihn getötet!*" (en Alemán). En la sección 125 de *La gaya ciencia*, un loco proclama esta idea en una plaza pública, simbolizando la pérdida de la fe en Dios en la cultura moderna y la responsabilidad humana en ese proceso.

⁸ Para Plantinga en su obra *Warranted Christian Belief* (2000) este "Sentido de la divinidad", no es sino una disposición natural, análoga a la percepción sensorial, que produce creencias sobre Dios en ciertas circunstancias, como al observar la naturaleza.

¿Cómo logró Nietzsche eso? Simple: porque no hablaba desde la ignorancia, sino desde la herida. Porque su martillo no fue forjado en la filosofía, sino en la decepción. Y porque cuando un hombre pierde su fe, no se vuelve ateo: se vuelve devoto del vacío. Y Nietzsche, más que nadie, supo ponerle palabras a ese culto oscuro pues él mismo fue una oveja del redil, un cristiano.

Así que Nietzsche conocía demasiado bien el cristianismo porque él mismo fue uno. Creció en un hogar luterano, cantó himnos, recitó oraciones, leyó las Escrituras con devoción. Antes de ser su enemigo, fue su hijo. Y eso hace su crítica mucho más peligrosa, pero también más fascinante, porque no habla desde la ignorancia, sino desde la traición. Nietzsche no es el pagano que desconoce a Cristo; es el Judas que lo besa y luego lo vende por unas cuantas monedas de resentimiento.

Ve a Dios como un mal padre, como el verdugo de su propia infancia, y no tiene reparos en expulsarlo de su mente como quien vomita algo podrido que se ha quedado demasiado tiempo en el estómago. *"La concepción cristiana de Dios—Dios como Dios de los enfermos, Dios como araña, Dios como espíritu—es uno de los conceptos más corruptos de Dios que se han alcanzado en la tierra"* (Nietzsche, "Ecce Homo"). Y luego, en una explosión de narcisismo desatado, sentencia: *"No soy un hombre, soy dinamita"* (Ibid.), como si su existencia misma fuera una profecía incendiaria destinada a volar en pedazos todo lo que lo formó.

Y aquí está el punto: Nietzsche no odió a Dios como un filósofo que argumenta fríamente contra su existencia; lo odió como un hijo herido que quiere destruir al Padre que siente que lo abandonó. Su crítica al cristianismo no es una disección racional, es un ajuste de cuentas emocional. Y eso es lo que lo hace tan peligroso: su martillo no fue forjado en la razón, sino en la herida abierta de su propia historia. En su deseo de volar los cimientos de la cruz, lo único que logró fue demostrar que nunca pudo escapar de su sombra.

Porque siempre habrá en el loco, en el profeta, en el narcisista, esa idea absurda de que fue hecho para vuelos superiores. Nietzsche creyó que podía ascender a los cielos con las alas del *Übermensch*, pero terminó como Ícaro: cayendo, devorado por la misma luz que pretendía conquistar. Pero no cayó solo. Arrastró con él a una legión de almas confundidas, hombres y mujeres que, al perder la fe, corrieron a sus brazos como ovejas sin pastor que abrazan al lobo. Nietzsche no solo sembró duda, sembró desesperación, convirtió la lucha contra Dios en la religión de los rotos.

Y por eso su eco resuena con tanta fuerza en los círculos del satanismo moderno. Porque la serpiente antigua y el filósofo del martillo hablan el mismo idioma: "¿Con que Dios os ha dicho...?". Esa misma pregunta, esa misma ponzoña, ese mismo veneno que gotea sobre la humanidad desde el Génesis hasta nuestros días. Nietzsche toca la herida y la hace supurar, no para curarla, sino para infectarla más. Su palabra es bisturí y garra, y el que lo sigue sin entenderlo se convierte en el siguiente cadáver intelectual de la historia. Pocos saben, que el filósofo del martillo, el gran profeta del nihilismo fue en su infancia llamado "*pequeño pastor*". Así le decían en la escuela, no porque predicara en los púlpitos, sino por su carácter "pasivo", por su incapacidad de responder a los insultos y agravios de sus compañeros. Mantenía la calma, la mansedumbre cristiana, la templanza inculcada desde casa.

Nietzsche era hijo de un pastor luterano. Su infancia estuvo marcada por la solemnidad de los himnos, las lecturas bíblicas y una fe que, en su momento, confesaba con devoción. "La gracia de Dios me sostiene", escribió en su juventud. No era un rebelde nato, no nació odiando la cruz; más bien, creció bajo su sombra. Y es aquí donde la ironía se vuelve evidente: Nietzsche atacó con más furia aquello que conocía mejor. No fue un observador externo del cristianismo, sino un exiliado de sus propias convicciones. Su contexto determinó su rumbo. La muerte de su padre, el hecho de haber crecido rodeado exclusivamente de mujeres—madre, abuela, tías, hermanas—y la hipocresía burguesa de la fe tibia que lo rodeaba, lo empujaron a una reacción violenta. Vio en el cristianismo la causa de la debilidad de su padre. "*Dios no me ha protegido de la muerte de mi padre, Dios no ha protegido a mi padre de su propia miseria*"—⁹ esa fue la semilla de su apostasía

Pero Nietzsche no atacó un enemigo desconocido, sino uno que había conocido en carne propia. Creció cantando himnos luteranos, asistiendo a sermones sobre la gracia y la fe, absorbiendo la cosmovisión cristiana antes de decidir dinamitarla. Fue un hijo de la cruz antes de convertirse en su azote. Y precisamente por eso su crítica es tan incisiva: él sabía exactamente qué destruir. Como diría Paul Vitz, "*Dichosos los que pueden leer a Nietzsche y ver al huérfano que, a pesar de todo, amaba a Dios*"¹⁰ Esto confirma algo brutal: el entorno donde nacemos moldea más de lo que queremos admitir. Nietzsche se rebeló contra la debilidad que percibía en su padre, la misma

⁹ Nietzsche, "*Fragmentos Póstumos*", 1863-1864.

¹⁰ Vitz, "*Faith of the Fatherless*", (1999).

que asoció con la fe cristiana. No fue un rechazo puramente filosófico, sino una respuesta visceral a su propia historia. Se dice que Loyola decía *"Dadme un niño hasta los siete años y os devolveré al hombre"* ¹¹ y Nietzsche, sin saberlo, fue prueba de ello.

El huérfano de Dios peleó con la cruz como quien intenta arrancarse su propia piel. Su odio no era abstracto, no era una cuestión meramente teórica. Era un ajuste de cuentas con su infancia, con su linaje, con el eco de los himnos luteranos que aún resonaban en su memoria. Ahí está su tragedia. En su obsesión con matar a Dios, nunca dejó de hablar de Él. En su intento por aniquilar la cruz, nunca dejó de cargar con su sombra. El contexto nos devora o nos forja. ¿Quién puede leer *"Así habló Zaratustra"* sin escuchar, en cada palabra, el grito de un hombre que intentó inventarse un nuevo dios porque no soportaba la ausencia del verdadero? Nietzsche fue el hijo rebelde que quiso incendiar la casa del Padre, pero en sus llamas, solo dejó en evidencia que nunca pudo alejarse del todo.

Y aquí está la gran ironía: ¿qué hubiera pasado si en lugar de ver la fe como una jaula, la hubiera visto como un estandarte? Si su padre no hubiera sido un pastor enfermo, si su educación religiosa no hubiera sido la de una sociedad hipócrita y decadente, ¿habría sido Nietzsche otro Lutero, otro Pascal, otro Kierkegaard? Tal vez. Pero la historia no se escribe con "qué pasaría si...". Se escribe con hombres que o bien abrazan su historia, o bien la destruyen y, en el proceso, se destruyen a sí mismos. Nietzsche se destruyó así mismo.

Nietzsche no solo rechazó a Dios, lo combatió con el resentimiento del huérfano que culpa al cielo por sus desgracias. Pero su lucha contra el cristianismo no era un rechazo frío y racional, era un ajuste de cuentas emocional. Y ahí está la paradoja: en su propio nihilismo, seguía buscando lo sagrado, solo que lo encontró en Dionisio, la exaltación de la vida sin límites, la embriaguez y la furia.

De todas sus tragedias, la muerte de su padre fue el punto de inflexión. El apego de Nietzsche a su padre era total, y en la tumba al compás de: *"Jesu meine Zuversicht"* (Jesús Mi Fe) Nietzsche escribió: *"¿Quién puede entender a un huérfano, sino otro huérfano? ¡Dios mío, he quedado huérfano y mi madre viuda!"* En su adolescencia, Nietzsche había concluido entonces, que el culpable de la muerte de su padre había sido EL CRISTIANISMO.

¹¹ The Jesuits: A History" de Markus Friedrich (2022)

Pero Nietzsche no fue solo un desertor de la fe, fue un exiliado de su propia historia. Su problema con Dios no fue un dilema filosófico, sino una herida emocional. Su padre, murió cuando él era un niño, y la debilidad que vio en él la proyectó sobre el cristianismo entero. "*Dios no me protegió de la muerte de mi padre, Dios no protegió a mi padre de su propia miseria*", fue el germen de su resentimiento. Así que su batalla contra la cruz no fue una guerra intelectual, sino una venganza personal.

Y, aun así, no pudo escapar del todo. Su filosofía sigue impregnada de la sombra de Dios. El "*Übermensch*" no es más que un intento torpe de reemplazar a Cristo, de inventar un nuevo Mesías que se sostuviera sobre su propia voluntad. Pero su propio intento falló, porque sin trascendencia, sin algo superior, el hombre no es más que un animal con delirios de grandeza. Así que Nietzsche verdaderamente lo intentó, el bastardo apuntó todos sus dardos como Juliano el Apostata contra el nazareno y verdaderamente lo intentó.

Los cristianos que leen a Nietzsche y lo ven como una figura trágica no están equivocados. Pero aquellos que lo ven como un guía, están jugando con fuego. Nietzsche no es un camino hacia la verdad, es un recordatorio de lo que sucede cuando alguien intenta construir su propio cielo sin Dios. Y si esto fuera lo peor, no sería tan peligroso. No, Nietzsche terminó siendo el apóstol del luciferismo, pues sobre sus ideas edificaron Anton LaVey, Arthur Desmond y otros desquiciados que hicieron del egoísmo, el poder y el desprecio a lo sagrado un credo de vida.

El mundo moderno, con su sueño de robarle el fuego a Dios, ha visto cómo los satélites de esta degradación se han alineado como chacales en torno a la manada pequeña. Cada secta, cada filosofía de la autoglorificación, cada ideología que predica la superioridad del hombre sobre cualquier orden moral superior, bebe de la fuente que Nietzsche ayudó a cavar. No fue el primero en declarar la guerra a la cruz, pero sí el que le puso un nuevo disfraz filosófico a la rebelión más antigua de la historia: *Non serviam*; "No serviré".

Pero al final, ¿qué han producido estos intentos de "*superhombres*" sin Dios? ¿Dónde está su civilización gloriosa, su nueva moralidad, su paraíso de libertad absoluta? No existe. Solo vemos ruinas, caos, un desfile de almas rotas, vacías, gritando por sentido mientras se autodestruyen en su culto a la nada. Nietzsche creyó que estaba forjando titanes, pero lo que dejó fueron huérfanos de fe, esclavos de su propio orgullo, carne

de cañón para las élites que venden el delirio de la autonomía absoluta mientras los pastorean como ganado.

El problema nunca fue solo Nietzsche, sino lo que vino después: la adoración de la voluntad sin dirección, del deseo sin propósito, del poder sin servicio. Pero, como toda torre de Babel, su edificio de arrogancia caerá. Porque sin Dios, el hombre solo sabe construir su propia tumba.

Aquí está el problema: el *Übermensch* es una fantasía, una estupidez monumental, y hay tres razones por las que no funcionará nunca. Pero con todo, Nietzsche es el pastor de la decadencia de su tiempo, y cuando hay decadencia en el cristianismo, muchos dirán, Nietzsche tenía razón. Sin duda, pero verás, Nietzsche, aunque apuntó alto, no logró su cometido:

Primero, porque parte de la premisa de que el hombre puede auto crearse a sí mismo sin ninguna referencia trascendente, sin Dios, sin algo por encima de él. Pero cuando el hombre es su propio dios, el resultado es siempre el mismo: locura, caos, desesperación. Segundo, porque el hombre, por mucho que quiera, no puede escapar de su naturaleza. Nietzsche creía que podíamos trascender la moralidad judeocristiana con pura voluntad, pero la realidad es que el ser humano está atado a su condición espiritual, psicológica y social. Y tercero, porque la historia ya ha probado su teoría y ha fallado: todos los intentos de crear una nueva humanidad basada en la fuerza de voluntad han terminado en ruina o genocidio. Pregúntenle a la Alemania de 1945 que nunca pudo sacarse del todo al cristianismo, e intentó crear un "cristianismo opositivo". Esa es la fuerza de la cruz, nos atraviesa, aun cuando la base esté dinamitada.

EL "NIETZSCHE" CRISTIANO

Aquí es donde entra Soloviev, filósofo, teólogo y poeta ruso del siglo XIX (la edad de plata de la filosofía rusa), quien introdujo el término "*sverkhchelovek*" antes de que el "*Übermensch*" de Nietzsche ganara notoriedad en Rusia. Ambos vieron la misma decadencia moral del cristianismo en sus respectivas épocas, ambos entendieron que la religión había sido corrompida por la mediocridad y el servilismo. Soloviev dirá: "*En mi opinión, la condición natural del hombre es la guerra, y la paz es solo un accidente*"¹². Es decir, vio la crudeza del devenir humano, y se preguntó por qué

¹² Soloviev, "*Los Tres Diálogos y el Relato del Anticristo*".

acontecía esto: "*La pregunta entera es si el mal en el mundo es un defecto natural, una simple imperfección que desaparece por sí misma con el crecimiento del bien, o si es un poder real, que gobierna nuestro mundo mediante la tentación, de modo que, para combatirlo con éxito, debe buscarse ayuda en otra esfera del ser.*" Pero ahí terminan las similitudes y comienzan las diferencias.

Nietzsche, el hijo frustrado de un luterano enfermo, propuso que el hombre debía convertirse en su propio dios, arrancarse de raíz cualquier atisbo de dependencia, reescribir la moralidad con su propia voluntad como única autoridad. Para él, la parte bestial del hombre debía ser exaltada, su lado animal debía reinar y subyugar, porque en su óptica, la vida no es más que una lucha salvaje donde solo los más fuertes merecen existir. Su voluntad de poder termina siendo un darwinismo social sin redención, una brutal competencia donde la compasión es una debilidad y la moral cristiana, un veneno que impide al hombre alcanzar su grandeza.

Soloviev, por otro lado, vio la misma bestialidad en el hombre, pero la encaminó hacia Cristo. Entendió que el instinto, la fuerza y el dominio de sí mismo no debían llevar a la destrucción del otro, sino a la creación, a la edificación de algo más grande que el individuo. No se trata de aniquilar a Dios, sino de fusionarse con Él, de canalizar la energía salvaje en un propósito trascendente. (Muy propio de la teósis). El "sverkhchelovek" de Soloviev no es un animal racional con ansias de poder, sino un ser en el que la fuerza y la divinidad se encuentran en perfecta armonía. No un lobo hambriento que devora sin piedad, sino un guerrero que lucha por algo más grande que sí mismo.

Aquí está la gran diferencia: Nietzsche vio la crudeza del hombre y le dijo "*sé aún más salvaje*"; Soloviev la vio y dijo "*domínala y transfórmala*". Nietzsche propuso un hombre que se devorara a sí mismo y al mundo en su hambre de poder. Soloviev propuso un hombre que, con esa misma hambre, construyera reinos, defendiera la verdad y se alzara como un puente entre la tierra y el cielo.

Aquí se muestra una gran ironía: dos mentes brillantes diagnosticaron la misma enfermedad, pero propusieron curas opuestas. Nietzsche quiso crear un nuevo dios a partir del hombre mismo, como un alquimista que transforma plomo en oro, como un desesperado que se aferra a la nada y le llama fuerza. Soloviev, en cambio, entendió que el hombre necesita a Dios porque sin Él, lo único que le espera es el abismo. La

diferencia entre ambos es la misma que existe entre el hombre que se ahoga y cree que el agua es su enemiga, y el que aprende a nadar y la usa para avanzar.

Pero esta no es solo una ironía de dos filósofos muertos. Es la misma estupidez que hoy se repite con cada "nuevo diagnóstico" de Occidente. La misma gente que ve la decadencia, la crisis, la pérdida de sentido, no tiene problema en recetar pastillas huecas, placebos filosóficos, filosofías de autoayuda barata, creyendo que se puede sacar a Occidente del coma inducido sin tocar su alma, sin tocar las fibras más profundas, sin extirpar el cáncer.

Nietzsche vio el problema y no temió utilizar los términos más crudos para exponerlo, tan crudos que algunos en su mojigatería prefieren enterrar la cabeza en la arena como avestruces cobardes. Pero su solución fue arrancarle la columna vertebral a la civilización y ponerle una de madera y que con ello seguiría caminando. Su propuesta de un hombre sin Dios, impulsado solo por la voluntad de poder, no fue a futuro (mal entendido) la antesala del darwinismo social y la justificación filosófica de la brutalidad disfrazada de fortaleza.

Soloviev, por otro lado, entendió que, sin la trascendencia, sin la esencia divina del hombre, todo colapsa en un vacío autodestructivo. Pero no llegó más allá del misticismo propio de la iglesia rusa en la que creció y afirmó que la iglesia daría la solución, apostando demasiado a la institución como lo han hecho otros antes que él. Y el tiempo demostró que las instituciones, cuando se anclan demasiado a la sociedad sin reformarse desde dentro, suelen compartir las mismas miserias que la cultura en la que están insertas. Ambos vieron la bestia que habita en el hombre, la diferencia fue cómo decidieron tratarla. Nietzsche la liberó, la alimentó con su propia desesperación y la dejó devorarlo, creyendo que el instinto puro, sin freno ni guía, podía hacer del hombre un dios. Su "vitalismo" no alcanzó para construir el nuevo mundo; su frase más famosa fue "Dios ha muerto", no "Lo hemos logrado". Era un cirujano que, intentando extirpar el apéndice, arrancó los órganos vitales y dejó el cuerpo sangrando en la mesa de operaciones. Su voluntad de poder, al final, no fue más que la voluntad de autodestrucción disfrazada de grandeza.

Soloviev, por su parte, tomó esa bestia, la encadenó a Cristo y la disciplinó, entendiendo que toda esa furia, toda esa potencia, solo tiene sentido cuando se dirige a la creación y no a la destrucción. Pero una vez encadenada, en lugar de guiarla con su propia mano, la llevó a la iglesia y la entregó, creyendo ingenuamente que la

institución sabría qué hacer con ella. Grave error. La bestia quedó olvidada en el estante de los temas incómodos, de las cosas que la iglesia dejó a la deriva porque su verdadera preocupación a futuro no sería el destino de la humanidad, sino las orgías homosexuales de sus seminarios, las reuniones de obispos progresistas debatiendo cuántos colores más deberían agregarse a la bandera de turno y la glorificación de la cobardía bajo el disfraz de la misericordia.

Aquí radica la tragedia: uno dejó que la bestia lo devorara, el otro creyó que el sistema la domesticaría. Y mientras tanto, la civilización sigue atrapada entre estos dos polos: la anarquía salvaje de los que creen que la moralidad es un obstáculo y la inacción decadente de los que han confundido la fe con la cobardía. La pregunta es: ¿qué hacemos con la bestia dentro del hombre? ¿La dejamos suelta para que arrase con todo a su paso, o la dirigimos, la dominamos y la usamos para construir algo que valga la pena? Porque si nadie la controla, tarde o temprano encontrará quién la desate de nuevo.

Y aquí estamos hoy, atrapados entre los hijos de Nietzsche, que creen que la voluntad lo es todo, y los hijos del cristianismo enfermo, que han cambiado la fe por sentimentalismo vacío. La pregunta es: ¿qué camino tomamos? ¿Nos rendimos a la bestia y nos convertimos en depredadores sin propósito, o canalizamos la fuerza, sometemos el caos y nos alzamos como algo más que polvo y muerte?

Hoy, muchos leen a Nietzsche con la misma fascinación que un adolescente que descubre que puede romper reglas y siente que es un acto revolucionario. Es el mismo patrón de pensamiento de los intelectuales de café que posan de cínicos mientras el mundo se derrumba. Se repite la historia: el mismo intento de reinventar al hombre sin Dios, de fabricar un "superhombre" sin alma, una bestia con ínfulas de creador que se estrella contra el muro de su propia impotencia.

LA BESTIA NETAMENTE HUMANA

Intentos modernos existen, desde Jack Donovan, un homosexual que juega a ser espartano levantando pesas mientras en su vida privada traiciona el mismo ideal de masculinidad que predica; hasta Andrew Tate, un proxeneta cuya filosofía de vida se reduce a acumular dinero y mujeres como si fueran accesorios desechables. Luego están los influencers de la "masculinidad alfa", tipos que gritan sobre disciplina mientras venden cursos de autosuperación que no aplicarían ni en su propia vida. La

desesperación es real: jóvenes sin padre, sin referentes, sin tribu, buscan a ciegas cualquier modelo de fuerza en un mundo que los quiere sumisos, castrados y domesticados.

Pero lo que encuentran, en su mayoría, es puro espectáculo. Un circo de esteroides, coches de lujo y discursos reciclados de autoayuda. Les dicen que sean "machos", pero sin propósito. Que sean "fuertes", pero sin causa. Que acumulen riquezas y conquisten mujeres, pero sin crear nada que trascienda. La furia del hombre está ahí, la rabia ancestral de quien sabe que algo está mal en este mundo moderno, pero nadie le dice cómo canalizarla. Y en lugar de guiarla hacia la construcción, la usan para venderles una versión degenerada de lo que significa ser un hombre.

El hombre necesita dirección, necesita un código, un estándar más alto que la simple autoglorificación. Sin un ideal verdadero, sin una razón superior por la que luchar, la masculinidad degenera en pura animalidad. Y ese es el problema: los modelos actuales solo alimentan la bestia, pero no la doman. Nietzsche lo entendió y quiso convertirla en dios; Soloviev la encadenó a Cristo, pero confió demasiado en la institución. Los gurús modernos de la masculinidad, sin duda, están mucho más cómodos con la visión luciferina de Nietzsche, la misma que Anton LaVey consagró en su Biblia Satánica. No es coincidencia que repitan con otras palabras las mismas máximas del satanismo moderno: "*No hay redención, solo poder*" (LaVey, "The Satanic Bible"), o la exaltación de la dominación absoluta: "*Los fuertes gobernarán y los débiles servirán*" (Arthur Desmond, "Might is Right"). Ahora, escucha a Andrew Tate cuando dice: "*Dios no puede ayudarte, solo tú puedes hacerlo*"; o a Jack Donovan afirmando: "*Los hombres fuertes crean su propio código moral*". Es el mismo veneno, destilado en cápsulas de autoayuda para mentes desesperadas.

Cuando me percaté de que estos tíos que hoy son los representantes de cada vez más hombres que quieren guías, incluidos muchos cristianos, es donde pedí a Dios la fuerza y sabiduría para poder ayudar. Hermano, ve de cerca esto, antes de LaVey, (El creador de la Biblia Satánica) estuvo Arthur Desmond, (Ragnar Redbeard) quien incendió en el siglo XIX el mundo con su libro *Might is Right*,¹³ un manifiesto de brutalidad darwinista y supremacía masculina que afirmaba como fundamento el rechazo al cristianismo, la brutalidad, el canibalismo, la guerra, la violación y todo lo que el hombre pueda "conquistar" en su más cruda expresión "*natural*".

¹³ Redbeard, Ragnar. (1896). *Might is Right*. Dil Pickle Press, EE.UU.

La biblia satánica de Anton LaVey, ha sido considerada incluso un plagio de *Might Is Right*, Pero los masculinistas modernos que escuchan nuestros jóvenes, son un plagio de Nietzsche, Anton LaVey y Ragnar Redbeard. Te mostraré algunos ejemplos:

Might is Right: *"El derecho es un mito; la fuerza es la única realidad que gobierna el mundo"*¹⁴.

La Biblia Satánica: *"Benditos sean los fuertes, pues ellos heredarán la tierra. Malditos sean los débiles, pues ellos serán eliminados."*¹⁵

Jack Donovan: *"La fuerza es la base de la virtud masculina; sin ella, no hay respeto ni supervivencia."*¹⁶

Este primer ejemplo muestra cómo estos tres individuos están atados por el mismo ADN ideológico, un hilo que los conecta directamente con Nietzsche, quien les puso la base para su rebelión contra la moral cristiana. Pero, si escarbamos un poco más profundo, veremos que el veneno de esta filosofía no es otro que el mismo aliento luciferino. El mito prometeico de la fuerza redentora, la exaltación del hombre que se despoja de todo sometimiento para convertirse en su propio dios, es una doctrina que se remonta más allá de Nietzsche. Está en la boca de la serpiente en el Edén, en los juramentos de los ángeles caídos, en la caída de Lucifer mismo. Es la misma consigna de la rebelión celestial: "No serviré".

¿Y qué están bebiendo nuestros jóvenes? Precisamente esto. Se les vende como una alternativa viril y poderosa, pero lo que consumen es la doctrina de la bestia, el dogma del adversario, la teología de la autodestrucción disfrazada de fortaleza. Y al final, como todos los que han caminado este sendero, terminan devorados por su propia soberbia. Este no es solo un problema filosófico, es una guerra de tinieblas y luz, y la pregunta es: ¿de qué lado vas a estar cuando el humo de la batalla se disipe?

Veamos otro:

Might is Right: *"La moralidad es una invención de los débiles para limitar a los fuertes."*¹⁷

¹⁴ Redbeard, R. (1896). *Might is Right, or The Survival of the Fittest*. Chicago: Auditorium Press.

¹⁵ LaVey, A. S. (1969). *The Satanic Bible*. Avon Books.

¹⁶ Donovan, J. (2012). *The Way of Men*. Dissonant Hum.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 34.

La Biblia Satánica: *"Satán representa la venganza en lugar de poner la otra mejilla."*

Andrew Tate: *"La moral es para los perdedores; los ganadores hacen lo que funciona."*¹⁸

Aquí está, desnuda y brutal, la doctrina de Lucifer disfrazada de filosofía de poder. Nietzsche la pulió con su martillo, LaVey la elevó a credo y ahora los gurús del hedonismo la venden como la verdad definitiva para el hombre moderno. No hay virtud, no hay justicia, no hay Dios: solo fuerza, solo dominio, solo el que impone su voluntad sobre el otro.

Pero no nos engañemos, esta es la consigna de la rebelión eterna. Es la voz que susurró en Edén, la que prometió divinidad a cambio de traición, la que hizo caer a los ángeles, la que sigue repitiéndose en cada generación como el eco de una guerra que nunca terminó. Y si esta es su doctrina, la nuestra es otra. La guerra sigue su curso. No es una lucha de hombres contra hombres, no es una disputa de discursos, es la batalla final entre la Verdad y la Mentira, entre el Creador y su usurpador. Los que hoy beben de estas fuentes están eligiendo su bando sin siquiera saberlo. Pero que quede claro: cuando la trompeta suene y las filas se formen, cada hombre se verá obligado a inclinarse. La pregunta es: ¿ante quién?

Veamos un último ejemplo:

Might is Right: *"El fuerte no pide permiso ni espera salvación; toma lo que desea con sus propias manos."*¹⁹

La Biblia Satánica: *"Odia a tus enemigos con todo tu corazón, y si un hombre te abofetea en la mejilla, ¡Abofetéale en la otra! Abofetéale con toda tu alma, pues el velar por uno mismo es la ley más excelsa"*²⁰

El Temach: *"No esperes que nadie te dé nada, compa; si quieres algo, lo tomas con fuerza o te lo quitan los demás."*²¹

¹⁸ Tate, A. (2022, Agosto). Publicación en Twitter [Mensaje en redes sociales]. Recuperado de: <https://twitter.com/Cobratate>

¹⁹ Capítulo 3, sobre el poder individual.

²⁰ Ibid., pág. 20

²¹ Castilleja, L. (2023, abril 25). Modo guerra: No te rindas nunca [Video de TikTok]. Recuperado de: https://www.tiktok.com/@el_temach/video/7226098549398736134

No es de extrañar que muchos de estos falsos profetas compartan el mismo desprecio por el cristianismo. Sus palabras encajan con precisión quirúrgica en el molde de Redbeard, LaVey y Nietzsche: *"El cristianismo es una religión para esclavos"* (Nietzsche, *"El Anticristo"*). Lo que venden no es masculinidad, es nihilismo envuelto en esteroides y cuentas bancarias infladas. No buscan rescatar al hombre, sino explotar su frustración y canalizar su rabia hacia el mismo abismo del que supuestamente quieren salvarlo.

La diferencia es que el satanismo de LaVey al menos era honesto en su desprecio por Dios. Los gurús modernos de la masculinidad, en cambio, fingen ser aliados de los valores tradicionales mientras corroen sus cimientos desde dentro. Se hacen pasar por guías cuando en realidad solo son mercaderes de la desesperación. Es como la puta que da consejos de moralidad en Twitter y TikTok. Porque, al final, su mensaje es el mismo: *"Sé tu propio dios"*. Y ese es el eco más antiguo de la rebelión que el mundo ha conocido.

Su mensaje es el mismo veneno con una nueva etiqueta. *"Haz lo que quieras será toda la ley"* (LaVey, *"The Satanic Bible"*). *"El único pecado es la debilidad"* (Arthur Desmond, *"Might is Right"*). Ahora escucha a Andrew Tate cuando dice: *"Si eres pobre es porque te lo mereces"* o *"Dios no puede ayudarte, solo tú puedes hacerlo"*. O a Jack Donovan afirmando: *"El hombre solo es verdaderamente libre cuando forja su propio código moral"*. Cada una de estas frases es un reflejo del mismo dogma luciferino que rechaza la sumisión a cualquier autoridad superior y glorifica el ego, el poder y la dominación.

La modernidad ha convertido la masculinidad en una grotesca caricatura de lo que alguna vez fue. A los hombres no se les enseña a construir, sino a devorar. No se les dice que dominen su fuerza, sino que la usen sin propósito. *"Acuéstate con cuantas mujeres puedas"*, *"Mide tu éxito en coches y propiedades"*, *"Los músculos son para golpear, no para proteger"*. Todo esto no es más que la vieja herejía del orgullo absoluto, la rebelión de Lucifer adaptada para una generación de hombres huérfanos que buscan dirección en charlatanes con Lamborghini.

Yo vi esto por el amor de mi propio Dios; el paralelismo con LaVey y Redbeard es brutal. Lo que ellos predicaban abiertamente como satanismo, hoy se vende como desarrollo personal. La diferencia es que antes el diablo te decía lo que era, y ahora lo

disfraz de autoayuda. Y la pregunta es: ¿vas a comprar el paquete o vas a despertar antes de que sea demasiado tarde?

En su propia dimensión, estos nuevos masculinistas representan el epítome de la superación del hombre emasculado de Occidente, pero no sin su buena dosis de degeneración. Para cientos y miles de jóvenes sin padre, sin tribu, sin referentes sólidos, la ayuda viene de ellos, de la misma forma en que las viejas civilizaciones recibieron a los ángeles caídos como dioses que les enseñaron el arte de la guerra, pero a cambio les arrebataron el alma.

Y aquí está el problema: en el fondo, muchos de estos gurús no buscan restaurar al hombre, sino pervertirlo de otra forma. Desde Jack Donovan, el homosexual con delirios de Esparta que predica sobre la hermandad viril mientras ignora que sus pulsiones destruyen lo que intenta construir, hasta Andrew Tate, el proxeneta de la modernidad, cuyo evangelio de autos, putas y dinero no es más que un nihilismo vestido de traje caro. Estos son los modelos actuales: uno corrompe la fuerza con su propia contradicción y el otro la convierte en un arma de explotación.

Lo sensato es que podemos estar de acuerdo con mucho de lo que dicen, igual que Soloviev estuvo de acuerdo con la crítica de Nietzsche a la moral burguesa y afeminada de su tiempo. Pero en el fondo, el problema persiste. ¿La bestia será netamente humana o será divino-humana? El cristiano ha de tomar uno u otro lado. La tragedia es que, en la actualidad, demasiados cristianos están tomando el lado netamente humano, el que aplaude la brutalidad sin dirección, la fuerza sin propósito, la voluntad sin trascendencia.

No necesitamos hombres que solo levanten pesas y acumulen riqueza. Necesitamos hombres que canalicen esa fuerza, que la pongan al servicio de algo más grande que sus propios deseos. Porque sin eso, la bestia solo se convierte en otro tirano, en otro depredador, en otro engranaje de la decadencia.

Yo mismo he visto cómo, al verter sobre almas inocentes la invitación a superar sus tendencias débiles, se tornan en arrogantes, tiranos y malvados, porque algo que no podemos negar como hombres, ¡es que la bestia está ahí! Y si es alimentada sin freno, cobrará fuerza y se convertirá en otra forma de decadencia. Pero el camino contrario no es ignorarla y atomizarla, porque parte de nuestra masculinidad viene de ahí. Lo complejo del asunto se ve en el propio intento de los pastores modernos por hablar de

masculinidad. Libros como el de Richard Rohr o John Eldredge intentan acercarse a la virilidad cristiana, pero terminan siendo dulces con extra-azúcar, cargados de sentimentalismo que solo refuerzan la emasculación del hombre moderno.

Nos venden una versión de la masculinidad que suena más a terapia de grupo que a un llamado a la batalla. "*Sé vulnerable*", "*Conéctate con tu niño interior*", "*Llora sin miedo*", dicen estos libros, como si el problema de la crisis masculina fuera una falta de emociones en vez de una falta de propósito y dirección. ¿Llorar para que carajos? A menos que sea en un todo catártico que depure de mí mismo esas tendencias aberrantes de mi naturaleza caída. Pero no, estos tíos quieren que llores para que en un acto circense descubras que el agua moja y que en efecto el hombre llora. Es la misma receta que la sociedad lleva décadas sirviendo: un cristianismo desdentado que convierte a los hombres en ovejas dóciles, temerosos de su propia fuerza, incapaces de cargar con el peso de su misión.

Cristo no llamó a los hombres a convertirse en seres pasivos que solo hablan de amor y heridas emocionales. Cristo enfrentó a mercaderes, fariseos y demonios con autoridad. Llamó a sus seguidores a tomar su cruz, no a sentarse en círculos a compartir sus sentimientos. La masculinidad bíblica no es autoayuda disfrazada de teología. Es sacrificio, es disciplina, es dominio propio. Y lo que estos libros nunca entienden es que un hombre sin fuerza no puede proteger ni amar con verdadera profundidad.

Pero tampoco podemos culparlos del todo. Al parecer, todos hemos desarrollado nuestra propia visión de Jesús. Para algunos, es un hippie que consume LSD y regala flores en la calle. Para otros, un activista de derechos humanos que vino a abrazar a todos, sin importar lo que hagan. Para otros más, Jesús es un león, pero chiquito, domesticado, una especie de felino de compañía que ruge bajito para no asustar a nadie. Cada grupo lo ha moldeado a su imagen y semejanza, fabricando su propio arquetipo conveniente. ¿No es curioso? Al parecer, cualquiera puede diseñar su propia versión de Cristo, siempre y cuando no se parezca al real. Y ahora vendrán algunos a decir que yo también estoy presentando el mío, ¿no? Quizá.

EL PROFETA

Siendo huérfano, comprendí pronto a Nietzsche. Habiendo abandonado en algún tiempo el cristianismo, sentí en mis entrañas el odio visceral que el ateo, el satánico y

el obtuso pueden llegar a tener por Dios. No era solo un rechazo intelectual, era un grito de furia, un deseo de escupirle a la cruz, de incendiar cada altar donde el nombre de Cristo fuera mencionado. Usando los talentos que Dios me había dado, levanté mi mano como Juliano el Apóstata y honré a LaVey como el tío sincero que, en su coherencia, se entrega con orgullo a la oscuridad. No me limitaba a descreer; quería demoler, quería blasfemar, quería ver a Dios arder en la hoguera de mi propia desesperación.

En mi tránsito por la locura, me infecté del veneno de la masculinidad sin propósito. La bestia fue alimentada con resentimiento y poder, y le llegué a confesar a mi esposa mis deseos más oscuros: matar a alguien, probar la sangre, pelear hasta ver la carne desgarrarse, hasta saciar la rabia que me devoraba el pecho. No era solo furia, era hambre de violencia, era la convicción de que el sufrimiento no podía ser el camino, no cuando los peces gordos de la religión se paseaban con sus túnicas limpias y sus bolsillos llenos, pisoteando a los débiles y burlándose desde sus púlpitos de oro. Escupí la idea de que la vida debía ser llevada con humildad y quebranto, porque solo veía en ella una herramienta de control.

Pero la bestia fue demasiado alimentada. Me convertí en su esclavo. Por años fui el Bukowski que termina tirado en la banquetta, bañado en su propio vómito, con la botella en la mano y el alma hecha pedazos. Fui el Palahniuk que, despreciando lo moderno, quería emancipar su alma del apego a las cosas materiales para convertirse en un Diógenes contemporáneo, un cínico sin rumbo. Fui el Nietzsche que, habiendo conocido el cristianismo desde adentro, apuntó su daga a sus entrañas y la retorció con deleite. Fui el Juliano que agitó su mano contra la cruz, convencido de que su final estaba escrito en ruinas y cenizas.

Y, sin embargo, aquí estoy. No porque me levanté por mi propia fuerza, no porque la bestia me convirtió en un titán, sino porque Dios, en su infinita paciencia, me arrancó de ese pozo de podredumbre antes de que me tragara por completo.

Habiéndome rodeado de las parias y escorias de esta sociedad, conocí el mal del que el hombre es capaz. Vi mi propia propensión al mal sin freno, la bestia rugiendo dentro de mí, esperando el momento exacto para salir y devorar. Sentí admiración por todos esos que ahora hacen babear a los pubertos porque tienen bíceps grandes, porque yo también creí que la reivindicación de la masculinidad no se da sin primero forjarte con el cincel del peso, con la disciplina de hierro, con la voluntad

inquebrantable. Me sedujo la idea de que la fuerza física podía redimir la debilidad espiritual, que la estética del músculo era suficiente para exorcizar la cobardía interna.

Este libro, irónicamente, nació en mi tiempo de apostasía. Lo concebí con odio, con furia, con el deseo de dinamitar a los cristianos, esos que, siguiendo a Nietzsche, me parecían esclavos, idiotas y eunucos, quienes, sublimando la debilidad, habían llenado a este mundo de parias inservibles. Para mí, eran los arquitectos de la degeneración, los responsables de la decadencia, los promotores de una sumisión enferma que condenaba al hombre a la mediocridad.

Pero Dios, en su infinita misericordia, me arrancó del hoyo de la degradación, me quebrantó, me hizo polvo y me trajo por el camino de la bondad. Me dobló como junco que no resiste la fuerza del viento, me obligó a ver que la verdadera fuerza no era la del puño, sino la de la voluntad rendida a Él. Así que este libro ya no es un manifiesto de guerra contra la fe, sino un intento de ayudar a mis hermanos, a los jóvenes que, como yo, quizá se han visto tentados a ceder a la frustración, a la castración y emasculación a la que intentan ser sometidos.

No, la respuesta no es convertirse en otro animal rabioso, sin rienda, sin propósito. La respuesta es encaminar la bestia dentro de nosotros, forjarla en el fuego de la disciplina y la fe, convertirla en algo más que carne y furia. Para mí, el camino no es la rendición ni la brutalidad desbocada. Es la bestia divino-humana, el hombre restaurado en su propósito, guiado por la fuerza y la trascendencia. Y a ese hombre es al que me dirijo, al que aún puede despertar antes de que la desesperación lo convierta en otra bestia sin Dios.

Así que te diré lo que Dios me enseñó: nosotros, los hombres dentro del cristianismo, debemos ser profetas, no mártires. La sublimación del mártir es la inversión de la escala de valores. ¿De qué sirve morir sin antes haber hablado? ¿De qué sirve la sangre si no ha dejado un eco en el tiempo? Para ser mártir, primero hay que ser profeta. Un profeta no es un cobarde con nostalgia de la muerte, es el hombre que se levanta con voz de trueno contra un mundo corrompido. Un profeta es el que grita en la cara del poder, el que no negocia con la mentira, el que no besa la bota del tirano. El profeta es el verdadero hombre cristiano, porque mientras todos se esconden detrás de la prudencia, él se para en la muralla y ruge. Aquí tienes tu llamado: toda esa fuerza, toda esa ira que palpita dentro de ti, no es un error. No la extingas, no la reprimas con filosofías afeminadas que quieren castrar la voz del hombre. Esa furia,

ese poder de la bestia, debe convertirse en un trueno contra la iniquidad, un rugido de atalaya contra la maldad. Solo entonces, tal vez, serás mártir. Pero si mueres, que sea como Juan el Bautista, con la sangre en la boca y la verdad como testamento. Que sea como Ezequiel, tronando contra la injusticia y la podredumbre de los que se sientan en templos corrompidos.

La bestia divino-humana es la que no se calla ante el pederasta con sotana, la que no se arrodilla ante el falso pastor que vende promesas a precio de oro, la que no aplaude la boca sucia de la inicua mujer que blasfema contra la naturaleza y el orden de Dios. La bestia divino-humana es la que, en lugar de bajar la cabeza y asentir como un perro amaestrado, se alza con la unción que los profetas de Lucifer jamás tendrán. Porque los falsos profetas de este mundo han cambiado el fuego por palabras tibias, han convertido la verdad en un negocio, han traicionado el legado de los hombres que se enfrentaron a la oscuridad y fueron devorados por ella, pero con un grito final que todavía resuena.

Y sí, el músculo físico es bueno, pero el espiritual es el que para todo aprovecha. No sirve de nada levantar pesas si no puedes levantar la voz contra la mentira. No sirve de nada endurecer el cuerpo si tu espíritu es débil, si tu mente está domesticada como la de un perro faldero que solo espera la orden de su amo. No te engañes: la fuerza sin convicción es solo espectáculo, un circo de vanidad sin propósito. Si todo lo que entrenas es tu cuerpo, pero no tu carácter, no eres un hombre, eres una estatua hueca, un adorno de gimnasio que se desmoronará cuando llegue la verdadera prueba.

Clamar a voz en cuello te dará un sentido de pertenencia, te colocará en la guerra. Pero no la guerra de los idiotas que buscan validación en los ídolos de este siglo, en los Tate y los Donovan, en los falsos profetas de una masculinidad prostituida. No, la verdadera guerra es otra. Es la que se libra contra la cobardía, contra la mentira institucionalizada, contra el silencio cómplice que ha convertido a los hombres en sombras de lo que deberían ser.

No seas uno más de los que susurran en las sombras. No seas uno más de los que se esconden detrás de excusas y complacencias. Grita como un trueno en la tormenta, rompe la estructura de lo corrupto con la voz de la verdad. Clama a los huesos secos y mira cómo vuelven a la vida, porque si no lo haces, si no asumes el peso de la responsabilidad, terminarás como otro fantasma perdido en esta era de hombres emasculados.

Cuando regresé al cristianismo, la bestia seguía ahí, pero ahora era consciente de ella. ¡Dios me ha hecho hombre! Y no un hombre domesticado, no una sombra pusilánime escondida detrás de sotanas manchadas de vergüenza. Me siento agradecido por ello, porque no fui a poner mi masculinidad a merced del pastor de turno de instituciones religiosas podridas, infestadas de hipócritas y emasculados que se ofenden si un hombre es hombre. No me doblé ante los coros progresistas que gritan la emasculación como virtud, no incliné mi cabeza ante los que han cambiado la verdad por consignas de inclusión. He clamado con voz en cuello y he declarado el juicio que se avecina.

Alzo mi voz contra Andrew Tate, contra Donovan, contra Anton LaVey, contra el Temach y todos aquellos engendros que, ahogados en su propia carne, arrastran tras de sí a los inocentes, vendiéndoles la mentira del positivismo materialista como solución, la fornicación como fin, la riqueza como redención. ¡Los desenmascaro! Son profetas de su propio vientre, guías ciegos de la generación más perdida de la historia. No les importa la verdad, solo la adoración de los desesperados que buscan en su fango una razón para existir.

Fui el loco que pleiteó con mi Señor, fui el necio que creyó que podía pelear con Dios y salir vencedor. Hoy soy el martillo contra la iniquidad. Alzo mi voz contra el cura pederasta, contra el falso maestro que profana nuestros altares, contra el pastor hipócrita y adúltero que juega con la fe como si fuera una moneda de cambio. Alzo mi voz contra las huestes infernales de Satanás y le digo a Dios: ¡Quema mis labios con el tizón encendido de tu verdad, quema profundo y lánzame a la guerra de este mundo, Señor! Porque no hay tregua, no hay paz en la tibieza, no hay redención sin lucha.

Yo fui el loco masculinista que alimentó una bestia enferma, el insensato que creyó que la fuerza sin Dios era suficiente. Pero hoy soy el barro en las manos del Señor, moldeado por su juicio, templado por su fuego, listo para ser lanzado contra la mentira.

Hay pues en mí dos realidades, una bestia, la parte humana y carnal de mí, la conozco, ruge, soy consciente de su existencia, y también, la parte espiritual, la que toca el trono divino, la que besa los pies del Maestro. Él, en su infinita paciencia, me ha enseñado que individualiza su amor conmigo, que su vara y su cayado me han quebrado y restaurado, y que el día de la redención se aproxima.

Fui el loco, mas no lo soy más. Que caigan todos los que dicen "paz, paz", cuando no hay paz. Que sean arrancados de nuestros púlpitos los tibios y pusilánimes, los que hacen comercio de la fe, los que predicán un evangelio emasculado sin sangre, sin fuego, sin espada. Que sean abrazados todos aquellos que claman por justicia y verdad, que tiemblen los que negocian con la mentira, porque el juicio está en la puerta.

Sean derrumbados todos los convencionalismos obscenos que nos privan de la verdad, todas las doctrinas de hombres que han castrado la fe y la han convertido en un refugio para los cobardes. Que tiemblen los hipócritas que se esconden detrás de túnicas y títulos, que se aferran a un dios sin autoridad, a una religión sin poder, a un cristianismo sin cruz.

A la ley y al testimonio, porque si no hablan conforme a esto, es porque no les ha amanecido. No soy un eco de la modernidad ni un susurro temeroso en la multitud, soy un hombre y su Biblia, soy la bestia divino-humana. Un ser forjado en la guerra entre la carne y el espíritu, entre el polvo y la gloria. Porque el hombre sin Dios es una bestia sin rumbo, y el hombre en Dios es un león rugiendo en la selva de un mundo en ruinas. ¡Que se abran los cielos y que la voz del profeta se escuche una vez más!

¡Ay de ustedes, que sin temor al Eterno han ultrajado a los niños, han desfigurado la inocencia, han desgarrado lo que Dios ha santificado! ¡Ay de ustedes, chacales con sotana, que se enriquecieron con los huesos y la carne del feligrés, que bebieron la sangre de los justos mientras predicaban pureza desde púlpitos de oro manchados de vergüenza!

¡Ay de ustedes, pusilánimes, que callaron la verdad por temor, que bajaron la mirada cuando debieron levantar la voz, que aplaudieron la decadencia por miedo a la confrontación! ¡Ay de ustedes que hicieron de la casa del Señor un burdel de prostitutas, un mercado de indulgencias, un festín de inmundicia!

¡Ay de ustedes, sodomitas de doble cara, que en lo secreto arden en concupiscencias, pero en lo público profesan amor! No engañan a Dios, no ocultan su hedor, no borran su maldad con discursos progresistas. ¡Ay de ustedes, hipócritas, que pudiendo transformar el mundo, echaron raíces en su corrupción y la celebraron con himnos de falsedad!

¡Ay de ustedes, porque el Señor regresará como llama de fuego, y el juicio comenzará por la casa! ¡Ay de ustedes que convirtieron su iglesia en un harén de orgías, en un refugio para sus perversiones, en un altar al becerro de oro moderno! ¡El tiempo se acaba! El martillo del Altísimo caerá, y no habrá misericordia para quienes trocaron su verdad por mentira.

¡He aquí mi fuerza, he aquí mi virilidad! No quiero premios, ni tesoros, no tengo músculos que exhibir, ni dinero para comprar respeto, no conduzco Lamborghinis, ni presumo mujeres como trofeos. La bestia sirve al Señor, como el león que cerró su boca ante el santo Daniel. Soy la burra de Balaam, que, viendo al ángel, se ha sometido a su grandeza.

La fuerza no está en mis lomos, sino en el poder de su presencia. Que tiembren los cimientos podridos de la falsa fe, que ardan en llamas los templos de idolatría disfrazada de religiosidad. ¡Porque el fuego purificador está en camino y nadie escapará de su juicio!

¡Ay de ustedes, falsos pastores! ¿Quién los llamó? ¿Quién les dio el derecho de tomar la vara del pastor cuando su único propósito fue devorar el rebaño? ¡Ay de ustedes, lobos disfrazados de ovejas, que en un acto de ego desmedido se hicieron llamar apóstoles, ángeles y profetas, engrandeciéndose a sí mismos mientras engordaban como cerdos con la carne de sus seguidores! Se han sentado en el trono de la mentira y han erigido su reino sobre la ignorancia de los inocentes.

¡Ay de ustedes, pastoras, que deshonraron a los ángeles y escupieron en sus rostros! ¡Falsas profetisas que embelesaron el oído de los incautos, encantadoras de serpientes que danzaron con la mentira, creyendo que el tiempo las absolvería! Pero el tiempo no les perdonará, la sentencia está escrita y el juicio se acerca.

¡Ay de ustedes, ministros codiciosos, que disfrazaron su avaricia con un falso celo ministerial! Que en nombre de Dios pisotearon al débil, escupieron al pequeño y levantaron tronos para sus propios hijos, creyéndose intocables. Pero los ojos del Señor todo lo ven, y su justicia no dormirá.

¡Ay de ustedes, cantantes, que atosigaron al Señor con sus salmodias huecas, mientras en lo secreto se revolcaban en el fango de la inmundicia! Voces afinadas, pero corazones podridos. Himnos entonados con labios impuros, alabanzas que no traspasan el techo de sus templos de cartón.

¡Ay de nosotros! Los que debiendo hablar a los huesos secos, nos convertimos en sepultureros, los que debiendo encender la llama, la apagamos con nuestra tibieza. Cargamos con la culpa de haber guiado a otros al mismo abismo.

¡Ay de mí, Señor! Pues yo, que fui rival de tu grandeza, ahora me has traído de vuelta a tu casa. ¿Cómo podré pagarte sino siendo uno de tus jornaleros? No merezco más que el polvo bajo tus pies, y, sin embargo, me llamaste. Ahora pues, que este libro lleve tu sello y no el mío. Que mi nombre se desvanezca si es necesario, pero que tu verdad resuene como trueno en los cielos. Amén.

CAPITULO DOS

LA DOMESTICACIÓN DEL ANIMAL

CAPITULO DOS

LA DOMESTICACIÓN DEL ANIMAL

Un loco se presentó en la plaza del pueblo con voz calamitosa y ojos vidriosos, el rostro enflaquecido por el destierro al que él mismo se asumió, le marcaba la quijada y le daba un tono sombrío al rostro. Este tipo de piltrafas huesudas llaman mucho la atención de los obesos, quienes se preguntan, “¿cómo logró este hombre vestir tan elegante hueserío, mientras yo no puedo dejar de ser un cerdo?” parado desde la esquina de la calle, gritó sus consignas contra la tarde prístina, diciendo que "Dios había muerto", o algo así. Su profecía era el culmen prosaico del Prometeo, la carne de los dioses yacía putrefacta ante los ojos de los transeúntes, y ellos, ciegos de costumbre, no se habían dado cuenta, que una pandemia se había desatado y les estaba llegando el hedor de las primeras muertes. Entre mordiscos de hamburguesa, risas y grabaciones improvisadas, los más jóvenes vieron a aquel profeta como una piltrafa más de la cotidianidad que les hace reír. Otros, levantaron su nariz respingada y le vieron demasiado hediondo como para mezclarse con él, así que le ignoraron mientras se abalanzaban a las tiendas de ropa de marca. Pero otros le prestaron sus oídos y cedieron, y de entre la masa obtusa que viven para sus vientres, surgieron fieros adalides que hicieron suyas aquellas profecías y como quien pelea en las termopilas y busca ganar o ganar, estos hombres intentaron construir un nuevo mundo después del anuncio de la muerte del otro.

"*Construyamos un nuevo mundo*", clamó, y aquellos hombres que cedieron, sedientos de revolución, tomaron su martillo con fervor. No era un hombre, era un heraldo del caos, un Moisés sin tablas sagradas, un sumo sacerdote de la descomposición.

Uno de entre esa multitud amorfa surgió con genio y prodigalidad única, afirmó que el hombre precisa desarraigarse de sus entrañas la idea de que la religión sirve de algo. Juró, con la solemnidad de un inquisidor sin Dios, que la última atadura del hombre era su fe, que la única salvación estaba en quebrar la cruz sobre la espalda de los siglos. Arengó a otros hombres a ver la religión como "*opio*" que adormece, un veneno que debía ser purgado. Un nuevo mundo, según sus consignas, no podía construirse si primero no se libraba la última batalla, la más importante, la que define

todo. Lanzó entonces al hombre contra el hombre, y millones murieron persiguiendo la comuna hedonista que en sus delirios aquel Teudas de los esclavos, prometió.

Y estos profetas guiaron a multitudes. Vi luego a otro, que emergió de entre la masa, con la mirada incendiada en un ideal noble: apostarle todo al juego de su raza, su gente, sus propias idiosincrasias. Pero en su tablero se interponían dos piezas que no podía tolerar: el judío y el cristiano. A uno decidió aplastarlo, al otro intentó remodelarlo, torcerlo hasta convertirlo en una herramienta de su utopía. Divagó en sus ensueños sobre cuál era esa forma de depurar de sus elementos judíos al cristiano y hacerlo una bestia mejorada. Su evangelio no era nuevo, solo era una variación del odio primigenio que se alimenta de la sangre de los mártires. El loco de la plaza se sintió muy contento de este profeta, fue su hijo predilecto.

No habiendo funcionado los planes de tan amados profetas de la masa, vi nacer contubernios de profetas, hombres reunidos en secreto, cavilando en sombras, entrelazando susurros y conspiraciones. "La Babel idílica debe erigirse", decían, "pero esta vez con mejores cimientos". No con martillos de fuego ni con banderas de exterminio, sino con la sutil persuasión del dogma moderno, con la deconstrucción de la historia, con la remodelación del alma colectiva. Debemos no destruir al Cristianismo, sino al hombre cristiano.

Yo vi a la masa. Vi a mi primo, a mi hermano, a mi tío, a mi amigo. Vi cómo eran llevados por el profeta de turno, cada uno con su evangelio de promesas, su credo de ilusiones, su catecismo de destrucción. Vi que era así hasta el fin. Y comprendí que siempre lo había sido, que la historia es una espiral donde los mismos profetas reaparecen con nuevos rostros, donde el mismo aliento de rebelión sopla con nuevas consignas. Vi que el juego sigue su curso, y que la masa, con ojos vacíos, siempre seguirá a su predicador.

Cuando yo, el hombre desterrado de Adán, escuché las arengas de algunos de estos, me sorprendí de que tal poder se les haya concedido, de que una fuerza oscura pareciera asistirles en su elocuencia. Tal imaginación, tal sentimiento y tal pasión los acompañaban que sus discursos encendían mi pecho como un fuego antiguo, sus ideas parecían despertar las fibras más profundas del espíritu, y quedaba, si me lo permitía, preso del sopor de algún "*espíritu*" que les insuflaba su aliento. Pero hoy, con un poco más de lucidez, con la cicatriz de la batalla en la mente y el oído afinado por la sangre y el tiempo, habiendo aprendido a detectar la voz del hijo de perdición en sus

palabras, te diré que su poder no está en las mentiras descaradas, sino en las medias verdades, en los venenos disfrazados de miel, en el engaño astuto que seduce antes de devorar. No vienen con garras, sino con palabras embriagadoras; no usan cadenas, sino discursos que envuelven como terciopelo antes de cerrar como hierro.

La era de los profetas nunca concluye. Sus ecos resuenan en cada siglo, sus palabras se clavan en la carne de la historia. Podemos seleccionar nombre tras nombre, pero yo te presento tres, porque se han convertido en el arquetipo general de todos nosotros. Son la trinidad que define la lucha espiritual del hombre occidental, los espejos en los que, aunque no lo queramos, todos nos reflejamos: Nietzsche, Soloviev y Bukowski.

LOS TRES HOMBRES

Tres nombres que, en apariencia, no comparten más que su genialidad y su furia. Y, sin embargo, los tres convergen en un mismo diagnóstico: la decadencia de la civilización. No es coincidencia. Cada uno de ellos, a su manera, intentó canalizar el sentimiento religioso del hombre moderno, pero sus caminos los llevaron a conclusiones radicalmente distintas. Nietzsche, el profeta del nihilismo, destruyó a Dios y, sin darse cuenta, colocó en su lugar el arquetipo del superhombre, el hombre divinizado por la voluntad de poder. Soloviev, en cambio, vio la debacle moral y entendió que la única salvación del hombre era la divinidad encarnada en Cristo, el único superhombre real. Y Bukowski, con su lenguaje sucio y su desprecio por la sociedad posmoderna, no hizo más que señalar con brutalidad lo que todos sentían: que el hombre moderno se ha convertido en una parodia de sí mismo, domesticado y sumiso.

No son solo tres nombres, son tres narrativas en conflicto. Tres formas de lidiar con el mismo problema. Tres visiones que emergen de la masa porque, aunque el hombre promedio se ahogue en su insignificancia, siempre hay quienes surgen con la clarividencia de la tragedia. No importa cuánto lo nieguen, todos buscan lo mismo: **sentido**. Algunos lo encuentran en la negación absoluta, otros en la redención, otros en el desprecio. Pero el dilema sigue siendo el mismo: ¿seremos dioses, bestias o redimidos?

Nietzsche advirtió que la moral de esclavos terminaría por devorar a Occidente desde dentro: *"El hombre moderno ha olvidado cómo morder, y por ello ha perdido el derecho a devorar"* (Nietzsche, 1887). Y su legado no es otra cosa que la exaltación

del masculinismo luciferino, ese que predica la brutalidad sin Dios, la imposición sin ética, la voluntad de poder sin redención. En su mundo, el hombre no busca trascendencia, solo dominio. Es el arquetipo de la bestia que se niega a reconocer su espíritu, que prefiere arder en su propia soberbia antes que inclinar la cabeza ante algo más grande que él.

Soloviev, en su visión profética, alertó sobre la corrupción de los valores como el prelude de la auto aniquilación espiritual: "*Un pueblo que renuncia a su propia fuerza se entrega a la misericordia de su enemigo*" (Soloviev, 1899). Representa al cristiano que se apercibe del caos que se avecina, el que no se rinde sin luchar, el que sabe que la civilización que heredamos fue construida sobre sangre y sacrificio, pero que sin Dios es solo ruinas esperando colapsar. Es la voz que dice que la batalla no se libra en el gimnasio ni en la cuenta bancaria, sino en el alma del hombre, donde cada decisión lo acerca a la luz o lo sumerge más en las tinieblas.

Bukowski, con su brutal honestidad, arremetió contra la hipocresía de una sociedad que se ahoga en su propia autocompasión: "*Hemos criado generaciones de hombres blandos con corazones débiles, y ahora nos sorprendemos cuando nos gobiernan imbéciles*" (Bukowski, 1994). Es el genio desquiciado que ve todo arder y, en lugar de intentar salvarlo, escupe en las cenizas. No cree en redención, no busca reconstrucción, solo quiere ver el derrumbe total, porque en su nihilismo feroz ha entendido algo doloroso: cuando el edificio está podrido hasta los cimientos, quizá lo único que queda es dinamitarlo.

Tres profetas, tres narrativas, tres caminos que muestran lo mismo con distintas luces: la crisis del hombre moderno. Y la pregunta que se impone es simple: ¿quién tendrá razón cuando llegue la última hora?

Los tres vieron la domesticación del hombre como una aberración contra su propia naturaleza. La humanidad nunca ha sido diseñada para vivir en un letargo de paz artificial, sin conflicto, sin el filo de la supervivencia que cincela su carácter. Domar al hombre es intentar torcer las leyes inquebrantables de la naturaleza, pero también es una guerra interna, un proceso de contención entre la bestia, el espíritu y el cinismo absoluto.

Mientras haya parias que deseen destruir el cristianismo para imponer la "vitalidad" de esa bestia indómita que grita desde dentro que deben "tomar lo suyo", Nietzsche

estará al acecho, listo para darle el martillo al Joker moderno, al desencantado, al vengador sin causa que prefiere dinamitar la moral antes que mirarse en el espejo de su propia miseria. Es el rugido del hombre que niega su espíritu, que prefiere la brutalidad sin redención, la fuerza sin justicia, el poder sin sentido.

Soloviev, en cambio, es el cristiano que corre velozmente hacia la tumba, pero nunca entra en ella. Hay en él una suerte, aunque sea mínima, de escapismo metafísico, una fe inquebrantable en la institución, en el todo por encima del individuo. Ironía de ironías: lo que hacía rabiar a Nietzsche. Para Soloviev, la historia es cíclica, el hombre puede caer, pero la Iglesia permanecerá. Así que, apuesta a la salvación en lo colectivo, mientras el individuo se atomiza en la esperanza de que, aunque el mundo arda, la reconstrucción es inevitable.

Bukowski, con el ojo afilado del que ve más allá del humo y los discursos dulzones, se da cuenta de que una sociedad gobernada por maricas no dura mucho. Escupe al suelo, bebe de su botella y se ríe de la masa desde su balcón mientras Roma arde. Él no tiene esperanza ni pretende salvar nada. No construye templos ni levanta martillos; solo observa el colapso y lo acepta con el desprecio de quien sabe que todo es una broma cósmica.

Los tres son parte del hombre moderno, porque el hombre moderno bebe de los tres. El tejido social está infectado por el luciferismo masculinista de Nietzsche, por la jerga metafísica de la Iglesia que a veces roza lo místico, y por el brutalismo indiferente de Bukowski. Tres caminos, tres destinos, y en el centro de todo, el hombre fragmentado, incapaz de decidir si es un dios, una bestia o un redimido.

LA REALIDAD DEL HOMBRE MODERNO

A los tres, les debemos tres visiones, y en los tres, está el destello del “*debemos hacer algo*”, o por lo menos, el, “*algo aquí está mal*”. Los siguientes datos no son un juego, no son meros apuntes de académicos enclaustrados ni arengas de púlpito. Son la hoja de diagnóstico de una civilización en fase terminal. Y la pregunta que se impone, la única que vale la pena hacer, es: ¿qué haremos con esto?

J.D. Unwin, en su estudio sobre la decadencia de las civilizaciones, concluyó que la indulgencia sexual descontrolada y la pérdida de valores de autodisciplina preceden inevitablemente a la implosión de cualquier sociedad avanzada (Unwin, 1934). En palabras llanas, las sociedades que colapsan, es donde las mujeres se vuelen putas

aceptadas y los hombres fornicarios y homosexuales. Spencer advirtió que el colapso de una cultura comienza cuando la estructura jerárquica se desmorona bajo el peso de un igualitarismo insostenible (Spencer, 1896). Ortega y Gasset describieron el fenómeno de la 'rebelión de las masas', donde la mediocridad toma el poder y destruye todo rastro de grandeza y excelencia (Ortega y Gasset, 1930). Pablo, en su epístola a los Romanos, advirtió que la degradación moral es la última fase antes del juicio de una sociedad: "*Se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido... llenos de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad, envidia, homicidio, contienda, engaño y malignidad*" (Romanos 1:21-29).

La degeneración, pues, no es solo un síntoma del colapso, sino su acelerante. Occidente ha cambiado la gloria por la complacencia, la voluntad por la resignación, el sacrificio por el placer efímero. Y como todas las civilizaciones que han seguido este camino, su destino está escrito en la piedra del tiempo.

La naturaleza no se suicida. No pide disculpas. No se arrodilla. No firma su propia condena con tinta rosa. No gime de culpa por haber sobrevivido. La naturaleza es una perra despiadada que premia la sangre caliente, los colmillos afilados, el hambre que no se disculpa por devorar. Y, sin embargo, aquí estamos: una civilización de hombres domesticados, castrados, cantando himnos a su propia emasculación.

Donde voltees, siempre verás el mismo patrón: sociedades implorando desde el propio seno familiar hasta el colapso de la estructura misma de la civilización. Roma, Babilonia, Egipto... Todas ellas dan testimonio de lo que nos espera. En Roma, el 75% de la población vivía del subsidio estatal antes de su caída, mientras la moral y el sentido de deber se disipaban en un océano de hedonismo y política corrupta. Babilonia cayó cuando su élite se convenció de su propia invulnerabilidad y convirtió la decadencia en su religión. Egipto dejó de ser una potencia cuando su aristocracia se volvió más preocupada por su comodidad que por la expansión de su imperio.

Hoy no es diferente. En Occidente, más del 40% de los niños crecen sin un padre en casa, el suicidio masculino ha aumentado un 30% en las últimas dos décadas, y las tasas de natalidad se desploman mientras la confusión de roles destruye el tejido social. La historia es cíclica y su veredicto es claro: **cuando la familia colapsa, la nación le sigue. Cuando el hombre abdica, el caos lo sustituye.** La degeneración de la cultura y la disolución de las estructuras fundamentales no son casualidad; son el precio de una sociedad que ha elegido su propia tumba.

Pablo ya lo advirtió en su epístola a los Romanos sobre el destino de los que reniegan de la verdad: "En consecuencia, Dios los ha dejado a merced de la inmundicia en el ansia de placer de sus corazones, que los arrastra a deshonorar sus cuerpos entre ellos, ya que han cambiado la verdad de Dios por la falsedad, y dan culto y sirven a la creación en vez de al Creador, que es bendito para siempre. Amén" (Romanos 1:24-25). La palabra clave aquí es '*epithymía*', traducida como 'concupiscencia', ese deseo ardiente de placer prohibido que esclaviza al hombre en su propia degeneración. Aristóteles lo definía como lanzarse tras el placer, los estoicos como lanzarse tras un placer que desafía toda razón, y Clemente de Alejandría lo llamaba un impulso irracional hacia lo que produce placer.

Este es el retrato de Occidente: un cadáver andante, una civilización que se cree invicta mientras se ahoga en su propio vómito de complacencia y depravación. Un imperio que cambió la grandeza por la mediocridad, la voluntad por la cobardía y la gloria por la servidumbre. Como un drogadicto en su último estado de alucinación, se revuelca en la mugre de su propia degeneración sin darse cuenta de que el suelo bajo sus pies se está desmoronando.

Porque esto no es progreso, es podredumbre con esteroides. Es la glorificación de la carne sobre el espíritu, la anulación de la hombría, el exterminio de la disciplina. Y mientras Occidente celebra su propia decadencia, las naciones que aún no han doblado la rodilla al becerro de oro afilan sus cuchillos. La historia no perdona, la biología no se compadece, y el reloj sigue corriendo. La pregunta no es si este mundo se vendrá abajo, la pregunta es: ¿estarás de pie cuando eso ocurra, o serás solo otra piltrafa humana lloriqueando porque nadie vino a salvarte?

La consecuencia de este abandono moral es ineludible: cuando una sociedad alcanza este nivel de autodestrucción, no hay marcha atrás. O es conquistada por civilizaciones más fuertes, o colapsa desde dentro bajo el peso de su propia corrupción. No hay excepción. La historia nos grita esta verdad desde las ruinas de Roma, desde los escombros de Esparta, desde cada gran imperio que alguna vez creyó que podía desafiar la realidad de la naturaleza humana y salirse con la suya. Pero la naturaleza no se puede domesticar. No se puede contener lo inevitable. Y Occidente, al reírse de la advertencia y entregarse al culto de la debilidad, ha sellado su propio destino.

Siempre han existido los "sabios", los "locos", los "profetas" que, con voz prodigiosa, advierten sobre la catástrofe que se cierne en el horizonte. Son los vigías en la muralla, los atalayas en la noche, los que ven antes que nadie la sombra del colapso extendiéndose sobre la civilización. Y, sin embargo, sus advertencias son siempre ignoradas, ahogadas en la carcajada idiota del mundo que prefiere bailar mientras el incendio devora los cimientos. Para los pensadores de cada época, su tiempo parecía un caos irrefrenable, una tormenta que nadie quería reconocer. Entre bastidores, se podía oír la risa burlona de los dioses, como dijo Séneca: una edad "sacudida por la agitación de un alma que ya no era dueña de sí misma" (Séneca, De Vita Beata). Pero ya no es solo la agitación de un alma errante, es la condena de una civilización que, a fuerza de creerse invulnerable, se ha entregado a su propia aniquilación.

Pero los profetas son silenciados. Los sabios son escrachados, ridiculizados, relegados al ostracismo. La sociedad rechaza a quien le muestra su propia putrefacción. Jeremías fue arrojado a un pozo por anunciar la caída de Jerusalén. Sócrates fue condenado a beber cicuta por desafiar la ignorancia colectiva. Cristo fue crucificado porque su mensaje exponía la hipocresía de los poderosos. La historia se repite porque el hombre rehúye la verdad.

Así se cumple lo escrito: *"Pero no quisisteis oír mi voz, dice el Señor, y me provocasteis con la obra de vuestras manos para mal vuestro. Por tanto, así dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo envío sobre vosotros hambre, espada y peste, y os entregaré para espanto a todos los reinos de la tierra"* (Jeremías 25:7-9).

Cuando el profeta no es oído, la destrucción es el único desenlace posible. Y cuando las advertencias se ahogan en la burla, la historia se encarga de ejecutar la sentencia.

LA MARICONIZACIÓN DEL CRISTIANO

La realidad es tan dura que ya nadie se asombra, porque nos hemos vuelto inmunes al desastre. *"El juicio ha de empezar por casa"* (1 Pedro 4:17), así que antes de mirar hacia afuera, pongamos la lupa sobre nosotros mismos, porque *"a los de afuera juzgará Dios"* (1 Corintios 5:13). ¿Existe una feminización del hombre cristiano hoy? ¿Sí o no? No solo la hay, sino que el simple hecho de que la pregunta exista ya es prueba de la infección. El hombre cristiano se ha amariconado en todos los sentidos propios de la palabra, y vamos a poner las cartas sobre la mesa.

Las estadísticas lo confirman: el 64% de los cristianos en EE.UU. son mujeres, mientras que la asistencia masculina a las iglesias ha disminuido en un 20% en las últimas dos décadas (Pew Research, 2022). Las formas litúrgicas por lo tanto se han ido adaptando a ese “nicho de mercado”; es decir, si el grueso de las personas que asisten a las iglesias son mujeres, homosexuales y afeminados, entonces adornemos la liturgia para satisfacer la demanda creciente. No es ninguna sorpresa que, nuestros jóvenes, lejos de ser preparados para el mundo que han de enfrentar, estén haciendo piruetas en leggings con banderas. La lectura no es una simple perorata contra la homosexualidad, ¡el problema está ahí!, El apologista evangélico William L. Craig, también lo ha vislumbrado, en sus palabras:

“En tercer lugar está mi afirmación de que la iglesia se está convirtiendo más y más feminizada. Lo que quiero decir con esto es que los servicios y los programas de la iglesia están en gran parte basados en factores emocionales y relacionales que atraen más a las mujeres que a los hombres. El problema de la falta de atracción de la iglesia a los hombres ha sido reconocido por los movimientos de hombres como Cumplidores de Promesas y libros como el de John Eldredge, Salvaje de Corazón. En ningún otro lugar esta feminización es más evidente que en la música contemporánea de adoración. ¡Alguien acertadamente comentó que, si uno fuese a cambiar las referencias de Dios en muchas de las canciones de adoración con la palabra “nena”, ellas sonarían como canciones románticas entre un hombre y una mujer! Esto no sería verdad de los himnos clásicos como “Castillo Fuerte” o “¿Y Podría Ser?” Después de haber hablado con unos hombres jóvenes, encuentro que muchos de ellos están apagados por esos sensibleros servicios de adoración y prefieren no asistir.”²²

David Murrow (*Why Men Hate Going to Church*)²³ es más tajante y afirma sin rodeos que los hombres ven en Jesús una figura afeminada y se sienten naturalmente repelidos por ello. La iglesia moderna, alineada hasta la médula con valores femeninos, ha convertido el cristianismo en un club de autoayuda sentimental donde

²² Craig, W. L. (s. f.). *La feminización del cristianismo*. Reasonable Faith. Recuperado el 11 de marzo de 2025, de <https://www.reasonablefaith.org/translations/dutch/question-answer/la-feminizacion-del-cristianismo>

²³ "Mientras hay hombres y mujeres que encajan en este tipo, las mujeres son la mayoría. Por lo tanto, hay más mujeres en la iglesia" (Murrow, 2011, p. 24).

el amor, la comunidad y la vulnerabilidad han usurpado por completo el lugar de la competencia, el honor y el sacrificio. Murrow sostiene que este giro ha hecho que los hombres se sientan incómodos, como intrusos en su propia fe, hasta el punto de percibir a Jesús como un supervisor moralista que los desprecia por no ser infantiles.

El hombre que voltea a verse así mismo y se ve el pecho lleno de vello, deseos de competencia y fuerza intrínseca, se sienten alejados naturalmente de Jesús, a quien incluso, se le pinta con rasgos femeninos en el ideario iconográfico de algunas religiones y ve al hombre tosco, rudo, o incluso mal encajado, como una paria. Si a eso sumamos que en el catolicismo se presenta incluso a Jesús como una “*mamitis*” aguda, donde su “*madrecita*” toma decisiones por él, pues entonces no debemos sorprendernos de lo que esto ha hecho en la psique de los hombres.

Porque si Jesús es así, una especie de figura llorosa, necesitada de validación emocional constante, un ser que exige sumisión sentimental en lugar de liderazgo y sacrificio, entonces se produce una fractura cognitiva y psicológica inevitable. Porque el hombre, en su naturaleza más básica, no fue diseñado para vivir como una extensión sentimental de la feminidad, sino para ser la imagen de la fuerza, el coraje y la dirección. Y, sin embargo, el cristianismo moderno espera que los hombres, adopten comportamientos ajenos a su esencia: una fe melosa, sumergida en alabanzas interminables, en abrazos colectivos que sustituyen la cruz por una comunidad de autoafirmación. El cristianismo moderno, exige al hombre que castre sus emociones para que pueda vivir en el mundo de los maricas.

Es decir, este nuevo cristianismo, es como un ansiolítico o un proyecto MK-Ultra en el que hay que reprogramar al hombre para que no sienta nada más que amor, o al menos finja una sonrisa, aunque sardónica, permanentemente pegada a su rostro. ¿Cómo demonios se logran algo así? El ser humano posee una compleja gama de emociones que incluyen desde la alegría hasta la rabia, desde el dolor hasta la indiferencia. Estas emociones no son accidentes de programación defectuosa; son inherentes, naturales y esenciales para su supervivencia psicológica y adaptación social. De hecho, estudios psicológicos han señalado repetidamente que reprimir emociones negativas aumenta significativamente los niveles de estrés, ansiedad y depresión²⁴

²⁴ Gross, 2002; Pennebaker & Chung, 2007

Considera esto: si un hombre jamás pudiera sentir alegría, sería inmediatamente catalogado como depresivo clínico, necesitado de terapia urgente o medicación psiquiátrica. Sin embargo, en un irónico y perverso giro de la modernidad, la emoción que hoy en día se sataniza con particular vehemencia es el enojo. Y aunque Jesús mismo manifestó furia contra la hipocresía religiosa (Mateo 23:13-33) y volcó mesas en el templo (Juan 2:15), hoy en día, cualquier hombre que exprese enojo, aunque legítimo, es inmediatamente diagnosticado por pseudo-psicólogos, apologistas de teclado o gurús del bienestar digital como psicópata potencial o portador de algún trastorno patológico. Es decir, estos nuevos cristianos prefieren aniquilar al hombre real con toda la complejidad brutal de su configuración psicológica, antes que aceptar que pueda experimentar ira, rabia o cualquier emoción intensa y auténtica. La cobardía afeminada que se esconde detrás de tantos púlpitos hoy en día ha llevado a generaciones enteras de hombres a forjar un patético alter ego dulce, domesticado y falso. Prefieren castrar emocionalmente al hombre, obligándolo a vivir una mentira constante de virtud artificial, antes que admitir que la ira, la pasión y la competencia son parte inherente e inevitable de su naturaleza humana. ¿Qué clase de demencia colectiva nos ha llevado al punto en el que aceptar las emociones naturales del hombre se considere una aberración? ¡Despierten de una vez, maldita sea! Es absolutamente normal, saludable y necesario que un hombre pueda experimentar todo el espectro de emociones, incluyendo la rabia y la competitividad. Negar esto es negar la esencia misma de lo humano.

Según la Asociación Americana de Psicología (APA, 2019), la supresión excesiva del enojo conduce a un aumento de conductas pasivo-agresivas, trastornos de ansiedad, hipertensión y hasta cardiopatías. ¿Por qué entonces se insiste en esta castración emocional del hombre moderno?

La respuesta radica precisamente en el proyecto sistemático de emasculación del varón occidental, quien ya no puede expresar con naturalidad ni rabia, ni ambición, ni pasión auténtica sin ser inmediatamente censurado o etiquetado como violento o retrógrado. Esta represión emocional extrema no solo debilita al individuo, sino que fractura la auténtica masculinidad que históricamente ha defendido la fuerza, la valentía y la firmeza necesarias para sostener civilizaciones enteras. Al final, lo que buscan no es un hombre pacífico, sino dócil; no virtuoso, sino domado. Y lo peor es que esta farsa emocional termina creando generaciones enteras incapaces de enfrentar

la cruda realidad con la determinación y el coraje necesarios para transformarla o al menos sobrevivirla.

¿Por qué demonios te encuentras hoy en día? Pues la estúpida fantasía de que la masculinidad es un cáncer, y que las nuevas masculinidades deben abrirse al llanto y sanar. ¡Vaya farsa enfermiza! Llorar nunca fue el problema real, el hombre sabe perfectamente cuándo permitirse el llanto. Ninguna feminista gorda nos enseñará sobre nuestros propios códigos. La verdadera razón por la que el hombre preserva sus lágrimas es porque entiende, de manera visceral y brutalmente honesta, que la vida es una guerra constante, un campo minado donde la vulnerabilidad se castiga despiadadamente. Nuestros abuelos no eran idiotas cuando decían: "No llore, sea hombre". No intentaban mutilar emociones, intentaban protegernos del mundo implacable que espera cualquier señal de debilidad para despedazarnos vivos. Ninguna ideóloga del momento con sus teorías ridículas y moralinas nos explicará jamás los códigos profundos que han sostenido nuestra tribu durante generaciones. Claro, habrá quienes llevaron esa idea al extremo, hombres que se mutilaron emocionalmente a sí mismos y a sus hijos, creando círculos viciosos de sufrimiento innecesario. Pero eso no invalida la realidad esencial: ser hombre implica echarse el mundo a las espaldas, Por eso la Biblia ordena sin vacilaciones: "*Sé valiente y compórtate como hombre*" (1 R. 2:2), y Pablo lo subraya con firmeza diciendo: "*Comportaos varonilmente*". (1 Cor. 16:13)

LOS HOMBRES LLORAMOS

¿Qué podrían comprender de estos mandatos claros e inequívocos las feministas contemporáneas, o esos pastores débiles que permiten a sus jóvenes bailar en los altares como payasos en leggins, confundidos en una búsqueda patética de aprobación y atención? La valentía implica enfrentar sin temblar la verdad cruda y desafiante del mundo, asumir responsabilidad absoluta por las consecuencias de tus decisiones, resistir los golpes sin victimizarte y defender lo justo sin ceder ante la presión cobarde del consenso. Ser varonil implica tener la fortaleza interna para sostener principios irrenunciables, la entereza emocional para gestionar el dolor sin caer en autocompasión, y la madurez suficiente para ofrecer protección y liderazgo firme en tiempos turbulentos. Claro que lloramos: los cristianos lloramos, los hombres lloran, los budistas lloran; los musulmanes lloran, los católicos lloran, el llanto es catártico, parte intrínseca de nuestra humanidad. La verdadera grandeza de un hombre está en

ser honesto frente a Dios, así de simple. «*Acércate a Dios y Él se acercará a ti*» (Santiago 4:8). Vamos, que esto no es complicado. ¿Quién mejor que Dios para entenderte si Él mismo te hizo de polvo y aliento? (Génesis 2:7). Él no se asusta con lo que sientes; sabe que tienes luchas internas, dudas y miedos, igual que todos. El verdadero doblegarse es ante él, es llegar a la casa cansado e ir donde la oficina del viejo para decirle. "Pa', échame la mano, me siento devastado". El viejo se levanta del sillón y te da un abrazo que sientes que te traspasa el alma, y de la nada, entonces lanza esas tremendas palabras que han configurado por siglos nuestra psique, "No se raje, no llore, levante el pecho, vas a salir de esta". Esas eran las terapias de antaño, esos fueron padres valiosos. Dios los bendiga.

No hagas caso a quienes creen que ser hombre es estar siempre llorando por cualquier cosa o mostrando debilidad constantemente. Claro que puedes llorar, ser fuerte no significa fingir que todo está bien cuando no lo está. Pero todo en su correcto tenor. Verás, nuestro ethos se ha configurado con esa nimiedad o cotidianidad de estar acostumbrados a ver a mamá llorando, o a la novia o la esposa. Es normal, ellas deben llorar, porque son aún más vulnerables que los hombres, y vasos más frágiles que proteger, uno debe respetar sus lágrimas. Pero cuando en casa los hijos escuchan sollozar al viejo, se eriza la piel, sabes que la cosa esta jodida de verdad.

Un hombre verdadero, entendería que el pobre viejo trae una batalla infernal a cuestas y la está luchando con todo lo que tiene a su alcance. Así que, las lágrimas de ese roble, ese pináculo, esa columna del hogar, son sagradas. Irónicamente si te acercas a él y le dices "*llore papá*", no lo hará, retraerá la lagrima y se fajará los pantalones. Ha detectado que lo vieron vulnerable, y no se conquistan batallas gimoteando. ¿Qué hace el hombre ante tal frustración? Uno, agarra una botella de licor e intenta ahogarse en ella, otro intenta escapar en un viaje sin retorno, ¿qué harás tú? ¡Corre a tu Padre cabezón! Entra a la oficina celestial del viejo y ahí suelta todas las cargas, frustraciones y cansancios, ahí, mi querido hermano, ahí se llora. Y no tengas miedo ser tú mismo, Dios no se asusta, Jonás anduvo enojado porque Dios le destruyó una calabacera que le daba sombra y en una versión hasta cómica, tienes al niño y al padre trenzados en un diálogo en el que logras ver el amor individualizado de Dios, interactuando con Jonás por una planta. Dios no se asusta, no lo sorprendes, él tiene la verdadera medicina para ti.

Así que, en el fondo, lo que realmente necesitamos, queridos pastores y ministros inservibles que se han emasculado, es una relación auténtica con Dios, alguien que entiende perfectamente cada parte de nosotros y que no juzga nuestras emociones, sino que nos ayuda a manejarlas mejor. Recuerda siempre: "*Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas*" (Salmo 147:3). Dios no busca hombres artificiales; busca personas reales que, en los peores momentos, sepan exactamente dónde buscar refugio. ¿Qué mierda hago con un pastor ficticio que ahora actúa como un rockstar inalcanzable? ¿De qué me sirve un sacerdote sin familia y vestido como mujer con largos vestidos? Necesito al hombre que venga en ayuda del hombre. Mira que la sinceridad con la que escribo estas líneas es porque quiero ser el hombre que ayude a mi hermano el hombre.

Necesito de tiempo en tiempo llegar a la iglesia y ver que el pastor haya bajado del mismísimo Sinaí, del monte santo, y truene contra la puta realidad que nos configura, y entonces, lleno del poder de Dios, como ministro del Señor, me hable en mis términos, "Oye pues, el mundo en el que vives es una pocilga, Edgar, ¿verdad? te está destruyendo, no vives para ti y tu familia sino para tu patrón, y para que entres al agujero de conejo bien, una pintura de pincelazos sin sentido, vale mucho más que tú en términos económicos en este mundo putrefacto. Sé que se necesita tiempo para sembrar un árbol, enseñarle a tu hijo el valor de la vida y disfrutar un momento de esparcimiento, y con todo, tú has pensado convertirte en el migrante que de lejos construye una vida, porque el piso no está igual para todos. Yo sé que has llorado en lo secreto cuando tu niño de 8 años te dice "Papi, quisiera esos tenis, a mi amigo su papa le compró unos" y tú ves el bolsillo y ves a la serpiente de la pobreza mordiendo duro. Yo lo sé, hijo de Adán, acá no tienes que venir a ocultar nada, porque yo, como pastor, estoy tomado de entre la misma debilidad del pueblo, así que, dejemos la mojigatería, dejemos la mariconería, dejemos de fingir, y hablemos como hombres, no la estás pasando bien, y quizá mañana se pondrá peor".

Pero de repente, ese mismo pastor, demuestra con creces que, en él, se cumple lo que dijo nuestro Dios, "*Yo os daré pastores conforme a mi corazón, que os apacienten*", (Jeremías 3:15) y en un acto de unción poderosa, desborda una cascada de consuelo en medio de aquel sermón, de manera que, aunque fue hombre y te situó en la realidad presente, también te tomó de la mano, te llevó ante el trono de Dios y como buen intercesor dijo al Señor, "*Ayúdalo*".

Así que sales del templo, pero sales como un verdadero hombre y dices:

“Mi Dios y yo andamos juntos, y voy a cruzar la montaña, y voy a nadar ese río, y aunque mi cuerpo se desgaste, echaré mano de la vida eterna. No estoy solo, Dios camina conmigo. Él es galardonador de los que le buscan, mi refugio y sustento, y mientras vaya en mi barca, no temeré mal alguno. Su vara y su cayado me dan aliento, mis enemigos caerán. Estoy sembrado junto a corrientes de aguas, mi esperanza no está en mis fuerzas, sino en su Espíritu. Todas las cosas que me acontecen surtirán en mi vida un efecto positivo, pues mi Padre no me disciplina ni me hace pasar por momentos difíciles para regodearse de mi dolor. Entiendo que sus pensamientos son más altos que los míos, y que Él tiene para mí planes de bienestar y no de calamidad. Su gozo, como don espiritual, es mi fortaleza, y en la ironía de mi vida, y en el colapso de mis fuerzas, mi copa está rebozando. El bien y la misericordia de mi Padre me siguen, Él guardará mi pie del tropiezo y no dejará que mi simiente desaparezca y mendigue el pan que Él me ha prometido.

Voy a esperar pacientemente en Él, y Él me responderá, porque no es tarde para oír, y su mano no se acorta para salvar. Así que, como hombre, aceptaré su voluntad, y aunque Él me matare, en Él esperaré. Yo sé, querido Dios, que nunca te olvidas de los tuyos, y que los haces sentar, tarde o temprano, entre los príncipes de tu pueblo, que tus escogidos son preciosos a tus ojos, y que guardas sus lágrimas en redomas sagradas, y que, habiendo oído sus oraciones, movilizas a tus ángeles como llamas de fuego a aquellos pequeñitos que, desterrados en el valle de lágrimas, atosigamos el alma en medio de las vicisitudes de esta vida en ruinas. Sé entonces tú mi protector, sé tú mi asidero, sostenme en el día de la prueba. No la quites, dame la fuerza para vencerla, pues ¿qué padre es aquel que deja sin disciplina a su hijo? Y si yo la necesito para que mis pies se afirmen y mi corazón se fortalezca, entonces, he aquí el esclavo del Señor, hágase en mí tu voluntad. Solo una cosa te pido hoy y mañana: que mientras voy de camino a la Jerusalén celestial, y caiga y tropiece, y las tormentas saquen las partes podridas de mi alma, y me escuches renegar, temblar, llorar y pleitear con mi realidad, en medio de todo, no apartes de mí tu santo Espíritu, pues, ¿a dónde huiré de tu presencia? ¿Me dejarías en el valle de los huesos secos? No, mi Señor, tú me amas y das sin medida tu Espíritu a quienes te lo pedimos. Así que, aunque la esté pasando mal y tenga que tomar esta pesada loza llamada vida, vida y corona me esperan. Así que de buena gana pelearé la batalla de la fe, y con las fuerzas que el tiempo y tú me concedas, haré que mi casa te sirva.”

Si la religión juega un papel preponderante en el último tiempo para configurar al hombre, es preciso que entre vosotros haya disensiones para que se manifieste los que son aprobados. Por eso yo digo, “*Dios, dales mil veces más de lo que merecen a esos buenos pastores a los que se les ha drenado la vida por servirte*”, Pero también digo:

¡Ay de ustedes, pastores, que vieron a la oveja destruida y la abandonaron! Porque cuando aparezca el príncipe de los pastores, les hará sentir el dolor acuciante de haber sido llamados a servir y no haber servido. ¡Ay de ustedes, que mientras veían a la oveja hambrienta de pan y sustento, ustedes engordaban sus arcas y se daban vida de lujos! Ante ustedes se yergue el Señor, pues se apacentaron a sí mismos y retrajeron su mano al que necesitaba. Parías, demonios, pues su fe está tan muerta como sus corazones. ¿Son ustedes los llamados del Señor? ¿No se despojó Él de todo y se dio a sí mismo?

¡Ay de ustedes, pastores que hicieron de la casa del Señor un negocio y lo perpetuaron como negocio familiar, heredándose los bienes de un pueblo que fue convertido en nicho de mercado y baratija de consumo! Desgraciadas parias hambrientas que hacen engordar sus vientres, por eso les fue quitado el poder, por eso les fue quitada la unción, por eso es tan huecos y vacíos y el cielo se ha cerrado sobre sus cabezas. Icabod está escrito sobre sus frentes, así que, disfruten los deleites que nuestro pueblo les ha dado, porque después de la risa vendrá el llanto.

¡Ay de ustedes, pastores cobardes, que debiendo ahuyentar a los lobos y pelear las fieras batallas que desgastan el corazón y le restan al pastor años de vida, dejaron entrar a los lobos a que mordieran a los pequeños! Ay de ustedes, cobardes ineptos, que ya no truenan contra la gran ramera, que se besuquean con los que nuestro Dios dijo: “*No los recibáis ni toquéis sus ropas*”. Cobardes, tibios e inservibles. Cada alma que perecerá en el futuro, cada hombre que caerá en la batalla, cada llanto que se escuchará en el infierno pesará sobre sus cabezas, pues tuvieron miedo ser atalayas, mataron a los profetas y con sus trajes pomposos convencieron al pueblo de que sus palabras eran las genuinas, ustedes, dicen “paz, paz, y no hay paz”.

¡Ay de ustedes, pastores ancianos decrepitos, que, al ver la nueva luz y el celo en los pequeños pastores, son carcomidos por su envidia malsana y los aplastan bajo sus pies, destruyendo su futuro, arruinando su vocación, mientras en un frenesí de egocentrismo presumen sus propios logros, logros que no hubiesen tenido si el propio

Dios y Señor de las almas no hubiese hecho que otro te tendiese la mano! Por eso, cuando caigas, estarás solo y llorarás amargamente por tu envidia.

¡Ay de ustedes, pastores eufemistas, que para no perder el diezmo de una familia hablan un lenguaje desconocido al pueblo, presumen sus títulos, estudios y parafernalia y media, pero nadie entiende de lo que hablan, porque mientras Jesús hablaba en parábolas, ustedes hablan en términos tan elevados que la de abajo, el de abajo, no puede oír el evangelio! Ustedes recibirán el justo trato por falsos maestros.

¡Ay de ustedes, pastores maricones, contra ustedes caerá toda la justa ira del Señor, pues convirtieron en burdel la casa de oración, la adornaron con sus prostituciones e invitaron a otros a tomar los vasos sagrados y se profanaron! Mejor te hubiera sido haber servido a Lucifer, que haber profanado los lugares donde nuestro pueblo derramó lágrimas santas. El día se acerca y aunque huyas a las montañas, no te ocultarán. Mi consejo es que abandones ese pulpito antes que en la pared se calque tu destino: *“Has sido pesado en balanza, y has sido encontrado falto”*.

LA FEMINIZACIÓN FINAL

Entonces, en última instancia, la lectura de Murrow es acertada, la iglesia moderna está estructurada para alcanzar a mujeres, niños y ancianos, no a hombres, lo que genera su desinterés. Y es que, dada la construcción psicológica del hombre, los hombres sienten que para encajar deben reprimir su inclinación natural hacia la acción y la autonomía, generando una tensión interna entre lo que son y lo que se espera que sean. Esta presión los "feminiza" al empujarlos a adoptar una postura más pasiva y relacional, alejada de su esencia. Y es que, si el hombre trae a un toro adentro cargado de adrenalina que busca retos o hacer que su naturaleza no está equivocada, la falta de estímulo crea un vértigo de aburrimiento y frustración.

Los hombres no encuentran un outlet para su energía o un propósito tangible, lo que los lleva a desconectarse. Al intentar retenerlos con más canto o reflexión, la iglesia los empuja a un rol pasivo, "feminizándolos" en lugar de canalizar su necesidad de acción. Lo que da como resultado que haya un vértigo de exclusión: los hombres que no encajan en este molde se sienten innecesarios o inferiores. Al premiar solo a los "hombres churchy", la iglesia "feminiza" a los asistentes al moldearlos hacia un ideal que no refleja la diversidad masculina. Murrow concuerda con esto y dice: *“Los*

hombres que están particularmente atraídos por la iglesia suelen ser muy verbales, sensibles y relacionales" ²⁵

El Dr. Gary Strauss, profesor de la Escuela de Psicología Rosemead de Biola, con la arrogancia de quien se cree un visionario, pero no es más que otro apologista de la emasculación, advierte que personas como Murrow pueden estar promoviendo una "hipermasculinidad"²⁶, es decir, que libros como el que tienes en tus manos, u otros, promueven un ideal del hombre al estilo Arno Breker, y que eso puede ser dañino. Porque, claro, en la cloaca cultural en la que vivimos, debemos aceptar que hay todo tipo de hombres: los que llevan la carga y los que se esconden, los que protegen y los que traicionan, los que mueren por otros y los que se lamentan porque alguien alzó la voz. Según Strauss, los hombres no deben sentirse llamados a ningún modelo superior, porque, según su delirio postmoderno, la masculinidad es un espectro donde todo cabe: desde el guerrero que forja imperios hasta el bufón que hace piruetas en falda.

Este es el tipo de pensamiento que empuja inevitablemente al abismo: si no hay un ideal de masculinidad, entonces no hay nada que definir, nada que reclamar y nada que restaurar. Si la diferencia entre un hombre y una mujer es solo un puñado de rasgos emocionales y conductuales fluctuantes, entonces la misma idea de sexo es una invención social prescindible. Entonces, ¿qué sentido tiene el matrimonio? ¿Qué sentido tiene la paternidad? ¿Qué sentido tiene la protección y el sacrificio? ¿Qué sentido tiene el instinto que ha llevado a los hombres a construir civilizaciones, a conquistar montañas y a arriesgar la vida por los suyos?

Si la masculinidad es "fluida", entonces cualquier hombre puede decidir mañana que prefiere la suavidad del sometimiento en lugar de la rudeza de la responsabilidad. Y si esto es cierto, entonces la iglesia moderna, en su empeño por hacer de Jesús una figura emocionalmente dependiente y dulzona, no solo está fallando a los hombres, sino que está participando activamente en su castración cultural.

Pero, hay todavía algunos pastores a quien el alma me llama a elogiar, porque un día, uno de ellos tomará este libro, mi Dios se lo concederá, así me da testimonio el Espíritu, y habiendo estado pasando por momentos de cansancio, las siguientes palabras lo levantarán:

²⁵ Ibid, 2011, p. 23.

²⁶ Pivec, H. (2006, 28 de febrero). *The feminization of the church*. Biola Magazine.

Benditos sean ustedes, que vieron a la oveja destruida y la socorrieron. Porque cuando aparezca el Príncipe de los Pastores, les hará sentir la dicha de haber sido llamados a servir y haber servido fielmente. Benditos sean ustedes, que mientras veían a la oveja hambrienta de pan y sustento, se despojaron de su pan para alimentar a los que clamaban, abrieron las puertas de sus casas, y fueron familia del que no tenía una. Ante ustedes se yergue el Señor, pues en lugar de apacentarse a sí mismos, dieron su vida por aquellos que se les confiaron. Santos varones, fieles siervos, pues su fe está viva como su amor al rebaño. ¿Son ustedes los llamados del Señor? ¿No se despojó Él de todo y se dio a sí mismo? Así también ustedes, imitadores de Cristo, serán recompensados.

Benditos sean ustedes, pastores que hicieron de la casa del Señor un altar de santidad y no un negocio vil. Benditos sean ustedes, que encendieron el fuego cada mañana y enseñaron a orar a los pequeños, como Jesús lo hizo con sus discípulos, benditos ustedes, que no vendieron la verdad por ganancias deshonestas ni se lucraron con el Evangelio, sino que vivieron en integridad y justicia. Bienaventurados sean, pues su galardón es grande en los cielos, porque no se aprovecharon del pueblo, sino que lo guiaron con amor y sacrificio.

Benditos sean ustedes, pastores valientes, que ahuyentaron a los lobos y pelearon las fieras batallas que desgastan el corazón y le restan años de vida al pastor. Benditos sean ustedes, cuando cierran los ojos, valientes centinelas, que no permitieron que los impíos tocaran la casa de Dios ni que la gran ramera manchara la pureza del Evangelio. Fieles guerreros del Señor, que no besaron los pies de los impíos ni se contaminaron con los que nuestro Dios dijo: "No los recibáis ni toquéis sus ropas". Benditos los que no se dejaron vencer por el temor ni por la presión del mundo, sino que permanecieron firmes en la verdad. Un día, un alma, en medio de cruentas luchas, verá en ustedes el testimonio alentador que les dará fuerzas. Benditos por siempre.

Benditos sean ustedes, pastores ancianos llenos de gloria, que, al ver la nueva luz y el celo en los pequeños pastores, los levantaron en vez de aplastarlos. Benditos sean aquellos que no destruyeron el futuro de los jóvenes, sino que los guiaron como padres espirituales, los fortalecieron con amor y les dieron espacio para crecer en la vocación que Dios les entregó. Por eso, cuando envejezcan, no estarán solos, y sus frutos permanecerán. Cuando las canas se agolpen sobre sus cabezas y los años hagan

mella en su memoria, esos jóvenes que recibieron la mano cuando ustedes eran fuertes, les tenderán la mano a ustedes cuando ustedes sean débiles.

Benditos sean ustedes, pastores que hablan con claridad, con la verdad desnuda y sin eufemismos, porque no buscan agradar a los hombres sino a Dios. Benditos los que no cambiaron el Evangelio para agradar a la multitud ni negociaron la verdad por diezmos y aplausos. Ustedes recibirán el justo galardón por haber sido verdaderos maestros, que instruyeron con paciencia, pero sin concesiones al error.

Benditos sean ustedes, pastores santos y varoniles, que guardaron la casa del Señor con celo y no permitieron la profanación de su santuario. Benditos los que no doblaron sus rodillas ante los ídolos de la modernidad, ni invitaron a la perversión a tomar los vasos sagrados. Benditos sean los que, en tiempos de apostasía, permanecieron como columnas de verdad, sin mancha ni tacha, porque sobre ellos caerá la bendición del Altísimo.

Benditos sean ustedes, pastores que abrazaron la masculinidad bíblica, que fueron como David, como Moisés, como Elías, como Pablo, varones de fuego y convicción. Benditos sean aquellos que no se dejaron engañar por la tibieza, sino que se vistieron de fuerza y dignidad, sabiendo que el Señor los llamó a ser cabezas y no cola. Benditos sean, porque no serán confundidos ni avergonzados, sino que serán reconocidos por su fidelidad.

Benditos sean ustedes, pastores que no negociaron la verdad con los impíos, que no se inclinaron ante los altares de la inclusión apóstata ni vendieron su hombría en el mercado de la feminización de la fe. Benditos aquellos que se mantuvieron firmes, porque a ellos les será concedida una corona incorruptible.

Benditos sean los pastores que enseñaron a los hombres a ser hombres, a las mujeres a ser mujeres y no participaron de la confusión diabólica de los tiempos. Benditos sean los que alzaron su voz como trompeta, sin miedo a la censura del mundo, porque ellos serán llamados profetas del Altísimo.

Benditos los que entendieron que Dios creó varón y hembra, que la masculinidad es un llamado divino y que el hombre de Dios debe ser fuerte, protector, proveedor y guía. Benditos sean los que no deshonraron su diseño, sino que lo abrazaron con fidelidad y vigor, porque a ellos se les encomendará el juicio de las naciones.

Benditos sean ustedes, siervos del Señor, que no se inclinaron ante Baal, que no besaron la boca de la apostasía, que no vendieron su alma por monedas de popularidad. Benditos sean, porque cuando el Señor venga, hallará fe en ustedes, y recibirán una gloria imperecedera.

Así dice el Señor: "*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor*" (Mateo 25:21).

MEA CULPA

¡Ay de mí, Señor!, pues muchos, justamente, reclamarán ante tu trono, y me señalarán diciendo, por culpa de él, ¡hube huido de ti Señor! Y no mienten, pues habiendo sido yo, tu discípulo más pequeño, a quien le confiaste tu redil, lo desprecié y lo mutilé. ¡Ay de mí señor, reconozco mi pecado ante ti, y callo delante de tu altar! Me doblo como junco ante quienes lean este libro, y recibo de buena fe su vituperio.

A ustedes queridos hermanos, que hubieron sido parte del redil que el Señor en su amor me concedió pastorear y les hube fallado y que, por causa de mi caída, cayeron también ustedes, y ahora desprecian a mi amado Señor, les pido, desprécienme a mí, pero vuelvan al dueño de sus almas. Mi querido maestro es solo amor, él nunca les haría mal, fui yo quien fallé en no mostrarlo como debía, fui yo el que destruyó la semilla de amor que él hubo plantado. Pero, saben ustedes, en lo profundo de su corazón, que él no es tardo para perdonar, y aunque quizá sea yo “salvo como por fuego”, intentaré cada vez que pueda, mostrarles cuán grande es su benevolencia para recibirles. Si el deseo de sus corazones es que yo caiga y pague el precio justo de mi pecado para que entonces sus corazones inquietos por justicia se tranquilicen, yo, aunque con miedo, y sabiendo que sin mi Dios no soy nada, de buena gana aceptaría mi pago para que tu volvieras. Miro la mano amante de mi Jesús y siento pena, y digo con sinceridad, “¡tráelos a ellos!” y quítame el tormento de saber que fue mi culpa y si así lo dispones, deja que yo me vaya, pues fui yo quien te hubo fallado, no ellos.

Y no, queridos hermanos, no digo esto como quien en un acto de alarde y jactancia profiere palabras que no entiende su significado. No, lo digo con el corazón temblando, y con la mente agitada, pues estuve en lo profundo del averno, y no quisiera estar ahí más tiempo, pero quisiera, si así fuese posible, persuadirles a entender que, si mi Señor atendiese ese ruego suyo, y así lo decidiese, yo callaría delante de él. ¿Pleiteará el barro con su hacedor? No. Y aunque creo, con humildad sincera que he pagado bastante de lo que he hecho, no solo en mi carne, sino en mi espíritu y mi mente, aun así, no podría mirar a los ojos otra vez con la misma sinceridad a aquellos que por mi causa cedieron a sus deseos e impulsos y contristando al Espíritu de Dios, se entregaron a sus placeres. Por lo que, con sinceridad clamo, tengan compasión de mí, de todo corazón, tengan compasión de mí.

Si por soberanía divina lees este texto, y dices: “Ese falso pastor fue un hipócrita, y por su culpa yo perdí la confianza en la religión, en cristo y en la verdadera vida espiritual”. Déjame decirte lo siguiente: Es verdad, perdóname. Y aunque no me excuso, yo mismo soy hombre, y pasaba por momentos infernales que no supe lidiar con ellos, y sé, que cuando cierre mis ojos, tus palabras todavía estarán ahí, pues le fallé a mi maestro, pero si lees este texto, y decides, de todo corazón perdonarme.

CAPÍTULO TRES

A LA DEFENSA DE NUESTRAS MUJERES

CAPÍTULO TRES

A LA DEFENSA DE NUESTRAS MUJERES

¿Es la mujer superior o inferior al hombre? La pregunta misma es absurda, una construcción moderna diseñada para dividir donde nunca hubo rivalidad. Ni superior, ni inferior, sino distinta, complementaria, imprescindible. En algunos aspectos sobresaliente, en otros menos dotada, pero en todos, innegablemente mujer. Igual al hombre en dignidad, en su calidad de hija de Dios, en pleno derecho a causa de la misma sangre que la redimió, pero distinta en función, en propósito, en esencia.

La Escritura misma la reivindica en su papel de madre, elevando su función más natural a una misión sagrada: "*Se salvará dando a luz hijos*" (1 Timoteo 2:15). No como castigo, como algunos iletrados aseguran, sino como un honor, una participación en el misterio de la creación. Dios mismo dignificó la maternidad al elegir el vientre de una doncella para encarnarse, para tomar forma humana. En un mundo que repudia la feminidad real y glorifica la deformación de la mujer en un remedo del hombre, este hecho brilla como una verdad incómoda e irrefutable: la maternidad no es una carga, sino una corona.

Y, sin embargo, aquí estamos, en un tiempo en el que se desprecia lo sagrado y se exalta lo grotesco. Se ridiculiza a la madre abnegada mientras se glorifica a la puta de Only Fans, como si su degradación fuera una conquista. Se celebra a la que rechaza su propia biología, a la que se mutila emocionalmente en nombre de una "liberación" que la deja vacía y frustrada, como si romperse a sí misma fuera la única vía para alcanzar la felicidad.

Más temerarias que las bestias, arrancan a sus propios hijos del vientre con pinzas, con una frialdad que haría temblar a los bárbaros de antaño. Y en un frenesí de locura, le gritan al mundo que aquello es libertad. Pero ¿libertad de qué? ¿De su propia naturaleza? ¿De su propia capacidad para traer vida al mundo? Se engañan creyendo que están en control, cuando en realidad son esclavas de un sistema que las empuja a renegar de lo que las hace únicas. La verdadera opresión no está en la maternidad, sino en la mentira moderna que les dice que ser mujer es un error que corregir.

Si las mujeres son las que dan a luz, amamantan y llevan en el vientre a los hijos, sería un despropósito biológico que no hubiese algún mecanismo psicológico que las impulsara a hacerlo con orgullo y satisfacción. La naturaleza, esa fuerza ajena a ideologías, no diseñó a la mujer para que odiara su propia función, para que sintiera asco por la procreación o repudio por la maternidad. Al contrario, la biología ha perfeccionado un sistema en el que el vínculo entre madre e hijo es inquebrantable, un sistema que premia la maternidad con dopamina, oxitocina y una conexión emocional que ningún discurso posmoderno podrá borrar.

Pero aquí estamos, en un mundo donde se aplaude la renuncia a la maternidad como un acto de "empoderamiento", mientras se sataniza a la mujer que decide abrazar su naturaleza. Se ha convertido en un dogma moderno despreciar la función más esencial de la mujer, mientras se celebra la esterilidad como si fuera un logro revolucionario.

Las mismas que exigen reconocimiento por su derecho a "decidir" son las que miran con desdén a la madre que elige criar a sus hijos con amor y dedicación. Las que hablan de libertad son las mismas que se sienten amenazadas por una mujer que encuentra propósito en lo que la biología y la historia le han dado. En este delirio posmoderno, abortar es una gesta heroica, pero amamantar es casi un acto de sumisión. Matar a un hijo es progreso, pero criarlo es una opresión.

Y así, se aplaude la frialdad mecánica con la que muchas interrumpen el proceso más sagrado de la existencia, como si estuvieran apagando un electrodoméstico. Se enorgullecen de reducir la maternidad a un accidente biológico y la feminidad a un disfraz ideológico. Porque en la religión feminista, la maternidad es un lastre, un error evolutivo, una imposición que debe ser erradicada en nombre de una supuesta liberación que no libera a nadie, solo las encadena a la frustración y al vacío existencial.

La realidad es que, mientras más se alejan de su diseño natural, más se multiplican las tasas de ansiedad, depresión y suicidio en mujeres jóvenes (World Health Organization, 2022). Pero claro, esas estadísticas no aparecen en los panfletos de género, porque reconocerlas sería admitir que la mentira moderna las ha conducido al borde del abismo. La feminidad no es un error, y la maternidad no es una prisión. Es el feminismo radical el que ha convertido a la mujer en su propio verdugo.

La naturaleza no apuesta a su propia extinción. Pero los ideólogos modernos sí, al empujar a la mujer a rechazar lo que la hace fundamental para la continuidad de la humanidad. La consecuencia es visible: una generación de mujeres vacías, confundidas, ansiosas y deprimidas, víctimas del engaño de una ideología que les prometió libertad y solo les dejó soledad. Han sido adoctrinadas para traicionar su propio ser, para despreciar lo que biológica y espiritualmente las engrandece.

La biología es implacable: quien se aparta de su diseño natural, tarde o temprano se encontrará con el abismo del sinsentido. No es casualidad que las tasas de depresión y ansiedad en mujeres jóvenes hayan aumentado exponencialmente en los últimos 20 años (World Health Organization, 2022). No es coincidencia que las tasas de suicidio en mujeres entre 18 y 30 años sean las más altas registradas en la era moderna (National Institute of Mental Health, 2021). La supuesta "liberación" no ha traído felicidad, sino desesperación.

Y no habrá consigna de género, manifiesto feminista ni pancarta manchada de sangre falsa que pueda llenarlo. No habrá discurso progresista que pueda calmar el vacío de quienes, en su rebelión, han quemado los puentes con su propia esencia. Porque la verdad es tozuda, y la mentira, aunque se disfrace de justicia social, siempre deja cadáveres a su paso.

Y miren, que, a estas alturas, sería un insulto a la fauna comparar a estos despojos con los animales. Porque el instinto animal, al menos, obedece a la perpetuación de la vida, a la protección de sus crías, al ímpetu de la reproducción como un himno natural a la existencia. En cambio, lo que hacen estos adefesios enfermos y endemoniados no tiene paralelo en la naturaleza: renegar de su propia esencia, corromper su biología hasta el absurdo, destruir con furia lo que su propio cuerpo grita que es su propósito. Son una aberración, un error grotesco que ni la evolución ni Dios contemplaron en sus designios. Porque ni los lobos asesinan a sus cachorros con tanto desprecio, ni los depredadores buscan la castración de su propia especie como un acto de "progreso". No, esto es peor que lo animal, es la degradación voluntaria de lo humano, la autodestrucción convertida en dogma, la negación de todo lo que hace a la vida digna de ser vivida.

Para quien no vea lo luciferino, lo oscuro y el elemento demoníaco en estos pedazos de carne amorfa poseídos por entidades que los han reducido a sombras de lo que fueron, es porque su amor a la propia vida ha sido suprimido. Han sido vaciados de

toda voluntad, arrancados de su instinto más primario de supervivencia, convertidos en autómatas que deambulan sin un propósito real, sin sentir el mínimo impulso emocional que los lleve siquiera a clamar por justicia. Y así, en su letargo inducido, ven la abominación y no reaccionan, presencian la ruina y no alzan la voz, porque han sido domesticados como perros de dos aguas para tragar realidades sin cuestionarlas, para aceptar su propia aniquilación como si fuera progreso.

La batalla es evidente para quien aún tenga ojos para ver. No es solo un conflicto cultural, ni un simple debate de ideas: es una lucha entre la verdad y la disolución, entre la vida y la putrefacción, entre el orden y la decadencia absoluta. Y si el hombre no despierta, si no sacude el letargo, pronto su mundo no será más que ruinas en las que deambulan fantasmas que una vez fueron humanos.

MATERNIDAD Y MUERTE

Para Dawkins ("El gen egoísta"), incluso el placer del acto sexual es una perfección evolutiva diseñada para empujarnos a la procreación. No es más que una jugada magistral de la biología para garantizar la continuidad de la especie. La naturaleza, en su ciega eficiencia, no deja nada al azar, sino que nos programa con impulsos inquebrantables. A las mujeres, el hecho de llevar a un niño en el vientre les produce placer y satisfacción tanto como a los hombres les provoca un éxtasis inigualable la guerra, la conquista, el dominio sobre un territorio. Es la misma pulsión que llevó a Julio César a cruzar el Rubicón, a los vikingos a surcar los mares helados, a Napoleón a incendiar Europa y a Alejandro Magno a llorar porque no quedaban más tierras por conquistar.

Pero ahora, en esta época de hombres rotos y mujeres desquiciadas, se pretende negar lo evidente. Se nos quiere convencer de que el instinto maternal es una construcción social, que la necesidad del hombre por dominar y triunfar es una patología, que la maternidad es una esclavitud y que la masculinidad es una enfermedad que erradicar. Todo en nombre de una mentira vestida de progreso, de un idealismo enfermizo que niega la biología, la historia y la propia realidad.

El problema es que la biología no pide permiso, y los datos lo confirman. Las mujeres que tienen hijos presentan niveles más altos de oxitocina, lo que genera una sensación de bienestar y apego natural (Carter, 2014). Mientras tanto, el hombre que renuncia a la competencia, al esfuerzo y a la lucha, ve sus niveles de testosterona desplomarse,

hundiéndose en la apatía y la depresión (Travison et al., 2007). No se trata de opiniones ni de discursos, sino de la cruda realidad: la mujer está diseñada para gestar vida, el hombre para proteger dicha vida. Negar esto es como negar la gravedad, y, aun así, hay quienes prefieren lanzarse al vacío convencidos de que volarán.

Pero la negación de la naturaleza tiene su precio, y la sociedad moderna lo está pagando con creces. Nunca las tasas de ansiedad y depresión en mujeres jóvenes habían sido tan altas (WHO, 2022). Nunca los hombres habían estado tan emasculados, tan temerosos de su propio instinto, tan desconectados de lo que los hace ser hombres. La civilización que deshonra su propio diseño está condenada a la ruina, y lo único que quedará tras su colapso será el eterno susurro de la historia, riendo sobre los escombros de una sociedad que decidió autodestruirse en nombre de una mentira. El aborto ahora mismo, en la sociedad moderna, haría sonrojar a Moloc, a los antiguos cananeos y sentir orgulloso a Lucifer, quien ve con asombro como los métodos se han perfeccionado, desde ahogar al niño en el vientre, hasta arrancarle pedazo por pedazo la carne, o verter ácido sobre él para que en medio de una mueca sardónica entregue el espíritu.

Cuando la feminista dice que abortar, repudiar la procreación y ver con desagrado al hombre es parte de su reivindicación, solo está confesando que ha caído a un nivel más bajo que las animales. Es decir, estas gordas hediondas ya no entran dentro de la categoría de mujer, son manatíes o llámales como quieras, pero no erremos en llamar mujeres a estos adefesios. Porque, aunque haya en ella un espíritu que salvar, esto no se lograría sino arrancándolas en una lucha a muerte contra el infierno, y la emasculación de la iglesia no tiene ya la fuerza para arrancar almas al infierno, sino para cortarse los huevos y entregarlos al mismo diablo.

¿No es este el patético espectáculo de los llamados "defensores de la familia"? Un ejército de eunucos ideológicos, perros castrados ladrando sobre valores familiares que nunca practicaron. Sacerdotes que han despreciado el matrimonio, líderes que por hijos tienen perros con nombres humanos, dándonos sermones sobre la estructura familiar mientras jamás han cambiado un pañal ni sostenido la mano temblorosa de un niño camino a la escuela.

Es irónico hasta lo grotesco: hombres que miran a la mujer con una reverencia enfermiza, como un arquetipo intocable digno de una vitrina medieval, la encumbran en una pedestal de pureza imposible, mientras desconocen la cruda realidad de la

convivencia, de la maternidad, del esfuerzo doméstico real. Pretenden ser los gurús de la vida familiar cuando su único contacto con la realidad ha sido a través de libros polvorientos y discursos autocomplacientes.

Esta es la tragedia de Occidente: guías ciegos que predicán sobre valores que nunca han vivido, sobre roles que jamás han desempeñado. Nos piden que respetemos su voz cuando ni siquiera conocen el lenguaje de la familia, el peso real de criar hijos, de construir un hogar. Si los defensores de la familia son estos monigotes, no es de extrañar que el enemigo avance sin resistencia.

EL VALOR DE LA MADRE

Te hablaré de la madre, y su valor, ¿estás listo? La maternidad a la que la mujer es llamada, no termina con el nacimiento del hijo que desgarró su ser al nacer; continúa cuando este reposa en sus brazos y mama de sus pechos para sobrevivir al mundo que le espera, es la madre desvelada y con cansancio la que celebra sus primeros pasos y lo peina para llevarlo a la escuela, lo mira en sus crisis de adolescente, a la vez que lo ve llegar a ser hombre completo, cuando los años han pesado sobre ella y las arrugas muestran que aquello le ha drenado su vitalidad. Y aun entonces, la influencia materna se ejerce en la conversación que se tiene con él; en el consejo que se le da, en las lágrimas que se le enjugan, en la advertencia que se le hace, en la confidencialidad que se le ofrece, en el amor que lo acaricia. ¡Cuántas veces en la edad adulta, y aún en la vejez, es el recuerdo de la madre el que orienta y reconforta ¡¿cuántas veces no arranca el suspiro la memoria de la vieja y nos recuerda que, sin ella, el mundo no hubiese sido igual?

Es ella, la verdadera y bendita mujer, la que observa en sus crisis al hombre tozudo adolescente, la que resiste sus desplantes y sus torpes intentos de independencia, la que lo deja partir cuando la vida lo llama a ser hombre, aunque cada fibra de su ser desee retenerlo un poco más. Y cuando los años han pesado sobre ella y el tiempo ha grabado arrugas en su rostro, su labor sigue intacta: aún en la vejez, aun cuando el cuerpo ya no obedece, su amor sigue guiando, sigue protegiendo. Es en su consejo donde el hombre encuentra refugio, es en su advertencia donde vislumbra el peligro, es en su voz donde reposa el eco de la eternidad.

¿Cuántas veces su nombre se pronuncia en el silencio de una noche solitaria, buscando aquel calor que solo ella supo dar? El que ha tenido una madre verdadera

sabe que su amor no desaparece con su ausencia, sino que se convierte en un faro inmortal que sigue brillando en la memoria. Porque sin ella, el mundo habría sido un lugar más frío, más inhóspito, más vacío. La madre es la fuerza silenciosa que construye civilizaciones sin buscar aplausos, la que sostiene imperios desde la humildad de su hogar, la que da la batalla más grande de todas: la de formar hombres y mujeres que honren su sacrificio con una vida digna. Porque cuando todo falle, cuando la sociedad colapse y la moral se diluya, cuando las naciones caigan y los dioses modernos se desmoronen, aún quedará la madre, con su amor irreductible, con su entrega incondicional, recordándonos que la verdadera grandeza no se alza en los templos del poder, sino en la cuna de un niño que duerme seguro entre sus brazos.

Estúpido mil veces quien afirme que la mujer es un hombre fallido. No, la mujer es mujer, y su llamado a la maternidad es el cimiento sobre el que se han erigido imperios, sobre el que se ha escrito la historia con la tinta indeleble de la sangre y el sacrificio. La madre es la arquitecta del porvenir, la que, en su dolor y su entrega, moldea el futuro de la humanidad.

Pero ahora, en esta era de falsos ídolos y gritos demente de "empoderamiento", ¿sobre qué papel se fundará nuestro futuro? ¿Sobre las "heroínas del progreso", esas que desprecian la maternidad y la reemplazan con una autoindulgencia grotesca, que celebran su esterilidad como una victoria, que creen que su gran legado será una pancarta ensangrentada y un puño en alto? ¿Se levantará una civilización sobre los escombros de la feminidad real, sustituyéndola con cuerpos mutilados, vientres vacíos y almas marchitas?

Como dijo Bukowski: *"El problema con el mundo es que los inteligentes están llenos de dudas, mientras que los estúpidos están llenos de confianza"* (Bukowski, "Factotum", 1975). Y en este delirio moderno, los estúpidos han tomado el escenario, proclamando que la maternidad es opresión, que la feminidad es una cárcel, que la mujer solo será libre cuando se despoje de aquello que la define.

Pero la biología es implacable. La historia no será escrita por las que bailan sobre las cenizas de su propia dignidad, sino por aquellas que, con fortaleza silenciosa, sostienen el mundo en sus manos. Y cuando el humo del progresismo se disipe, cuando la realidad golpee con la dureza de la verdad inapelable, veremos quién queda en pie y quién solo fue un eco fugaz de la estupidez de su tiempo.

EL PINÁCULO DEL HEDONISMO

Luego el problema se extiende por antonomasia como un cáncer que ha hecho metástasis, a los nuevos matrimonios, que ya no nos dan madres, ni padres. Sino a idiotas embelesados con Netflix. Hablemos pues, del pináculo del hedonismo moderno, donde el matrimonio ha sido reducido a una fiesta de orgasmos, una farsa para que dos idiotas se metan en una jaula sin barrotes y finjan que lo suyo es "amor", cuando en realidad no es más que un pacto de consumo mutuo, hasta que uno de los dos se aburra: Son dos perfectos imbéciles, atrapados en un carrusel de orgasmos insípidos, de conversaciones superficiales y miradas vacías, como si con eso pudieran llenar el agujero negro que es su existencia. ¿Y los hijos? No, los hijos son un estorbo en esta gran bacanal del narcisismo moderno. No encajan en la ecuación del placer inmediato, son una amenaza al culto del propio ombligo, un freno a la santa trinidad del Instagram, Netflix y los viajes de mochilazo financiados con tarjetas de crédito. Ustedes, hijos de la modernidad, merecen ser despreciados mil veces, pues su cobardía, será la destrucción del mundo por el que otros luchamos.

“Es mucho sacrificio”, dicen... traer un hijo al mundo implica sacrificio, claro, implica renunciar a la eterna adolescencia, a la masturbación emocional de creerse un espíritu libre cuando en realidad no eres más que consumidor con complejo de trascendencia. Prefieren gastar en experiencias de mierda, en fotos para que los demás les validen, en gadgets y ropa que nunca usarán dos veces, antes que asumir el único compromiso que podría darles sentido en esta vida y en la otra. Y así, se convencen de que la familia es un anacronismo, que casarse es cosa de tontos, que la paternidad es una cárcel y que su única misión es acumular momentos desechables hasta el día en que se despierten viejos, solos, estériles y con la certeza de que desperdiciaron hasta el último maldito segundo de su existencia.

Mírate al espejo, joven inútil, ¿Qué carajo estás haciendo con tu vida? ¿Sigues sentado ahí, tragándote la mierda prefabricada que te dan los medios, creyendo que el propósito de tu paso por esta tierra es acumular seguidores y likes? Despierta. Deja de masturbarte mentalmente con la idea de que estás "descubriéndote a ti mismo" cuando lo único que haces es huir como una rata de lo que realmente significa vivir. Sal ahí afuera, ensúciate las manos, ten, hijos, forma una familia, deja un legado. ¡quiero ver tu legado! ¡Haz perpetuar tu apellido! O sigue arrastrándote en la irrelevancia hasta

que nadie recuerde que alguna vez exististe. Los hijos son los legados de tu alma a esta sociedad putrefacta, ¡te necesitamos!

Es una realidad que la paternidad se ha convertido en un insulto para la generación que ha hecho del individualismo su religión. Prefieren acumular experiencias irrelevantes antes que ver el fruto de su existencia en los ojos de un hijo. Ya no se casan para construir familias, sino para vivir en una oda de orgasmos y risas, con la misma lógica con la que se suscriben a plataformas de contenido. "Si no me gusta, me salgo cuando quiero". Se suscriben al divorcio. En este mundo donde el compromiso es sinónimo de esclavitud, el matrimonio es ahora una especie de asociación comercial, un "roommate con sexo", una farsa contractual que dura hasta que la emoción inicial se desvanece y el hastío se instala.

Se nos ha vendido la mentira de que la libertad significa escapar de la responsabilidad, pero la realidad golpea con la sutileza de un tren a toda velocidad. Los jóvenes de hoy, paralizados por el miedo a vivir, temen la adultez como si fuera una enfermedad, rehúyen la paternidad como si fuera una condena, prefieren la seguridad de su jaula dorada antes que enfrentar el desafío de formar algo real. Y así, engullen series hasta la madrugada, acumulan horas muertas en TikTok, se aferran a mascotas como sustitutos emocionales y se convencen de que la vida se trata de "*disfrutar el momento*". Pero llega el día en que se despiertan solos, envejecidos, sin legado, sin hijos, sin propósito, y se preguntan en qué momento desperdiciaron la única oportunidad que tenían de trascender.

¿Quieres ser parte de esa generación de espectros, de cuerpos vacíos que viven y mueren sin dejar huella? Despierta. Sal de esa anestesia que te han inyectado desde la infancia. Deja de consumir el veneno cultural que te convierte en un esclavo del placer y la inercia. La vida no es un videojuego, no es un simulacro, no es una película con finales alternativos. Solo tienes una oportunidad, y cada segundo que desperdicias en la pasividad es un clavo más en el ataúd de tu propio destino. Deja de comportarte como un niño grande con acceso a internet y enfrenta la realidad: fuiste hecho para algo más que consumir y desaparecer.

Elige la vida. Elige la lucha. O quédate ahí, revolcándote en la irrelevancia hasta que te conviertas en polvo y nadie recuerde que alguna vez exististe. "No quiero traer un hijo a este mundo", dicen, como si su propia existencia no fuera la prueba de que cada generación anterior tuvo la valentía de hacerlo. Como si sus excusas fuesen otra cosa

que la cobardía disfrazada de virtud. Pero el hombre que teme a la vida ya está muerto antes de haber vivido. El que evita el sacrificio, el que huye del deber, el que prefiere las migajas del placer a la plenitud de la lucha, ese no es más que un espectro de hombre, un despojo del pasado glorioso que construyó el mundo sobre el que hoy se arrastra.

Despierta, joven. Abandona la miseria del nihilismo que te han impuesto. No viniste al mundo a ver series de Netflix hasta la muerte, ni a coleccionar experiencias efímeras que solo te recuerdan tu vacío. Viniste a construir, a dejar un legado, a esculpir tu existencia con la fuerza y el sacrificio que hicieron grandes a los que vinieron antes que tú. Elige la vida, elige la lucha, elige ser algo más que una sombra de lo que pudiste haber sido.

MUJERES SAGRADAS

Volviendo al rol de la mujer, en la Grecia de Homero, la colaboración femenina para la ventura doméstica se transparenta en la siguiente frase de Aquiles: "*No hay bien tan precioso como la unión conyugal en quien reinen la concordia y el amor recíproco*" (Homero, "*La Ilíada*", Canto IX).

Esta misma visión sobre la importancia de la unión entre hombre y mujer es reiterada siglos después por Aristóteles en su "*Política*": "*La comunidad de hombre y mujer es la primera forma de sociedad*" (Aristóteles, "*Política*", Libro I).

Incluso Marco Tulio Cicerón lo reafirma al escribir: "*El primer lazo de sociedad es el matrimonio, el segundo los hijos, y el tercero la casa*" (Cicerón, "*De Officiis*", Libro I, 17).

Pero muy lejos estamos de esa Grecia, y muy cerca de la Roma decadente de sus días finales. No había habido ni un solo caso de divorcio en los primeros 520 años de la historia de la república romana. El primer romano del que se sabe que se divorció de su mujer fue Spurio Carvilo Ruga, en el año 234 a.C. Pero para cuando llegó el tiempo de Séneca, la podredumbre ya se había instalado: "*La gente se casa para divorciarse y se divorcia para casarse*", escribió con amarga resignación (Séneca, "*De Vita Beata*"). La descomposición de la moral era tal que matronas romanas de alcurnia contaban los años no por los cónsules en turno, sino por los apellidos de sus múltiples esposos. Juvenal, en su mordaz sátira, ironizaba que encontrar una mujer de

impoluta castidad era más difícil que hallar honestidad en un político (Juvenal, "Sátiras", VI, 10-20).

Lo que vemos ahora no es distinto. No estamos en la Atenas de Sócrates, sino en la Roma de Nerón, con su hedonismo descarado, su burla de los valores que cimentaron la civilización y su desprecio absoluto por la virtud. La promiscuidad se presenta como empoderamiento, la degradación como liberación y la autodestrucción como derecho. La misma filosofía de los últimos días de Roma es ahora el dogma de nuestro tiempo: "Vive tu verdad", "No te ates a nadie", "El compromiso es opresión". Y así, con la misma ceguera de los patricios que festejaban mientras los bárbaros cruzaban el Rin, Occidente aplaude su propia decadencia sin darse cuenta de que el abismo está justo delante. Hoy vemos con ojos de sorpresa como una chica en sus mejores años celebra el haberse acostado con 1000 hombres y otra por allá, celebra que moviendo las nalgas acumuló miles de seguidores

Por ello los datos no mienten. En Estados Unidos, casi el 50% de los matrimonios terminan en divorcio (National Center for Health Statistics, 2022). En Suecia, el 54%. En España, el 60% (INE, 2023). Mientras tanto, la tasa de fertilidad en países desarrollados ha caído por debajo del nivel de reemplazo: Japón (1.3), Italia (1.24), Alemania (1.46). La infertilidad cultural de Occidente no es un accidente, sino la consecuencia de décadas de nihilismo, autoindulgencia y un desprecio absoluto por el futuro. Nuestras mujeres, no quieren ser madres, sino putas. Y nuestras hijas, nuestros hijos, beben de ese veneno cada que salen a la calle, cuando esos pedazos de carne poseídos por demonios, les dicen que aquello es lo normal

es en este contexto que pablo escribió: "Por todo esto, Dios los ha abandonado a pasiones deshonorosas; porque sus mujeres cambian la relación natural por otras que van en contra de lo natural, y los hombres hacen lo mismo, dejando la relación natural con las mujeres e inflamándose de deseos de unos por otros, llegando a hacerse culpables de una conducta vergonzosa con otros hombres" En la Roma decadente Catorce de los primeros quince emperadores romanos eran homosexuales. En nuestros días la mayoría de los políticos se encuentran o se encontraran involucrados, al igual que muchos clérigos y ministros en casos de pederastia y violación.

La realidad es implacable: la civilización solo avanza cuando hombres y mujeres cumplen sus roles con honor. En cambio, hoy se les dice a las mujeres que sean promiscuas y a los hombres que sean dóciles. El resultado es una generación de

huérfanos emocionales, de almas mutiladas y de sociedades que se derrumban bajo el peso de su propia cobardía.

El colapso moral de Roma terminó con su caída ante los bárbaros. La pregunta no es si lo mismo ocurrirá aquí, sino cuándo. La historia no perdona a quienes desprecian la virtud, y los imperios que se entregan al desenfreno siempre terminan convertidos en ruinas. Lo advirtió Oswald Spengler en *"La Decadencia de Occidente"*: *"La civilización perece cuando la fe en su propio destino se extingue"* (Spengler, 1918). Ahora, en esta era de relativismo absoluto, de valores invertidos y de glorificación de la mediocridad, no cabe duda de que estamos viendo los últimos actos de este teatro de sombras. Solo los necios creen que su mundo no se desmoronará como lo hicieron todos los demás antes de él.

Pero en medio de este ocaso, en la última línea de resistencia contra el nihilismo rampante, hay una imagen que persiste. La mujer que, rodeada de un mundo que le dice que su vientre es una carga, que la vida es un estorbo, que la maternidad es una cárcel, ignora el coro de dementes y, con sus manos santas, envuelve al niño que se gesta en su interior y le grita al mundo que, en esta guerra, ella seguirá siendo la misma mujer que ha sostenido civilizaciones enteras con su sacrificio. Porque mientras las masas destruyen, ella edifica. Mientras los débiles huyen, ella enfrenta. Y mientras los cobardes se rinden al vacío, ella da vida y significado a lo que aún queda por salvar.

Ellas, las eternas guerreras, han de enfrentar su propia lucha, los tiempos en los que están no son los mejores, pero saldremos vencedores, Dios está con nosotros, tiemblen los infiernos.

LA PASTORA EMPODERADA

Ahora hablemos de este nuevo circo, el de las bestias "empoderadas". Almas enfermas, por supuesto, disfrazadas de piedad, lobos con piel de oveja, marchan entre nuestro rebaño, infiltradas como parásitos hambrientos, esparciendo su hedor pútrido por donde caminan. Prostitutas del pensamiento, jezabeles sin alma, que han hecho de la perversión su bandera y de la autodestrucción su consigna. Han irrumpido en nuestras filas con la promesa de "liberación", pero lo que traen es podredumbre y decadencia. Son los mismos nicolaítas que el Dios Altísimo aborrece, los que no solo fornican, sino que enseñan a fornicar al pueblo, como ratas evangelizadoras de la

depravación. Han sido ellos, los que, con la temeridad de una bestia luciferina, le han susurrado al oído a nuestras damas, las santas del Señor, la frase infame: "Empodérate". ¿Qué mierda significa eso? Yo te lo diré: significa que tiren todo por la borda, que arrojen su honor y su dignidad al abismo por el derecho a exhibirse como mercancía barata, a vestirse como furcias de burdel y a demostrarle al mundo que ya no temen a los hombres, sino que desean provocarlos con descaro, como quien juega con el fuego mientras presume que no se va a quemar.

Otros, más refinados en su veneno, intentan vender la idea del empoderamiento como competencia, como la inserción agresiva en la esfera del hombre, como la conquista de sus espacios, de su territorio, de su legado. Se trata de una guerra, una cruzada contra el orden natural. Y el mantra es el mismo: "No te necesito", "Puedo valerme por mí misma". Como si el desprecio al hombre fuese sinónimo de fortaleza. Como si escupirle en la cara, burlarse de su esfuerzo y usurpar su lugar fuese la prueba de su éxito. Pero no hay victoria en ese camino, solo vacío, solo una mentira que, al final del día, deja a las mujeres más solas y miserables que nunca, atrapadas en una falsa independencia que no las llena, que no les da propósito, que solo les deja la amarga resaca de haber traicionado su propia naturaleza.

Pero el veneno ya ha sido vertido, las nuevas "*pastoras*", gurús de la vanidad, repican hasta el cansancio, entre exposiciones de glúteos y senos, que ser mujer es poder reclamar a Dios u ordenar a los ángeles. Estas jezabeles modernas, háganse llamar obispas, pastoras, cardenales o cualquier idiotez que se les ha ocurrido, han deshonrado a los ángeles, que estando bajo autoridad, ven con tristeza cómo la hija de Eva, que debió haber reivindicado su papel en la santidad de Sara—"quien llamaba a Abraham señor" (1 Pedro 3:6)—, prefiere reivindicarla en la figura de la ramera de Babilonia, aquella que se embriaga con la sangre de los santos (Apocalipsis 17:5-6). Y en un acto de irreverencia total, so pretexto de no sabemos qué demonios, han sometido al hombre a su propia autoridad, corrompiendo el propio diseño de Dios, y han puesto a congregaciones enteras bajo el yugo de sus locuras. Por allá, una "no acepta un no por respuesta de Dios", mientras que por acá otra estúpida le "ordena a los ángeles" que le busquen sus zapatos. Estas mentes hinchadas de su propia carnalidad son el epítome de la locura moderna, y, sin embargo, el hombre dobla el yugo como cobarde y dice "sí, señora", tal como muchos le dijeron a Jezabel lo mismo.

Pero no nos engañemos, esto no es nuevo. Isaías ya lo advertía: "Los opresores de mi pueblo son niños, y mujeres se enseñorean de él" (Isaías 3:12). No es un accidente, es el juicio de Dios a los cobardes, es el resultado lógico de una sociedad que ha perdido la reverencia por el orden natural, que ha intercambiado la sabiduría por el desenfreno y que ha puesto en el altar de la adoración a la locura vestida de empoderamiento.

¿No estaba rematado el oráculo de Delfos con una prostituta sagrada, que guiaba a los paganos, y no eran consultadas las vestales? ¿No bajaban las rameras del templo de Afrodita a verter su espiritualidad sobre los navegantes? Lo que en la antigüedad fue el culto a la feminidad desbocada, hoy se ha convertido en el pastorado de las nuevas sacerdotisas del caos, mujeres vanidosas que, al no poder controlar su propia casa, pretenden regir naciones, iglesias y civilizaciones enteras con un sentimentalismo enfermizo y un poder que no les pertenece.

Hoy no son las vestales las que custodian el fuego sagrado de la civilización, sino una horda de mediocres sin Dios ni honor, de Jezabeles envueltas en sotanas que predicán la adoración de sí mismas, de eunucos espirituales que justifican su cobardía bajo el disfraz de la "deconstrucción". No, no es que la civilización haya evolucionado: está en fase terminal, y los síntomas están ante nuestros ojos. Los hombres ya no toman ciudades, ya no escriben epopeyas, ya no lideran con firmeza. En su lugar, se someten, se arrodillan, se disculpan por existir. La historia es clara: ninguna sociedad sobrevive cuando sus hombres dejan de ser hombres y se convierten en maricas.

El sometimiento espiritual, político, religioso y cultural del hombre a mujeres desprovistas de la virtud femenina y henchidas de arrogancia no es un signo de avance, sino un presagio de ruina. Desde los tiempos de la decadencia romana, cuando los senadores eran dominados por cortesanas y los emperadores eran esclavos de sus concubinas, hasta la Francia prerrevolucionaria, donde los monarcas se perdieron en los lujos de sus favoritas mientras el pueblo ardía, o la pornocracia católica romana que marcó un antes y un después en el papado; la historia ha dejado claro que cuando el liderazgo masculino cede ante el capricho de las vanidades, la civilización cae con él.

El "*empoderamiento*" de la mujer moderna no es más que la institucionalización del caos, un golpe directo contra la estructura que sostuvo al mundo durante milenios. Y el hombre, en su cobardía, ha aceptado su papel de súbdito, ha cambiado la lanza por la disculpa, el liderazgo por la sumisión, la verdad por la corrección política. Pero la

naturaleza es implacable: donde los hombres fallan, los bárbaros avanzan. Donde el orden se debilita, el caos lo devora. Y la pregunta es inevitable: ¿Quién gobernará cuando el último hombre libre haya sido doblegado?

NUESTRAS PASTORAS

Dirás, "pero este pasaje, y este otro me permiten ser pastora, obispa o sacerdotisa". Has de saber que tus "argumentos" no importan nada, porque la verdad no se somete a caprichos personales ni a interpretaciones convenientes. La Escritura es clara, y la historia no deja lugar a dudas: cuando las sociedades han cedido el liderazgo espiritual y político a mujeres que desafían el orden divino, el colapso ha sido inminente.

Desde la decadencia de Israel bajo la influencia de Jezabel (1 Reyes 21:25), hasta la corrupción de Roma, donde las matronas tomaban las riendas de los emperadores decadentes, el patrón es siempre el mismo: hombres debilitados, naciones hundidas en la confusión y el caos. "*Yo no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio*" (1 Timoteo 2:12), no es una sugerencia cultural, es una advertencia eterna contra la subversión del orden establecido.

Si Dios te ha dado esposo, sujétate a él, porque ese es el diseño que mantiene en pie a la civilización. No hay "empoderamiento" que sustituya la gloria de una mujer que edifica su casa, en vez de destruirla con sus propias manos (Proverbios 14:1). Y no hay fuerza más grande que la de un hombre que, sin miedo a la corrección política, retoma su lugar como cabeza de su hogar, de su iglesia y de su sociedad y deja de ser un mandilón inservible.

Pero cuidado, porque el juicio será implacable. Estás jugando con fuego, y destrucción repentina siempre precede al colmar la ira de Dios. (1 Tesalonicenses 5:3). No hay ofrenda que pueda excusar la rebelión. Porque "*Ciertamente la obediencia es mejor que los sacrificios*" (1 Samuel 15:22), y Dios "*no tendrá por inocente al culpable*" (Éxodo 34:7).

No te engañes creyendo que eres el instrumento de Dios para provocar a celos al hombre, como si tu desobediencia tuviera alguna justificación santa. No, eres rebelde, irreverente y desobediente, punto. Y si esto te duele, lo justo es que te arda, porque el daño que has hecho ha sido inmenso. Así que, arrójate ahora mismo delante del Señor, porque si tu espíritu es el de Dios, sabrás estar en sujeción a lo que el apóstol dijo. "*Estas cosas mando a todas las iglesias*" (1 Corintios 7:17), y tú no eres una

excepción. No hay espacio para negociar con la verdad; el precio de jugar con la estructura que Él estableció es la ruina. "*El que endurece su cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina*" (Proverbios 29:1).

El Espíritu de Dios ha sido paciente, ha extendido su mano día tras día, pero "*Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará*" (Gálatas 6:7). Y tú, ¿qué has sembrado? No has sembrado edificación, has sembrado rebeldía, y lo que ahora cosechas es ira para el día de la ira. Dirás: "Pero no he hecho sino algo muy leve". ¿Leve? No te engañes, porque "*cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos*" (Santiago 2:10). Y tú los quiebras a sabiendas, con obstinación, sin temer que el juicio está a la puerta.

Así que mejor te convendría llanto y no risa, pues "*la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación*" (2 Corintios 7:10). Y dirás, "¿pero ¿qué hago con esta congregación que ahora me ve como su pastora?" Yo te digo: ¿hay una forma fácil de tratar el cáncer? ¿Se cura la herida con risas? No, todo daño tiene proporcionalmente un sufrimiento. Pero quien consuela es Dios, no tú. "*Él vendará la perniquebrada y fortalecerá la enferma*" (Ezequiel 34:16), y Él mismo mandará pastores conforme a su corazón, que pastoreen a su pueblo con sabiduría y verdad (Jeremías 3:15). Así que déjalo todo y vuelve a tu Creador, porque más vale arrepentirse en vida que ser destruido en la obstinación.

Hemos sido llamados a la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Hebreos 12:14). ¿Y cómo te presentarás delante de su monte santo sin haber lavado tus manos y purificado tu corazón? "*Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo*" (Isaías 1:16). El tiempo que se nos da en vida, sean 70 para los fuertes y 80 para los más robustos (Salmos 90:10), es un tiempo de magnanimidad, no de justificación de males. Dios ha sido paciente, pero la paciencia no es impunidad. "*Porque nuestra Dios es fuego consumidor*" (Hebreos 12:29), y si en este momento despiertas tú que duermes y te alumbra el Señor, quizá se te conceda vivir en frutos de arrepentimiento. Pero ¿qué pasará si las tinieblas te cubren de repente y no hay más tiempo?

Por eso, "pastora", si oyes hoy su voz, no endurezcas tu corazón (Hebreos 3:15). No hagas lo que muchas han hecho, que es perseverar con inteligencia en su desobediencia, justificando su rebeldía con una astucia que solo acelera su ruina. "*Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de*

haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado" (2 Pedro 2:21).

En la vida, todos hemos de participar de la disciplina que refiere a hijos, y el azote puede ser doloroso, pero *"si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?" (Hebreos 12:7).* La corrección duele, pero duele más el castigo final para el que rechaza la reprensión. Así que, si participamos de la disciplina, somos recibidos como hijos y damos testimonio de tener un Padre. ¿Tendrás tú un Padre y abiertamente le escupirás el rostro? ¿Serás como el hijo insensato que deshonra a su casa y *"es vergüenza de su madre"* (Proverbios 10:1)?

Si una vez sabiendo que el pecado está ahí, lo persigues hasta el final, no habrá más sacrificio por el pecado (Hebreos 10:26). Y si esto te parece injusto, pregúntate: ¿acaso nos burlaremos del Creador? *"El que siendo reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina"* (Proverbios 29:1). No te juegues la eternidad por un capricho, no persistas en tu rebelión pensando que el juicio no te alcanzará. *"Porque el día del Señor vendrá como ladrón en la noche"* (2 Pedro 3:10), y cuando llegue, no habrá más tiempo para arrepentirse. Así que mejor te convendría llanto y no risa, pues *"la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación"* (2 Corintios 7:10).

Y no digas en tu corazón, "Pero soy una pastora que ha convertido muchas almas", porque te diré lo que Jesús les dijo a los judíos: *"Dios puede levantar hijos de las piedras"* (Mateo 3:9), y con esto mató la pretensión de aquellos infernales que obstinadamente se excusaban en sus propios caprichos. Dios pudo usar una burra para refrenar la locura de un profeta (Números 22:28), y un reloj descompuesto da dos veces la hora correcta. Y con todo, Dios rechazó a Saúl por no acatar una simple orden (1 Samuel 15:23). Si la ley fue dada por ángeles y toda desobediencia recibió justa reprensión (Hebreos 2:2), ¿cómo escaparás tú por algo que no fue dado por ángeles, sino por el mismo Hijo de Dios a través de sus santos apóstoles? ¿Es que los apóstoles en su santo ministerio anduvieron ordenando pastoras y obispas? ¿No los guiaba el Espíritu Santo? ¿No dijo Jesús: *"¿La mies es mucha, pero los obreros pocos?"* (Mateo 9:37). La necesidad de salvar almas siempre ha existido, pero la obediencia no se determina por conveniencia ni por lo que "parece mejor" a los ojos

humanos. Todo en su justo orden, llamados a la reconciliación de los hombres con Dios, todos. Llamados al pastorado, hombres.

Las formas simplistas con las que intentes justificar tu desobediencia resonarán en el día del juicio, porque "todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta" (Hebreos 4:13). Pero puedes ser cubierta por la sangre de Cristo, que es grande en misericordia, y decir: "Perdóname, Señor", y Él te perdonará, porque "*si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos*" (1 Juan 1:9). Pero quien encubre sus pecados, no prosperará (Proverbios 28:13).

Sé que has sido conmovida, azuzada y convencida por hombres débiles, torpes y malos guías, de que no has hecho ningún mal, pero yo te digo: ¡ay del profeta que dice "paz, paz", y no hay paz! (Jeremías 6:14). Porque a dichos falsos profetas y maestros les caerá la severidad total de la ira de Dios. "*Vendrá sobre ellos repentina destrucción, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán*" (1 Tesalonicenses 5:3). Y no se te ocurra decir: "Pero es que yo no sabía", porque está escrito: "*No hará nada el Señor sin comunicárselo a sus siervos los profetas*" (Amós 3:7). Y siempre habrá profeta en el pueblo del Señor que, como atalaya y voz en cuello, denunciará los males del pueblo para que se enderece (Ezequiel 33:7).

Así que, "*haz barbecho en tu corazón*" (Oseas 10:12), porque el juicio es inminente. Si ahora mismo te postras delante del Señor, quizá Él tenga misericordia y no traiga sobre ti el quebrantamiento. Pero si endureces tu cerviz, "*de repente serás quebrantada y no habrá para ti medicina*" (Proverbios 29:1). No juegues con fuego, porque "*Dios no tendrá por inocente al culpable*" (Éxodo 34:7). La advertencia está dada, la sentencia escrita, la oportunidad abierta. Pero si sigues en tu terquedad, tu caída será grande, y no habrá mano que te sostenga.

Escucha, mujer. Cuando el mal es mucho y nos atosiga, como al justo Lot, nos conviene llanto y no risa. "Convertiré su alegría en llanto y su gozo en luto" (Jeremías 31:13), porque los tiempos son malos y el juicio comienza por la casa de Dios (1 Pedro 4:17). Así que no pelees con el Señor, no sea que Él te diga: "*Ciñete ahora como varón; yo te preguntaré, y tú me responderás*" (Job 38:3). No seas insensata, porque "*es mejor obedecer que los sacrificios, y prestar atención que la grosura de los carneros*" (1 Samuel 15:22).

Si persistes en la rebelión, *"la destrucción repentina vendrá sobre ti como los dolores a la mujer encinta, y no escaparás"* (1 Tesalonicenses 5:3). No quieras justificarte, porque *"Dios no tendrá por inocente al culpable"* (Éxodo 34:7). Más bien, humíllate ahora mismo delante del Señor y abandona tu vanidad, tu arrogancia, tu insensatez. Mira que *"todo lo que el hombre sembrare, eso también segará"* (Gálatas 6:7), y tú, ¿qué has sembrado? ¿La obediencia o la insurrección? Si has sembrado viento, no te sorprenda cuando coseches torbellino (Oseas 8:7).

Pero aún hay tiempo, porque *"el Señor no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento"* (2 Pedro 3:9). No sigas el camino de aquellas que, en su locura, despreciaron la voluntad de Dios y fueron entregadas a su propio extravío (Romanos 1:26). Más bien, sé conocida en la eternidad como una santa mujer, como las que *"esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos"* (1 Pedro 3:5). No te alinee con las hijas de la vanidad que se deleitan en los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, porque *"el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre"* (1 Juan 2:17).

Mejor di: *"He aquí la sierva del Señor; hágase en mí conforme a tu palabra"* (Lucas 1:38). Y el Señor, que mira el corazón contrito y humillado, te levantará en el día postrero. Amén.

A MI ESPOSA

Hay algo profundamente conmovedor en la manera en que la vida se forja en medio del dolor, en cómo los momentos más oscuros se convierten, de alguna forma, en los pilares de lo que somos. Tú y yo lo sabemos bien. Hemos compartido el dolor como si fuera un plato en medio del hambre, como si la escasez de los días difíciles fuera nuestra única verdad. Hemos caminado juntos bajo el mismo peso de un mundo que se nos ha mostrado cruel y desolador, y, sin embargo, siempre hemos encontrado fuerza en la simpleza de nuestra unión.

Lo que hemos vivido no es común. Nos hemos encontrado muchas veces en esos pasajes donde el abismo parecía llamarnos, pero a tu lado descubrí que la vida no siempre tiene que ser una carrera hacia la cima, sino más bien una resistencia en la que el valor no está en lo que ganamos, sino en lo que somos capaces de soportar. En esos silencios pesados, en esas noches largas de incertidumbre, no te vi rendirte, ni por un momento. Yo tampoco. Sabíamos que, de alguna manera, en lo más profundo, nuestra fuerza residía no en las grandes victorias, sino en las nimiedades: en el café que compartimos en silencio, en la mirada en medio de la tormenta, en la forma en que, con nuestras manos entrelazadas, supimos construir un refugio en medio de la guerra que luchábamos.

Las pequeñas cosas. Las cosas que los demás no ven. Y es ahí, en esas nimiedades donde construimos nuestra relación, donde hallamos lo que en este mundo parece perdido: la auténtica conexión, esa que trasciende las palabras y los gestos. No se trata de los momentos grandiosos ni de los recuerdos de un romance idealizado, sino de lo que se construye día a día, en la sencillez de lo cotidiano, en la pasión escondida en los detalles más pequeños, en el esfuerzo por levantarnos uno al otro cuando las piernas ya no quieren seguir. Y en todo eso, contigo, me he encontrado más hombre, porque aprendí que el verdadero amor no se mide en lo que podemos conquistar, sino en lo que podemos perder y seguir eligiéndonos, una y otra vez.

Las horas difíciles, los días oscuros, las traiciones que nos golpearon, las expectativas rotas... Todos esos momentos en los que todo parecía desmoronarse. Y, aun así, ahí estabas, enfrentando el viento junto a mí, sin rendirte. El amor, el amor verdadero, no se mide en lo perfecto, sino en lo que hacemos con nuestras cicatrices.

Y te prometo, mi amor, que si al final de todo esto, somos enterrados en el mismo lugar, en el mismo pedazo de tierra, será el testimonio más fuerte que este mundo jamás haya conocido: Lo que es un hombre y lo que es una mujer. No necesitamos más que ese simple hecho: juntos, hasta el final.

Porque a veces, lo único que nos queda son las huellas que dejamos en la tierra, las marcas que nuestro amor, nuestra lucha, ha dejado en un mundo que tantas veces nos ha intentado quebrantar. Pero lo que nos ha sostenido es lo que nadie puede ver a simple vista, la fidelidad inquebrantable, el compromiso de dos almas que se han elegido en el medio de la tormenta. Y si al final de nuestros días, alguien pasa por ese lugar y ve nuestras tumbas, entenderá que lo que tuvimos fue más que suficiente. No necesitábamos fama, riquezas, ni seguidores. Solo necesitábamos sabernos uno al otro, en los buenos y en los malos momentos, sabernos completos en lo que compartimos.

Si algún día este mundo olvida quiénes fuimos, si algún día nuestras voces se apagan y nuestras huellas se borran, que haya al menos una cosa que no se pierda: lo que construimos juntos, en el dolor y en la lucha, en la alegría y en la tristeza. Todo habrá valido la pena, porque lo que construimos, lo que sembramos, vive más allá de los límites de lo físico, lo tangible. Y en ese lugar donde ahora yace la muerte, nuestro amor habrá crecido, de alguna forma, y será la respuesta a todos los que han intentado desistir.

Porque tú, mi amor, eres mi respuesta. Y contigo, no solo he encontrado mi razón para seguir, sino también la verdadera fuerza para ser el hombre que soy.

Y cómo olvidarlo, cómo dejar de agradecer lo que, por tantos años, creí que ya no merecía. Aquella vez que, habiéndome alejado de mi Cristo, cuando ya no sabía ni qué era el camino, convertí nuestro hogar en la sombra de un pasado que me perseguía. Cuando las tinieblas de mis propios demonios invadieron cada rincón, cuando mi alma se quebró bajo el peso de mis decisiones, ahí estabas tú. No te fuiste. No abandonaste el barco, aunque todo parecía naufragar a nuestro alrededor. Y en medio de esa oscuridad, me diste la luz más pura que jamás había conocido: tu oración.

Cada noche, aunque yo me negara a escuchar, tú oraste por mí. No sé cuántas veces te caíste de rodillas y pediste por mí, para que el hombre que alguna vez fui

regresara. No sé cuántas veces viste a través de mis máscaras, de mis excusas, y aun así te mantenías firme en tu amor, en tu fe, en tu esperanza. Cumpliste cabalmente lo que un día prometiste en el altar: “En las buenas y en las malas”. Y me diste una lección de amor que nunca podré agradecer lo suficiente.

Yo, que me había perdido, que había abandonado a Cristo y a todo lo que alguna vez supe que era verdad, fuiste el faro que me guio de vuelta. En tu paciencia, en tu fuerza, vi el rostro de Dios. Y aunque la tormenta me había cegado, tú, con tus manos levantadas, rezaste, me cubriste, me soportaste. No te rendiste, incluso cuando yo ya no tenía fuerzas para creer. Me diste una segunda oportunidad, sin pedírmelo, sin condiciones.

No te fuiste, aunque podría haberte dejado ir. No me abandonaste cuando parecía que todo lo que tocaba se destruía. Te mantuviste, oraste, luchaste a tu manera, con tu fe intacta, sabiendo que el Dios que nos unió en matrimonio tenía un propósito mucho mayor. Fue tu amor, tu oración, tu firmeza, lo que devolvió la luz a mi vida. No fue un sermón, no fue un acto grandioso, fue tu fidelidad silenciosa, tu compromiso con lo que habíamos prometido, lo que me trajo de vuelta.

Si algún día tengo que agradecer algo en este mundo, será por ti, por tu amor que no conoce límites, por tu paciencia que no entiende de tiempos, por tu fe que no se ve quebrantada por la tormenta. Gracias, porque a través de tu amor, he encontrado el camino de regreso, y aunque no merecía ni un segundo de tu tiempo, me lo diste todo. Y por eso, te prometo que no sólo en los buenos momentos, sino en las malas, también estaré aquí para ti. Porque lo que tú me diste fue más que un amor humano, fue un reflejo del amor de Dios, que nunca abandona, que nunca se cansa, que siempre espera.

Y, aunque el pasado me haya convertido en lo que fui, tú me ayudaste a transformarme en lo que soy ahora.

CAPÍTULO CUATRO

EL HOMBRE HUÉRFANO

CAPÍTULO CUATRO

EL HOMBRE HUÉRFANO

El niño huérfano no es solo el que enterró a su padre, sino el que crece viendo cómo el hombre que debería ser su roca se convierte en una broma sin gracia. El huérfano moderno no carga un ataúd, carga la vergüenza de ver a su viejo convertido en un trapo, en una sombra que respira, pero no vive. El huérfano de este mundo jodido es el que ve a su padre pedir permiso para hablar, bajar la cabeza como perro regañado frente a una mujer que lo pisotea y le escupe el alma.

Es el que presencia día tras día la masacre emocional de un hombre domesticado, emasculado, con los huevos colgados en el perchero de la comodidad. Es el crío que, mientras juega con un balón desinflado, ve cómo el tipo que lo trajo al mundo se derrite frente al televisor, atrapado en la cárcel de un trabajo que odia, en un hogar donde no manda, donde no ama, donde no vive. Ese niño, ese pequeño desterrado del hogar, es el verdadero huérfano.

Y esto no es un caso aislado: más del 40% de los niños en América Latina son criados en hogares sin figura paterna. En Estados Unidos, uno de cada cuatro niños — alrededor de 18 millones— vive sin su padre biológico en casa (U.S. Census Bureau, 2022). Casi el 70% de las familias de bajos recursos están sostenidas por madres solteras o abuelas. Y esos hogares, donde el hambre es rutina, el gas se acaba a media semana y el techo gotea cuando llueve, son fábricas de trauma.

En esos contextos, la tensión emocional por la falta de pan, por el grito de la madre cansada, por la indiferencia de un sistema que no ve ni escucha, genera monstruos internos. Ideas retorcidas sobre el amor, el poder, el valor y la identidad. Dolores que se camuflan por años y explotan después en forma de rabia, ansiedad, alcoholismo, abandono o adicción.

¿Y qué pasa con ese niño? Pues nada bueno. Es como una semilla arrojada en tierra reseca: no germina, no florece, sólo sobrevive. Ese niño crece sin tener idea de lo que significa ser un hombre. No sabe lo que es ser padre, no sabe lo que es tener poder, no sabe lo que significa ser respetado. Su imagen del padre es una sombra borrosa proyectada en una pared resquebrajada; una burla cruel de lo que la paternidad debería

ser. Y en vez de encontrar consuelo, ese niño se convierte en un espejo fracturado de la disfunción de su casa. Repite, sin saberlo, los mismos errores, las mismas heridas, como una maldición generacional que no se rompe sola. "*Los padres comieron uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera*" "*Los hijos cargarán con la iniquidad de los padres*", (Ezequiel 18:2-4) dirá Ezequiel, pero también será claro en decir que cada uno responderá por lo suyo.

Sin embargo, el trauma tiene memoria. "*Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente*" (Isaías 1:5), decía el profeta al ver a una nación podrida desde dentro, como podridas están nuestras casas sin padre, nuestros niños sin guía, nuestros jóvenes sin norte. Nuestro Señor, consciente de eso, nos dice que antes del fin, "*Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres...*" (Malaquías 4:6)

El huérfano perpetúa lo que ha vivido, no porque quiera, sino porque no sabe otra cosa. Y cuando finalmente abre los ojos, muchas veces ya es demasiado tarde, ya es otro hombre roto criando a otro niño roto. Como dijo Carl Jung: "*Hasta que lo inconsciente no se haga consciente, el subconsciente dirigirá tu vida y tú lo llamarás destino*"²⁷ ¿Qué destino es ese sino el de repetir, a ciegas, el mismo infierno de donde se salió gateando?

El ciclo de destrucción no se rompe por arte de magia. ¿Y sabes por qué? Porque no es sencillo romper con lo que te define. Nadie te dice cómo hacerlo, nadie te da el manual de instrucciones para ser un hombre cuando todo lo que ves a tu alrededor son hombres rotos, castrados, vacíos, tristes. El niño que crece en esta tragedia no tiene referencia. Y peor aún, la sociedad lo premia por ser débil. La cultura actual te dice que está bien ser un perdedor, que está bien no luchar, que está bien estar perdido, llorando por un abrazo que nunca llegará.

FORMANDO EL CARÁCTER DEL HUERFANO

Iniciemos por definir dos cosas: emoción y sentimiento. Hablar de emociones y sentimientos no es un ejercicio académico inofensivo: es hurgar en la maquinaria más profunda de lo que somos. Una vez eres consciente de ello, te asustarás, te lo prometo. Es como el microbiólogo que empieza a interactuar con aquellas formas de vida que no son visibles a los ojos, y entonces "siente" aquellos virus, hongos, bacterias o

²⁷ Jung, 1957, p. 164.

protozoos inundando su realidad. Así sucede con quien se atreve a descender a sus propias vísceras y mirar de frente esa maraña emocional que ha acumulado durante años. Las religiones pueden resultar catárticas, debido a que suelen ofrecer una “salida” a esa maraña de destrucción interna, pero incluso esas emociones religiosas pueden ser destructivas cuando son mal canalizadas.

Quien logra identificar la fuerza motriz de sus emociones, si es honesto, se da cuenta que muchas veces no piensa: reacciona. No argumenta: escupe. No razona: dispara. Y es que, como bien advierte Santiago, *“la lengua es un fuego, un mundo de maldad”* (Santiago 3:6). Porque ahí, en lo que decimos sin pensar, se revela lo que somos de verdad. Freud mismo lo sugirió: *“El inconsciente no solo habla en sueños, también se cuele en los resbalones verbales, en las reacciones impulsivas, en lo que explota cuando el ego cede un poco el control”*²⁸

Así que, las emociones no piden permiso, son descargas eléctricas inmediatas que surgen desde lo más hondo del sistema límbico, como latigazos instintivos del miedo, la ira o la alegría. Son primitivas, reactivas y, sobre todo, innegociables. No las piensas, las padeces o las usas. Son como perros salvajes encerrados en una jaula oxidada: si no los alimentas, se vuelven rabiosos; si los sueltas sin control, te devoran. Basta una emoción no regulada —un arranque de celos, una pena no elaborada, un odio incubado— para encender una mecha interna que termine volando por los aires lo que con años se construyó. Y lo más jodido: muchas veces, esa demolición lleva a lo irreversible. El suicidio, por ejemplo, es la firma final de una emoción desbocada que encontró su única salida en la muerte. Según la OMS, más de 700,000 personas se quitan la vida cada año, y la mayoría de los casos están asociados a trastornos emocionales no tratados.²⁹

Pero nadie doma lo que no reconoce, y mucho menos lo que no confronta. Y confrontar no es para tibios. Es como mirar de frente a una llaga abierta, supurante, que apesta pero que sigue ahí, viva y nos negamos a curarla. Quien decide empezar este viaje hacia el origen de su tormenta interna, tiene que estar preparado para ensuciarse, para abrir las heridas con la navaja de la verdad, no para maquillarlas con positivismo barato. Porque lo que no se doma, nos devora. *“El pecado yace a la*

²⁸ Freud, S. (2010). *The Psychopathology of Everyday Life* (A. A. Brill, Trans.). The Floating Press. (Original work published 1901)

²⁹ Organización Mundial de la Salud. (2021). *Suicide worldwide in 2019: global health estimates*. WHO.

puerta, con todo esto te codicia, pero tú debes dominarlo” (Génesis 4:7, RVR60). Y cuando no se domina, arrasa con todo lo que toca.

Imagina ahora la maraña destructiva que acarrearán millones de niños que crecen en hogares disfuncionales: sin padre, sin madre, sin dirección. Infancias marcadas por gritos, por hambre, por el golpe, por la podredumbre emocional que les colma el alma. Esos niños no son futuros adultos: son bombas con temporizador. Algunos llegan a la adultez con una sonrisa que no les pertenece, y una rabia que no comprenden. Todo parece conspirar en su contra, y no entienden por qué. No saben que la destrucción no está afuera, la llevan por dentro como un cáncer que nadie diagnosticó.

Son como los navegantes que, sin tener culpa, fueron arrastrados al juicio de Jonás. Lo que cargan es ajeno, pero lo sufren igual. El huérfano está destrozado. Y los traumas, aunque ahora Instagram los pinte como poesía de superación, son reales, sucios, y asesinan silenciosamente.

Y en medio de esta decadencia, aparecen los gurús luciferinos. Los que venden masculinidad en frascos de arrogancia, ira reprimida y traumas maquillados de fuerza. Ellos no sanan la herida, la inflaman. No confrontan al monstruo, lo alimentan. "*¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!*" (Isaías 5:20). Lo que estos gurús promueven no es hombría: es venganza emocional vestida de liderazgo. Y como sociedad, en vez de discernir, les aplaudimos. Porque sus discursos retorcidos hacen eco en nuestras propias llagas no tratadas.

Entonces, la emoción no tiene ninguna consideración por tus principios, ideas, convencionalismos o acuerdos. Está ahí, cruda, visceral, como un perro que muerde antes de olfatear. La psicología la define como una reacción psicofisiológica a un estímulo externo o interno que prepara al cuerpo para responder, pero eso en lengua del pueblo significa que te gobierna sin pedir permiso. Es una descarga que atraviesa el cuerpo como un relámpago, que paraliza o enciende, que te hace gritar sin pensarlo o llorar sin poder evitarlo.

Y ahí estás tú, leyendo esto, sin saber por qué muchos te rechazan. Has escuchado más de una vez que "tienes la sangre pesada", que caes mal, y tú no entiendes. Porque no sabes que eso que sientes por dentro se te sale por la mirada, por la espalda tensa, por la forma en que caminas o interrumpes. Es tu emoción la que habla, no tu intención. Y tú, inconsciente, no sabes qué pasó. Pero pasó. Porque si no has

confrontado lo que te habita, lo que te habita terminará hablando por ti. "*De la abundancia del corazón habla la boca*" (Mateo 12:34).

Si el 40% de los hogares son disfuncionales, como señalan estadísticas del Banco Mundial³⁰ lo que tenemos no es solo una crisis familiar, sino una bomba social de tiempo. La disfunción emocional que se origina en la casa termina regándose como peste en las calles. El niño que no es escuchado, comprendido ni abrazado, se convierte en el adulto que grita, destruye o se disocia. ¿Y qué tenemos entonces? Una sociedad huérfana, no solo sin padres en casa, sino sin figuras que modelen lo que es ser humano. Una masa de hijos que nunca fueron consolados y ahora votan, legislan, predicán y educan con sus heridas a flor de piel.

Este trauma emocional no resuelto se transforma en trauma social: una patología colectiva donde el resentimiento, la ira, la frustración y el miedo son el lenguaje común. El huérfano de casa se convierte en el huérfano institucional, el que sospecha del sistema, de la autoridad, de Dios mismo. Es la generación de los que crecieron bajo gritos y ahora susurran odio a través de las redes. Los que vivieron con padres ausentes o quebrados, y ahora desconfían de toda figura de orden. "*Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente*" (Isaías 1:5, RVR60).

Y lo más trágico: incluso quienes suben al púlpito, muchas veces llevan dentro esa orfandad sin tratar. Predican desde la herida, no desde la sanidad. Y como es lógico, no pueden guiar a otros hacia lo que ellos mismos nunca encontraron. "*¿Acaso podrá el ciego guiar al ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?*" (Lucas 6:39, RVR60). Así, generaciones enteras han sido moldeadas no por la Palabra, sino por el vacío emocional no resuelto de quienes debieron pastorear.

Independientemente de la religión, nos hemos jugado generaciones enteras en las últimas décadas, porque el trauma social no ha sido sanado ni siquiera nombrado. La psicología transgeneracional ha advertido que los traumas no resueltos se heredan emocionalmente, afectando hasta tres generaciones³¹ Y aquí se vuelve urgente recordar lo que Dios profetizó: "*Él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra*

³⁰ Banco Mundial. (2022). *Estadísticas de hogares monoparentales en América Latina*. <https://data.worldbank.org>

³¹ Yehuda, R., Halligan, S. L., & Bierer, L. M. (2005). *Relationship of parental trauma exposure and PTSD to PTSD, depressive and anxiety disorders in offspring*.

con maldición" (Malaquías 4:6, RVR60). Si esta generación no es reconciliada, lo que viene no es progreso, sino juicio.

Lo que sigue es hablar del canal: del cómo convertir ese barro en algo que nutra, esa ira en justicia, esa tristeza en compasión firme. Porque sí, esas emociones puede ser una ruina... pero también puede ser el umbral de tu redención. Mira, hermano, yo no escribo esto desde la cima, sino desde la herida. No vengo a darte cátedra de superación ni a disfrazar mis ruinas con trajes de motivador. Este libro lo escribe un huérfano, uno que se revolcó en la mugre de sus propios errores, uno que creyó que el abismo lo tragaría entero, pero que entendió algo: si hay barro, es porque también hay agua cerca. Y esa agua es Cristo.

Te lo digo con el alma en carne viva: no es Temach, no es Andrew Tate, no es Donovan ni LaVey. Es Jesús el que te hará hombre. Y créeme, me tragué el cuento contrario por años. Pensé que su moral de esclavos me haría más débil, más blando, más "menos hombre". Pensé que seguir a Cristo era bajarse los pantalones ante el mundo y sonreír con las manos atadas. Pero no. Seguir a Cristo es mirar al león a los ojos y no correr. Es callar cuando todo en ti quiere gritar. Es cargar tu cruz y no venderla por likes ni por testosterona en frasco.

Después de la tormenta, vino la calma. Y en esa calma entendí que no se trata de demostrar quién es más macho, sino de quién es más fiel. De quién, pese a haber sido roto, no se convirtió en ruina. Así que me abro a ti, no para apuntarte con el dedo, sino para darte la mano. Porque si yo pude, tú puedes. Porque si Jesús levantó a este hijo bastardo, también puede levantar al hombre que tú todavía no sabes que eres.

USANDO LA BISAGRA

Habiendo hablado de las emociones, pasemos a los sentimientos; los sentimientos son otra historia. Son lo que ocurre cuando tu corteza prefrontal se sienta a tener una charla con la emoción cruda. El miedo se convierte en ansiedad, la ira en rencor, la alegría en amor. Son más duraderos, más enredados, más humanos, pero también más peligrosos cuando se asientan mal.

La psicología ha demostrado que estas estructuras emocionales tempranas, si no se integran correctamente, configuran la personalidad con la precisión de un tatuaje: imposible de quitar sin dejar cicatriz. Según Paul Ekman, las emociones primarias son universales, biológicas, y determinan gran parte de nuestras respuestas sociales y

morales³² Pero lo que la cultura hace con esas emociones, lo que tú haces con ellas, eso ya no es biología, es decisión, formación, carácter. "*De la abundancia del corazón habla la boca*" (Mateo 12:34). Lo que se siente profundo, se expresa inevitablemente en actos visibles. Y si no se redime, se contamina.

Así, una persona que repite la emoción de ira ante cualquier contratiempo, sin canalizarla, termina convertido en un barril de pólvora con piernas. O una persona que vive del miedo constante, sin enfrentarlo, termina tejiendo una vida de paranoia o dependencia emocional. No es poesía, es estadística clínica: el 70% de los trastornos de ansiedad en adultos tienen raíces en experiencias emocionales no gestionadas durante la infancia³³

Los sentimientos, que parecen más nobles, no son menos peligrosos. Un sentimiento mal digerido puede volverse una identidad. La tristeza se vuelve depresión. La desconfianza, cinismo. La compasión mal entendida, servilismo. Y así como se forma el carácter, se deforman las vocaciones, se corrompen las misiones, se tuerce el espíritu. "*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*" (Jeremías 17:9).

El secularismo moderno, en su cruzada por fabricar identidades a base de emociones sueltas, es el reflejo de esta distorsión. Una cultura infantilizada por sus heridas no resueltas, que ha hecho de la reacción una virtud, y de la introspección una amenaza. Cambian dogmas por slogans, convicciones por sensaciones, y luego se preguntan por qué todo arde. "*El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos*" (Santiago 1:8). Las emociones, si no se redimen, gobiernan. Los sentimientos, si no se disciplinan, destruyen. Y la personalidad que surge de esa mezcla no es destino, es el resultado de una batalla no peleada.

Ahora, ¿hay alguna bisagra? ¿hay algún punto de apoyo para mover este barco y hacerlo salir de curso de colisión? Sí. Pero dejemos algo claro desde ya, sin paños tibios ni palabrería de autoayuda: no vas a arrancarte las emociones como quien se quita una muela podrida. Esto no es magia, ni misticismo barato. Esto es guerra, y como toda guerra, dejará cicatrices.

³² Ekman, P. (1992). *An Argument for Basic Emotions*. *Cognition & Emotion*, 6(3–4), 169–200.

³³ (American Psychological Association, 2020).

Las emociones básicas —miedo, ira, alegría, asco, sorpresa, tristeza— son el sistema operativo con el que venimos al mundo. Son biológicas, crudas, salvajes. No puedes eliminarlas porque están tatuadas en tu sistema nervioso, en cada descarga de dopamina, cortisol o adrenalina. Lo que sí puedes —y más te vale hacerlo— es domesticarlas. Poco a poco irás entendiendo porque este libro se llama "*animales enfermos*", ¿Quieres dejar de ser un animal repleto de rabia y lágrimas que nadie entiende? Entonces aprende a regularlas. Terapia. Espiritualidad. Disciplina. Sangre. Nada menos. Si esperas que la vida te dé paz sin entrenarte en el dolor, estás perdido. Y te lo repito con crudeza: el que no entrena su alma es esclavo de sus impulsos.

Ahora, los sentimientos, esos bastardos refinados de las emociones, son otra historia. Son moldeables, pero no como plastilina. Más bien como metal caliente: se deforman, sí, pero con fuego, presión y golpes. No hay forma de transformarte sin pasar por ese horno. ¿Tienes rencor? ¿Odio? ¿Vergüenza? No esperes que se borren porque leíste un verso bonito en Instagram. Tendrás que arrancar esas raíces con las uñas. Reinterpretar el dolor, ver de nuevo el rostro del que te hirió y decidir: o me pudro en este resentimiento, o lo uso para convertirme en alguien más fuerte. Y te digo esto con la verdad en la mano: si no haces algo con tu historia, tu historia hará algo contigo, te condenará.

¿Un ejemplo real? Ese odio que llevas hacia tu viejo por haberte dejado, o hacia esa madre que nunca te miró con ternura... puedes seguir dándole de comer, dejar que te destruya desde dentro como termita en la médula, o puedes ir al núcleo, trabajar, llorar, sanar. No para ser una víctima eterna, sino para dejar de ser una bomba emocional que estalla en cada relación. Esto no es autoayuda, esto es reconstrucción post-bombardeo.

Así que no vengas con cuentos. Nadie dijo que sería fácil. Pero sí es posible. Y si tú no te atreves a romper el ciclo, alguien más lo hará por ti... sobre tus ruinas.

MI PADRE Y EL DESCENSO AL INFIERNO

Tenía 12 años cuando me llevaron a una prisión. Detrás de las rejas del reclusorio, apareció un hombre con el rostro endurecido por el tiempo y el crimen. Me miró fijo y le dijo a mi acompañante: "¿Este es Edgar?" Nunca había visto a ese hombre. Él tampoco me había visto nunca. Ese encuentro fue un disparo sin sonido, una puñalada

invisible. Al salir de aquel lugar pregunté: "¿Quién era?". Tu padre, me dijeron. Mi padre. Ese fue mi primer diálogo con el infierno.

Con 12 años no tenía conciencia plena de lo que pasaba, pero el trauma ya había hecho nido, y pronto eclosionaría. La curiosidad normal del huérfano me llevó a investigar quién era ese hombre. Y vinieron los golpes, uno tras otro, sin tregua: narcotraficante, asesino, un amorío sucio con mi madre, una existencia que no debería haber sido escrita. Me descubrí bastardo, sin linaje limpio, sin cimientos. Si seguía la línea hacia atrás, lo que encontraba era lodo y fuego. "¿Quién soy?", me preguntaba. Sin padre, sin madre real, terminé en brazos de mi abuela. ¿Y qué saben las abuelas, sino amar con ternura mientras el mundo arde?

Nos engañamos creyendo que un poco de amor basta para apagar el incendio. Pero no. La ausencia de mi viejo se coló como sombra en cada esquina de mi vida. Se presentó en la secundaria, cuando necesitaba consejo. Me abofeteó en la juventud, cuando conocí a mi primera novia. Me arrancó el aire cuando entendí que mi apellido venía manchado, que el piso no estaba parejo, que la vida no comenzaba en la misma línea para todos. Me quemó en los bolsillos vacíos, en los tenis rotos, en las tardes en las que me echaba una tinaja de donas al hombro y cargaba el destino como si fuera mi cruz.

Me dolió cuando vi a otros abrazar a sus padres, cuando soñé con una boda y tuve que pensar cuánto costaba casarse, cuánto vale una casa, cuánto cuesta el pan diario. Y no hablo desde la flojera. Trabajé de todo: haciendo tortillas, vendiendo agua, repartiendo comida, atendiendo tienda, de hojalatero, con mecánicos, capturista... todo. Pero la pobreza muerde como perra rabiosa. Y a veces, lloré. Lloré con rabia, como un perro herido en un rincón. Porque cuando tomé conciencia de la herida, no tenía idea de cómo sanarla.

El cristianismo fue mi catarsis. Fue un respiro, un oasis, una venda. Pero hasta ahí. Porque cuando escuché por primera vez que "Dios es nuestro Padre", mi alma se partió en dos. ¿Qué es un padre? ¿Cómo se procesa eso cuando no has tenido uno? Mi mente lo intentaba, pero mi corazón no podía. Me inventé un Dios a mi modo, uno bueno, sí, uno que me había salvado... pero el vacío seguía ahí. Jesús decía: "*En la casa de mi Padre muchas moradas hay*" (Juan 14:2), y yo solo podía pensar: yo no tengo casa, yo no sé qué es eso.

¿Lo ves? Mientras escribo esto sé que algún imbécil se burlará. Lo tomará como debilidad. Pero no me importa. Estoy dejando un pedazo de mi corazón en este papel para que tú, que estás roto, sepas que no estás solo. Porque sí hay un Padre. ¡Sí que lo hay! Y cuánto ama ese viejo celestial. Y no, no lo entiendes ahora, pero si te atreves a acercarte, verás que Él no es como tu viejo. Él no desaparece. No miente. No traiciona. No mata. No abandona. Él no te suelta. Jamás.

Y si yo, hijo del lodo, pude alzar los ojos y verlo, tú también puedes. Aunque te duela. Aunque sangres. Aunque maldigas. Aun así, Él te ama. Y ese amor, aunque te queme, será la única llama que no te destruirá. Será el fuego que te forja, no el que te consume.

Con vientos, marea y contratiempos, junté un poco de dinero, me la jugué, y le propuse matrimonio a la que hoy es mi esposa. Una mujer de una familia hermosa, un núcleo sólido, una crianza cristiana. Y yo, el perro callejero que se cruzaba la baranda como desprolijo, con la mugre del abandono todavía metida en las uñas. Mientras servía en la iglesia cantando, pastoreando, haciendo las cosas propias de alguien que quiere ser fiel a Dios y a su religión, me vino una noticia que fue como una bofetada existencial: "Edgar, vas a ser padre".

Rayos. ¿Lo ves? Todo da vuelta, todo gira, todo es cíclico, todo tiene que probarse por el fuego. ¿Y cómo diantres voy a ser padre si no sé lo que es eso? Si mi único referente masculino me miró por primera vez desde el otro lado de unas rejas. ¿Cómo se educa, cómo se cría, cómo se forma sin haber sido formado? Pero Aquel viejo celestial me tenía una gran lección, y no sería suave. Porque Dios no trabaja con anestesia, trabaja con verdad.

El día del alumbramiento, como todo joven inexperto, cargado de traumas y dolores que no sabía que aún estaban vivos, estuve presente ante aquel espectáculo de sangre que me pareció grotesco. No sumó nada en ese momento, me sentí fuera, me sentí menos. Pero en unos momentos, todo cambió. Llevaron a la habitación a una pequeñita e inocente niña, la pusieron en mis brazos y algo, algo indescriptible, me atravesó el alma como un relámpago sagrado.

Sentí que cada célula de mi cuerpo podría derretirse. Era amor, sí. Pero no un amor de novela, sino un amor primitivo, protector, eterno. Yo, el bastardo, el huérfano, el olvidado... yo era padre. Tenía a mi hija en los brazos. Pero lo mejor vino después,

cuando la miraba fijamente, intentando entender cómo algo tan puro podía haber salido de mí. Y entonces, como un susurro dentro de la tormenta, un pasaje de la Escritura recorrió mi mente y me desarmó por completo. Era como si Dios estuviera a mi lado viendo junto conmigo a mi hija y diciéndome:

“Si tú, siendo malo, puedes sentir y dar este amor tan profundo a tu hija, ¿cuánto más Yo, que soy todo amor, no te amaré a ti?”

Fui derrumbado. Fui reconstruido. Vi con claridad. El ciclo se había cerrado. El infierno no tuvo la última palabra. Dios me había sacado de la "prisión de oscuridad", me había predicado mientras yo estaba encerrado. Él no era un ideal, ni una proyección. Él estaba ahí. Presente. Firme. Como un padre de verdad. Porque lo había prometido:

"Aunque mi padre y mi madre me dejaren, con todo, Jehová me recogerá." (Salmo 27:10, RVR60).

Esa es la esperanza. Esa es la redención. No se trata de borrar el pasado, sino de dejar que Dios le escriba un final distinto. Porque no importa cuán sucio hayas llegado, ni cuán perdido hayas estado... el Padre no solo espera: sale a buscarte. Y cuando te encuentra, no te recrimina. Te abraza. Te da un nombre. Y te llama "hijo". Ahí, y solo ahí, empieza todo de nuevo.

Ahora, esta es mi historia, tú tendrás que escribir la tuya. No fui hombre hasta que en un acto de honestidad dije: “Padre, donde quiera que tú estés, donde quiera que te encuentres, yo te perdono, gracias viejo, sé que la vida no fue buena, pero gracias, el ciclo se ha cerrado”.

Ahora, esta es mi historia, tú tendrás que escribir la tuya. No fui hombre hasta que en un acto de honestidad dije: “Padre, donde quiera que tú estés, donde quiera que te encuentres, yo te perdono. Gracias, viejo. Sé que la vida no fue buena contigo, pero gracias. El ciclo se ha cerrado”. ¿Y mi madre? Sigue ahí, y yo sigo aquí, tratando de construir al hombre que debo ser, y no dejando que Lucifer gane la batalla de mis hijos y mi propia vida.

Pero no te confundas. Esta historia no es un cuento de hadas. Aquí no hay finales con arcoíris ni moralejas dulces. Esta historia huele a sudor, a tierra, a sangre reseca. Aquí lloré con los puños apretados, grité con la cara empapada en rabia, me perdí más de

una vez en mi propio infierno antes de entender que no hay redención sin ruptura, no hay gloria sin lodo. Y si estás leyendo esto con el corazón latiéndote fuerte, tal vez sea porque el tuyo también está roto, y te digo con el alma: está bien. Bendita sea tu ruina si te obliga a buscar a Dios en serio. Bendita la crisis que te hizo crecer, la caída que te hizo mirar al cielo, el problema que te hizo buscar a Dios.

"Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo" (Hebreos 12:6, RVR60). La corrección duele, pero también despierta. Es ese golpe seco que te saca de la inconsciencia espiritual y te mete en la realidad de tu alma. Y en esa realidad cruda, sin adornos, sin filtros, es donde por fin aparece Cristo como lo que verdaderamente es: Salvador, Redentor, Capitán de guerra, no terapeuta de salón.

Porque esta generación se ha tragado la mentira de un cristianismo plástico, terapéutico, con olor a spa emocional y dos horas de música por domingo. Un dios convertido en terapeuta con voz suave que te susurra que todo estará bien mientras el infierno se sienta a desayunar contigo. ¡Mentira! No todo está bien. No todo sanará rápido. No todo es dulce. Hay dolores que no se van, traumas que no desaparecen con una canción dominical. Hay demonios que no se espantan con afirmaciones positivas. Y el que diga lo contrario, o nunca ha sangrado de verdad... o simplemente está vendiendo una religión que no sirve para la guerra. Hay heridas que te van a seguir doliendo por años y recuerdos que seguirán ahí como aguijón en la carne.

Como dijo A. W. Tozer: *"No puede ser usado grandemente por Dios aquel que no ha sido herido profundamente por Él"*.³⁴ Esa es la clase de cristiandad que forma hombres: la que sangra, la que cae, la que se levanta con cicatrices, no con certificados de autoestima.

Lo que viene ahora es una crítica frontal al cristianismo positivo, a ese que te quiere ver bien sin que hayas enfrentado el horror de lo que eres. Porque si no entras al horno de fuego con Cristo, no sabrás lo que es salir con Él al otro lado. Y hermano, créeme: más vale que entres sabiendo quién es tu Capitán, porque la batalla es real, y no todos salen vivos.

Así que no te preocupes por los mojigatos hipócritas que dicen: "¿Pero cómo, si él es cristiano, puede actuar así?", criticando tus luchas, tus propias caídas, tus propios

³⁴ Tozer, A. W. (1948). *The Root of the Righteous*. Christian Publications.

infiernos. Porque mientras tú vas montando al toro, ellos se lamen sus propias heridas en un acto de autocompasión piadosa que no ha peleado ni un solo asalto real.

LA TRAMPA DEL CRISTIANISMO TERAPÉUTICO

Entonces, ¿qué hace ese niño cuando se da cuenta de que es un huérfano emocional? Se aferra a lo que puede, ¿Cómo se sale del ciclo de autodestrucción? No con eslóganes, no con abrazos grupales ni con ejercicios de respiración profunda mientras se escucha música de piano. No. Se sale con verdad. Y la verdad, amigo, duele. Duele como arrancarse una costra con la uña, como tragarse el nudo que llevas años fingiendo que no existe.

Dicho esto, honra sea dada a los hombres y mujeres de buen corazón que ejercen con entrega la labor terapéutica. Muchos, en sus consultorios, han sabido tocar fibras hondas, han hecho llorar a hombres que no sabían que tenían lágrimas guardadas. Si tienes los medios y el corazón abierto, esa ayuda puede ser real. Algunos terapeutas han aprendido a leer las ruinas humanas como arqueólogos del alma, y a muchos les han ayudado a salir del pozo. No lo negamos. Y si tú encontraste alivio allí, bendito sea. Porque el que se ahoga no se pone a preguntar de qué color es el salvavidas.

Pero (y aquí empieza el temblor) eso no es suficiente. Porque el hombre no es solo un cerebro mal cableado. El hombre no es solo serotonina, ni dopamina, ni trauma infantil. El hombre es espíritu, y el alma no se cauteriza con test de personalidad ni se sana con afirmaciones frente al espejo. La psicología puede ayudarte a ver tu herida, incluso a evitar que sangres sobre otros... pero no puede darte sentido. Y sin sentido, solo estarás administrando tu dolor en dosis menos problemáticas, no redimiéndolo.

¿Y el psicólogo? ¿Quién cura al que cura? ¿Quién sana al terapeuta que escucha cien veces al día los mismos gritos interiores de una sociedad enferma? Jesús lo dijo con precisión quirúrgica: "*Médico, cúrate a ti mismo*" (Lucas 4:23, RVR60). ¿Y si no puede? ¿Y si él también se está cayendo a pedazos por dentro? Entonces necesitamos algo más. Necesitamos una fuente que sane al paciente... y al terapeuta. Una fuente que quite la sed a ambos.

Dios no ignora al psicólogo, ni lo desprecia. Dios lo llama. Como llama al drogadicto, al empresario, al violador y al niño abusado. Porque su redención no es selectiva. Dios no es el parche emocional del pobre, ni la superstición del ignorante como afirmaba Nietzsche. Es el Creador del alma humana. El único que conoce la raíz de tu

dolor. El único que no necesita preguntarte qué sientes, porque Él te diseñó. “Y antes de que esté la palabra en tu boca, él ya la conoce toda...” (Salmo 139:4)

Y ahí está el clímax. Cuando entiendes que no estás hecho solo de historia personal, sino de propósito eterno. Que el infierno que viviste no fue para hundirte, sino para revelarte que solo Dios puede hacer nuevas todas las cosas. "*He aquí, yo hago nuevas todas las cosas*" (Apocalipsis 21:5), comienza el verdadero ascenso, porque dotado de sentido de orientación, has solucionado lo que por siglos se han cuestionado hasta los más grandes filósofos: “¿Quién soy, a dónde voy, que hago aquí?”

Entonces sí, busca ayuda si puedes. Pero no te quedes ahí. No conviertas al psicólogo en tu sacerdote. No le entregues el altar que le pertenece a Dios. Porque solo uno puede salvarte del fuego que te arde por dentro, y no tiene diploma en la pared... tiene heridas en las manos.

JOB Y LOS DIFERENTES CRISTIANISMOS

El libro de Job es una brutal radiografía del alma humana enfrentada a la desgracia, y sus tres amigos (Elifaz, Bildad y Zofar) no son meras figuras antiguas, son arquetipos vivientes de un cristianismo institucionalizado que, en su afán de explicar lo inexplicable, termina por lastimar más que consolar.

Elifaz representa al moralista pietista, al que te dice que si sufres es porque algo hiciste mal. Su Dios es un juez con la vara en alto y el ceño fruncido. Bildad, por su parte, es el teólogo del sistema, el defensor ciego de la ortodoxia que ante el dolor solo puede repetir dogmas rancios como “*Dios no puede ser injusto, así que tú debes ser culpable*”. Zofar es el místico desalmado, el que esconde su ignorancia detrás del misterio: “Nadie entiende los caminos de Dios”, dice, mientras observa desde la comodidad de su trono teológico cómo otros se desangran en el polvo.

¿Y Job? Job grita lo que muchos callan. Job acusa. Job escupe su angustia. Job rompe con ese “ismo” religioso que prefiere frases hechas antes que una fe encarnada. Porque si algo demuestra este libro es que el cristianismo, cuando se institucionaliza sin compasión, se vuelve cómplice del sufrimiento. Se convierte en la religión de los que explican la cruz sin haberse colgado de ella.

Y aquí, al borde del abismo, Job no encuentra consuelo en la teología ni en la tradición, sino en Dios mismo. “*Yo sé que mi Redentor vive*” (Job 19:25) y ahí, justo

ahí, quiebra el sistema. Job no es reivindicado por entender todo, sino por confiar aún en medio del caos.

El cristianismo moderno haría bien en aprender de él. Porque seguimos ofreciendo respuestas fáciles a dolores profundos, seguimos acusando al que sufre en vez de arrodillarnos con él en el polvo. Seguimos temiendo la duda y condenando al que no encaja. Pero si el Dios verdadero no cabe en nuestras fórmulas, ¿por qué insistimos en usarlas para defenderlo?

No hay redención sin dolor, ni consuelo sin verdad. Y la verdad (aunque queme) es esta: el Dios de la Escritura no siempre explica, pero siempre acompaña. No siempre responde, pero jamás abandona. No es el Dios de los sermones pulcros, es el Dios que desciende al fango, que calla ante el grito, y que, en su momento, con voz suave y clara, dice: "*Este es el camino; andad por él*" (Isaías 30:21).

Jesús dejó bien claro algo que sigue rompiendo paradigmas: "Dios no está allá arriba buscando a quién aplastar. No anda viendo a quién castigar. El sufrimiento no es una venganza divina, ni una maldición celestial que te cayó por mala suerte". La mayoría de las veces, sufrimos porque el mundo está roto, porque las decisiones tienen consecuencias, o porque simplemente seguimos necios en lo malo. Pero lo que no podemos seguir creyendo es que Dios se deleita viendo cómo la pasamos mal. Eso es mentira. El libro de Job está ahí para romper con todas esas ideas equivocadas que, incluso gente buena, sigue cargando.

Este pasaje no es solo un detallito teológico. Es un golpe al pecho de ese cristianismo light y cobarde que anda diciendo que todo lo malo que te pasa es porque Dios está enojado contigo. Es un grito contra esa religión que pinta a Dios como un juez resentido y no como un Padre que acompaña. Job, entre su dolor, su pérdida y sus preguntas, nos enseña que no se trata de entender todo, sino de confiar incluso cuando nada tiene sentido. Y eso, mi hermano, eso sí es ser hombre. No el que sube fotos con cara de rudo o presume lo que tiene, sino el que aguanta la tormenta con fe, aunque esté temblando por dentro.

La verdadera masculinidad cristiana no se trata de huir del dolor ni de hacerse la víctima. Es quedarse de pie en medio de la sacudida. Es llorar si hace falta, romperte por dentro, pero no vender tu fe. Es gritar con el alma rota: "*¡Yo sé que mi Redentor vive!*" (Job 19:25).

Y aquí es donde el contraste se hace evidente. Hoy tienes un montón de "coaches" y "machos alfa" diciendo que el hombre debe dominar, gritar, vengarse, ser el más fuerte, el más duro, el que más mujeres tiene. Y eso, por más testosterona que venda, es veneno disfrazado. Porque esa fuerza que ellos promueven no construye, destruye. No sana, humilla. No lidera, aplasta.

Cristo, el verdadero Hombre, nos enseñó otro camino. El de la cruz. El del que se parte el alma, pero no deja de amar. El que lidera sirviendo, el que sangra sin renegar, el que muere por otros. Esa es la clase de masculinidad que cambia el mundo: una que no necesita ser aprobada, sino que ya fue afirmada desde lo alto.

La masculinidad cristiana es una batalla, sí. Pero no una por aplastar al otro, sino por redimir todo lo que el pecado ha destruido. Y si no estás dispuesto a sufrir con Dios, no esperes reinar con Él. Pablo lo dejó clarito: "*Si sufrimos, también reinaremos con él*" (2 Timoteo 2:12, RVR60).

Así que no, hermano. El verdadero Dios, el Dios de las Escrituras, no es un terapeuta. Es un Padre. Y el padre verdadero nunca sobreprotege al niño ni le echa encima un manto de condescendencia, deja que caiga, pero está ahí para tenderle la mano. El verdadero padre ve como algunas heridas de su hijo están frescas y aunque quisiera ir corriendo a consolarlas, sabe que detrás de ellas quizá hay un sentimiento dominado, por lo que, lo alienta, refuerza, premia y guía. Un Padre que ama no te deja en tu podredumbre. Te sacude, te humilla, te forja. Te muestra lo peor de ti para que lo enfrentes. Como dijo Spurgeon: "*Dios no nos hace pasar por pruebas porque nos odia, sino porque sabe que solo así se purifica el oro*".³⁵

Esto no es autoayuda. Es guerra. Y en esa guerra, Dios no siempre llega con palmaditas. A veces llega con fuego. A veces te mete en el desierto, te deja sin agua, te deja solo... y cuando crees que no puedes más, cuando estás por claudicar, aparece. No para felicitarte por aguantar, sino para decirte: "Ahora sí, hijo, estás listo". Como decía David: "*Porque tú nos probaste, oh, Dios; nos ensayaste como se afina la plata. Nos metiste en la red; pusiste sobre nuestros lomos pesada carga. Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza; pasamos por el fuego y por el agua, y nos sacaste a abundancia*" (Salmo 66:10–12).

De todo lo que he escrito, quédate con esto: cierra el ciclo, hermano. Cierra el ciclo.

³⁵ Spurgeon, C. H. (1885). *The Treasury of David*. Passmore & Alabaster.

No eres lo que te hicieron. No eres lo que te faltó. Eres lo que decides construir a partir de hoy. Dios no terminó contigo, ni lo hará. Si llegaste hasta aquí, no es casualidad: es porque dentro de ti hay algo que aún late, algo que aún cree, algo que aún espera.

Levántate. Sacúdete el polvo. Y sigue caminando. Porque, aunque el pasado duela, el futuro sigue en manos de un Dios que hace nuevas todas las cosas (Apocalipsis 21:5).

A MI QUERIDA NIÑA

Edlita, escribo esto con el corazón en la mano, desde un lugar que me costó mucho encontrar: el sitio donde el dolor y la esperanza se abrazan. No hay adornos aquí, no hay frases bonitas de postal, solo la verdad de un padre que ha sido quebrado y vuelto a armar por el amor que tú trajiste a mi vida. Esta carta no es herencia de bienes, sino testimonio de una guerra ganada por ti. Llegaste cuando el mundo me apretaba el cuello y el alma ya no daba para más. Y no llegaste como en los cuentos, con música suave y nubes rosas... llegaste como rayo, como explosión. Como quien viene a despertar al muerto.

Llegaste cuando ser hombre me dolía. Cuando temía repetir la historia que me quebró. Y al mirarte, supe que algo en mí tenía que morir, para que tú pudieras vivir distinta. Y desde ese instante, en silencio, en soledad, con los puños en el suelo, le hice a Dios una promesa que mantengo con cada respiración: no permitiré que el infierno que me formó te toque. No serás hija del abandono. No repetirás mis cadenas. No mientras yo respire.

No viniste a rescatarme. Viniste a recordarme que podía pelear. Que el monstruo que susurraba en mis noches podía ser derrotado. Y aunque a veces lo sigo oyendo, ya no le tengo miedo, ¡lo he vencido! Miro al cielo y digo, "Mírame Padre, lo hemos hecho juntos". Porque tu voz, tu risa, tus abrazos que me creen invencible, son mi escudo. Y por ti he peleado. Me he callado. He perdonado. He sangrado. He crecido. Porque si el amor no te hace más fuerte, no es amor, y lo que siento por ti, hija, es amor en su forma más dura, más sagrada, más real.

Tú me diste razones nuevas. No solo alegría, no solo ternura. Redención. Me diste una razón para mirar atrás sin odio, para agradecer, incluso lo roto. Porque tú eres la línea nueva en una historia vieja. Eres la parte que Dios escribió cuando yo ya no tenía tinta. Por eso te prometo esto: no seré mi padre. Seré el tuyo. Con errores, con torpeza, pero presente. Y si algún día me ves cansado o confundido, recuerda que lo di todo por amarte con la fuerza de mil hombres. Un día volarás, y yo quedaré atrás. Pero si alguna vez te caes, recuerda que llevas mi ala como repuesto. No serás la niña de los tenis rotos, papá estará aquí. No serás la niña que no tiene consejo, papá estará aquí, no serás la niña que abandona su mundo para sostener el mío, yo

sostendré el mío y cuantas veces pueda, el tuyo. No serás la niña que sangra y ve como se seca la sangre en su herida, papá estará ahí, mi mano no solo será guía y corrección, también te sanará y te ayudará a volver a intentarlo. No seré mi padre, seré el tuyo.

En tu adolescencia pelearás conmigo. Me juzgarás. Dudarás. Está bien. Estoy listo. Dios ha sido paciente conmigo; yo lo seré contigo. Y cuando leas estas palabras, quizá con lágrimas, quizá en un momento oscuro, muchos años después del tiempo en el que yo las escribí, que te quede claro: no eres hija de la nada. Eres la respuesta de Dios a un hombre quebrado. No cargues vergüenza. No repitas cadenas. Ya fui roto para que tú fueras libre. No te avergüences de tu apellido, ha sido redimido, ya ha sido lavado con la sangre de Jesús. Tu eres un regalo puro que le ofrezco a esta sociedad.

Y por encima de todo, nunca olvides esto: el Dios que me levantó del polvo, será el que te dé alas como de águila. Cuando ya no puedas más, levanta la mirada y repite lo que yo dije con la voz temblando: "Mi Padre sigue conmigo". Porque al final, hija mía, no valen las cuentas, ni los aplausos, ni el aplomo. Vale haber amado sin miedo, haber luchado con el alma, y haber vivido con honra, aunque la vida te haya escupido primero.

Y si Dios me lo permite, un día, ya viejito, tomándote de la mano, veremos pasar el cometa Halley. Tú entrando en plenitud, yo despidiéndome con la frente en alto. Que ese cometa sea la firma del cielo, recordándonos que somos como hierba, que hoy es y mañana se seca (Isaías 40:7). Y que, si lo vemos juntos, como siempre soñamos, no diremos adiós, diremos victoria: "Vencida es la muerte en victoria; no te tememos, Cristo la venció" (1 Corintios 15:54).

Te amo con todo lo que fui, soy y seré. Y si alguna vez lo dudas, mírate al espejo. Ahí estoy yo, luchando contigo hasta el fin.

Tu papá.

CAPÍTULO CINCO

LO PROPIO DEL HOMBRE

CAPÍTULO CINCO

LO PROPIO DEL HOMBRE

En los últimos años, a raíz de la descomposición emocional del varón moderno —a quien se le ha extirpado hasta el último atisbo de coraje y convicción—, ha empezado a emerger en la superficie del discurso digital una palabra peculiar: "androsfera". Esta no es más que un intento de rescate, a medio camino entre la nostalgia y el hartazgo, por reconstruir lo que significa ser hombre sin pedir perdón por ello. La androsfera es la reunión —a veces desordenada, a veces lúcida— de todos aquellos que, tras haber sido arrojados al abismo del sinsentido, buscan desesperadamente los fragmentos del viejo arquetipo masculino: fuerza, deber, riesgo, protección, lealtad, muerte con sentido.

Allí se agrupan los que cargan heridas: los divorciados devastados por un sistema que les quitó hijos y bienes, los abusados que jamás se atrevieron a contarlo, los bulleados de secundaria que crecieron con la risa clavada en la espalda, los que no pueden conseguir mujer y se sienten invisibles, los que crecieron sin padre y andan sin brújula. La androsfera es, en muchos casos, un cuarto oscuro donde el dolor colectivo se transforma en reflexión, a veces en cinismo, y otras tantas en voluntad de cambio. La psicología lo entendería como un proceso de catarsis grupal; la antropología lo vería como la recreación virtual de un rito de paso moderno; la teología —si se atreviera a mirar— debería entenderlo como el grito ahogado del sacerdote que nunca pudo nacer.

Mientras las mujeres apostaron, en su mayoría, por un feminismo deconstructivo que derriba, pero no edifica, el hombre ha empezado a jugarse una carta distinta: recuperar su lugar perdido. Esto no es una moda. Es un fenómeno cultural de proporciones tectónicas. Lo que aquí se juega no es sólo una crisis de roles: es una batalla por el alma del hombre. Y nadie, absolutamente nadie, puede darse el lujo de mirar hacia otro lado. Porque de lo que aquí se redefine, depende el futuro.

Y lo curioso (¿providencial, quizás?) es que justo en medio de este terreno ambiguo, uno de los líderes más agresivos y emblemáticos del masculinismo luciferino, (**Roosh Valizadeh**), quien terminó abrazando la cruz. Aquel que gritaba que el hombre debía

ser su propio dios, que predicaba la voluntad de poder por encima de la moral, hoy se postra, confiesa a Cristo, y empieza a hablar con temor del juicio eterno. Así que, no solo podemos criticar a ese Neomasculinismo, sino meternos al debate y decir que ofrecemos a ese hombre gastado que busca respuestas.

LA NECESIDAD DEL RITO

La antropología ya lo había previsto: sin rito, no hay identidad. Pero no hicimos caso. Y ahora vivimos en medio de una catástrofe ritual, donde la adolescencia se ha extendido hasta los 40, y donde nadie sabe qué carajos significa ser hombre, o donde inicia esa etapa. La identidad masculina se volvió un terreno minado por el nihilismo: un vacío de propósito donde solo queda sobrevivir, consumir, masturbarse y morir. Los hombres, saben que algo no anda bien, su naturaleza les grita que no es normal tener 40 y vivir en casa de mamá, saben que algo se ha truncado, pero no saben cómo resolverlo.

Y como si eso no bastara, la cultura de género vino a dinamitar lo poco que quedaba. Ya ni siquiera podemos decir con certeza quién es hombre y quién es mujer sin tener que enfrascarnos en una batalla campal. La biología fue sustituida por la autopercepción, y la autopercepción por la imposición ideológica. Lo que antes era obvio, hoy es motivo de escándalo. Y como nadie se atreve a poner orden, el caos ha sido coronado rey. *“Los fundamentos están siendo destruidos, ¿y qué ha de hacer el justo?”* (Salmo 11:3, RVR60).

Esta crisis no es solo cultural, es espiritual. Es el grito mudo de una generación huérfana de rito, de afirmación, de propósito. Y el resultado es visible: depresión, adicciones, suicidio, pornografía, histeria colectiva, confusión ontológica. Nunca habíamos tenido tantos recursos y tan poca dirección. Tanta información y tan poca sabiduría. Tantos discursos de libertad, y tanta esclavitud disfrazada de identidad.

La pregunta no es si este modelo ha fallado. La pregunta es si tendremos el valor de enterrar al hombre viejo —no con discursos tibios, sino con verdad, con rito, con cruz— para que algo nuevo, firme y real pueda resucitar en su lugar.

Desde la antropología, Arnold van Gennep explicó que las sociedades tradicionales estructuraban la vida en etapas claras y definidas mediante lo que llamó “ritos de paso”: separación, transición e incorporación. Estos rituales no eran meras ceremonias vacías, sino momentos de fractura y transformación. Marcaban puntos de inflexión

vitales que ayudaban al individuo a internalizar su nueva identidad: ya no eres un niño, ahora eres un guerrero; ya no eres un aprendiz, ahora eres un padre; ya no eres un cuerpo más, ahora representas un rol, una carga, una misión.

La tragedia contemporánea (especialmente entre los varones) es que estos ritos han desaparecido. No hay altar, no hay sangre, no hay señal. Solo una sucesión interminable de adolescencias prolongadas, frustraciones sin nombre y rebeldías sin causa. Una sociedad de cuerpos maduros con almas infantiles. Lo llaman libertad, pero huele a extravío. Lo venden como inclusión, pero es orfandad ritual.

Y no, no es una carencia compartida. Las mujeres, de una forma u otra, han preservado (aunque sea secularizadas) muchas de estas estructuras de paso. A las niñas se les marca el umbral de la pubertad, se les celebra el tránsito con solemnidad, con símbolos, con comunidad. **Los XV años**, por ejemplo, son un rito de paso claro: “ya no eres una niña, ahora se te reconoce como mujer joven”. Se le cambia la muñeca por un anillo, se le viste con un ajuar que es casi nupcial, se le sienta en un trono simbólico y se le inserta en una nueva categoría social.

Pero no termina ahí. Hay ritos estéticos como el maquillaje por primera vez, los tacones, el primer vestido formal, la ceremonia de la primera menstruación en muchas culturas indígenas. Más adelante, el embarazo, el parto, la lactancia, el matrimonio, todos vienen acompañados de rituales, palabras, círculos de apoyo, estructuras de contención simbólica y real. Cada fase tiene su marca, su comunidad, su redefinición.

En cambio, ¿qué recibe el varón? Nada. Un “échale ganas”, una consola de videojuegos, pornografía gratuita, y la condena a aprender a ser hombre *solo*, por imitación de otros hombres rotos. Sin corte de cabello ceremonial, sin entrada formal al mundo de los adultos, sin mentor, sin espada, sin carga sagrada. El niño no sabe cuándo dejó de ser niño. El adulto no sabe qué significa ser adulto. Y el anciano, cuando llega, no fue nunca iniciado, así que muere siendo el mismo adolescente que siempre fue.

No es de extrañar, entonces, que se haya infiltrado en el inconsciente colectivo la consigna de que “*la mujer madura antes que el hombre*”. No es un simple cliché, ni una excusa sociocultural: es el resultado directo de una estructura ritual asimétrica, donde ellas siguen atravesando umbrales simbólicos y sociales, mientras ellos flotan en un limbo de infantilización permanente.

Los ritos de paso no solo marcan, forman. Cada paso ritual crea un almacén psíquico, emocional y social que moldea la identidad. Al dejar las muñecas, la niña aprende que ya no se le permitirá jugar: ahora se espera que asuma una postura distinta, incluso si esa expectativa es injusta o prematura. Pero al menos, hay un estándar, un horizonte de transformación que se va compartiendo. El varón, por otro lado, jamás recibe la noticia. No se le avisa que debe dejar los juguetes, las fantasías, la comodidad del niño mimado. Nadie lo cruza de un empujón ritual al mundo de los hombres. Simplemente se espera que un día, por generación espontánea, se vuelva responsable, emocionalmente inteligente, proveedor, protector, líder espiritual y, por supuesto, varonil.

El resultado es evidente: una juventud masculina errática, sin mapa, sin fuego, sin causa. No hay virilidad, hay pánico con testosterona. Y esto reconfigura el equilibrio sexual y relacional en nuestras sociedades modernas de forma devastadora. Es aquí donde aparece, aunque suene incómodo, una crítica parcialmente válida de los llamados “incels”, esos hombres solitarios, sexualmente frustrados y resentidos con el sistema. Aunque su discurso muchas veces está intoxicado por misoginia, egoísmo o nihilismo, hay una verdad que conviene observar sin hipocresía: la desregulación del mercado sexual.

En épocas anteriores, el emparejamiento estaba mediado por estructuras sociales, familiares y religiosas que establecían un orden: madurez, compromiso, matrimonio. Hoy, en cambio, el deseo reina sin mediaciones, y las mujeres jóvenes en el pináculo de su atractivo sexual no priorizan el matrimonio, simplemente porque no lo necesitan ni lo desean aún. Su mercado les ofrece abundancia, validación, opciones. En cambio, el hombre promedio de 20 o 25 años no tiene nada que ofrecer aún: ni recursos, ni estatus, ni dirección, ni un cuerpo trabajado, ni una visión que lo convierta en deseable a largo plazo. Así que la mujer llega a la madurez de una forma estructurada, ritualista, simbólica y precisa, y cuando lo hace, se da cuenta que los hombres van a estar en el proceso otros 30 años más hasta alcanzarlas.

El problema no es que las mujeres elijan con libertad. El problema es que los varones, al llegar a los 30 años, cuando finalmente están “listos” para comprometerse, se dan cuenta que llegan tarde a un juego que nunca entendieron. Tienen barba, pero no autoridad. Cuerpo de adulto, pero alma de escolar. Nadie los inició. Nadie les enseñó a morir a sí mismos, a conquistar su caos, a domesticar su deseo, a construir un hogar.

Por eso el “incel”, el “redpiller” y el “hombre en construcción” moderno no deben ser ridiculizados desde la superioridad moral, sino analizados como síntomas. Ellos son los cadáveres emocionales que deja una cultura que abolió los ritos de paso masculinos. No son monstruos. Son huérfanos de altar.

Ahora, si estás pensando que exagero, y que esta escritura no es sino parte de un berrinche masculino que expresa frustración personal, estás equivocado. Es una lectura antropológicamente seria, sociológicamente fundamentada y espiritualmente urgente. Varios pensadores modernos lo han notado, aunque a veces lo digan desde trincheras ideológicas opuestas. Byung-Chul Han³⁶, por ejemplo, ha advertido que la desaparición del rito y la verticalidad ha convertido al individuo en una máquina de auto explotación que ni siquiera sabe cuándo es suficiente, porque no tiene límite, ni umbral, ni umbral que cruzar.

Otro que ha tocado esta llaga es Pascal Bruckner³⁷, afirmando que el hombre moderno se ha convertido en un adolescente perpetuo, incapaz de aceptar el peso de la adultez, porque nadie se lo impone, porque todo ha sido licuado en un relativismo blando que detesta las formas fijas, los modelos y las exigencias.

Y, paradójicamente, en los capítulos anteriores critiqué con toda razón a *Temach*, ese influencer mexicano que mezcla testosterona con coaching barato y frases de superación personal como si fuera una especie de *Nietzsche con pelo de TikTok*. Pero (y esto duele admitirlo) al menos *él ha hecho algo que la iglesia abandonó hace siglos*: rituales de iniciación para varones. Que sean defectuosos, performáticos y de dudoso valor espiritual, sí. Pero existen. Y los hombres, desesperados, están acudiendo. Porque algo en sus entrañas les grita que el rito es necesario. Que sin sacrificio no hay transformación. Que sin cruz no hay resurrección.

También es cierto que una de las formas catárticas preferidas de los gurús para expoliar al perpetuo adolescente, es lanzarlo como kamikaze contra el gimnasio, para que, en un acto de superación personal, explote su frustración a través del explotar los músculos. Todas estas reacciones improvisadas están surgiendo sobre la marcha, tratando poco a poco de atajar la realidad expuesta anteriormente, no hay ritos, y por ello, no sabemos dónde inicia el ser hombre. Y no, esto que describo no es una intuición nueva. Está inscrita en la carne de la historia humana. Existen cientos de

³⁶ *La sociedad del cansancio* (2010)

³⁷ *La miseria de la prosperidad* (2002)

ejemplos bien documentados de ritos de paso masculinos en diversas culturas. Por ejemplo:

Esparta (Grecia antigua): A los 7 años, los niños eran arrancados del hogar e ingresaban a la *agogé*, un sistema brutal de entrenamiento militar, donde el dolor y la obediencia forjaban hombres. El rito de paso culminaba con el *krupteia*, en el cual debían sobrevivir solos, incluso asesinando a esclavos ilotas para demostrar destreza³⁸

Roma Antigua: El joven romano recibía la *toga virilis* a los 15-16 años, un cambio de vestimenta que simbolizaba su paso a la ciudadanía plena. Iba acompañado de rituales religiosos y la inscripción en los registros como adulto³⁹

Grecia clásica: El *ephebeia* era el programa de iniciación cívico-militar para varones atenienses. Incluía entrenamiento físico, estudios filosóficos y participación en rituales públicos que lo convertían en defensor de la polis⁴⁰

Los masáis (África oriental): El joven debía enfrentarse a la circuncisión sin emitir sonido alguno. Si lloraba, traía deshonra. Luego era enviado a vivir en grupo con otros jóvenes para entrenarse como guerrero *morán*⁴¹

Los judíos (Antigüedad hasta hoy): El *Bar Mitzvá*, a los 13 años, marca el momento en que el niño asume responsabilidad moral y religiosa ante la comunidad. Hay lectura pública de la Torá, bendiciones, y celebración⁴²

Así que, una civilización que aborta los ritos masculinos produce hombres sin rostro, y luego se pregunta por qué esos hombres no saben amar, no saben liderar, no saben morir.

Víctor Turner (1969), en su estudio sobre liminalidad, advirtió que cuando las sociedades eliminan los momentos de transición ritual, los individuos quedan en un estado permanente de limbo social: ni aquí ni allá. Esta "*liminalidad crónica*" es exactamente lo que vemos en los jóvenes actuales: adultos que no han sido iniciados, adolescentes tardíos que vagan en la vida buscando una señal que nunca llegó. Su

³⁸ Cartledge, *The Spartans*, 2003.

³⁹ Rawson, *The Family in Ancient Rome*, 1986

⁴⁰ Golden, *Children and Childhood in Classical Athens*, 1990.

⁴¹ Spencer, *The Maasai of Matapato*, 1988.

⁴² Neusner, *Judaism: An Introduction*, 2002.

biología les grita que algo ha cambiado —vello facial, voz gruesa, deseo sexual—, pero el mundo que los rodea les sigue hablando como a niños, o peor, como a consumidores sin dignidad.

Y aquí, la crítica es más profunda: no solo desaparecieron los rituales, sino que los que quedan son meros simulacros sin contenido espiritual ni cultural. La graduación, la primera relación sexual, el primer sueldo: ninguno de estos marca realmente una transformación interna, porque no hay comunidad que lo reconozca ni símbolos que lo sostengan. Desde la teología bíblica, la iniciación era fundamental. Jesús mismo fue reconocido por su Padre en su bautismo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 3:17). Ese momento marcó el paso de su vida privada a su ministerio público, no por un trámite administrativo, sino por una afirmación espiritual y ritual. David fue ungido en presencia de sus hermanos (1 Samuel 16:13), y esa unción no fue un simple acto simbólico, sino la legitimación de su nueva etapa como futuro rey.

¿Dónde están hoy esos ungimientos? ¿Quién afirma al joven como hombre? Incluso la religión primitiva, por más rudimentaria que fuera, tenía sus propios rituales de iniciación: el paso por la sangre, el aislamiento, la prueba de valor o de resistencia. Todo eso era parte de un lenguaje simbólico que servía para decirle al joven: "Ya no eres niño. Ahora perteneces. Ahora cargas con un rol, un destino, una responsabilidad". El cristianismo, desde sus orígenes, no fue ajeno a esta comprensión antropológica profunda. Su *mistagogía*, especialmente en los primeros siglos, no era una catequesis suave ni una experiencia estética: era una crisis ontológica inducida. El neófito entraba en un proceso de desestructuración interior, donde debía reconocer su muerte espiritual para poder nacer de nuevo.

El bautismo, en los primeros siglos del cristianismo, no era una mojadura sentimental ni una selfie con túnica blanca. No era una palmadita en la espalda ni una inscripción al club de los buenos. Era sepultura y resurrección, muerte y alumbramiento, juicio y nacimiento. Esa sepultura no era simbólica en un sentido blando, sino psicológicamente terminal: el viejo hombre debía morir, y no en teoría, sino de verdad, con todo lo que era: nombre, historia, deseos, hábitos. Muchos después del bautismo cambiaban su nombre en señal de la nueva vida.

Después de esa muerte, venía la iluminación, la *photismós*, el momento donde el catecúmeno era introducido al misterio de la regeneración. Era vestido, literalmente,

con una nueva identidad, y se le daba acceso al misterio de la Eucaristía. Los Padres de la Iglesia comprendían que sin colapso de identidad carnal no había regeneración verdadera, solo moralismo. No se trataba de “*mejorarte*”, sino de matarte.

Ese descenso era, en el lenguaje ritual, un acto de guerra contra la carne, contra el mundo, contra el yo. El bautismo era el umbral de un nuevo mundo, pero no sin sangre. Porque la iglesia primitiva no producía consumidores de fe, sino mártires en potencia. La razón era clara: solo había un bautismo. Una vez crucificado, no había segunda cruz. La disciplina era severa porque el compromiso era irrevocable. Quien pecaba gravemente después del bautismo, apostataba. No se concebía que alguien “*renacido*” pudiera vivir como si nada. Por eso la transformación del catecúmeno no era solo intelectual, sino catártica. La mistagogía creaba mártires, no simpatizantes. El conflicto bautismal entre la iglesia cartaginesa y la romana, que tuvo por protagonistas al papa Cipriano y al papa Esteban, demuestran que, los cristianos de los primeros siglos no concebían que alguien bautizado (iluminado) negase la fe, y luego pudiese incorporarse nuevamente a ella.

Justo González, en su obra *Historia del pensamiento cristiano* los llama con acierto “espontáneos”: aquellos creyentes que buscaban voluntariamente el martirio, que se ofrecían a la muerte por Cristo porque el proceso de su iniciación espiritual había fundido su alma con la cruz. No era fanatismo: era coherencia teológica llevada al límite.

*“Para muchos, el bautismo era tan radical que equivalía a la sentencia de muerte. Su alma había sido sellada, su vida, abandonada.”*⁴³

Y este hecho demuestra con una fuerza demoledora que el ritual transforma la psique del individuo. No como algo decorativo, sino como un acto de programación profunda. El rito reconfigura las estructuras internas de percepción, deber, identidad y propósito. Lo simbólico penetra la carne y el alma. Quien pasa por el rito no sale igual. No puede. Porque si lo hiciste bien, algo en ti murió para siempre.

La pregunta que queda es: ¿qué hemos hecho hoy con los rito? ¿Lo hemos convertido en una escenografía de plástico, en una fiesta con globos, en un protocolo eclesial sin filo ni cruz? ¿Dónde está la muerte? ¿Dónde está el altar?

La liturgia sin catarsis es teatro. Y el rito sin muerte es show.

⁴³ González, 1987, p. 214.

Hoy, la negrura de este vacío ritual grita. Nadie desarma al joven para construirlo de nuevo. Todo es afirmación sin redención, autoestima sin transformación. Pero el alma sabe que algo falta. Y por eso sigue buscando.

CRISTIANDAD EMASCULADA

La iglesia, en su conjunto, dividida en sus tres ramas y unificada en su cobardía, ha intentado entrar al debate de la destrucción del hombre con el entusiasmo de un eunuco en un burdel. Ha afilado por aquí y por allá una navaja teológica, alguna homilía encendida, un podcast tibio, pero nadie ha tenido los pantalones de cortar una cabeza, de hacer un verdadero juicio profético a esta generación emasculada.

Porque, para la cristiandad post-ilustrada, el secularismo fue demasiado para ser soportado. No era solo una corriente intelectual, fue un diluvio que arrasó con las bases mismas de la virilidad espiritual. En vez de resistir, millones de creyentes se refugiaron en una fe cada vez más introspectiva, mística, apofática, individualista, sentimental. Una fe que ya no exige guerra, sino introspección; que ya no demanda sacrificio, sino autenticidad emocional. Y esto, inevitablemente, cortó los móviles antropológicos de la masculinidad religiosa: conquista, misión, dirección, altar, espada, doctrina, martirio.

La religión dejó de ser un campo de batalla y se volvió un diván. Y como era de esperarse, los cultos religiosos hicieron su parte: se feminizaron. No en el sentido de incorporar lo femenino como complemento sagrado —lo cual sería bíblico—, sino en el sentido de amputar lo masculino, de odiar todo lo que huelga a riesgo, autoridad, firmeza, orden o fuego.

Y ninguna manifestación religiosa encarnó mejor esta feminización simbólica que el mundo evangélico carismático, ese Disneylandia teológico de luces LED, canciones empalagosas, sermones con storytelling motivacional y un varón llorando en la plataforma, víctima de su última emoción.

En ese contexto, emergió una ontología musical: el sujeto ya no cree en base a la verdad, sino en base a si la canción lo tocó. La experiencia estética se volvió criterio de verdad. Si lo sentiste, es de Dios; si no lo sentiste, estaba seco. La alabanza dejó de ser vertical para convertirse en horizontal: un masaje emocional, no una declaración de guerra espiritual.

"No siento a Dios", dicen muchos creyentes, sin notar que esa frase es ya un testimonio de que su fe está basada en una religión emocionalmente fabricada, no en la roca que es Cristo.

La masculinidad cristiana fue demolida al compás de baladas acústicas. Ya no se forjan varones con visión, sino consumidores de playlist espirituales. Ya no hay ritos de paso, hay retiros juveniles donde los hombres se abrazan y lloran, pero no salen ni con convicciones, ni con estructura, ni con propósito. Solo con otro sticker emocional más para su diario espiritual.

La fe dejó de ser un acto de obediencia viril una palabra olvidada y se convirtió en una telenovela pentecostal donde Dios te consuela, pero no te confronta, te abraza, pero no te disciplina, te afirma, pero no te transforma.

El culto carismático actual ha producido al hombre litúrgicamente afeminado, no porque tenga gestos suaves o palabras tiernas lo cual no es pecado, sino porque ha sido desconectado del orden, del deber, del rito, de la misión. Es un hombre cuya virilidad ha sido absorbida por un sentimentalismo hueco.

Y todo esto fue permitido. Incluso promovido. Porque era más fácil apaciguar a los hombres que forjarlos. Más rentable entretenerlos que iniciarlos. Más útil tenerlos llorando que luchando

Y todo en su perfecto orden. Porque, aunque los sentimientos religiosos son nobles en sí mismos, en tanto buscan su asidero en Dios, una cosa es el sentimiento, y otra muy distinta es el sentimentalismo. Y como todo *-ismo*, el sentimentalismo es una hipertrofia: toma un aspecto legítimo y lo convierte en dictador. Ya no acompaña la verdad, la reemplaza. Ya no embellece la doctrina, la suplanta. Se convierte en lente, filtro, altar y juez.

El sentimentalismo intenta, con la arrogancia de los necios, organizar toda la estructura de la fe desde el eje de la emoción. Pero no se puede construir una religión duradera, menos aún una virilidad cristiana sobre cimientos tan blandos como "lo que siento". Es como intentar erigir una catedral sobre un pantano.

En ese lodazal, los extremos brotan como hongos tras la lluvia. Y sí, por allá, vemos a un predicador enojado con el piano. Cree que, si sacamos los instrumentos, vuelve el fuego. Como si al demonio de la emasculación le importaran las partituras y corcheas.

Y por acá, otro pastor frustrado que, al ver el sentimentalismo musical de su congregación, piensa: "*Si la música es el problema, quitemos la música*". Como si el culto verdadero se construyera con sustracción estética, en vez de transformación antropológica. ¡No! ¿Es que acaso no entienden?

El problema nunca ha sido la música en sí. Nunca lo fue. Ni el piano, ni la batería, ni las luces. El verdadero cáncer está en el hombre, que convirtió la música en baluarte de su autoexpresión viril, en una especie de trinchera donde proyectar su espiritualidad sin tener que pasar por la cruz, ni por el rito, ni por la obediencia.

El varón moderno, incapaz de luchar, liderar, sufrir o discipular, ha hecho de la música su forma de "sentirse útil". Canta con fuerza, levanta las manos, se emociona, y cree que eso es guerra espiritual. Confundió la expresión con la edificación, la catarsis con la transformación, la intensidad con la santidad.

Y aquí está el verdadero abismo: al no haber puntos de equilibrio, al haber eliminado los rituales masculinos reales, todo el peso de la batalla cae sobre estos elementos que jamás fueron diseñados para cargar con tanto. Le pedimos a la canción que haga lo que debería hacer el discipulado. Le exigimos al culto que construya lo que debería forjar la comunidad. Le imploramos al coro lo que deberíamos extraerse del carácter forjado por la prueba.

El resultado es una iglesia que suena fuerte... pero piensa débil. Canta con pasión... pero obedece con tibieza. Llora con libertad... pero no lidera, no muere, no hereda.

Y cuando la batalla se vuelve real cuando el mundo exige hombres, estos cantores espirituales descubren que no saben portar una espada, que nunca fueron iniciados, que no tienen columnas, solo playlist. Porque nadie les enseñó que una fe cantada sin cruz es solo un eco bonito. ¿Y qué hacen? Pues nada, ponen una canción que los atosigue emocionalmente para bien o para su propia miseria.

MONJES INÚTILES

Pasemos ahora a otra expresión más de la cristiandad: la llamada ortodoxia, también conocida como el catolicismo griego, o como les gusta autodenominarse, *la Iglesia indoblegable, la guardiana de la tradición, el cofre dorado del misticismo ancestral*. Estos tíos, con sus barbas piojosas, sus túnicas arcaicas y sus liturgias bizantinas de

cinco horas, han querido presentarse como los verdaderos baluartes de la masculinidad cristiana, los últimos espartanos espirituales de la fe.

Y Occidente, hambriento de modas, de solemnidad, y de algo que no huela a Hillsong o TikTok, les ha dado una mirada larga. Algunos incluso han comenzado a emularlos: iconos, canto a capela, conversión a una espiritualidad “antigua” que parece más varonil simplemente porque nadie sonríe, todos visten de negro y todo parece en griego. El joven que escuchaba a Hillsong entonces da un giro estético, deja de coleccionar playlist y procede a coleccionar iconos, velas y rosarios. No hay ritual, solo modas.

Aparte de eso, hay que decir algunas cosas más, primero lo obvio: ritual no es igual a rito, y estética no es igual a virilidad. Que un culto esté lleno de solemnidad, silencio y símbolos no significa que esté formando hombres. Puede estar formando actores litúrgicos, funcionarios del rito, guardianes del protocolo, pero no necesariamente varones. El ortodoxo promedio puede recitar el Credo de Nicea en griego, besar 20 iconos por minuto, hacer metanias hasta sudar... pero no tener la más mínima capacidad de confrontar el pecado con firmeza, o de levantar un hogar sin convertirse en un déspota pasivo-agresivo. La masculinidad cristiana, si ha de ser algo, debe ser cruciforme y militante. Pero el modelo ortodoxo ha sido históricamente más monástico que apostólico, más contemplativo que combativo. Muchos de sus santos son ermitaños que huyen del mundo, no hombres que lo confrontan. La mística oriental ha sido profundamente apofática, es decir, que define a Dios más por lo que no es que por lo que es, y en ese esquema, el hombre también se diluye, se despersonaliza, se vuelve humo en el altar.

No digo que todo esto sea malo. Digo que no es suficiente. Porque un hombre no se forja solo en silencio, sino en misión. No solo en contemplación, sino en confrontación. Y la ortodoxia, aunque parece fornida, huye sistemáticamente del conflicto cultural, político y moral. Prefiere permanecer pura en su rincón del mundo, que embarrarse con el lodo de la guerra espiritual real. La Iglesia Ortodoxa gusta de llamarse a sí misma la iglesia de los padres, de los concilios, de los santos incorruptos y de las barbas gloriosas. Y hay algo de razón en eso. Pero se les ha olvidado un detalle pequeño... diminuto... insignificante, apenas perceptible: “Una lámpara no se pone debajo de la mesa”.

Porque sí, son tan buenos guardianes de la fe, que se la han quedado para ellos mismos. ¿Has visto una iglesia ortodoxa cerca de tu casa? ¿Un ortodoxo en la esquina predicando? ¿Un joven ortodoxo desafiando al mundo, a la universidad, al sistema con una Biblia en la mano y fuego en el alma? No. No los ves. Porque no están.

El ortodoxo moderno no invade, se repliega. No predica, contempla. No evangeliza, preserva. Y así estamos: con una espiritualidad tan protegida, tan recubierta de incienso, cantos y letanías, que ya ni siquiera sale a respirar el aire del mundo real.

La implicación de ganar un alma la sabemos todos. El cristiano está llamado a padecer, batallar, romper estructuras, resistir al mundo, anunciar a Cristo con sangre si es necesario. Pero eso no se logra yéndote al desierto a pelear con tus pulsiones sexuales, ni presumiendo que en tu convento nunca ha entrado una mujer. Eso puede ser disciplina, pero no es misión. Eso puede ser aislamiento, pero no es testimonio.

Estamos, una vez más, ante un modelo deformado de masculinidad espiritual: una masculinidad esenia, sectaria, anacoreta y finalmente inútil. Hombres que no han sido enviados, sino escondidos. Que no forman discípulos, sino piltrafas edulcoradas de misterio, que caminan con los ojos entrecerrados como si tuvieran visiones, pero no pueden mirar de frente a una mujer sin tartamudear.

Porque esa es la tragedia real: más allá de la fuerza admirable del creyente mártir-profeta, lo que estamos viendo es la producción en masa de eunucos emocionales, torpes sociales, apáticos existenciales. Hombres que no luchan, no lideran, no oran con fuego ni confrontan con verdad. Solo repiten rezos congelados, como si la repetición sustituyera la transformación.

Y se engañan. Se dicen a sí mismos que esa vida es alta, profunda, santa. Pero en realidad, es una espiritualidad desconectada, que ha abandonado la plaza pública y se ha refugiado en el ícono y la vela. Mientras el mundo se desmorona (el aborto, el nihilismo, la ideología de género, la corrupción moral, la destrucción del alma), ellos anatimizan desde la sombra, como si condenar al hereje desde el púlpito fuera suficiente para frenar el infierno en la tierra. Así que, entiendo que para el joven gustoso de modas de turno los barbones ortodoxos parecen ofrecer una salida, pero no lo es.

La ortodoxia ha producido (no siempre, pero con frecuencia) una masculinidad de museo, congelada en incienso, impenetrable por fuera, pero hueca por dentro. Es una

virilidad estética: visualmente impactante, simbólicamente rica, pero existencialmente estéril.

PAPISMO EDULCORADO

El papista moderno, pobre diablo, se encuentra en una encrucijada infernal. Por un lado, su institución —que alguna vez excomulgó reyes y quemó herejes con una seguridad teológica tan pétrea como su arquitectura— ahora bendice uniones homosexuales con una sonrisa de monja de TikTok, y recibe a los anticristos de este mundo en la Sala de San Pedro como si fueran apóstoles de la esperanza ecológica.

Al ver el espectáculo dantesco de su iglesia arrodillada ante el progresismo, el papista pega un grito en el cielo... y se retira al pasado como quien busca aire en una cripta. Así, han surgido intentos desesperados —aunque inertes— de resucitar al cristero, al caballero templario, al cruzado sin cruz. Un cosplay litúrgico más que una reforma profunda.

La consigna es sencilla y patética: más latín, más incienso, menos pueblo. Una misa que nadie entiende, cantada con voz de espectro en un idioma muerto, para una comunidad fantasmal que cree que, si todo huele a Edad Media, quizá vuelva el espíritu de la Cristiandad. Pero no. No es más que una liturgia de nostalgia. Una desesperación disfrazada de reverencia

Una evidencia brutal de una llaga que supura por dentro: los hombres están inquietos. Y lo están también en sus religiones.

Por eso no debe sorprendernos que en los últimos años —en esa fiebre de malestar colectivo que va desde el nihilismo posmoderno hasta los foros de 4chan— algunos católicos hayan comenzado a alabar la Inquisición, del mismo modo que los trolls fascistoides alaban el nazismo: no por convicción doctrinal, sino por hastío existencial. Es el grito del hombre que sabe que algo se ha podrido, pero ya no confía en ningún médico. No los culpo. El malestar social ha filtrado todos los rincones del alma masculina.

Mientras escribo estas líneas, el *Dicasterio para la Doctrina de la Fe* sí, ese organismo que antes se llamaba Santa Inquisición está presidido por un hombre que es homosexual. Se trata de Víctor Manuel Fernández, el cual, en sus ratos libres, fantasea con una espiritualidad erótica, y publica aberraciones como *La pasión*

mística, donde parece sublimar las pulsiones sexuales reprimidas de santos en celo místico. Una especie de mística con olor a lubricante y contemplación con subtexto fálico.

Al lado de él, la Iglesia alemana ha emprendido su propio éxodo hacia Sodoma, denunciando el “conservadurismo” como si fuera lepra teológica y exigiendo una iglesia inclusiva, no "pasada", sino adaptada al progresismo: abierta a lo homosexual, trans, poliamoroso, fluido y lo que venga.

Entonces, preguntémosnos con honestidad brutal ¿Ofrece el catolicismo romano actual un camino viable para la recuperación masculina? No. Rotundamente no.

La mejor evidencia de ello no está en los críticos externos, sino en sus propios “defensores”. Aquellos que se rasgan las vestiduras por la cruz de Borgoña, que veneran el pre-Vaticano II como si fuese la edad dorada de la virilidad cristiana, ellos mismos gritan que este catolicismo ha sido castrado. Ellos saben y no lo oculta, que la Iglesia postconciliar está fabricando piltrafas andróginas, no hombres, es para ellos clarísimo.

Y no se equivocan. La fe del papismo actual está tan ocupada en no ofender al mundo que ya no sabe cómo formar soldados. En vez de cruzados, produce burócratas de la misericordia. En vez de mártires, teólogos de Twitter. En vez de pastores, diplomáticos clericales con una sonrisa neutral y una moral líquida. El catolicismo ha pasado de ser una milicia espiritual a una secretaría de relaciones exteriores. Y en este contexto, el varón católico queda atrapado entre dos pesadillas: Una iglesia oficial que le dice que sea inclusivo, pasivo, abierto, y que bendiga lo que siempre se maldijo; Y una franja reaccionaria que le vende una misa en latín como si fuera el ritual mágico que lo hará varón.

Ninguno de los dos extremos lo forma. Ambos lo dejan huérfano.

HACIA UNA RECONSTRUCCIÓN TOTAL DEL HOMBRE CRISTIANO

Después de haber despellejado sin compasión los tres grandes troncos del árbol de la cristiandad, el circo papista, el museo ortodoxo, y el karaoke evangélico, uno podría pensar que no queda nada en pie. Que todo está perdido. Que el hombre cristiano ha muerto, y que sobre su tumba solo queda liturgia, humo o sentimentalismo barato. Que el judío, el musulmán y el ateo bailaran sobre sus restos.

Pero no. No todo está muerto. Algo duele, y ese dolor es señal de que aún hay vida.

Porque, aunque yo mismo soy protestante, y he combatido con vehemencia el error doctrinal, la idolatría institucional y la corrupción teológica de estas ramas, comparto con todos ellos como hombre un mismo malestar. Una inquietud profunda, una náusea compartida. Sé lo que sienten los católicos que miran con horror cómo su iglesia se convierte en una ONG progresista. Entiendo a los ortodoxos que se refugian en lo antiguo como respuesta a lo moderno. Me identifico con los evangélicos que, en medio de tanta emocionalidad vacía, solo quieren escuchar una voz firme que les diga: "Levántate, sé hombre."

Nos une una misma realidad innegable: el enemigo está matando a los nuestros. Emasculando a nuestros hombres, destruyendo nuestros hogares, jugando con nuestros hijos, comiendo de nuestros campos. Mientras discutimos liturgias, jurisdicciones, vestimentas y validez sacramental, el infierno no descansa. Está castrando niños, aniquilando hogares, destruyendo la paternidad, borrando el nombre de Dios del mundo. Y nosotros... nosotros estamos más ocupados en defender nuestras trincheras que en levantar a los caídos. ¿Podríamos tener una tregua? Hombres, oídme, ¿sienten lo mismo que yo? ¿nos está llamando el Todopoderoso a algo más grande antes de partir de aquí?

¿No nos damos cuenta de que el enemigo no distingue entre papistas, ortodoxos o evangélicos? Para él, todo varón que aún huele a cruz es una amenaza. Todo hombre que aún cree en la Verdad, que ora, que guía, que protege, que se niega a arrodillarse ante el sistema... ese es un blanco. Y nos están exterminando. Uno por uno. Silenciosamente. Culturalmente. Espiritualmente. Es momento de hacer algo que no es ecumenismo barato ni sincretismo tibio. Es algo más alto. Es un acto de suprema honestidad. Es volver a mirar hacia dentro. Hacia lo que nos ha conformado a todos. Hacia lo que alguna vez nos hizo potentes, íntegros, temidos por los tiranos y amados por los pueblos.

Del catolicismo, podemos rescatar el sentido del martirio, la estructura, la solemnidad.

Del mundo ortodoxo, su conexión con la tradición, el misterio, el valor del silencio.

Del protestantismo, la pasión por la Palabra, la libertad de conciencia, la urgencia evangelística.

No se trata de fusionar doctrinas. Se trata de reconstruir al hombre.

Y ese hombre será protestante, católico u ortodoxo —eso lo juzgará Dios—, pero será primero hombre de Dios o no será nada. Será iniciado, disciplinado, probado, quebrado y rehecho en el altar. O será otra estatua más para la ruina. Este no es un llamado a la unidad institucional. Es un llamado a la unidad de la herida. Y a la unidad de la misión.

Porque si no despertamos, si no dejamos de morder al hermano mientras el mundo devora a nuestros hijos, entonces no merecemos otra cosa más que el juicio que viene. Y vendrá. Pero quizá, solo quizá, si hay un remanente de hombres dispuestos a morir como hombres, entonces la historia aún no se ha cerrado.

Si Dios así lo desea, que todo esto venga de arriba, no desde Roma, ni Constantinopla, ni Berlín.

CAPÍTULO SEIS

EL HOMBRE ES LOBO DEL HOMBRE

CAPÍTULO SEIS

EL HOMBRE ES LOBO DEL HOMBRE

Entramos a la parte más oscura y dolorosa de este libro, pero es necesaria, así que lo más que puedo hacer por ti en estas páginas, es hacerte una advertencia: Si crees que este libro ha sido demasiado duro en algunos puntos, brinca al siguiente capítulo, (quizá eso no logre persuadirte) así que te diré lo siguiente, este capítulo, no es para ti, si lo lees, estarás marcado. Y entonces pensarás de forma paradójica, ¿y quién lo leerá si te hago caso? Solo Dios lo sabrá.

Bien. El problema del mal no es solo un argumento más en el arsenal del escéptico: es una herida abierta en la carne misma de la humanidad. No es un mero acertijo filosófico; es una úlcera supurante en el alma del mundo. Y lo más perturbador no es que los ateos lo usen contra Dios, sino que brota desde las mismas entrañas del cristianismo cuando este mira de frente, sin parpadear, el espanto que lo rodea. Porque no hablamos de teorías, hablamos de gritos. Hablamos de niños violados. De mujeres desfiguradas. De hombres rotos por dentro. De cadáveres que alguna vez tuvieron nombre y sueños. De mujeres violadas, de hombres descuartizados, de bebés abusados.

Siempre habrá una voz temblorosa que pregunte:

—¿Por qué aquel hombre abusó sexualmente de mí cuando era niña?

—¿Por qué ese desalmado mató a mi hijo?

—¿Por qué ese tío me destruyó la vida?

Y detrás de cada pregunta, hay un llanto ahogado, un resentimiento sin forma, un alma astillada pidiendo justicia, o al menos, sentido. Pero hay una respuesta. Una que ninguno quiere mirar a los ojos. Una que es tan clara, tan honesta, tan elemental... que desgarrar.

Aquel hombre violó a tu hijo... porque podía hacerlo.

Ese asesino destrozó a tu hija... porque podía hacerlo

Ese tío quebró tu vida... porque podía hacerlo.

No hay misterio arcano. No hubo un decreto divino ni una prueba celestial disfrazada de infierno. Lo hizo porque tenía el poder. Tan simple. Tan brutal. Tan intolerable. Es el “Seréis como dioses...” se cumple todos los días.

Esa es la verdad que todos evitan como a un cadáver en descomposición. Porque esa verdad no solo acusa al perpetrador. Nos apunta a todos. Porque ese poder para hacer daño, para destruir sin redención ni medida... no es un privilegio exclusivo de los psicópatas o de los enfermos mentales. No. Está en ti. Está en mí. Está en todos. Lo que ese monstruo hizo, no lo hizo por ser monstruo. Lo hizo por ser humano. Y si eso no te revuelve las entrañas, es porque aún no has entendido nada.

Desde nuestros primeros años en este mundo—sí, desde esa infancia supuestamente inocente—ya participamos de esa oscura realidad: el poder de causar dolor. Lo ejercemos con palabras, con silencios, con indiferencias, con manos, con ojos, con abandono, con traición. Lo único que cambia es la magnitud. Pero la semilla es la misma.

—¿Por qué mis padres me abandonaron? Porque podían hacerlo.

—¿Por qué mi esposa me engañó? Porque podía hacerlo.

—¿Por qué aquel hombre me asaltó? Porque podía hacerlo.

No hay criatura humana que no lleve en sí el germen de la destrucción. Esa es la revelación insoportable. No el mal allá afuera, sino el mal aquí adentro. El abismo no está solo en el holodomor o en una celda oscura; el abismo está en el corazón humano. Y es tan profundo, que nos consolamos pensando que por lo menos nosotros no lo haríamos. Permíteme diferir, y llevarte al abismo un momento, te prometo que dolerá, pero saldrás curado de ese cuarto en el que estás.

Cuando los hombres son obligados a convivir, lo que emerge no es armonía ni compasión, sino poder. Un poder elemental, instintivo, que Nietzsche supo detectar en su forma más cruda: una voluntad ciega de imponerse, de dominar, de superar al otro, de hacerlo ceder. No es simplemente instinto animal. Está salpicado por algo más profundo, más oscuro, más envenenado: el espíritu caído. Este es el infierno que Sartre vislumbró con su lapidaria frase: “*el infierno son los otros*”. Pero no hablaba de un capricho emocional, sino de una revelación filosófica: los otros son un espejo insoportable. Son una amenaza perpetua, son una mirada que juzga, que anula, que

domina. Y si no me crees, recuerda a Philip Zimbardo y su infame experimento en la prisión de Stanford.⁴⁴ No bastaron días. Bastaron horas para que estudiantes comunes, con nombres, sueños y padres orgullosos, se convirtieran en carceleros sádicos, torturadores disfrazados de autoridad y golpearan, violaran y vejaban a otros. La transformación no fue forzada; fue espontánea. Bastó otorgarles poder. El hombre no puede habitar al lado del hombre por mucho tiempo sin que algo se rompa, sin que la tensión escale, sin que la violencia, en alguna forma, se filtre.

Esta verdad incómoda tal vez explique con más claridad que cualquier teoría evolutiva por qué el *Homo sapiens* borró al Neanderthal de la historia: porque podía hacerlo, y porque su mera existencia era una amenaza a su espacio, a su dominio, a su reproducción. Estas son las lecturas que amamantan los judíos talmudistas que sueñan con tener a los “*goyim*” de esclavos y a ellos poniendo la bota encima de sus cuellos. No son los únicos, los países se arman hasta los dientes justo porque todos temen a todos y se obligan a convivir por convencionalismos y necesidad.

Porque cuando un hombre sabe que puede hacer daño, en la mayoría de los casos, lo hará. Y si no lo hace, no siempre es por virtud, sino porque algo lo contiene: la ley, el miedo, la costumbre, la vergüenza. Por eso —aunque no te guste escucharlo— debes agradecer que vivimos rodeados de moralismos, convencionalismos y restricciones legales. Porque sin ellos, tú mismo serías peligroso. De hecho, ya lo eres. Solo que aún no te has dado cuenta. Tal vez intentes defenderte con lo obvio: “*pero yo soy cristiano*”. No te preocupes, también en nombre de Dios se ha torturado, se ha quemado viva a gente, se han abierto vientres, exterminado pueblos, erigido inquisiciones y bendecido guerras. No hay cruz suficientemente pura que no haya sido empuñada como espada. El nombre de Dios ha sido arrastrado por los charcos de sangre de la historia, y a menudo, por hombres que creían servirle. Así que tu cristianismo no es inmunidad. No es vacuna contra el mal. A lo mucho, es advertencia. Mientras escribo este libro, los seguidores de Mahoma, vuelan la tapa del cráneo a balazos de los seguidores de Jesús en Siria.

El hombre, como dirá Hobbes, es el lobo del hombre. *Homo homini lupus est*. En un mundo donde los lobos se reconocen como lobos, si queremos sobrevivir más allá de los muros de la tribu y romper los lazos endogámicos que nos mantienen encerrados en círculos de sangre y parentesco, necesitamos un pacto. Un acuerdo. Un freno al filo

⁴⁴ Zimbardo, P. (2007). *The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil*. Random House

del cuchillo que cada uno lleva oculto bajo la lengua. Así nace el Leviatán. No como un ente benigno o celestial, sino como un engendro demoníaco necesario. El hombre crea un monstruo más poderoso que cualquier hombre, para que ninguno se atreva a devorar al otro. Ese monstruo, tú lo conoces con otro nombre: el Estado.

Un ente cuya existencia se justifica no por la bondad que emana de él, sino por el temor que infunde. Hobbes toma prestada la imagen del *Leviatán*, esa criatura bíblica descrita en el libro de Job como un ser indomable, brutal, infernal, para describir el carácter del Estado soberano: un monstruo que impone el orden no por virtud, sino por capacidad de destrucción⁴⁵. El Leviatán no hace la paz porque ama la paz, sino porque ama el control. Y para garantizar ese control, debe ser más terrible que cualquier ciudadano, más brutal que cualquier banda, más inflexible que cualquier clan. Somos lobos, dirigidos por un monstruo.

Lo sé. Mientras lees esto, aún estás atravesado por ese dulce y letal convencionalismo que te hace creer que hay dos clases de personas: los malos... y tú. Pero no. No existen “ellos” y “nosotros”. Solo hay una categoría: el ser humano con el poder de hacer el mal. Todos lo tenemos. Todos lo usamos. Todos lo disfrutamos. Y eso, eso es lo verdaderamente espantoso. Si tuvieras el valor de hacer memoria con honestidad, verías cuántas veces utilizaste ese poder demoníaco. Cuántas veces hiciste daño. Cuántas veces viste la destrucción que causabas... y no paraste. Y peor aún: cuántas veces lo justificaste.

Mi intención al decir esto no es sembrar dudas sobre tu redención. Ni poner en tela de juicio el perdón que predicas cada domingo. Mi intención es una sola: humillarte. Obligarte a ver al ser humano como lo que realmente es. No la criatura edulcorada de tus sueños infantiles, sino esa por la que Isaías —profeta, hombre de Dios, llamado y escogido— clamó desesperado: “*¡Ay de mí, que soy hombre muerto!*”.

Porque cuando la santidad verdadera se manifiesta, la reacción no es éxtasis, sino espanto. Cuando Dios se revela tal como es, no caes de rodillas para cantar, sino para rogar que termine. Que te oculte. Que te borre. Hasta aquí, espero estar siendo claro: el hombre, al intentar frenar su violencia, creó un ente que la concentra. El Leviatán no elimina la naturaleza bestial del ser humano, simplemente la administra. Y eso, tarde o temprano, tiene un costo.

⁴⁵ Véase: Hobbes, *Leviatán* 1651/2017

EL VERDADERO PODER

Abraham Lincoln dijo que la única forma de conocer a un hombre es dándole poder. Y tenía razón. El poder no transforma al hombre; lo revela. No lo corrompe, simplemente quita el velo. Lo que yace oculto bajo las buenas maneras, bajo las sonrisas de cortesía, bajo los credos y las virtudes prestadas... emerge cuando el poder irrumpe. Porque el poder no inventa nada nuevo: potencia lo que ya está. Multiplica lo que yace en silencio. Si hay lujuria, se desborda. Si hay violencia, se desata. Si hay hambre de control, se convierte en tiranía.

Los dictadores no son dictadores porque amen los dólares. Eso es un mito para consolar a los ingenuos. No. Lo que los mueve es otra cosa: el placer nauseabundo, casi animal, de someter. De doblar la voluntad ajena. De destruir con una palabra, con una orden, con un gesto. Esa clase de gozo que no se compra en Wall Street ni se aprende en Harvard. Es un deleite crudo, maquiavélico, visceral. Y lo más aterrador no es que exista... sino que tú también lo entiendes. Porque, aunque no lo confieses, aunque lo reprimas, aunque lo niegues cada mañana al verte al espejo, tú también lo has sentido.

Todos lo hemos sentido. Porque todos —y esto debes aceptarlo, aunque te desgare— estamos marcados por una caída. Hay en nosotros una inclinación perversa, un deseo agazapado de herir, un poder latente, siempre listo. Ese poder no está reservado para criminales, soldados o líderes corruptos. Está en ti. En tu silencio pasivo-agresivo. En tu indiferencia calculada. En tus palabras cargadas de veneno sutil. En tus gestos de desprecio. Es el mismo poder, solo con distinto disfraz.

En términos más biológicos, los expertos dirán que esto es instintivo, que es parte de nuestro cerebro reptiliano, esa capa primitiva que rige las reacciones de defensa, de ataque, de supervivencia. Pero lo verdaderamente importante no es la explicación naturalista. Lo que importa es que tú, ahora mismo —sí, ahora— acabas de darte cuenta de esto: **tienes poder**. No me refiero a ese cliché barato que usan los motivadores de TikTok para impulsarte a levantar pesas o “creer en ti”. No. Hablo del poder real. Del poder oscuro. Del que no necesita permiso.

Si quisieras, podrías ponerte de pie, salir de donde estás, tomar un bate... y destrozarle el cráneo a alguien. No necesitarías razones. Solo voluntad. Y eso, eso es poder. Esa es la verdad que nadie quiere mirar de frente. Puedes hacer daño. Puedes

matar. Puedes quebrar. Puedes abandonar. Puedes traicionar. Y todo eso está **dentro de ti**. No necesitas aprenderlo. Solo necesitas ceder. Esa es la consciencia que Adán y Eva experimentaron al verse desnudos: no solo vieron su piel, vieron su vulnerabilidad, su potencial de corrupción, su capacidad de maldad. El conocimiento del bien y del mal no fue una simple lección moral. Fue una revelación aterradora: *puedo hacer lo que quiera... incluso lo impensable*.

¿Y sabes qué es lo peor? Que esa posibilidad no desaparece. Se queda. Te acompaña. Te susurra. Te observa desde el rincón oscuro de tu alma. Puedes reprimirla, puedes fingir que no existe, puedes cubrirla con Biblia, con estudios, con prédicas... pero sigue allí. Como un animal dormido debajo de la cama. Esperando.

Y a veces —sí, a veces— Satanás lo tienta. Lo azuza. Lo despierta. Porque sabe que el mayor horror no viene de afuera, sino de adentro. Y ahora que has leído esto, lo sabes. No puedes desleerlo. No puedes volver atrás. Lo llevas contigo. Porque ahora eres consciente de tu poder. Y te perseguirá.

sí que ahora, con esta visión que tal vez nunca habías considerado —o que habías enterrado bajo montañas de justificaciones religiosas, sociales o psicológicas— comienzas a entender cosas que antes solo intuías. Por ejemplo, ¿por qué el apóstol Pedro, con voz temblorosa y pastoral, les ruega a los ancianos que no se enseñoreen de las ovejas? (1 Pedro 5:3). Exactamente. Porque *pueden hacerlo*. Porque está en su poder. Porque el pastor, ese que predica domingo tras domingo sobre el amor de Cristo, también puede ser un tirano de púlpito, un depredador emocional, un verdugo con sotana. Y si te arruinó la vida, si te pisoteó, si destruyó tu reputación y te hizo dudar de tu fe, la razón es dolorosamente clara: **porque podía hacerlo**. Y lo hizo.

No necesitas buscar tragedias épicas para ver esta dinámica. Desde niño has estado envuelto en ella. Desde que pateaste al perrito que venía a lamer tu mano. Desde que arrancaste una rosa solo porque podías, o cuando aplastaste a un pajarillo sin que nadie te lo pidiera. Desde que desobedeciste con frialdad a tus padres, desde que te convertiste en el bulleador silencioso y cruel del primer año de secundaria. Ahí estaba ya. El poder. El poder para herir. Para destruir. Y si lo recuerdas con vergüenza o lo intentas borrar, no cambia el hecho: lo ejerciste.

¿Lo ves ahora? La razón por la cual engañaste a tu novia y terminaste casándote con otra mujer no es una compleja red de traumas no resueltos o decisiones difíciles de la

vida adulta. No. Es más simple. **Lo hiciste porque podías hacerlo.** Porque ese poder siempre ha estado ahí, como un cuchillo debajo de la almohada. Lo usaste. Tal vez sin pensarlo. Tal vez con cálculo. Pero lo hiciste.

Engañaste a tu esposa. Dejaste tu trabajo sin avisar. Le mentaste la madre a ese tipo en la calle. Golpeaste a otro más sin pensarlo. No porque seas "el más malo del mundo", sino porque el poder estaba ahí... y no te detuviste.

Sé que en este punto te defiendes: *“Pero no me compares con un psicópata asesino, por lo menos yo soy un poco menos malo.”* Y claro, suena lógico. Pero aquí no estoy haciendo un juicio de valor sobre grados de maldad. Eso le corresponde a Dios, en su juicio. Lo que estoy haciendo es ponerte un espejo, uno que no puedes romper: ese poder de destruir, de manipular, de aplastar, **sigue contigo.** No se ha ido. Solo ha aprendido a esperar. A meditar. A maquinarse en lo secreto. A soñar en voz baja. A trazar planes entre sonrisas.

¿Recuerdas las palabras de Dios a Caín? *“El pecado está a la puerta y te acecha; pero tú debes dominarlo”* (Génesis 4:7). No le habló a un demonio, le habló a un hombre. A un hombre común. A uno como tú. Uno como yo. Y le advirtió: *“te acecha”*. Como una fiera hambrienta. Como un tigre que no duerme, solo aguarda. Y tú crees que por llevar años en una iglesia o por citar versículos el monstruo se ha ido. Pero no. Solo se ha educado. Solo ha aprendido a camuflarse.

Así que ahora que eres plenamente consciente de esta realidad brutal, podemos seguir respondiendo con honestidad:

—¿Por qué engañaste a tu esposa? Porque **podías** hacerlo.

—¿Por qué le destruiste la vida a esa persona que confió ciegamente en ti? Porque **podías** hacerlo.

No lo niegues. No lo adornes. No lo espiritualices. Reconócelo. Porque solo el que ve su propia tiniebla puede rogar con lágrimas que la luz de Dios no lo consuma por completo.

Ahora puedes verlo. Los verdaderos hombres de poder no son los que gritan, los que golpean el púlpito o levantan imperios con discursos huecos. Son aquellos que, con mirada baja y temblor en el alma, han llegado a comprender el poder que siempre han llevado en la palma de su mano: el de destruir. El de devorar. El de quebrar a otro ser

humano con un solo gesto, con una sola decisión, con una sola palabra. Ese es el verdadero poder: el que reconoce su potencial de aniquilar... y teme.

Aquí se encuentra el grito de Pablo, no como retórica, sino como un gemido existencial: “*¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?*” (Romanos 7:24). Porque el poder para hacer lo que aborrecemos, sigue ahí, se arrastra con nosotros. “*Lo que no quiero hacer, eso hago.*” Porque podemos. Porque nadie nos lo impide. Porque aún con versículos memorizados y la agenda llena de ministerios, lo que somos se revela en el silencio de la noche, cuando nadie nos ve... y aun así caemos.

Aquí es donde el moralismo neoevangélico se desmorona como yeso viejo. No alumbra la llaga putrefacta. No la expone. No la limpia. Solo la maquilla con devocionales tibios y promesas terapéuticas. Le hace creer a los jóvenes que su pecado más oscuro es masturbarse o mirar pornografía. Pero no. Eso son apenas síntomas, migajas del abismo. La raíz es más profunda: lo hacen porque pueden. **Porque el poder está ahí.** Porque nada los detiene. Porque lo llevan en los huesos desde el vientre. Porque el pecado no es solo una acción, es un territorio que habitas.

Cuando alguien se ve expuesto ante esta crudeza, lo primero que hace es correr a cubrirse. Siempre ha sido así. Es el eco perpetuo del Edén. Al saberse desnudo, el hombre busca hojas. Busca culpables. Busca excusas. “*La mujer que me diste.*” “*Es que me alejé de Dios.*” “*Fue el ambiente, el cansancio, la tentación.*” Pero no. La verdad es una: **lo hiciste porque podías hacerlo.**

Y aquí viene el punto ineludible: nunca tendrás más poder del que ya tienes... y ese poder ya es suficiente para destruirte. En mi pueblo hay un dicho: “*Dios no les da alas a los alacranes.*” Porque, ¿cómo podría? ¿Cómo habría de darnos más margen para hacer más daño? Si con lo que tenemos, ya bastamos para arruinar matrimonios, corromper iglesias, pisotear al débil, levantar imperios de mentira, y luego arrodillarnos el domingo a decir que estamos bien con Dios. No, Dios no quiere más mal en la tierra. Él quiere que el mal sea vencido. Pero el poder... el poder es la gran pata de elefante rosa en la sala. Todos la ven, todos saben que está ahí, pero nadie la menciona. Porque hacerlo es reconocer que el monstruo vive en uno mismo.

Y mira la ironía: aunque este libro no trate de eso, aquí estás. Viéndolo de frente. Y mientras tú lees estas líneas, hay una religión entera —que lleva el nombre de

cristiana, que se jacta de ser “la más grande del mundo”— que ha hecho del poder su dogma más sagrado. El catolicismo romano. Una estructura eclesial que ha subyugado, robado, mentido, traficado, matado... y lo ha hecho en nombre de Cristo. Lo impensable, lo inimaginable, lo han hecho con sotanas, incienso y latín. Y los primeros protestantes, sí, los reformadores que amamos citar, en muchos aspectos repitieron exactamente los mismos pasos. Y los pastores de hoy... los de tu ciudad, los de tu iglesia, los que conoces... también lo hacen. También tienen poder. Y también lo han usado.

Pero ya no hay vuelta atrás. Ya no puedes cerrar los ojos. Somos hijos de Adán. Los desterrados hijos de Eva. Llevamos la marca de su exilio y el peso de su herencia. Como dijo Pablo: “*Llevamos la imagen del terrenal*” (1 Corintios 15:49). Y con esa imagen, llevamos también todas sus consecuencias. El poder para destruir. La voluntad para hacerlo. Y la conciencia, ahora despierta, de que no hay inocencia posible... solo necesidad desesperada de redención.

CUANDO EL LEVIATAN SALE A DEVORAR

¿Has visto esa película magnífica y desgarradora llamada *Noé*, de Darren Aronofsky? Es bellísima. Brutal. Dolorosamente humana. Muchos cristianos se indignaron porque “no es fiel al relato bíblico”, como si la fidelidad literal lo fuera todo, como si el alma de un texto pudiera medirse con una regla teológica. Pero como suele pasar, pierden millones por ganar centavos. Lo que no entendieron, lo que no quisieron ver, es que la película capturó algo esencial: la condición humana.

En una sola escena se nos revela el corazón pútrido de la humanidad: un par de hombres malvados, entre risas sardónicas, persiguen a un pequeño cachorro para matarlo. No por hambre. No por defensa. Solo por el placer retorcido de ver sufrir. Noé está con sus hijos, los protege, los oculta. Corre hacia el animal y lo encuentra herido de muerte. Intenta redimir su dolor, aliviarlo, pero no puede... y en un acto trágico, termina quitándole la vida. Justo entonces, los dos hombres malvados aparecen, sedientos de más violencia. Noé eleva los ojos al cielo y clama: “*Maldita será la tierra por nuestra causa*”. Y luego, los mata. ¿Lo ves? Noé también tenía el poder de destruir. Lo usó. Y lo usó porque podía. En esa barca estamos todos. Justos y malvados. Todos caídos. Todos capaces. Todos con las manos manchadas de barro, de sangre o de silencio. Y no es una ficción. Es la misma realidad bíblica que respiras. Lot vivía en Sodoma, esa cloaca ardiente de abuso, fornicación y brutalidad. No era

un moralista neoevangélico, ni un puritano de redes sociales. Era un hombre. Pero un hombre que, como dice Pedro, “*afligía su alma justa cada día, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos*” (2 Pedro 2:8). No porque él estuviera libre del poder de hacer el mal, sino porque había tomado conciencia de que ese poder, si se desata, no solo destruye a otros... también te devora a ti.

Y aquí es donde entramos al meollo de todo esto. Este mundo **no** es cristiano. No existen “sociedades cristianas”. Existen sociedades pactadas con el Leviatán. Y el Leviatán —como ya viste— no es salvador. Es concesión. Es el monstruo al que los lobos le entregan sus colmillos, con la esperanza de no ser devorados por otros lobos. Pero ese monstruo... no te protegerá. No puede. Y no quiere. Porque **no es de Dios**. Porque ese sistema de justicia, poder, orden y control **es de este mundo**. Y este mundo, con toda su pompa, con toda su gloria, con todos sus gobiernos, con todas sus estructuras... **es el reino de Lucifer**.

Satanás lo dijo sin titubear: “*todos estos reinos me han sido dados, y a quien quiero, se los doy*” (Lucas 4:6). Y no lo negó Jesús. Porque es verdad. El mundo está gobernado por estructuras luciferinas. El Leviatán —el Estado, ese engendro nacido para contener el caos del hombre— está hoy involucrado en redes de pedofilia, en tráfico de niños, en prostitución de mujeres, en contrabando de armas, en guerras de falsa bandera, en genocidios disfrazados de progreso. Está metido hasta el tuétano en la maldad más impensable. Está hecho de ella.

Por eso Hebreos nos dice que el cristiano “*no tiene aquí ciudad permanente*” (Hebreos 13:14). Por eso el cristiano no echa raíces, no adora a banderas, no se embriaga con patrias, no vende su alma por una promesa electoral. El cristiano *espera la Jerusalén celestial*. Y no siente apego por terrenos, por piedras, por fincas, por “naciones bajo Dios”, porque **nada de esto quedará en pie**. Todo será sacudido. Todo será quemado. Todo será deshecho.

Y tú, hombre de Dios, tienes que despertar. Porque tú también llevas ese poder. Porque tú también podrías destruir si te dieran el permiso. Porque Dios no ha cambiado. Porque él **sabe** que habitas en medio de un pueblo de labios inmundos. Porque él **sabe** que el poder sin temblor es destrucción pura. Así que, no eches raíces. No te cases con este mundo. No lo llares tu hogar. Protege a los tuyos como Noé protegió a los suyos. Como Abraham, que velaba por su familia en medio de tierras ajenas. Como un hombre justo, no perfecto, pero **consciente**. Y si llega el día —

porque a veces llega— en que tengas que hacer uso de ese poder oscuro, que sea en justicia. Que sea por causa justa. Que sea con temblor. Porque si has llegado hasta aquí, ya sabes lo que portas dentro. Ya sabes que el Leviatán te vigila. Ese es el mundo en el que vives. Un mundo sostenido por el miedo al castigo, no por la virtud. La mayoría de las leyes modernas no están diseñadas para educar moralmente al ciudadano, sino para infundir suficiente miedo como para que no cruce la línea. Michel Foucault, en *Vigilar y castigar*, explica cómo las sociedades disciplinarias reemplazaron la violencia visible del soberano con un sistema más sofisticado de vigilancia, normalización y castigo. El poder ahora no se exhibe en la plaza pública, se introyecta. Y con todo, sigue siendo miedo: miedo al rechazo social, a la cárcel, a la humillación. La estadística es clara: en países con mayor severidad en la aplicación de la ley, como Singapur, las tasas de criminalidad son notoriamente bajas, no porque sus ciudadanos sean más virtuosos, sino porque el castigo es certero, rápido y visible.

Así que cuando un hombre —uno de verdad— abre los ojos y comprende, no fantasea ni especula, sino comprende con una lucidez escalofriante que puede destruir a otro ser humano en cualquier momento, sin que nadie lo detenga de inmediato... ese día ya no vive en la ilusión. Vive en la cruda realidad. Ese día entra en una dimensión que mezcla lo espiritual con lo brutal, lo moral con lo animal. Y ese descubrimiento debería dar miedo. Porque no estamos hablando de psicópatas. Estamos hablando de ti y de mí.

Ahora escúchame con atención, porque esto no es una simple reflexión; es una revelación que debes tragar, aunque te queme por dentro: solo cuando cobras plena conciencia de que eres capaz de destruir, es cuando realmente puedes entender que también tienes el poder de hacer el bien de manera objetiva, deliberada y redentora. No antes. No mientras vivas dormido en el confort del moralismo superficial. No mientras sigas creyendo que eres "bueno" por inercia.

Este es uno de los principios más profundos de la antropología bíblica: el bien tiene valor solo cuando hay libertad real para hacer el mal. Esto es lo que llamamos responsabilidad moral. Si no puedes pecar, entonces no puedes obedecer con el corazón. Pues serías un autómatas determinado. Es evidente que todo esto plantea una teodicea no desde la negación del mal o del sufrimiento, sino desde su instrumentalización divina para formar en el ser humano virtudes reales, no abstractas. Las incertidumbres de la vida y las vicisitudes de la existencia no contradicen la

soberanía de Dios. Esa afirmación, que para algunos parece evasiva o retórica, en realidad encierra una verdad tan profunda como incómoda: la vida no es un experimento de placer, sino un laboratorio de virtud. Pudiendo yo matar, no lo hago, y pudiendo destruirte plena y conscientemente, domino dicha tendencia, estoy triunfando sobre el mal, porque no niego el mal que puedo hacer, lo exhibo como esclavo ante el poder de la cruz y me río de él pues lo derrotó con el poder del Espíritu de Dios.

¿Quieres valor? Entonces necesitas adversidad. ¿Quieres esperanza? Necesitas incertidumbre. ¿Quieres fe? Necesitas caminar donde no hay pruebas. Y si deseas amor verdadero, no puedes nacer en un mundo sin la posibilidad del odio, del egoísmo o del abandono. Solo así, el amor deja de ser una palabra vacía y se convierte en elección. No puedes ser plenamente un hombre ante Dios, si primero no eres consciente de forma plena de este poder que llevas dentro y muestras que, aunque sabes que está ahí, lo dominas.

El bien no se afirma en el vacío, sino en contraste con su negación. Agustín lo vio claro cuando sostuvo que el mal es la privación del bien (*privatio boni*) y no una sustancia en sí misma ⁴⁶El mal, entonces, existe para que el bien sea visible, apreciado y elegido. En otras palabras, *lo bueno no brilla sin tinieblas*.

Y es precisamente en este campo de tensión donde el alma humana cobra conciencia de su poder, no solo para el mal, sino —y aquí está la paradoja gloriosa— **para el bien objetivo**. Porque solo el que reconoce que puede destruir, puede también construir de forma consciente. Solo el que sabe que puede aplastar, sabe también que sostener tiene un peso eterno.

Si no puedes odiar, entonces amar no es virtud. Si no puedes matar, entonces perdonar no tiene peso. El apóstol Pablo, desde su propio infierno interior, lo dice con brutal claridad: “*Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. [...] ¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?*” (Romanos 7:19, 24)

Este clamor no es de un impío, sino de un apóstol. Un hombre regenerado, pero consciente. Despierto. Atormentado, sí, pero no por desesperanza sino por lucidez. Pablo sabe que lleva en sí la capacidad de destrucción, y eso lo lleva, no al nihilismo,

⁴⁶ Agustín, *Confesiones*, 397/2022

sino al clamor. Al deseo ardiente de ser liberado, no de una sociedad mala, sino de sí mismo.

La mayoría quiere hacer el bien sin tocar esa llaga. Sin mirar su podredumbre. Pero el bien no nace de la ignorancia del mal, sino de la conciencia despierta de su poder. Como dijo Jesús: *“El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”* (Mateo 16:24, BLA, 2020). Y ese “sí mismo” al que hay que negarse no es el yo superficial de las redes sociales; es el yo profundo, el yo con garras, el yo egoísta, asesino, lujurioso y vengativo. Ese que, si no es crucificado, reinará.

Aquí hay una verdad filosófica de alto calibre: El bien, entonces, no es simplemente lo que se hace, sino lo que se elige hacer cuando se podría no hacerlo. La Escritura lo confirma una y otra vez. José, por ejemplo, tiene el poder de tomar venganza contra sus hermanos que lo vendieron, pero decide actuar con misericordia: *“Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien”* (Génesis 50:20). Esa elección solo es posible porque José sabía que podía hacerles daño. Su bien fue real, porque su mal era posible.

Por eso el Espíritu Santo no elimina tu capacidad de pecar: te hace consciente de ella. Te da dominio propio, no amputación (Gálatas 5:22-23). Porque el fruto del Espíritu no es la ausencia de mal, sino la elección del bien. Cuando decides amar, aunque podrías ignorar. Cuando decides orar por tu enemigo, aunque podrías maldecirlo. Cuando bendices al que te persigue, aunque todo en ti desea aplastarlo. Ese bien —ese acto— es glorioso. Y es lo que hace al creyente distinto: no que no pueda pecar, sino que ahora ve la dimensión real del bien y elige el camino estrecho.

Y ahora, tú lo sabes. Has visto tu cuchillo. Has sentido la tentación. Has tenido en tus manos la posibilidad de hacer el mal... y si aún estás leyendo esto, significa que puedes elegir lo contrario.

NIÑOS SIN PODER

Y ahora que hemos dicho todo esto, hay que asestar un golpe seco y certero a una de las crisis más profundas del cristianismo contemporáneo: la deformación de la conciencia cristiana a través de una “teología del no”. Una suerte de talmud cristiano mal digerido que se entrega como catecismo a todo aquel que pisa por primera vez una iglesia. *No hagas esto, no toques aquello, no digas tal cosa, no vayas a ese lugar, no veas, no pienses, no sientas... no vivas.*

Este cristianismo reducido a un sistema de privaciones es una burla al poder del Evangelio. No tiene fuerza. No transforma. No confronta al monstruo del alma que hemos descrito. Es, como bien lo dice Pablo, una forma de ascetismo estéril que “*en apariencia tiene sabiduría [...] pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne*” (Colosenses 2:23, BLA, 2020). Este legalismo disimulado no somete la carne: la enmascara. Le pone corbata al lobo, pero no le quita los colmillos.

La formación cristiana real no es un guion de prohibiciones, sino un despertar de conciencia. Es llevar al hombre a ese punto en el que pueda decir con Pablo: “*No hubiera sabido lo que es codiciar, si la Ley no dijera: No codiciarás*” (Romanos 7:7, BLA, 2020). Es hacer que el alma vea, que el espíritu tiemble, que el hombre cobre conciencia de su poder, y desde ahí —solo desde ahí— se incline ante Dios con temor reverente y amor obediente.

Pero lo que se ofrece hoy en muchas iglesias es una pedagogía inversa. Un cristianismo vacío de substancia y lleno de normas triviales. Se dice al joven qué no hacer, pero jamás se le enseña qué **puede** y **debe** hacer. Es un “no” sin “sí”. Una negación sin propósito. Un ascetismo que no forma solo reprime. No se le da Espíritu, se le da reglamento. No se le da discernimiento, se le da una lista de conductas aceptables. No se le da el Evangelio, se le da un sistema dietético con versículos fuera de contexto.

Y algunos, confundidos, reaccionan como los herejes de Tiatira, creyendo que la solución es experimentar todo el mal posible para entender el bien: “*conocer las profundidades de Satanás*” (Apocalipsis 2:24). Pero esa es otra trampa. No se vence al pecado sumergiéndose en él. Se vence **despertando**. El alma se fortalece no por nadar en el fango, sino por caminar en la luz con conciencia de que el fango sigue allí.

La teología del Evangelio no es la teología del “no comas” o “no hagas”. Es la teología del propósito: “*Comed y bebed para la gloria de Dios*” (1 Corintios 10:31). “*Hacedlo todo como para el Señor*” (Colosenses 3:23,). El Reino de Dios —dice Pablo— “*no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*” (Romanos 14:17). En otras palabras, el cristianismo no se basa en privaciones, sino en dirección. No anula al hombre, lo orienta. No le quita poder, lo redime.

La verdadera obra del Espíritu Santo no es convertirte en un cadáver moral, sino en **un hombre** lleno de dominio propio (Gálatas 5:23). La espiritualidad no es una vida

de represión, sino de propósito y discernimiento. Porque el cristiano no deja de hacer el mal por miedo, sino porque su espíritu ha sido fortalecido por el Espíritu. Y ese fortalecimiento no ocurre por prohibiciones, sino por transformación.

Y aquí llegamos a la gran tragedia de la pastoral juvenil moderna. Primero, porque se levanta sobre una pedagogía infantilizante. Se piensa que formar a los jóvenes es entretenerlos. Juegos, dinámicas, fiestas, espectáculos, shows de luces y redes sociales. Toda la potencia formativa del Evangelio es sustituida por una estética superficial. Pero los juegos no forman hombres. Forman niños perpetuos. Inútiles para la batalla espiritual. Incapaces de cargar una cruz.

Y segundo, porque es paternalista en su forma más tóxica. No enseña, prohíbe. No revela, censura. No despierta conciencia, adoctrina por costumbre. Se les trata como masa moldeable, no como hombres en formación. Y así se perpetúa una iglesia llena de obedientes inmaduros que no conocen su poder, ni su mal, ni su llamado.

De hecho, existe hoy una figura silenciosa que transita los pasillos de las iglesias, cuya tragedia suele pasarse por alto entre sermones, retiros y cultos. Se les ve pulcros, sobrios, bien sentados, sabiéndose observados. Son los hijos del pastor. Pero no son niños como los demás. No se les permite serlo. No se les forma: se les castra. Son los *castrati* de la fe evangélica. No se les prepara para vivir, sino para posar. No se les entrena para batallar, sino para servir de maniquí moral ante la congregación.

Sobre ellos se echa el manto pesado de la sobreprotección, no como un acto de amor, sino como una estrategia de imagen. Deben ser "ejemplares", no porque conozcan el bien y lo elijan, sino porque deben representar al hijo modelo que la iglesia exhibe como vitrina. Pero la iglesia no es un convento, ni una guardería. Es un campo de batalla. Es un lugar para la transformación del alma, no para el teatro eclesial.

A estos hijos se les impide vivir la experiencia real del crecimiento. Se les priva de cometer errores honestos, de hacer preguntas incómodas, de caer y levantarse con rodillas raspadas. El entorno de vigilancia los convierte en esclavos del qué dirán, marionetas atrapadas entre las expectativas del padre y las de una congregación que los necesita como símbolo. Pero Dios no trabaja con símbolos humanos: trabaja con personas quebradas, conscientes, necesitadas.

El desarrollo espiritual no se produce por osmosis genética. El hijo del pastor no nace sabiendo orar, ni amar, ni luchar. No hereda la fe como si fuera un mueble familiar.

La fe es despertada, cuestionada, probada, afirmada. Pero cuando se le impone una máscara, no hay espacio para que la conciencia moral madure. Y así, esos hijos crecen confundidos, alienados, rabiosos en lo oculto, reprimidos en lo público. Algunos huyen. Otros se resignan. Pero muy pocos florecen.

Aquí la psicología nos da una clave poderosa: el desarrollo religioso infantil está directamente ligado a la forma en que el niño experimenta la autoridad parental. El niño transfiere su idea de omnipotencia del padre terrenal a Dios. Y si esa relación estuvo marcada por el temor, la culpa o el silencio, su imagen de Dios será la de un amo tirano, no la de un Padre amante. Como se ha dicho con claridad: *“Los esclavos siempre han experimentado gran dificultad en transferir el temor por el amo a los conceptos del amor de Dios”*.

No se puede formar una fe madura a partir del miedo. No se puede forjar carácter a partir del exhibicionismo. No se puede preparar a un joven para ser un hombre, si lo que se espera de él es que viva como una estatua. El crecimiento espiritual no es proporcional a los productos visibles, sino al proceso invisible. El progreso real no se mide en aplausos, versículos memorizados, o protocolos dominicales. Se mide en luchas internas, en confesiones genuinas, en amor a la verdad.

Como escribió Pablo: *“Porque el Reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder”* (1 Corintios 4:20, BLA, 2020). El vocabulario eclesial puede crecer, y aun así no haber carácter. Puede haber premios, liderazgo juvenil, buenos modales... y cero madurez espiritual. ¿De qué sirve una hoja de vida religiosa si el alma está dormida? Como Jesús les dijo a los fariseos: *“Sepulcros blanqueados... por fuera lucen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos”* (Mateo 23:27, BLA, 2020).

El crecimiento auténtico no se mide en asistencia, sino en amor. No se mide en citas bíblicas, sino en vida crucificada. El verdadero progreso eleva los ideales, profundiza el sentido de los valores, aumenta la lealtad a lo supremo, despierta la conciencia de que el Reino no consiste en conducta, sino en transformación interior. No es ascenso dentro del ministerio, es descenso al alma para que Cristo viva allí.

Por eso, pastores, ministros, padres: no usen a sus hijos como trofeos espirituales. No les roben la posibilidad de fracasar y aprender. No los hagan caminar sobre vidrio para satisfacer la moral superficial de una iglesia que no los amará el día que se salgan

del guion. Si van a ser ejemplos, que lo sean porque conocieron la gracia, no porque fueron amordazados por la apariencia.

Dios no quiere maniqués. Quiere hombres. Hombres con cicatrices. Hombres conscientes. Hombres libres. Hombres transformados.

Fui hombre en el desierto, y fui hombre en la tormenta, pero fui verdaderamente hombre cuando mi mano tembló al alzarse para matar, y el Espíritu, más fuerte que yo, la torció para sanar. Ahí supe que el poder no es tener la espada, sino saber cuándo soltarla. Y que sólo es libre el hombre que, pudiendo destruir, elige amar con furia contenida.

CAPÍTULO SIETE

PADRES DESTRONADOS

CAPÍTULO SIETE

PADRES DESTRONADOS

Sabemos que la paternidad es importante. ¿Verdad? lo repetimos como papagayos en discursos progresistas y conservadores, como si por repetirlo se volviera verdad en la práctica. Pero ¿por qué es importante la paternidad? Si le preguntas al ciudadano promedio ese que hace fila en el OXXO para recargar el celular mientras sus hijos aprenden modales en TikTok, te dirá que el papá está para “proteger y proveer”. Fin del asunto. Casi como si el varón fuese una versión bípeda del cajero automático o un guardia de seguridad con nombre propio. Los hijos crecen viendo al Padre como un tío que está ahí para “algo”, pero no lo tienen claro del todo. ¿Será por eso por lo que el “día de la madre” es tan especial y el del padre no sabemos ni en qué día cae? No lo dudes, como menciona María Calvo, el Padre ha sido expiado de la sociedad de larga data y lo hemos aceptado como normal. Incluso los propios hombres, han aceptado esto, y por eso muchos de ellos siendo padres, son una paría de padres.

Pensemos en el caso contrario cuando se trata del papel de la madre: John Bowlby, en 1967,⁴⁷ clavó su bandera en la psicología del desarrollo afirmando que el apego con la madre era fundamental para el niño. No es que fuera un descubrimiento revolucionario, pero al menos puso orden en el campo. De ahí nació toda una obsesión académica con lo materno. Surgieron estudios que indicaban que el vínculo madre-hijo comenzaba incluso antes del parto, en el vientre mismo. A eso se le denominó, con una delicadeza casi poética, *vínculo materno-fetal*.⁴⁸ Más tarde, Condon y Dunn (2011) profundizaron el punto: la calidad del vínculo madre-feto durante el embarazo predice con alta precisión la calidad del vínculo postparto.⁴⁹

investigaciones posteriores revelaron que las madres con altos niveles de ansiedad durante la gestación también reportan altos niveles de ansiedad tras el parto. Y eso no se queda en un dato estadístico, sino que tiene implicaciones directas: surgía una

⁴⁷ Véase: Bowlby, J. (1967). *Attachment and Loss: Vol. 1. Attachment*. London: Hogarth Press.

⁴⁸ Véase: Condon, J. T., & Dunn, L. (2008). *Assessment of the quality of the maternal-fetal relationship*. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 26(2), 144–155. <https://doi.org/10.1080/02646830701887338>

⁴⁹ Allison, S. J., Poulton, R., & Smart, D. (2011). *Maternal trait anxiety and infant temperament: A prospective study of anxiety during pregnancy and child temperament at 14 months*. *Infant Behavior and Development*, 34(4), 487–496. <https://doi.org/10.1016/j.infbeh.2011.07.002>

preocupación por la madre en todo sentido, estas madres tienden a sentirse desbordadas con las exigencias de la crianza y evalúan con mayor negatividad a sus propios hijos. Es decir, no sólo sufren ellas, sino que también contaminan la lectura emocional del bebé, que termina pagando la factura de una maternidad no gestionada. Y podemos seguir y seguir analizando, como el papel de la madre ha tomado un papel sobre representativo que va desde la adolescencia, pasando por la juventud, luego la maternidad, luego el apego posterior con el hijo, y hasta nimiedades (estudios científicos) que explican el por qué las madres tienen ansiedad después de dar a luz o porque es importante medir sus niveles de estrés y como solucionarlas. Y ojo, nadie desestima esto, ¡es gratificante! Bendito Dios que nuestras mujeres tengan tanto apoyo y en cada etapa de su vida puedan recurrir a toda esta parafernalia del saber que puede guiarles y ayudarles. No es mi intención desestimar esto, sino señalar lo siguiente:

¿Y el padre? Bien, gracias. La literatura lo omite o lo pinta como actor secundario. Pero si todo esto nos enseña algo, es que la salud mental y vincular de los adultos responsables ambos son determinante. Ignorar el rol del padre no es sólo injusto; es intelectualmente deshonesto. Pero claro, es más cómodo seguir diciendo que “el amor de madre lo puede todo” y dejar al hombre fuera del guion, como si la paternidad fuera un accesorio opcional o un mal necesario. Es raro, pero es que, en realidad parece ser que la sociedad está acostumbrada a ello. Por ejemplo, aunque es un problema sumamente serio, a nadie le interesa. Mientras escribo este libro, leo las cifras de mi propio país que afirman que *cuatro de cada diez* hogares carecen de la figura paterna en el hogar según datos censales.⁵⁰ Por paradójico y casi tragicómico que suene, el célebre "Día del Padre" no nació para exaltar la figura paterna como columna vertebral del hogar, sino más bien como epitafio de su decadencia. Fue en 1910 cuando Sonora Smart Dodd, una mujer estadounidense, propuso esta conmemoración... no para celebrar al patriarca firme y presente, sino al hombre que se ve forzado a suplir también el rol materno. En otras palabras, el Día del Padre fue parido por una cultura que ya intuía la demolición del padre, y que —con absurda solemnidad— decidió premiar al padre mutilado, al padre que sobrevive como figura híbrida: papá y mamá, todo en uno, porque el orden natural ya había sido trastocado.

⁵⁰ Guevara, N. (2022, 19 de Junio). Día del Padre en México: la ausencia de la paternidad afectaría al 40% de los hogares del país. *Infobae*. <https://www.infobae.com/america/mexico/2022/06/19/dia-del-padre-en-mexico-la-ausencia-de-la-paternidad-afectaria-al-40-de-los-hogares-del-pais/>

Derivado de esta distorsión cultural —que ya lleva más de un siglo fermentándose— el hombre ha sido arquetipado en dos caricaturas igualmente enfermizas. Por un lado, el provisor ausente: aquel que, al estar fuera de casa cumpliendo con su deber laboral, es reducido a una billetera con patas; y por otro, el fantasma inútil: ese supuesto "padre presente" que, aun estando físicamente en el hogar, es tachado de insuficiente, incompetente o emocionalmente inválido, porque no logra llenar cada expectativa absurda que la posmodernidad ha volcado sobre él, lo que incluye suplir no solo las necesidades propias de la familia, sino como se dice actualmente “resolver”, que implica ser exprimido para que mujeres y niños puedan vivir presumiendo sus éxitos en Instagram.

Ambas figuras nacen de la misma herida: la emasculación simbólica del varón y la feminización progresiva de su rol. Así, no sorprende que gran parte de los divorcios modernos según las mismas estadísticas que la cultura prefiere ignorar estén vinculados a la segunda figura: la del hombre acusado de "estar, pero no estar", de no ser el *hombre-mujer* que la sociedad demanda, de no suplir *todo*, todo el tiempo, en todos los niveles. Lo que no se dice es que esa demanda no solo es inhumana, sino deliberadamente diseñada para fracasar.

Como dice el HuffPost: *“Países como Canadá, Gran Bretaña, Colombia, Chile, España y otros han tenido a sus agencias de gobierno y a profesionales de la conducta dedicados a este tema durante años. La ausencia paterna cuesta a los Estados Unidos miles de millones de dólares, directa e indirectamente, en ayudas para las madres solteras y sus hijos, y en los sistemas judicial, administrativo y educativo debido a las consecuencias de la falta de padre. Lo que nos toca más de cerca es que en los Estados Unidos, uno de cada tres niños hispanos se cría sin su padre biológico”*⁵¹

¿A alguien le sorprende entonces que esta carencia se asocie a efectos negativos en los hijos: dado que hasta un 85% de los niños con trastornos de conducta y 70% de los jóvenes en instituciones juveniles provienen de hogares sin padre?

Pero ¿acaso estar en un matrimonio “sano” basta para validar el papel del hombre como corresponde? Pues no. No, si su presencia está vaciada de sentido. Si el padre funge como padre dentro del esquema emasculado y domesticado que la cultura actual

⁵¹ Pérez, O. (2012, 28 de abril). La ausencia paterna: Un círculo vicioso generacional. *HuffPost*. https://www.huffpost.com/entry/ausencia-padre-hogar_n_1461766

impone (como ese bípedo utilitario que “está para algo”, pero sin saber exactamente para qué) entonces es, esencialmente, como si no estuviese. Un hombre así, castrado en su autoridad, neutralizado en su función y ridiculizado en su identidad, no representa una presencia paterna: es un eco, una sombra, un accesorio.

Y es justamente por eso que la sociedad ha normalizado su ausencia. Porque si el varón ya no aporta sentido ni estructura, entonces su partida no es una pérdida, sino una formalidad. De ahí que el divorcio haya dejado de ser tragedia para convertirse en trámite; y que la figura masculina haya sido arrojada al rincón de los “*elementos prescindibles*”. Porque para esta cultura, el hombre no sirve para nada... y lo que no sirve, se desecha.

Pensemos en el matrimonio, no como construcción romántica, sino como institución antropológica. Desde tiempos antiguos, la mujer designada por las Escrituras como el "vaso más frágil" (1 Pedro 3:7) precisaba del amparo del varón, no por inferioridad moral o espiritual, sino por su vulnerabilidad física, social y biológica. La etimología misma de *matrimonio* lo grita: *matris-munium*, “protección de la matriz”. En otras palabras, el matrimonio nació como una estructura de resguardo, no para oprimir a la mujer, sino para custodiar el milagro de la vida que en ella se gestaba.

Pero con la llegada de la "emancipación", que más bien ha sido una desnaturalización, ese equilibrio se invirtió. La mujer, dotada ahora de poder adquisitivo, respaldo institucional y acceso irrestricto al mercado, puede con todo derecho legal, aunque no necesariamente con toda razón moral declarar al hombre: “no te necesito.” Y es que el discurso del empoderamiento femenino tiene como columna vertebral esa idea: la autosuficiencia absolutizada, la negación de toda dependencia, incluso de aquella que es connatural a la estructura del hogar y a la complementariedad entre sexos.

Así, el matrimonio ya no es una alianza de necesidad mutua, sino una empresa sentimental opcional, que puede ser disuelta en cuanto uno de los socios siente que puede seguir solo. El drama de esto es que, cuando la mujer ya no necesita al varón, el varón deja de tener un lugar; y si deja de tener un lugar, entonces su rol, su figura, su existencia dentro del hogar y por extensión, en la sociedad se vuelve prescindible, molesta, o simplemente decorativa. Estudios transversales, de las sociedades occidentales, demuestran que una de las principales causas de divorcio en nuestra

sociedad, es la mayor independencia económica de las mujeres,⁵² lo que suma otro de los factores de divorcio, que tienen que ver con autonomía y hedonismo. Es decir, si una mujer no precisa del varón para que la salve económicamente, ella se pregunta, ¿para qué lo necesito?⁵³

Y todo esto hace perfectamente comprensible la profunda crisis y la polarización creciente que atraviesa nuestra sociedad. Los millennials, nacidos entre la descomposición de la familia tradicional y la euforia del progresismo emancipador, no son tontos: ven con claridad que el matrimonio contemporáneo supone un riesgo altísimo. Las estadísticas de divorcio no son una conspiración: son una realidad aplastante. ¿Quién querría firmar un contrato donde, si la otra parte se aburre o se “empodera”, tú pierdes la casa, los hijos y la dignidad?

Por eso emergen los movimientos de corte neomasculinistas, como MGTOW (*Men Going Their Own Way*), que directamente aconsejan a los hombres no casarse. Para ellos, no es odio hacia la mujer, es puro instinto de supervivencia. Pero no todos quieren ese camino. Hay quienes más idealistas, quizá, pero también más lúcidos, todavía creen en el matrimonio, pero hacen la lectura correcta del entorno y sacan una conclusión incómoda:

“Si me caso con una mujer que alcanza la independencia económica, que es celebrada por la cultura del empoderamiento, entonces probablemente terminaré como tantos otros: divorciado, solo y despojado.”

Entonces aparece una segunda opción, que ya no es moderna, sino premoderna, incluso bíblica: *“me caso, pero como se hacía antes”*. Es decir, con una mujer que entienda su rol como guardiana del hogar, mientras el hombre provee, protege y guía espiritualmente. Así lo demostró una reciente encuesta entre millenials, que afirmaban querer a mujeres “conservadoras” o como se les ha empezado a llamar “*TradWife*”. (Mujer tradicional)⁵⁴

No se trata de “atraparla” en la cocina, sino de restaurar el orden creacional: un modelo en el que ambos roles son dignos, claros y mutuamente dependientes. Solo

⁵² Author. (2025, January 6). Explain reasons for increasing divorce rates in Western countries. *EssayShark*. <https://essayshark.com/examples/explain-reasons-for-increasing-divorce-rates-in-western-countries/>

⁵³ Véase: Cultural and personal values interact to predict divorce | Communications Psychology

⁵⁴ Opinion | Do Millennial Men Want Stay-at-Home Wives? - The New York Times

que, claro, ese modelo hoy es tachado de retrógrado, misógino y hasta violento... lo cual, en realidad, es la mejor prueba de que funciona.⁵⁵

En un estudio, titulado “¿Tendencia *al tradicionalismo*? Cambios en la ideología de género de los jóvenes”, dirigido por Joanna Pepin, estudiante de doctorado en sociología de la Universidad de Maryland y coautorado por el Dr. David Cotter de Union College, examinó 40 años de datos sobre las actitudes de los estudiantes de último año de secundaria respecto a la familia, las relaciones y el trabajo.

Cotter y Pepin señalan en su informe que, si bien cabría esperar que cada generación fuera más progresista que la anterior, los jóvenes millennials de hoy están retrocediendo en el tiempo en lo que respecta al rol de las mujeres en el hogar. Sin embargo, también creen que las mujeres deberían ser iguales a los hombres en el ámbito laboral. Entonces, ¿qué pasa?

Según el estudio, en 1994, el 42 % de los estudiantes de último año de secundaria consideraba que era beneficioso para las familias que los hombres fueran el sostén de la familia mientras las mujeres se encargaban del hogar. Esta cifra, lejos de disminuir, ¡aumento 15 puntos porcentuales! alcanzando el 58 % en 2014. Esto significa que más de la mitad de los estudiantes de último año de secundaria desean que se respeten los roles de género tradicionales en el hogar. Y por “roles de género tradicionales”, se refieren a básicamente a que la mujer se quede en casa.⁵⁶

HOMBRES PELEANDO POR EL HOGAR

Nos encontramos, entonces, ante lo que bien podría ser —por primera vez en mucho tiempo— un despertar serio, profundo, y potencialmente transformador. ¿Está llegando tarde? Solo Dios lo sabe. Lo cierto es que la conciencia colectiva está comenzando a resquebrajar el relato oficial, y son los propios millennials —curiosamente, los hijos de la generación del divorcio masivo y del feminismo rampante— quienes están abriendo los ojos a una verdad que la cultura ha querido sepultar: la figura del padre es indispensable.

Recapitulemos antes de avanzar. Lo que hemos dicho no es especulación emocional ni nostalgia reaccionaria: es dato duro, frío, clínico. La 'National Fatherhood Initiative',

⁵⁵ Why Young Millennials Actually Want More Traditional Marriage Roles - Brit + Co

⁵⁶ Pepin, J. R., & Cotter, D. A. (2017, March 30). Trending towards traditionalism? Changes in youths' gender ideology. *Council on Contemporary Families*

tras extensas investigaciones, ha arrojado números que deberían escandalizar a cualquier sociedad mínimamente sensata. Hijos criados sin su padre biológico están estadísticamente vinculados con:

- 85% de los desórdenes de conducta.
- 90% de los que escapan del hogar.
- 75% de los pacientes en centros de rehabilitación por abuso de sustancias.
- 80% de los violadores sexuales.
- 70% de los confinados en instituciones juveniles.
- 85% de los confinados en cárceles.
- 92% de las mujeres que se divorcian.
- 71% de los desertores escolares.
- 63% de los suicidios.
- 64% de las jóvenes con alta probabilidad de embarazo fuera del matrimonio.
- 53% de las adolescentes que se casan o conviven prematuramente.⁵⁷

¿Y aún hay quien sostiene que “*el padre no es necesario*”? ¿Que su figura es reemplazable? Estos datos no son simples correlaciones sociológicas: son el grito desgarrador de una civilización que ha querido extirpar al padre... y está pagando el precio.

La ausencia del padre no es un detalle más en el álbum familiar: es la fractura fundamental del tejido social. Y si algo empieza a moverse, si una generación comienza a intuir que nos arrojaron al vacío con el pretexto de libertad, entonces no es tarde. Es providencial.

Pero, ¿qué debemos hacer?

Lo siguiente calará hondo y a más de uno le parecerá anatema, pero es necesario decirlo con toda la claridad y firmeza posibles: el primer paso hacia la restauración de la salud social es la erradicación de la sobrerrepresentación femenina del *ethos*

⁵⁷ Pérez, O. (2012, 28 de abril). La ausencia paterna: Un círculo vicioso generacional. *HuffPost*.
https://www.huffpost.com/entry/ausencia-padre-hogar_n_1461766

cultural. No se trata de odiar a la mujer, ni de negarle su dignidad ni sus capacidades. Se trata, simple y llanamente, de detener la sublimación patológica de lo femenino como norma, medida y objetivo último de toda dinámica humana.

Vivimos en un mundo donde lo femenino ha dejado de ser parte para convertirse en totalidad. El discurso, los valores, las expectativas, las formas de relación, incluso la espiritualidad y la ética, han sido feminizadas hasta la caricatura. Y es en ese contexto donde el hombre no solo no encuentra su lugar, sino que se le niega el derecho a tenerlo. ¿Resultado? Un varón que no puede liderar no puede corregir, no puede exigir... y que, por lo tanto, tampoco puede amar de forma estructurante, ni formar un hogar que se sostenga. Como afirma Peter Karl:

*“Los niños que pasan más del 80% del tiempo con mujeres, luego en la madurez no saben cómo actuar como hombres. Estos jóvenes crecen como padres deformados porque a ellos mismos se les privó de un comportamiento paterno ejemplar. Y es absolutamente erróneo pensar que la función materna puede llenar ese vacío. El padre es la “no-madre” que ha de mostrar al hijo cómo funciona el mundo y cómo ha de encontrar su lugar en él. Debe ser el “puente humano” que une al hijo con la vida pública de compromiso y responsabilidad”*⁵⁸

Hay que afirmar una y otra vez, aunque duela, aunque cause escándalo, aunque griten los voceros del progresismo que la presencia activa de un padre no puede ser reemplazada. Ni por la madre, ni por la abuela, ni por el Estado, ni por un psicólogo, ni por un activista con lenguaje inclusivo. Un padre ausente deja un hueco que no se llena con cariño, ni con subsidios, ni con ideologías. De hecho, y como vengo diciendo, aunque estos estudios lleguen tarde, debemos hacer eco de ellos. Por ejemplo, hace treinta años se pensaba que los motivos principales de las conductas conflictivas de los chicos se encontraban en la pobreza o discriminación. Hoy se sabe que la ausencia de padre está en la base de la inmensa mayoría de estas actitudes asociales.⁵⁹

Y aunque hoy lo digan con timidez algunos especialistas, cuando ya los escombros están por todos lados, es fundamental señalarlo con claridad: la función materna, por noble y necesaria que sea, no basta por sí sola. La negación de la función paterna pone

⁵⁸ P.J. Cordes, El eclipse del padre, ed. Palabra, 2004, pág.68.

⁵⁹ J. Dobson, Bringing up boys, ed. Tyndale, 2001, pág.56

en peligro a toda la sociedad. En ausencia del padre, surge una relación de pareja entre la madre y el hijo que perjudica el equilibrio psíquico de ambos. Una vez adolescentes, muchos de aquellos niños no tienen otro medio de probar su virilidad más que el de oponerse a la mujer-madre, (Nietzsche) incluso por medio de la violencia. En palabras del psicólogo forense Shaw Johnson “*cuando el padre está ausente, cuando los símbolos maternos dominan y el niño está solo con mujeres, se engendra violencia*”.⁶⁰

Lo segundo que debemos hacer y no menos urgente que lo primero es restablecer el liderazgo del padre en el hogar, entendiendo que liderar no es dominar. Esto no implica un regreso al autoritarismo frío y distante de épocas pasadas, donde el padre era una especie de espectro temido, cuyo nombre bastaba para imponer silencio: “*Ya le voy a decir a tu papá*”, decían las madres, como si estuvieran invocando al dios del trueno. No. Lo que necesitamos no es un dictador doméstico, sino un líder firme, presente, afectuoso y profundamente respetado. La psicología familiar lo llama “estilo de crianza autoritativo”: límites claros, pero con amor; corrección con ternura; dirección con el ejemplo. Ni permisividad blanda, ni tiranía emocional: autoridad equilibrada.

Y este no es solo un buen consejo psicológico: es una verdad profundamente bíblica. Las Escrituras no celebran la dureza paterna como virtud. Al contrario, exhortan con claridad: “*Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina e instrucción del Señor*” (Efesios 6:4). Es decir, la corrección no debe nacer del enojo ni del capricho, sino del amor a la verdad, del deseo de formar hombres y mujeres enteros, no simplemente obedientes. Un padre que lidera con afecto, que enseña con su ejemplo y no solo con palabras, que ejerce su autoridad sin apagar el espíritu del niño, sino canalizándolo, restaura el orden perdido. No necesita levantar la voz para ser escuchado, ni recurrir al miedo para ser respetado. Su sola presencia genera paz. Su palabra tiene peso. Su integridad es su cetro. Ese padre es lo que esta generación y las que vienen necesitan desesperadamente. Y esa imagen, aunque borrada de la cultura, debe volver a aparecer.

RECUPERANDO LA EUSEBIA

En tercer lugar y quizá lo más importante, necesitamos recuperar un concepto casi olvidado: la *eusebeia*. Esta palabra griega, usada en el Nuevo Testamento, no significa

⁶⁰ Citado por M. Meeker, 100% Chicos, ed. Ciudadela, pág.161.

simplemente “piedad” como devoción religiosa, sino una actitud de reverencia estructurada hacia Dios, la autoridad legítima y el orden natural. Y en ese orden, el padre ocupa un lugar ineludible.

No por nada la Escritura afirma: *“La corona de los ancianos son los hijos de los hijos, y la honra de los hijos, sus padres”* (Proverbios 17:6). La honra al padre no es una costumbre cultural ni un sentimentalismo antiguo: es mandato divino, estructurante y vital. Por eso también se nos recuerda con solemnidad: *“Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra”* (Éxodo 20:12). No se trata de una promesa simbólica: se trata de una ley espiritual y social. Las culturas que destruyen la figura del padre se acortan a sí mismas los días sobre la tierra.

Pero esta honra no puede quedarse encerrada en el ámbito doméstico. Debe desbordarse, filtrarse en cada esfera de la vida social. Y sí, lo sé: es difícil. Muchos de los que se hacen llamar “hombres” hoy en día no son más que desechos biológicos con testosterona residual. Basura con barba. Pero la madurez exige distinción. Debemos aprender a honrar de forma lúcida, consciente y sincera a aquellos hombres que han luchado contra la corriente, que han resistido la emasculación cultural, y que han encarnado con dignidad la verdadera masculinidad. Eso también es *eusebeia*: reconocer lo que merece ser reverenciado.

En nuestra cultura latinoamericana sobran historias de padres abnegados, sabios, trabajadores, hombres tiernos sin ser débiles, fuertes sin ser violentos. Hombres que no necesitaron discursos floridos porque su sola presencia ordenaba. Hombres que guiaron con la palabra justa, con el ejemplo silencioso, con el sudor en la frente y la mirada firme. Hombres que vivieron conforme al espíritu de 1 Corintios 16:13–14: *“Velad, estad firmes en la fe; portaos varonilmente, y esforzaos. Todas vuestras cosas sean hechas con amor.”*

A esos hombres, aunque no sean nuestros padres biológicos debemos darles honra. Porque en medio de una generación de cobardes y caricaturas de varón, ellos han sostenido los pilares invisibles de la civilización. No adoramos al pasado, pero sí reconocemos que hay formas antiguas que no necesitan ser reinventadas, solo recuperadas.

Rescatar esos modelos no es caer en un romanticismo anacrónico. Es, más bien, recordar que hay una forma de ser padre, de ser hombre, que ha sostenido familias,

naciones y culturas enteras durante milenios, y que sigue teniendo vigencia si se vive con sabiduría y verdad.

Revalorizar al padre es devolverle el honor, la dignidad y la centralidad que nuestra historia, nuestra fe y nuestras almas le han conferido siempre. Es restituir al jefe del hogar su lugar como mentor, protector y sostén. Y al hacerlo, sanamos el corazón podrido de una sociedad que ha se ha vuelto putrefacta.

Veamos, pues, la *eusebeia* encarnada. No en el monje etéreo ni en el filósofo místico, sino en el hombre común. El que se levanta cada mañana con dolor en la espalda y silencio en los labios, pero cumple. El que paga cuentas, carga con la angustia sin verbalizarla y educa a sus hijos con la firmeza que solo da el cansancio digno. Ese hombre, que no grita su virtud, pero la vive. Ese, según los antiguos, es el *eusebés*: el piadoso no en el sentido pusilánime del término moderno, sino como el varón que sostiene el mundo con el peso invisible de su obediencia al orden natural.

Los romanos lo entendían. La *eusebeia* no era sentimentalismo espiritual, era el tejido que unía familia, ciudad y cosmos. El hombre *eusebés* era el que mantenía en su sitio al universo, no con milagros, sino con presencia, con templanza, con dominio propio, con esa gravitas masculina que hoy falta como el oxígeno.

Por eso, honremos al hombre que se gana la vida con el sudor de su frente, al que no huye, al que no se esconde, al que mantiene a su mujer y a sus hijos en amorosa sujeción, como enseña la Escritura (Efesios 5:23). Honrémoslo cada vez que podamos. honrémoslo en la mesa, en la calle, en la conversación. Que no falte el elogio justo al que vive rectamente en un mundo podrido. Ese es el nuevo rebelde, el que desafía la entropía de esta civilización en ruinas. Honrémosle “*Como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras sois hechas hijas*”. (1 Pedro 3:9)

Y al mismo tiempo, despreciemos con todo el peso de nuestra alma las figuras raquíticas que han usurpado el lugar del varón. Al narcotraficante que compra respeto con plomo y miedo. Al maleante y al ladrón que se alimenta de la desgracia ajena como gusano sobre la herida. Al anciano pedante, obtuso, e inservible, que en lugar de sabiduría acumula necedad con cada vuelta al sol. Al cobarde hedonista que cambió a su familia por una amante, una botella o una cuenta de Instagram. Al que, teniendo

canas que deberían hablar de prudencia, los años no lo hicieron sabio, sino un imbécil burdo, ruidoso y vacío.

Esa escoria no merece ni silencio ni indiferencia: merece desprecio. Porque mientras exista reverencia inmerecida hacia el falso varón, el verdadero seguirá en el exilio.

Este es el tiempo de volver a honrar con coraje. De decir sin tartamudeos, sin culpa, sin la voz temblorosa del posmoderno avergonzado que el hombre bueno es el que gobierna su casa, ama con fuerza, corrige con justicia, y vive con temor de Dios y sin miedo al hombre.

Es tiempo de restaurar al padre. Es tiempo de honrar al varón. Es tiempo de volver a edificar con cimientos reales. Porque si el Señor no edifica la casa, ni la cultura ni la política ni las marchas ni las modas podrán sostenerla. Y ya lo estamos viendo: todo lo que se construyó sin hombres, se vino abajo con ruido de ruina.

Este capítulo termina aquí.

Pero la reconstrucción apenas comienza.

ODA AL VIEJO

“Mi viejo trabajaba de sol a sol. Literalmente. Porque si no lo hacía, no había comida en la mesa. Punto. Se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana, cuando la oscuridad todavía tenía dientes, y salía con el alma medio despierta a enfrentar otro día de rutina. De desgaste. De aguante. Regresaba casi doce horas después, molido, con la cara curtida por el sol y la espalda ligeramente encorvada, como si el peso del día lo venciera apenas cruzaba el umbral de la puerta.

Muchas veces se le notaba hastiado. Harto del patrón, de los gritos, del calor, del cuerpo que ya no respondía como antes. Pero nunca se quejaba. Nunca dejó de trabajar. No tenía el lujo de hacerlo. Él no era de esos hombres que “siguen sus sueños”; era de esos que cavan trincheras en silencio para que sus hijos puedan tener uno.

Esa rutina la vivió seis días a la semana. Sin faltar uno. Sin pedir aplausos. Al llegar a casa se dejaba caer en un sillón viejo que ya tenía su forma, y murmuraba un “gracias, Señor” con la misma sinceridad con la que otros lloran. Porque el día había terminado. Y seguía vivo. Y podía descansar. Aunque fuera poco.

Obviamente, el tiempo para convivir era escaso. Lo poco que tenía, lo compartía con el cuerpo reventado y la cabeza aun zumbando de trabajo. Jugar, charlar o simplemente sentarse con nosotros a mirar el techo eran lujos que apenas podía permitirse. Pero, aun así, estaba. Su sola presencia llenaba la casa. Su silencio era un abrigo. Su cansancio, un sermón.

Y lo cierto es que esta historia no es excepcional. Es la historia de millones de padres en toda Latinoamérica. Hombres comunes que han sostenido familias enteras con las manos partidas y los sueños agrietados. Pero mientras tanto, ¿qué ha hecho la Iglesia institucional con esta realidad?

Ha respondido con un itinerario fabricado en los salones de las élites espirituales. Lunes: oración. Martes: varones. Miércoles: culto. Jueves: reunión de mujeres. Viernes: evangelismo. Sábado: jóvenes. Domingo: doble jornada. Siete días de santidad según la clase media acomodada, siete días de culpa para el pobre que no puede más.

La Iglesia, ciega, sorda y sin compasión, ha llamado "flojos" a esos hombres. "Desinteresados", "mundanos", "tibios", "poco comprometidos". Como si su ausencia en las bancas fuera un acto de rebelión y no un grito callado de agotamiento. Como si no estuvieran peleando cada día en trincheras reales, mientras el clero los desprecia desde púlpitos climatizados.

Por eso, muchas manos agrietadas testificarán aquel día. Sí, testificarán. Manos callosas, partidas, endurecidas por décadas de trabajo honesto, levantarán su voz contra la insensibilidad eclesiástica. Y lo harán con justicia.

Testificarán contra las familias que construyeron su bienestar sobre el lomo de un hombre cansado y aun así se sintieron con derecho de exigirle más. De decirle, sin temblarles la voz: "Si no vas a la iglesia, no estorbes."

Pero ese viejo estorbaba menos que todos. Él, sin saberlo, era el único sostén real de su casa. Y quizás, también de su iglesia" ...

CAPÍTULO OCHO

VENCIENDO EL MAL

CAPÍTULO OCHO

VENCIENDO EL MAL

En mi adolescencia conocí el hambre. No el hambre retórica de los discursos universitarios, sino el hambre real, la que se instala en el estómago como un huésped incómodo que no se va ni con agua. Crecí en un contexto donde la pobreza no era una etapa, sino el marco general de la existencia. Aprendí a sortear esos días como podía: jugando canicas para olvidar el vacío, o esperando con la fe ingenua de un niño que mi abuela, de algún modo casi mágico, resolviera el día. La pobreza avergüenza, o como dicen, “tiene olor”. Se detecta, destruye la dignidad, borra las ilusiones y construye rencores.

En mi casa, a veces había algo. Un pedazo de pan. Un poco de arroz que mi madre, con una paciencia heroica, lograba convertir en comida. Pero muchas veces no había nada. Y, aun así, ahí estábamos. Existiendo. Viviendo con lo puesto, riendo entre juegos callejeros, creyendo que la vida siempre sería así.

Recuerdo como si fuera ayer una escena que se quedó grabada en mí como una herida dulce. Estaba sentado en la banqueta, sin expectativas, mirando el polvo y esperando que pasara el día. Entonces, **Beto**, mi vecino, padre de uno de los muchachos con los que jugaba a la pelota, me llamó: "*Edgar, ven.*"

Fui. La casa estaba en silencio, vacía. Beto estaba solo. Me pidió que me sentara en la mesa. Abrió el refrigerador, sacó un par de ollas y se puso a cocinar. Que espectáculo, jaja... Sin muchas palabras, sin preguntas, sin explicaciones. Luego sirvió un plato hondo, generoso, humeante, y lo puso frente a mí. Me miró como se mira a un hijo cansado, no dijo nada. Solo me alimentó.

Calmó mi hambre.

Poco tiempo después murió, en un accidente absurdo. Pero ese gesto quedó vivo en mí, intacto, como una chispa que no se apaga con el tiempo. Yo, huérfano y bastardo, tuve padre por un momento. No por sangre, ni por ley, ni por credo. Solo por compasión. Y aunque la escena pueda parecer extraña, porque la sociedad se ha empeñado en vendernos al hombre como un ser torpe, incapaz de sentir, insensible

por defecto, yo vi, yo viví, que el hombre puede amar, puede compadecerse, puede cargar con otro sin pedir nada a cambio.

Beto no era cristiano. Ni siquiera era católico. Yo qué sé. Solo era un hombre bueno, movido por una misericordia profunda que no se enseñan en los templos, pero que clama justicia en el cielo. Y aunque yo no soy juez del alma, oro para que Dios haya contado a bien aquella obra. Que aquel plato de comida, puesto frente a un niño con hambre, haya sido tomado como testimonio verdadero de una fe que se muestra por las obras. Que le haya sido concedido, en su hora, el amor salvífico del Dios que se compadece de los que se compadecen.

Y yo que no soy mejor que él, que tengo mis manos manchadas y mis palabras quebradas— llevo ese recuerdo como una prueba santa. Una escena sagrada. Un hombre sin Biblia, sin sotana, sin púlpito, me predicó el Evangelio con una olla y un plato lleno de comida y lo más importante, pues el hambre volvió al día siguiente, ese hombre, me vio por un momento, como a su hijo y por un momento, me adoptó en su casa con pleno derecho de sentarme en su mesa.

Desde entonces, cada vez que algún extraño me permite sentarme a su mesa a comer, veo el amor de Beto mi vecino. Así de profunda puede ser la marca positiva que un hombre puede crear en otro hombre.

Quiero que leas con atención lo que voy a decirte ahora. No me conoces, no sabes quién soy, pero yo te creo. Sí, te creo. Creo que tus quejas y tus dolores no son invención ni excusa. Creo que has sufrido de verdad, que la vida te ha pateado sin pedir permiso y que no siempre tuviste la fuerza para devolver el golpe. Creo que tu sufrimiento es sincero, y que muchas de las cosas que hoy cargas no las pediste, no las buscaste, pero aun así te moldearon por dentro, te forjaron, o te fracturaron.

Yo te entiendo, aunque no sepamos el nombre del otro, porque somos humanos, y eso nos hermana más allá del tiempo, de la ideología o del credo. Entiendo —porque lo he vivido también— lo que significa levantar los ojos al cielo con los puños apretados y preguntarte por qué. Entiendo el silencio pesado de la madrugada, ese momento exacto donde la lágrima cae sin permiso y nadie está para verla. Sé que muchas veces te has sentido solo en una habitación llena de gente, y que otras veces preferiste la soledad porque al menos ella no te exige explicaciones.

También sé —y no te juzgo— que has respondido con violencia. Que este mundo, que huele a podredumbre, te enseñó a endurecerte, a no mostrar debilidad, a morder primero. Sé que un día te prometiste que nadie volvería a pisarte, que al próximo que se atreviera, lo ibas a destruir. Sé qué crees que eso es ser hombre, porque los nuevos profetas de la masculinidad rota te lo gritan en videos y discursos: *“si no eres un lobo, te van a devorar.”*

Y aunque parezca irónico... te entiendo. No lo aplaudo, pero lo comprendo. Porque tu dolor es único, y tratar de disolverlo en un “todos sufrimos” es una injusticia. No se puede universalizar el dolor sin banalizarlo. Tu herida es tuya. Tu historia tiene nombre propio. Y vale.

Pero ahora quiero decirte algo, sin imponerlo, solo como quien ofrece agua al sediento:

Si permites que ese dolor se convierta en tu hogar, si dejas que el odio te carcoma por dentro, si haces de la violencia tu única defensa, si permites que la desconfianza endurezca tanto tu alma que ya no puedas ni amar...

Entonces nunca habrás conocido lo que es realmente ser hombre. Y mucho menos, lo que el hombre puede llegar a ser.

Por eso, si me das la oportunidad, quiero hablarte de dos cosas. No para convencerte. No para ganar un debate. Sino porque sé lo que es estar roto y seguir respirando.

Primero: quiero hablarte de Dios y las peleas justas que tienes con Él.

Segundo: quiero hablarte de tu familia la que quizá no fue lo que deseabas y quizá ha sido causa de muchos de tus sufrimientos.

No te prometo respuestas fáciles. Pero sí verdad, aunque duela. Porque a veces, cuando la herida sangra, es señal de que algo aún está vivo.

DIOS

La mayoría de las personas, en algún momento de sus vidas, han sentido, aunque sea por un instante que Dios ha sido injusto con ellas. No lo dicen siempre en voz alta. A veces ni siquiera lo reconocen ante sí mismos. Pero ese sentimiento está ahí, agazapado, como una sospecha silenciosa: *“¿Por qué a mí?” “¿Qué hice mal?”*

Estas preguntas no brotan de la irreverencia ni de la maldad, sino del dolor, de esa experiencia universal de sentirse golpeado por la vida mientras otros aparentemente menos íntegros prosperan sin tropiezos. Y entonces, en un momento de introspección honesta, el alma murmura: *"No lo entiendo. No es justo. Nada me sale bien, y no sé por qué."*

Esta forma de frustración no conoce religión. La sienten creyentes y ateos, devotos y escépticos. Es un malestar transversal, un eco profundo en el alma humana que trasciende templos y credos. Porque no se trata solo de doctrina, sino de la vivencia brutal de la desigualdad del dolor.

Hay quienes llevan este sentimiento más allá, hacia un abismo más oscuro. Son aquellos que, por razones más complejas, han desarrollado un rencor profundo contra Dios. No por capricho, sino porque el sufrimiento ha sido tan desmedido, tan injusto a sus ojos, que no pueden evitar ver en Dios no al Salvador, sino al Ausente.

Piensa en la madre que pasa noches enteras en la sala de oncología infantil. En el joven que vio morir a su hermano en un accidente absurdo. En la mujer que fue abusada por quien debía protegerla, o en el hombre que fue destruido desde niño por quienes hablaban en nombre del bien. Para ellos, Dios no solo falló. Dios se volvió enemigo. El silencio de lo alto no fue neutro: fue una herida más.

Y luego están los terceros, los que sufren no por lo que Dios ha hecho, sino por lo que otros hicieron en Su nombre. Los desencantados de la religión. Aquellos que entraron a la Iglesia buscando consuelo, y salieron heridos, defraudados, incluso profanados. Que encontraron hipocresía donde esperaban verdad, abuso donde buscaban protección, manipulación donde querían comunidad. Para ellos, Dios se volvió culpable por extensión. La religión, con sus máscaras y sus estructuras corrompidas, fue el filtro sucio que distorsionó el rostro del Padre.

Y, sin embargo, en todos estos casos, hay un hilo común que los une: el dolor no resuelto, el sufrimiento no interpretado, la herida que aún sangra. Sea por la comparación injusta, por el trauma brutal o por la traición religiosa, el alma humana grita lo mismo: *"¡No es justo!"* Y esa frase, por más cruda que suene, es profundamente teológica. Porque el anhelo de justicia solo puede nacer en un corazón que fue diseñado para el bien.

Y es aquí donde empieza lo más importante: no con una defensa de Dios, no con una doctrina sistemática, sino con la validación honesta del dolor. Porque antes de que podamos hablar de Dios, tenemos que hablar con Él, desde la herida, no desde la máscara.

Y eso es lo que intentaremos en lo que sigue. No justificar a Dios porque Él no necesita abogados, sino reconocer que antes de cualquier respuesta, Dios escucha el clamor de los que sufren. Y a veces, lo más espiritual que uno puede hacer es gritarle a Dios y no dejar de hablarle.

Porque el silencio más peligroso no es el de Dios, sino el del hombre que dejó de creer que puede ser escuchado.

DIOS JUDEOCRISTIANO Y OCCIDENTE

Lo primero que debemos reconocer es que la manera en que respondemos al problema del mal la vieja *teodicea* no surge del vacío, ni es un mero ejercicio intelectual. Nuestra respuesta está enraizada profundamente en la estructura misma de la psique occidental, moldeada, no incidentalmente, por las categorías del judeocristianismo. Es decir, nuestra concepción de lo justo, lo injusto, el bien, el mal, la providencia o el castigo, no son ideas espontáneas, sino ecos milenarios de lo revelado en la historia sagrada de los hebreos: el *Tanaj*, sus profetas, y el testimonio cristiano que heredó y reinterpretó esa misma tradición.

Esta herencia ha dejado una huella tan honda que incluso quienes rechazan a Dios siguen pensando con sus categorías. Pedimos justicia como si el universo la debiera. Reclamamos sentido como si el dolor tuviera obligación de explicarse. Pero esa exigencia no es natural en todo ser humano, sino el resultado directo de una teología que ha permeado la historia, el lenguaje y la esperanza de Occidente.

Ahora bien, el drama que esas Escrituras relatan ese conflicto permanente entre fe, sufrimiento y esperanza ha brincado a lo largo de los siglos hasta llegar a nosotros sin haber sido completamente resuelto. El problema no es nuevo. Solo es más antiguo de lo que solemos admitir. Las preguntas que nos hacemos hoy “¿Dónde está Dios cuando sufro?”, “¿Por qué me pasa esto si he sido recto?”, “¿Por qué parece prosperar el impío mientras el justo es triturado?” ya retumbaban en los labios temblorosos de profetas, escribas y poetas sagrados.

Pero he aquí el punto crucial: los judíos, el pueblo del texto, nunca lograron desarrollar una filosofía no teológica adecuada de la vida. Su cosmovisión permanecía atrapada entre dos extremos: la promesa de recompensa divina por la obediencia y los castigos devastadores por el pecado, una lógica casi mecánica heredada del mundo egipcio y babilónico, pero vestida con lenguaje sagrado. El drama de Job, de hecho, es una protesta sutil, aunque feroz contra esa visión estrecha. Y el pesimismo de *Eclesiastés*, un suspiro de honestidad brutal frente a la aparente indiferencia del cielo.

Cinco siglos de dominación extranjera fueron demasiado incluso para el pueblo de la resistencia. “*¿Hasta cuándo, oh, Señor, ¿hasta cuándo?*”, clamaban los profetas, mientras los fieles honestos se sumían en una confusión teológica que rozaba la desesperación. ¿Cómo leer con fe las promesas de redención cuando todo alrededor hablaba de esclavitud, derrota, y frustración?

El texto sagrado se volvió entonces una tensión insoportable. Por un lado, un antiguo vidente prometía que Dios protegería a su pueblo. Por otro, Amós lo amenazaba con el abandono si no se arrepentía. El Deuteronomio ofrecía una elección clara: bendición o maldición. Isaías predicaba redención y un rey salvador. Jeremías hablaba de un pacto nuevo, más íntimo. Ezequiel prometía salvación mediante la devoción. Esdras la ubicaba en la obediencia estricta a la ley. Y, sin embargo, la liberación no venía.

Entonces llegó Daniel con un nuevo marco: el fin era inminente. Una crisis escatológica. Una estatua destruida por la piedra no cortada por manos. El establecimiento del reino de la rectitud. Pero tampoco ocurrió como se esperaba. Y todas estas esperanzas aplazadas produjeron un desencanto feroz. Un pueblo entero, saturado de promesas y visiones, terminó tan confundido que no reconoció al Hijo de Dios cuando finalmente vino. Como dice el texto: “*a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron*” (Juan 1:11).

Y lo más grave: esta confusión no terminó allí. La mayoría de las religiones modernas, herederas en mayor o menor grado del pensamiento bíblico, han cometido el error de interpretar ciertos episodios históricos como milagros programados, como si la mano de Dios interviniera directamente en cada giro del destino humano. Y aunque es cierto que “*los Altísimos gobiernan en los reinos de los hombres*”, eso no convierte la historia secular en historia sagrada, ni significa que todo sufrimiento sea parte de un plan trazado con líneas rectas.

El dogma y la superstición se han sedimentado, como residuos no filtrados, sobre una narrativa que nació en medio de la lucha, la esclavitud, el exilio y la espera, y que no siempre fue clara. Las Escrituras no se escribieron en torres de marfil ni en momentos de estabilidad política. Fueron gritos escritos con lágrimas. Por eso, pretender dar una explicación simple del mal desde esa misma tradición es violentar su ambigüedad original.

Y, sin embargo, sigue ahí, la pregunta de todos los siglos: "*¿Por qué?*"

Y es aquí donde la filosofía se detiene, donde la lógica se dobla, y solo queda una cosa: la honestidad de la herida. No para renegar de Dios, sino para mirar al cielo — como lo hizo Job, como lo hizo Habacuc, como lo hizo Cristo en Getsemaní y atreverse a decir:

"No entiendo... pero, aun así, no me callaré."

Bien, dirás, "*¿y eso como diantres soluciona mi dolor?*"

Bueno, para empezar, lo aclara. Lo despeja de los malentendidos infantiles y de las imágenes cursis que hemos heredado de la religiosidad superficial. Porque si algo queda claro, es que la idea de un Dios que interviene mecánicamente en cada segundo de tu vida, como si fuera un marionetista compulsivo, es simplemente imposible. No porque Dios no pueda, sino porque esa concepción antropomorfizada hasta el ridículo jamás ha hecho justicia a su ser, ni al nuestro.

La imagen que nos hemos hecho de Dios, es decir, esa figura paternalista que debe responder a cada capricho emocional o reparar instantáneamente todo lo que nos duele es más un reflejo de nuestra necesidad de control que una representación fiel del Altísimo. Dios tolera ese lenguaje, incluso lo permite en la Escritura. Pero es apenas un balbuceo, una forma de acercarse a lo incomprensible con palabras humanas. Es Dios siendo el "*Pedagogo*"

Entonces, es una concesión divina a nuestra pequeñez, no elimina la brecha entre Él y nosotros, apenas la disimula.

El tiempo, tal como lo concebimos, es raquítrico. Unidimensional. Lineal. Una delgada cuerda sobre la que caminamos a ciegas, segundo a segundo, creyendo que la dirección lo es todo. Pero comparado con la eternidad en la que Dios habita, nuestro tiempo es apenas un suspiro contenido en una palabra que aún no pronunciamos. Para

nosotros, vivir algo es transitarlo. Para Dios, nuestra existencia entera es simultánea, completa, predestinada y sostenida en un solo acto de conciencia perfecta.

Lo que para ti es tragedia en curso, para Él es parte de una totalidad que no puedes siquiera imaginar sin volverte loco de asombro. No porque lo que sientes no importe, sino porque lo que sientes aún está envuelto en bruma, y tú no puedes ver el final de lo que Dios ya ha terminado.

Por eso, tu gran enemigo no es el dolor, es el tiempo. Porque el tiempo magnifica lo que sientes, lo vuelve absoluto, lo exagera, lo encierra en la celda de lo inmediato. El tiempo hace que tu angustia parezca eterna, que tu pérdida parezca definitiva, que tu herida parezca incurable. Pero para Dios, tu historia ya está redimida. Ya está escrita. Ya está resuelta. Tú solo la vives en el presente.

Paradójicamente, estos son los términos en los que la Escritura se expresa:

"Aún no está la palabra en mi boca, y he aquí, oh, Jehová, tú la sabes toda" (Salmo 139:4). Dios habita fuera del tiempo, pero entra en él por amor, para habitar contigo en tu fragmento, sin dejar de ver el todo.

Sí, el tiempo duele, porque nos atraviesa a pedazos, nos divide, nos hace vivir la vida como una serie de fragmentos inconexos, de preguntas sin respuesta inmediata. Pero a su vez, el tiempo nos eleva, nos obliga a sospechar, aunque sea por intuición que lo finito no puede tener la última palabra, que lo contingente no puede ser la explicación última del universo. Y ahí, justo ahí, el dolor nos lleva de vuelta a Dios, no como idea, no como dogma, sino como trascendencia real, como única salida posible, como única mano capaz de sostenernos sin colapsar.

Por eso, por más irónico que parezca, Aquel a quien acusamos de ser injusto, es el único que puede ayudarnos.

El único que conoce el mapa completo.

Por eso, cuando empiezas a abrir el panorama y lo haces con honestidad te das cuenta de algo brutal y a la vez tranquilizador: lo que parecía una mancha inmensa de tinta negra sobre una hoja blanca, apenas si es una mota de polvo flotando en el aire de la eternidad. Y con todo, Dios no ha sido ajeno a ese punto mínimo de dolor. Le importó. No porque sea grande en sí mismo, sino porque tú le importas. *"Mira cuanto amor nos ha dado el Padre"*. (1 Juan 3:1) Dios ha movilizado todos los recursos de su

ser para salir al encuentro del hombre. No con sentimentalismos, no con trucos de autoayuda, sino con una irrupción violenta y definitiva: la Encarnación.

Así que no, ese dios que pone en marcha el universo y luego se retira a contemplarlo desde su trono indiferente, se derrumba ante una sola mirada a Cristo crucificado. Porque Jesucristo no es una teoría. Es Dios mismo metido en la sangre, el barro, el abandono y el grito. Es la primera respuesta. Y digo “primera” porque cuando comienzas a ver el conjunto, te das cuenta de que es apenas el inicio de una sinfonía que va in crescendo. Lo que Cristo inaugura en su cruz, será culminado en su regreso, cuando la totalidad de lo que hoy llamamos injusticia y absurdo, será tragada por gloria y sentido.

Ahora bien, si el problema fuera puramente emocional, si el dolor humano se redujera a un malestar subjetivo, Dios podría por su poder simplemente hacernos sentir bien. Quitarnos el dolor con un toque, como quien da analgésico a un niño que llora.

Pero si hay un plan mayor, y lo hay, entonces las emociones no pueden tener la última palabra. El objetivo no es que te sientas bien. El objetivo es que llegues a conocer a Dios. No en teoría, sino en profundidad, en carácter, en gloria. Y ese conocimiento, como dice Pablo, es progresivo, de punto en punto, de gloria en gloria (2 Corintios 3:18). No se descarga como un archivo, se forja en la historia, en la lucha, en la noche oscura del alma.

Dios no busca darte calma instantánea. Busca formar en ti una conciencia eterna, una fe que no se doblegue, una visión que atraviese el humo del presente. Y por más paradójico que suene, el camino a esa visión pasa inevitablemente por el quebranto.

¿Pero no es todo esto poesía? ¿Especulación teológica? ¿Baratijas momentáneas para calmar un alma rota? En lenguaje humano, y con honestidad brutal, sí. Porque lo cierto es que no entendemos casi nada. Repito: ¿sabe el pez que habita en el agua? ¿Tiene conciencia de la sustancia que lo rodea, lo sostiene, lo contiene? Y si pudiéramos movilizar cada herramienta intelectual, cada recurso lingüístico, cada fibra emocional del hombre para hacerle consciente (fenomenológicamente hablando) de que el agua existe y lo atraviesa, ¿cambiaría algo? Tal vez. Tal vez el pez querría huir del agua. ¿Y qué lograría con ello? Morir.

Así somos nosotros. Y así son nuestras explicaciones: tiernamente matizadas por la ignorancia, formuladas con sinceridad desde la sombra, con palabras finitas

apuntando a lo infinito. Pero, aun así, aún en su imperfección, esas explicaciones descansan sobre una gran verdad: que si, a pesar de todo, del enojo, del dolor, de la frustración, del silencio te doblas y crees, tu recompensa no será una fórmula ni una respuesta definitiva, sino algo más profundo: el consuelo. Porque Dios será tu guardador, y ese acto de humillación el de confesar que no lo entiendes todo, pero igual crees, devuelve gloria al único que la merece, y a ti un descanso inexplicable.

Job lo dijo en medio de ceniza y ruina: “*Yo sé que mi Redentor vive*”, y lo dijo cuándo su esposa, la voz encarnada del cinismo y del nihilismo le gritaba que maldijera a Dios y muriera. Pero no lo hizo. Porque había algo más profundo que la explicación: había confianza. Había una fe sin manual, una fe que sangra, pero no renuncia. Por eso, en este breve momento de tu vida, el enojo puede estar justificado. Tienes derecho a sentirlo. Pero mientras pasan los días y los años, si no endureces el alma, te darás cuenta de que el corazón del hombre fue hecho para descansar en Dios, no para guerrear eternamente contra Él.

Y ese dolor que hoy te quema, si lo entregas, descansará en Él. Y ese segundo momento que esperamos, la redención final, la respuesta definitiva vendrá. Lo llamamos esperanza, lo llamamos gloria, lo llamamos cielo. Y créeme: una vez que el hombre aprende a perdonar, una vez que deja de exigir que la vida le rinda cuentas, reconoce a su Creador. Y en ese acto silencioso, humilde y santo, la necesidad de respuestas cede el paso a una verdad más alta: ya se te ha concedido algo superior, ya se te ha dado el conocimiento vivo de tu Hacedor. Y con eso, todo lo demás, el tiempo, el dolor, tú mismo, encuentra su lugar.

FAMILIA

Dicho todo eso, permíteme hablarte ahora, de forma más breve, de tu familia. Sabemos que un niño se relaciona mejor con la realidad si primero comprende de manera sana y segura, la relación entre padre e hijo, y luego ensancha ese entendimiento hasta abarcar el concepto más amplio de familia. Cuando esa estructura falla, cuando ese primer modelo de afecto, autoridad y contención se rompe o se distorsiona, al niño, y luego al adulto en el que se convierte, le será mucho más difícil confiar, relacionarse, entregarse, creer que otros no lo van a fallar. Así que es completamente cierto que gran parte de tu desenvolvimiento en este mundo, muchas de tus luchas, tus patrones afectivos, tus reacciones más oscuras, tus fracasos, tus rechazos, incluso tu modo de amar y de defenderte, no han sido solo tuyos: han sido

también de tu familia. Eres, en gran medida, una extensión de ella. Si tu familia no supo amar al vecino, será difícil que tú lo hagas. Si tu familia vio con recelo al migrante, probablemente tú también lo harás. Si en tu casa solo se hablaba con gritos, no es raro que hoy tengas miedo del silencio. Si hubo golpes, traiciones o abandono, ese ruido seguirá contigo mucho después de que el daño físico haya cesado. Porque eres tu familia, con sus pros y sus contras, sus luces y sus ruinas.

Quizá en este punto de tu vida ya te diste cuenta de eso. Ya viste con claridad, quizá con tristeza o con rabia, que muchas cosas de las que hoy formas parte, no las elegiste del todo. Que no te formaron con cuidado, que el tiempo se fue y lo único que heredaste fueron patrones tóxicos, ignorancia, golpes, frustración, desamor y desencanto. Créeme, sé lo que se siente. Y lo paradójico es que, aunque tu familia te falló, y el dolor es real y profundo, no siempre lo hicieron con la intención de destruirte. Lo hicieron porque ellos también fueron formados por otra familia. Así que tú vienes cargando, muchas veces sin saberlo, una cadena de dolores que no empezó contigo: arrastras siglos de errores, generaciones de daño no resuelto, décadas de prejuicios y heridas no nombradas. Y sí, ser consciente de eso duele. A veces da vértigo.

Por eso entiendo perfectamente cuando lloras por tu padre ausente, o cuando no puedes perdonar a tu madre porque nunca estuvo emocionalmente disponible para ti. Entiendo el resentimiento, la necesidad de cortar todo lazo, de gritar que no quieres ser como ellos. Todo eso forma parte de un ciclo, y es válido. No estás loco. No estás solo. De hecho, estos prejuicios y heridas estaban presentes incluso en los discípulos de Jesús. Ellos también miraban al samaritano con desprecio, como si fuera un perro. Ellos también creían que, si un hombre había nacido ciego, era porque sus padres eran basura, o porque Dios lo estaba castigando. Así de hondo está el veneno generacional en el corazón humano. Así de lejos puede llegar el prejuicio heredado.

Hasta aquí, sincerémonos un poco. ¿Eso se resuelve en dos días? No. Y no, tampoco se resuelve con una oración emotiva ni con una frase inspiradora pegada en la puerta del refrigerador. La verdad es esta: muchas veces eso nunca se resuelve del todo. En nuestro contexto, el daño perpetuado dentro de la familia ese que nos impide incluso abrazarnos sin incomodidad, ese que nos hace sospechar de cualquier gesto afectivo, se cree superado cuando, después de años de esfuerzo, sacrificio y desgaste emocional, terminas una licenciatura y “pones en alto” el apellido familiar. Esa

narrativa existe, y es loable. Nadie lo niega. Muchos de nosotros venimos de la pocilga más sucia, del desorden más brutal, y hacer algo que nuestros padres jamás lograron, parece por momentos un acto redentor.

Pero si no se resuelve y lo estás escribiendo en tu interior mientras lees esto, no es porque no haya solución, sino porque no se resuelve fácil. No para ti. No cuando fuiste configurado con cada maltrato recibido, con cada palabra cargada de desprecio, con cada actitud de indiferencia, con la ausencia del abrazo que necesitabas, con el rechazo explícito o sutil que moldeó tu manera de mirar el mundo. No se deshace tan fácil una estructura interna construida en medio del dolor.

¿Y el cristianismo? El cristianismo no es un botón mágico, pero es el gran garante. Es ese suelo firme que, aunque no elimina de golpe el veneno, lo canaliza. Es esa matriz que te enseña paso a paso a entenderte, a nombrar lo que llevas dentro, a trabajar en lo que heredaste, a consolarte en lo que no puedes cambiar. Y sí, tú mismo lo sabes y no me dejarás mentir: incluso dentro del cristianismo, incluso entre cantos y oraciones, hay días donde asoman esos atisbos oscuros del pasado que te configuró. Porque esa lucha no termina con la conversión. Es una batalla que te llevará toda la vida. Pero aquí es donde se revela el triunfo real de Cristo sobre ti, como hombre.

Quizá el daño, la destrucción y el trasfondo familiar te marcaron como se marca a un caballo con hierro ardiente. Quizá esa cicatriz no se borre tan fácilmente. Pero tú, bendito hombre, tú, desterrado hijo de Adán y adoptado hijo de Cristo, tú, en este preciso momento, puedes cerrar el ciclo. No porque todo esté resuelto, sino porque ahora sabes lo que llevas dentro, sabes lo que no quieres repetir, y sabes quién ha puesto su nombre sobre ti. La herida no desaparece, pero ya no gobierna. El pasado no se borra, pero ya no tiene la última palabra. Tú puedes cerrar el ciclo. Porque ahora perteneces a alguien que sí sabe restaurar lo que otros destruyeron.

La reminiscencia se agolpa sobre ti en un acto de honestidad brutal y te susurra, con voz firme y cargada de historia: "*Tú eres Martínez, y los Martínez han sido muy beligerantes*". Y ahí es donde entra Cristo. Ahí es donde entras tú, hombre cristiano. Ahí es donde el ciclo puede cerrarse, no por arte de magia ni por negación de la historia, sino por decisión, por ruptura voluntaria, por fe encarnada. Tú dices: "No. Mi descendencia no será así." Y entonces ocurre el milagro. Abrazas a tu pequeño y le dices cuánto lo amas, tú, que nunca recibiste un abrazo. Siembras un árbol con tu hija, y mientras sus manos tocan la tierra, le hablas del valor de la vida. No desde un libro,

sino desde la tierra misma que has removido con las manos que antes solo supieron endurecerse.

Le muestras que el carácter hace al hombre, y que ese carácter está siendo forjado en ti, precisamente porque has decidido cerrar un ciclo que venía de lejos, cargado de errores, de violencia, de silencio y de abandono. Cambias la impostura. Te pones de pie frente a tus hijos, y les dices con toda la fuerza que hay en tu alma: “Mis niños, yo no estaré más orgulloso de un papel colgado en la pared que de este momento en que declaro que el ciclo se ha roto. Este ciclo que pesaba sobre mí con siglos de dolor y cadenas invisibles hoy queda cerrado. Y mi mayor anhelo es que ustedes lo mantengan sellado, y aprendan a amar, a perdonar, a ayudar al débil, a ser justos y a honrar a Dios en todo lo que hagan. Así, y solo así, habremos vencido.”

Entonces, tus hijos —tu descendencia— podrán mirar tu historia no con lástima, sino con reverencia. Verán tu dolor no como una vergüenza, sino como un punto de partida. Como el umbral sagrado desde el que se comienza de nuevo. Esos son los hombres que este mundo necesita: hombres que sangran, pero no se rinden, hombres que lloran, pero no abandonan, hombres que perdonan sin perder la memoria, y que construyen sobre los escombros una casa digna para los que vienen detrás.

Así que sí, yo entiendo tu dolor. Lo entiendo no porque lo leí en un libro, sino porque quien aquí escribe fue un huérfano. Y ese huérfano ahora llena de besos a sus hijos, les enseña el camino del bien, les habla del valor del amor, del perdón, de la justicia, y ora con ellos cada noche, dando gracias a Dios por haberle hecho consciente de su inmenso y escandaloso amor. No soy perfecto. No lo tengo todo resuelto. Pero sé lo que significa cerrar el ciclo.

Y al escribir esta parte del libro, quiero ser sincero conmigo mismo, no por efecto literario, sino por un acto de verdad que necesito mirar de frente. Gracias, madre, donde quiera que te encuentres. Tuviste el valor de traerme a este mundo, aun con miedo, aun con carencias. Gracias, padre. Sin tu semilla, yo no existiría. No te juzgo. La vida no es fácil para todos. Pero hoy estoy aquí, de pie, escribiendo, respirando, criando, amando, reconstruyendo. Y por la gracia de Dios, el ciclo se ha cerrado.

A MI HIJO

Hijo mío, si estás leyendo esto, es porque ha pasado el tiempo suficiente para que entiendas no solo lo que aquí se dice, sino por qué se dice. Estas palabras no están escritas desde la comodidad de una vida fácil, ni desde la teoría distante de quien no ha sangrado. Están escritas con la carne y la memoria, desde un lugar donde la verdad no se negocia, y donde el amor, el verdadero amor duele, construye, purifica.

Quiero hablarte como padre. No desde la altura de quien todo lo sabe, sino desde la humildad de quien ha luchado contra sus propias sombras. Hay cosas que no entenderás aún, pero un día, cuando seas hombre, cuando tengas que responder con firmeza en medio de la confusión, cuando sientas la tentación de abandonar o endurecerte, recordarás estas palabras. Y te darán fuerza. Espero estar ahí para ayudarte, así que tranquilo, tu viejo peleará algunas batallas por ti.

Tu vida, hijo, no comenzó en una hoja en blanco. Naciste dentro de una historia. Una historia que yo heredé, y que mis padres también heredaron. Una cadena larga, cargada de errores, de heridas, de silencios, de abandonos, de cosas que no se dijeron y que sin embargo formaron parte de nosotros. Yo no fui formado en la plenitud. Fui formado en la escasez. No conocí el abrazo seguro, ni la bendición del padre que ora por su hijo. Conocí la carencia, la incertidumbre, la distancia, y por eso, cada paso que doy contigo es un acto de reparación. No para convertirme en un héroe, sino para asegurarme de que tú tengas la oportunidad de vivir distinto.

Dios me encontró en medio de todo ese caos. No como una explicación forzada, no como una emoción superficial, sino como la única presencia que podía ver mi historia entera y no rechazarme. Me enseñó que el tiempo, tal como lo vivimos, nos atraviesa lentamente, y hace parecer eterno lo que solo es un fragmento. Me enseñó que el dolor que heredé no era el final, y que, aunque fui marcado por mi pasado, no tenía que vivir determinado por él. Peleé con Dios un par de veces, ¿sabes? Pero mi viejo no se rinde fácil y me trajo de vuelta. Me mostró que el corazón humano, cuando se humilla y reconoce su necesidad, puede ser restaurado. No todo se resuelve fácil, hijo. Hay cosas que no se resuelven nunca del todo. Pero hay consuelo. Hay presencia. Y eso basta. Y si no se resuelven nunca, no temas, sigue adelante.

Tú naciste en un momento donde todo lo que se rompe afuera también amenaza con romperse adentro. Vivimos tiempos donde la estructura familiar se desmorona, donde los hombres olvidaron lo que significa ser responsables, fieles, presentes. Por eso, el acto más revolucionario que un hombre puede hacer hoy es ser padre. Ser padre con amor, con carácter, con integridad. Y eso es lo que quise ser contigo desde el primer día.

No esperes perfección de mí. Pero espera fidelidad. Todo lo que hice, lo hice con la intención de mostrarte un camino distinto. Cuando te abracé por primera vez, sentí que Dios me estaba diciendo: ahora tienes la oportunidad de cerrar el ciclo. De no repetir. De construir desde el amor lo que nunca tuviste desde el inicio y lo he hecho. Así que, si me viste alguna vez llorar en silencio, o alejarme por un momento para no quebrarme delante de ti, fue porque estaba librando batallas que tú aún no sabías que existían. Lo hacía por ti. Lo hago por ti.

Quiero dejarte consejos que valen más que cualquier herencia material. Primero: honra a Dios y témele no como a un tirano, sino como a un Padre que merece ser adorado. No como rutina ni como peso, sino como el centro mismo de tu vida. Aprende a escucharlo, aunque al principio te parezca que calla. Él habla, hijo. Habla en los días buenos y en los días oscuros. Y cuando no entiendas su silencio, permanece. Porque su fidelidad no depende de tu percepción. Si él calla, la decisión es tuya, tómala sin miedo. Si él habla, obedécelo sin titubear, sé hombre.

Segundo: sé íntegro. No busques ser fuerte a los ojos del mundo, busca ser fuerte a los ojos de los que te aman y los que te odian. La fuerza no está en gritar, sino en saber cuándo callar y cuándo sostener. Está en pedir perdón cuando te equivocas. Está en proteger al débil, en mantener tu palabra, en no traicionar tu conciencia por ningún aplauso.

Tercero: no te avergüences del dolor. No corras de tu historia. Mírala de frente. Nómbrala. Discierne lo que vino contigo y no debe seguir contigo. Sé valiente para cortar. Serás más libre mientras más responsable seas de tus decisiones. Y si alguna vez sientes que llevas cicatrices que no merecías, recuérdalo bien: aun así, puedes decidir qué tipo de hombre quieres ser. La historia de tus antepasados es importante, pero no tiene derecho a encadenarte.

Cuarto: ama con intención. Ama a tu esposa, a tus hijos, a tus hermanos. Ama como quien sabe que cada acto de ternura es también una batalla contra el mundo. No temas ser tierno. No temas llorar. No temas perdonar. Pero nunca, nunca seas un hombre sin convicciones. El amor no es débil. Es el único que permanece cuando todo lo demás se cae.

Y, por último, recuerda esto siempre: tú no eres solo mi hijo, eres mi legado. Lo que fui, lo que luché, lo que vencí o lo que no logré vencer, está ahora en tus manos para continuar. No estoy esperando que seas yo. Estoy esperando que seas mejor que yo. Más sabio, más justo, más valiente. Que cierres con firmeza lo que yo apenas pude comenzar a cerrar.

Si algún día llegas a tener un hijo, dale lo que a ti te di, y lo que yo nunca tuve. Y cuando te sientas débil, cuando sientas que no puedes más, vuelve a estas palabras. No son un mapa perfecto, pero son una voz que te ama y que ha pasado por el fuego. Y si al final de todo, cuando llegue el día en que yo no esté, puedes decir que fuiste amado, que fuiste formado, que fuiste guiado, entonces sabré que valió la pena todo.

Te amo, hijo. Más de lo que podré decirte con palabras. Sé fuerte. Sé bueno. Sé verdadero. Y nunca olvides que Dios camina contigo, incluso cuando sientas que estás solo. Tú, que llevas mi nombre, eres también el inicio de una nueva historia. Escríbela bien.

CAPÍTULO NUEVE

ALMAS VIEJAS

CAPÍTULO NUEVE

ALMAS VIEJAS

Al escribir este libro, cumpla 36 años, en algún momento dije a mi esposa quien quedó sorprendida, que me sentía un “*alma vieja*” como si hubiese vivido demasiado, como si estuviese cansado y desease ya partir. Sé que para una familia con dos niños aquello no se escucha nada bien, pero luego me sumergí a reflexionar que era aquello, ¿existencialismo? ¿hastío? ¿o una realidad que aqueja a más jóvenes de lo normal? Creo que he concluido, que no soy el único que comparte este sentimiento, que algunos creen es aburrimiento, derivado de la sobre excitación de los sentidos, pero no creo que lo sea, por lo menos no del todo. Es el conocimiento, estamos viviendo Eclesiastés sin percatarnos.

La psique humana no fue diseñada para el ritmo de un algoritmo. El conocimiento, en su forma natural, es un proceso orgánico. Se digiere lento, se asimila con heridas, y se deposita en la memoria con sangre. Pero la era digital ha roto esa alquimia. La información nos cae encima como granizo, sin contexto, sin dolor, sin arraigo. Y sin dolor no hay maduración. Lo que antaño era fruto de una experiencia vital (la pérdida, la espera, el error) ahora se simula en un video de TikTok de 30 segundos. Así, el alma se sobrecarga, pero no crece. Se llena, pero no madura. Envejece, pero el cuerpo es joven. En la antigüedad, la sobriedad de la barba, acompañó a la gerontocracia como modelo social, se sabía, que los años, daban la experiencia, y la experiencia, no era sino conocimiento acumulado que el joven no tenía, por lo tanto, el anciano, era sabio por ser anciano, y el joven, aprendía del anciano, porque había una barrera natural que le impedía tener ese conocimiento que el anciano hubo acumulado con los años. Eso no existe más. Nuestros abuelos vivieron la guerra, el hambre, la espera. Nosotros, la pantalla. Ellos tenían arrugas en el rostro. Nosotros, en el alma. Porque la experiencia se ha vuelto una ficción. Ya no vivimos lo real, sino su simulacro. Nos sabemos todos los traumas, todas las patologías, todos los diagnósticos, pero no hemos sentido ni una décima parte de lo que significa realmente el sufrimiento. Y, sin embargo, cargamos su sombra. Somos almas viejas, no porque hayamos vivido mucho, sino porque hemos sido expuestos a todo sin haber vivido nada. Un niño de

12 años puede contarte sobre ansiedad, depresión y disociación, pero nunca ha tenido un amigo verdadero. Eso es devastador.

El desarrollo psicológico, como bien sabían Piaget, Freud o Erikson, o toda la psicología evolutiva, tiene sus etapas. La conciencia de la muerte, de la injusticia, del mal, debiera llegar como la maduración llega a un fruto: en su tiempo. Pero hoy, el niño de 8 años ya sabe de genocidio, de pornografía, de traición política, de nihilismo posmoderno. No porque lo entienda, sino porque lo ha visto. Ha consumido el infierno, pero sin mapa. Ha digerido la oscuridad, pero sin estómago. Y eso, inevitablemente, deforma el alma. Le da la apariencia de ancianidad, pero la fragilidad de un infante. Es el síndrome del alma vieja: saber demasiado, haber vivido demasiado poco.

Somos las primeras generaciones que sufren no por lo que no saben, sino por lo que saben antes de tiempo. Y ese saber, lejos de ser una conquista, se ha convertido en un castigo. Como Prometeos modernos, llevamos en la conciencia una llama robada: brillante, sí, pero maldita. No fue ganada con sabiduría ni templada en el yunque de la experiencia; fue arrancada a mordiscos del caos digital, sin filtros, sin pausas, sin protección. Y por eso, no ilumina: quema. Quema la psique. Quema el asombro. Quema el deseo de vivir.

La era de la información no ha producido sabios, ha producido suicidas silenciosos. Niños exhaustos con diagnósticos de adultos. Adolescentes que ya lo han visto todo y que, por eso, ya no esperan nada. Adultos sin fe, no por rebeldía, sino por saturación. El alma, igual que la tierra, necesita descanso entre siembra y siembra. Pero aquí no hay barbecho. Aquí todo se siembra con dinamita, con trauma, con infoxicación. Y después nos preguntamos por qué sangran las raíces.

Porque las almas viejas desean morir. No es metáfora. Es realidad psicológica. El alma, cuando ha vivido demasiado, cuando ha sentido demasiado, cuando ha cargado el peso de demasiadas verdades sin tener aún la arquitectura emocional para sostenerlas... colapsa. Se apaga. Es simple obiedad natural. Un cuerpo que no duerme se apaga, se exige el descanso forzadamente. Un alma que vivió todo en pocos años, se prepara para morir, no es complejo, es real. No porque quiera dejar de vivir, sino porque *ya ha vivido demasiado*. No importa que el cuerpo tenga 17 años. El alma lleva 80. Y ese desajuste es una condena invisible. El cuerpo joven quiere

bailar, pero el alma ya está sentada, encorvada, diciendo: “yo ya vi este circo, ya no me impresiona”.

Como dice uno de los diálogos más descarnadamente lúcidos de la película *El Efecto Mariposa*:

“Le he metido a mi cerebro, 40 años de recuerdos en 3 días”. ¡No es posible!”.

Es como inyectarle al sistema nervioso central toda la historia de la humanidad y luego pedirle que funcione con normalidad. Por eso vemos a niños con ansiedad existencial, a jóvenes con trastornos que hace medio siglo solo aparecían en veteranos de guerra. Porque sí: estamos ante una guerra. Una guerra invisible. Una guerra donde el enemigo no está afuera, sino adentro: en el disco duro sobrecargado de un alma que ha envejecido demasiado pronto. El resultado es devastador: cuerpos jóvenes que no entienden por qué desean morir... sin saber que es su alma la que ya se dio por vencida. Porque la vida, cuando se vive en cámara rápida, se gasta antes. Y un alma gastada, por instinto, pide ser apagada. No por cobardía. Sino por fatiga.

Lo más trágico es que nadie les enseñó a nuestros jóvenes a metabolizar el saber, solo a consumirlo. Y al final, como toda criatura que traga más de lo que puede digerir, el alma se intoxica. Se envenena de lucidez prematura. Y pide descanso. Aunque el cuerpo aún no entienda por qué.

EL ANCIANO OBTUSO, EL NIÑO SABIO

Y aquí es donde el drama se vuelve tragedia: la inversión total del orden. Lo que solía ser un principio de estabilidad (la vejez como símbolo de sabiduría acumulada) se ha convertido en una ruina decorada. Hoy los ancianos no enseñan, repiten. No reflexionan, se obstinan. La edad ya no garantiza lucidez, solo persistencia en el error. Muchos viejos, lejos de representar el reposo del entendimiento, son monumentos a la necesidad: tercos, frágiles, sin lecturas, sin autocrítica, atrincherados en ideas raídas, incapaces de escuchar otra cosa que no sea el eco de su propio tiempo. Son la nostalgia sin razón, la tradición sin espíritu. No pastorean a nadie; balbucean. En mi país existe un refrán respecto a los tales: *“Chango viejo, no aprende maromas nuevas”*.

Y al otro lado, los jóvenes: saturados de conocimiento, llenos de datos, armados con las herramientas intelectuales para demoler a cualquier institución... pero

emocionalmente desgarrados, inmaduros, inestables. Almas de anciano con cuerpos de niño: una bomba de tiempo. Tienen la lucidez para detectar el mal, pero no la entereza para transformarlo. Ven la hipocresía en la política, la iglesia, la familia... y en vez de edificar algo nuevo, destruyen. Porque no han vivido lo suficiente para saber que demoler es fácil, pero construir exige paciencia, dolor, tiempo. Tres cosas que su generación desconoce o detesta. Entonces, es una generación destructiva, destruye a la iglesia, destruye a la familia, destruye el orden social, destruye la política, destruye todo, pero no sabe cómo construir.

La brecha generacional de nuestro tiempo no es solo una distancia de años, es una grieta ontológica. No se trata simplemente de una diferencia en la forma de hablar, de vestir o de usar tecnología. Es una fractura profunda en la concepción del mundo, una fisura en la antropología misma de lo humano. Lo más devastador es que no hay intento serio de superarla. No hay voluntad de encuentro. Ni del anciano al joven, ni del joven al anciano. Lo que hay es una guerra fría de desprecio mutuo. El viejo se atrinchera en su dignidad caduca, convencido de que el tiempo le otorga razón, como si la edad fuera un sacramento. Mientras tanto, el joven, harto de heredar un mundo roto, no siente ningún deber de honrar a quien lo destrozó. La figura bíblica del anciano, que en Proverbios representa sabiduría, consejo, templanza, ha sido reemplazada por la caricatura del necio que no oye, del terco que no se baja del púlpito, del abuelo que confunde respeto con sumisión y autoridad con superioridad.

El anciano —el verdadero, no el que simplemente ha sobrevivido décadas— debería ser un depósito de sabiduría, un pozo profundo de experiencia que se ofrece a quien tiene sed. Pero hoy, la mayoría son simples sobrevivientes del tiempo, no sabios. Y, sin embargo, exigen obediencia ciega al calendario. Miran con desprecio al joven porque no tiene barba, porque no tiene canas, porque no ha enterrado suficientes amigos ni ha sufrido suficientes desengaños. El problema es que el joven de hoy *sí* ha visto todo eso... solo que, en pantalla, comprimido, en alta definición, sin anestesia. Y eso, aunque no se lo confiera sabiduría verdadera, sí lo ha marcado con una comprensión brutal del mundo. Pero el anciano no lo ve, porque aún cree que la barba le da derecho a hablar, y el silencio le corresponde al que no la tiene.

Por su parte, el joven —alma vieja encerrada en cuerpo de niño— ya no concede ningún privilegio a la vejez. Ya no honra canas que no han sangrado por él. Ya no calla ante sermones que no edifican, ni se somete a líderes que no pastorean, ni a

patriarcas que abandonaron su tribu. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Acaso no ha visto la hipocresía, la corrupción, la rigidez, la ineptitud de quienes le exigen respeto? Como dice el Eclesiastés, “*mejor es el muchacho pobre y sabio que el rey viejo y necio que no admite consejos*” (Ecl. 4:13). Pero esta verdad, dicha por el sabio, hoy se convierte en anatema si la pronuncia un joven. Porque en este mundo invertido, la experiencia ha dejado de ser escuela, y se ha vuelto coartada. El viejo se protege con sus años como si fueran medallas de batalla, pero olvida que hay quienes han leído más, vivido más, sentido más... en menos tiempo.

Esta falta de reconocimiento mutuo es más que un problema social. Es una inversión maldita del diseño mismo de Dios para la comunidad. En la Biblia, los ancianos eran columnas, pero también sabían cuándo ungir a los nuevos. Samuel unge a David, Moisés inviste a Josué, Pablo delega a Timoteo. La cadena de transmisión espiritual se fundamentaba en la humildad mutua: el viejo sabía que debía partir, el joven sabía que debía esperar. Hoy, nadie parte, nadie espera. El viejo no entrega, el joven no recibe. El primero no quiere ser reemplazado, el segundo no quiere ser pastoreado. Y así se rompe la comunión.

La brecha no se queda en el hogar o en la iglesia. Se filtra en la política, en la cultura, en la moral pública. El gobernante viejo se aferra al poder sin visión; el joven con visión desprecia todo límite. El anciano de corazón ya no puede predicar sin repetir las fórmulas de su infancia; el joven iluminado ya no puede escuchar sin sarcasmo. Ya no hay pactos entre generaciones, solo juicios. El anciano mira al joven como amenaza, el joven mira al anciano como lastre. Y cuando ambos dejan de mirarse como prójimos, comienza la anarquía disfrazada de renovación.

Y esta brecha no es solo disfuncional: es letal. Porque destruye la transmisión de lo valioso y perpetúa lo inútil. Mata el linaje. Extingue la tradición viva. Pervierte el honor. Vuelve imposible la corrección, y convierte a cada generación en una secta de sí misma. La Escritura llama maldito al tiempo en que “no habrá anciano que guíe, ni joven que escuche” Y ese tiempo ya llegó. Porque las almas están cruzadas, los cuerpos no lo saben, y el espíritu, entre ellos, clama en silencio.

UNA TREGUA PASTORAL, ¿ES POSIBLE?

La única salida a esta distorsión generacional, este desorden antropológico que amenaza con devorarlo todo, no es una reforma superficial, no es un taller de

liderazgo intergeneracional ni un curso de empatía emocional. Lo que necesitamos es una *tregua*. Una tregua sagrada, declarada no por burócratas ni terapeutas, sino por un *profeta*. Un verdadero atalaya, cuya voz no tiemble ante las canas ni se enmudezca frente a la arrogancia juvenil. Un hombre del umbral, con el corazón encallecido por la oración y la conciencia despierta por la Palabra. Un profeta que no busque aplausos, sino verdad. Que no desee reconciliar por simpatía, sino por convicción. Que llame al anciano a la humildad y al joven a la reverencia. Que maldiga el cinismo, pero bendiga la obediencia.

Necesitamos un profeta que se pare entre los siglos y diga: *¡basta!* Que reprenda al anciano: “Tu obstinación es pecado, tu testarudez ha cerrado la puerta a los que vienen detrás de ti. Tu iglesia no es tuya, tu autoridad no es eterna. Tu tiempo no te pertenece”.

Y que exhorte al joven: “Tu conocimiento no es sabiduría, tu crítica no es justicia. No te atrevas a destruir lo que no sabes construir. Escucha, aprende, espera”. Esa voz es necesaria como el aliento en el cuerpo. Porque si no hay tregua, si no hay reconciliación entre el anciano y el niño sabio, *nos destruiremos*. No en explosiones, sino en silencio. No por armas, sino por división. La historia no será un ciclo, será una herida abierta que no cicatriza porque cada generación escupe sobre la anterior y mutila a la siguiente.

La Escritura no calla ante esto. Dios mismo lo advierte con una claridad que aterra:

“Y él hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres; *no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición*” (Malaquías 4:6). Esta frase no es una metáfora piadosa. Es una sentencia. Dios no bendice una sociedad donde padres e hijos se desprecian, donde ancianos y jóvenes se ignoran, donde la cadena de herencia espiritual ha sido cortada por orgullo mutuo. Él lo llama maldición. Porque *es* una maldición. Y ya estamos viviendo bajo su sombra.

Todo debe comenzar en nuestras iglesias. La restauración no vendrá desde las cúpulas políticas ni desde los influencers disfrazados de pastores con gorras y frases motivacionales. Tiene que comenzar con los *hombres de Dios*. Pastores verdaderos. Maestros del Espíritu. Hombres con columna vertebral. Hombres que lean el tiempo no con sentimentalismo, sino con discernimiento profético. Que se atrevan a ver el

pecado estructural dentro de sus propias congregaciones. Que reconozcan que este abismo no se cierra con nepotismo. *¡Ese cáncer solo lo profundiza!*

Heredarle la iglesia al hijo no es solución, es perpetuación del error. El ministerio no se hereda por sangre, sino por fuego. Por llamado. Por cruz. Y si el hijo no ha sido llamado, si no ha sangrado, si no ha llorado sobre las Escrituras, si no ha muerto a sí mismo, *no está listo*. Y cuando se le pone al frente sin estarlo, se desprecia al pueblo, se banaliza el púlpito y se ahonda la maldición. Porque entonces el viejo sigue gobernando desde las sombras, y el joven no tiene autoridad, solo apellido. Y así se falsifica el relevo. Y así se envenena la iglesia.

La tregua que necesitamos será dura. Porque exigirá que el anciano suelte el cetro y que el joven deje de golpearlo. Que uno reconozca que su tiempo fue glorioso, pero ha pasado, y el otro que su tiempo está naciendo, pero no ha madurado. Y sólo un profeta podrá hablar con autoridad suficiente para romper el orgullo de ambos. Que venga, entonces. Que se levante. Que hable. Que profetice. Porque si no... la maldición ya no será advertencia. Será sentencia ejecutada.

Ser hombre —verdaderamente hombre, no esa parodia hormonal que venden las redes ni esa versión anestesiada que predicán los templos domesticados— es *intentar esto*. Es entrar, aunque sea solo, en esa batalla imposible por la tregua. Por la reconciliación entre lo que fuimos y lo que viene. Es reconocer que nada hay más espiritual que levantar puentes entre generaciones que se odian en silencio. Nada hay más viril que sangrar en medio de esa tensión, que romperse en la bisagra entre lo viejo y lo nuevo, entre el padre que no suelta y el hijo que no espera. Ser hombre es cargar con la brecha como cruz, y avanzar, aunque nadie más quiera. Porque Dios no busca héroes de cartón, busca *intercesores rotos*. Y si ha de venir juicio, que al menos nos encuentre con las manos ensangrentadas por el esfuerzo, y no con los dedos señalando culpables.

Dios no nos pidió que triunfáramos. Nos pidió que lucháramos. Que resistiéramos. Que intentáramos. Y eso significa algo brutal: que muchos no verán el fruto. Que muchos, como Moisés, morirán viendo la tierra prometida sin pisarla. Pero *eso es ser hombre*: pelear una guerra que tal vez no te tocará ganar. Entregar tu vida por una generación que quizá ni te entienda. Convertirte en mártir de una paz que nunca sentirás. Porque si la tregua no empieza contigo, entonces no empezará nunca. No vendrá desde arriba. Vendrá desde los hombres que ardan por dentro.

Pero ¿cómo iniciamos? ¿Cómo lo logramos?

La respuesta es triste. Dolorosa. Demoledora. Renunciando a nuestros ídolos.

El anciano debe renunciar al poder, a la adicción a ser escuchado, a la arrogancia de creer que sus años lo absuelven de todo error. Debe callar, por una vez, y oír. No para ceder al joven, sino para escuchar a Dios *a través* del joven. Y si no puede ver a Cristo en ese niño con libros, con heridas, con ira justa, entonces es porque su teología murió hace mucho.

Y el joven, por su parte, debe renunciar al narcisismo de su sabiduría precoz. A la tentación de destruirlo todo por el placer de tener razón. A la furia huérfana que lo hace rechazar todo lo que le precedió. Porque si no puede ver a Cristo en los ojos cansados del viejo que no supo hacerlo mejor, entonces su conocimiento no es sabiduría, sino soberbia disfrazada.

Socialmente, esto implica algo casi insoportable: **abrazar el fracaso ajeno.**

Aceptar que la generación pasada falló, pero no por eso merece ser exterminada del relato. Y aceptar que la nueva generación está rota, sí, pero no por eso debe ser excluida del púlpito.

Religiosamente, significa *despedazar nuestros modelos de iglesia heredados*. El modelo imperial del pastor-gurú debe morir. El nepotismo disfrazado de legado debe ser abolido. El púlpito debe ser habitado por el que arde, no por el que hereda. Y los bancos deben llenarse de hombres que lloran juntos, no de multitudes que fingen tenerlo todo resuelto.

Y espiritualmente... espiritualmente significa aceptar que la cruz también es generacional. Que la reconciliación entre padres e hijos es parte del evangelio. Que no hay avivamiento donde hay desprecio mutuo. Que no hay gloria donde hay orgullo. Que no hay Espíritu Santo donde no hay sangre, sudor y perdón.

DOS CAMINOS

Existen dos caminos ante nosotros. Dos escenarios proféticos. Dos futuros enfrentados como espadas, esperando que nuestra generación escoja cuál blandirá.

El primero es el de la **tregua viril, espiritual y trágica**. Una tregua que no brota del sentimentalismo barato, sino del arrepentimiento profundo. Si logramos, por la gracia de Dios, volver a ser hombres —hombres verdaderos, de palabra, de fe, de integridad— entonces será posible una reconciliación entre generaciones que permita sanar la tierra. Si los ancianos se bajan del púlpito con dignidad, si los jóvenes se suben a él con humildad, si el linaje se convierte en legado y no en herencia carnal, entonces nuestros hijos tendrán un respiro. No una utopía, no un paraíso, pero sí un **tiempo de gracia**, una tierra que no esté maldita, un hogar donde la conversación entre generaciones no sea un campo de batalla sino un altar.

Este escenario no es ilusorio. Ya ha ocurrido antes. En tiempos de Esdras y Nehemías, después del exilio y la ruina, el pueblo volvió a leer la ley, a llorar en comunidad, a reconstruir juntos los muros caídos, hombro con hombro, generación tras generación. No fue fácil. No fue glorioso. Fue doloroso. Pero fue posible. La brecha fue cerrada porque hubo **llanto colectivo, pacto renovado, autoridad restaurada y obediencia sin excusas**. Y eso necesita una Iglesia que deje de entretener y empiece a sangrar, pastores que se conviertan en padres, jóvenes que se conviertan en piedras vivas, y ancianos que entiendan que enseñar es morir por otro, no hablar más fuerte.

Psicológicamente, esto implicaría una estabilización emocional que la generación actual necesita con urgencia. Porque no se puede construir identidad en guerra permanente. El joven que no honra al anciano vive fragmentado, carente de raíz. El viejo que no ve en el joven un heredero vive solo, rencoroso, muerto en vida. Pero cuando se rompe esa dinámica infernal, el alma se reconfigura. El resentimiento cede paso a la pertenencia. El trauma da lugar al sentido. Desde la antropología más elemental hasta la teología más elevada, el ser humano solo encuentra estabilidad cuando se sabe parte de una cadena: alguien recibió, alguien entrega, alguien continúa. Esto es el Reino. Esto es la Iglesia. Esto es humanidad.

Pero si no hay tregua, si elegimos el segundo escenario, entonces solo quedará la **autodestrucción lenta y cruel de una civilización que cavó su propia tumba mientras se creía inmortal**. Porque si cada uno se aferra a su juicio, a su herida, a su ego, si cada generación sigue despreciando a la otra, el resultado será una forma elegante de suicidio colectivo. No con armas, sino con indiferencia, cinismo y esterilidad. El anciano morirá solo, y el joven vivirá sin alma. La iglesia se volverá

museo. La familia será campo de batalla. La política, teatro. El arte, sarcasmo. Y la fe, una burla.

Así cayó Israel. Así terminó Judá. Cuando los profetas gritaban y los reyes se reían. Cuando los padres sacrificaban a sus hijos en el fuego de Moloc, y los hijos ya no sabían cómo honrar a sus padres porque nadie les enseñó. Jeremías lo dijo: *“Desde el más chico hasta el más grande, todos están entregados a la avaricia”* (Jer. 6:13). Y el resultado fue ruina. No por falta de advertencia, sino por sordera voluntaria.

Hoy no necesitamos más datos, más estadísticas, más discursos. Necesitamos una voz. Una palabra que rompa los huesos. Una profecía que nos desmonte. Y si no escuchamos, si seguimos atesorando nuestras opiniones como ídolos, entonces el juicio no será sorpresa: será justicia.

Y entonces, como advirtió Dios en Malaquías, *vendrá y herirá la tierra con maldición.*

No hay peor juicio para una generación que ser pastoreada por bastardos. No hablo de hijos ilegítimos en la carne, sino de **huérfanos en el espíritu**, de hombres sin linaje, sin herencia, sin quebranto recibido, sin historia vivida. Hijos que nadie engendró en oración, que nadie formó en secreto, que se hicieron a sí mismos a punta de libros, micrófono y ego. Bastardos espirituales que hoy se visten de autoridad, pero no tienen ninguna. Porque el manto no se compra, **se recibe**. Y solo se recibe cuando alguien te lo entrega con lágrimas, con imposición de manos, con dolor y con gozo. Todo lo demás es impostura.

El linaje espiritual es la forma en la que Dios preserva su testimonio a lo largo de las generaciones. Es el modo sagrado en que el Espíritu Santo transfiere fuego, doctrina, carácter, discernimiento, sufrimiento. No es automático. No es genético. No es institucional. Es un misterio de gracia y quebranto que atraviesa siglos, desde Moisés a Josué, de Elías a Eliseo, de Pablo a Timoteo. Donde ese linaje se quiebra, no hay sucesión: hay usurpación. Y cuando no hay padres, aparecen los bastardos.

Estos bastardos no buscan servir. Buscan ser vistos. No heredan una cruz, sino un micrófono. No aman la iglesia, la **administran**. Y en vez de generar vida, producen confusión. Imitan al anciano sin haberlo amado. Reproducen sus frases, no su espíritu. Se visten como pastores, predicán como pastores, se rodean de otros bastardos, pero

no tienen un Gólgota detrás. Y por eso sus palabras suenan, pero no pesan. No hay peso de gloria, porque no hay historia de humillación.

Y el problema es que la iglesia contemporánea, en su ceguera sentimental y pragmática, **los celebra**. Aplauda al que se vende bien, no al que ha muerto bien. Entrega púlpitos al que tiene carisma, sin preguntarse si tiene heridas. Ungimos a Saúles porque son altos, guapos y mediáticos. Y despreciamos a los David que aún están entre ovejas. Le tememos al proceso, al desierto, al tiempo. Y por eso producimos legiones de bastardos espirituales que, como Absalón, tienen carisma y traen división.

Absalón es el ícono perfecto del líder bastardo. Hijo del rey, pero sin el corazón del rey. Hermoso por fuera, amargado por dentro. Sin historia con Dios, pero con estrategia humana. El pueblo lo ama porque les promete justicia, pero no conoce la justicia del quebranto. Y por eso muere colgado entre el cielo y la tierra, sin pertenecer a ninguno de los dos. Así mueren los bastardos: sin linaje, sin tierra, sin altar.

Desde la psicología profunda podríamos decir que el bastardo carga con la herida de no haber sido reconocido. Pero en lugar de sanar esa herida en la intimidad con el Padre, la convierte en un motor de autopromoción. Lo vemos una y otra vez: hombres heridos que, en vez de llorar, edifican imperios. En vez de rendirse, fundan iglesias. En vez de someterse, se inventan un llamado. Y el resultado es una generación liderada por niños con complejo de Mesías.

Desde la antropología, el bastardo no cumple función de ancestro. No puede generar historia. Solo puede **interrumpirla**. Porque al no provenir de un linaje legítimo, no puede generar otro. Puede crear movimientos, pero no legado. Instituciones, pero no familia. Ruidos, pero no resonancia. Son como Nimrod: fundadores de ciudades que terminan en confusión. Porque lo que nace del ego termina en caos.

Y desde la Biblia, la figura del bastardo es trágica. Deuteronomio 23:2 es claro: “No entrará bastardo en la congregación del Señor.” No porque Dios aborrezca al niño que no tuvo padre, sino porque denuncia el **espíritu** que niega el linaje. El que dice: “yo no necesito a nadie, no vengo de nadie, me basto a mí mismo”. Ese espíritu no tiene lugar en el Reino. Porque el Reino es *herencia*. Es *transmisión*. Es *sangre y pacto*.

Por eso, cuando el linaje espiritual muere —cuando los pastores no forman a sus sucesores, cuando los padres no engendran hijos en el Espíritu, cuando los ancianos se aferran a su trono— entonces el trono queda vacío. Y lo ocupa quien no debe. Porque la sucesión es inevitable: o discipulamos herederos legítimos, o toleramos usurpadores. Y no hay tierra más estéril que una iglesia llena de bastardos espirituales enseñando a la próxima generación a convertirse en lo mismo.

¿Queremos cortar esta maldición? Entonces necesitamos padres. Padres espirituales que mueran a su ego, que enseñen con lágrimas, que formen con paciencia, que corrijan con amor y fuego. Hombres que prefieran ver a sus hijos brillar más que ellos, no que les preparen el camino para continuar su apellido. Solo así volverá el linaje. Solo así el Reino dejará de ser una farsa de relevos vacíos. Y solo así los bastardos dejarán de multiplicarse.

El mundo no necesita más profecías para saber que está al borde del colapso. Basta mirar los síntomas. Como un cuerpo lleno de metástasis, la civilización actual exhibe con cinismo sus llagas como si fueran medallas. Y todas —absolutamente todas— son las señales de una **sociedad sin tregua**, sin reconciliación, sin orden, sin transmisión generacional legítima. Una civilización donde cada hombre es su propio padre, su propio dios y verdugo. El caos que vivimos no es casual: es diagnóstico.

¿Qué ves en la calle? Jóvenes que no creen en nada, que no aman a nadie, que no esperan nada. Generaciones con acceso a todo, pero sin sentido para vivir. Niños diagnosticados con ansiedad crónica, adolescentes medicados para no sentir, veinteañeros convencidos de que el suicidio es una salida razonable, treintañeros sin propósito, sin familia, sin fe. Toda una juventud sabiendo más de lo que su alma puede soportar, cargando dolores que no son suyos, odiando un mundo que les fue entregado ya en ruinas. Su desconfianza no es rebeldía: **es orfandad**. Su sarcasmo no es altivez: es una defensa contra la traición de sus mayores.

¿Y qué ves en los púlpitos? Hombres viejos sin voz profética, predicando fórmulas que ya no conmueven ni a sus propios nietos. Iglesias atrapadas entre el espectáculo y el museo, incapaces de formar discípulos, solo consumidores. Pastores más preocupados por la renta del templo que por la ruina de las almas. Algunos con miedo de ceder el mando, otros entregándolo como herencia tribal, sin discernir si el hijo tiene llamado o solo apellido. Congregaciones con ovejas viejas que no aprenden, y

ovejas jóvenes que no obedecen. Una iglesia sin tregua, sin pacto, sin paternidad. Un desierto lleno de altares... vacíos.

Psicológicamente, el resultado es una neurosis colectiva: todos heridos, todos hablando desde su trauma, todos exigiendo ser escuchados y nadie dispuesto a callar para aprender. Vivimos en la era del monólogo. De la opinión como dogma. Nadie se somete porque todos se creen sabios. Nadie cede porque todos se creen víctimas. Nadie ama porque todos se protegen. El alma posmoderna no es libre: **es paranoica**. Y lo es porque no ha sido pastoreada, ni contenida, ni amada por una figura que merezca el título de “padre”.

Filosóficamente, lo que vemos es el fin del *logos* como principio ordenador. No hay verdad compartida, no hay jerarquía legítima, no hay *telos*. Solo tribus ideológicas, cámaras de eco, micro verdades y guerras culturales. ¿Cómo no va a colapsar una sociedad donde ya no hay un criterio para distinguir la sabiduría del ruido? Cuando se destruye el principio de autoridad verdadera, no queda libertad: queda vacío. Un vacío que no se llena con reformas, sino con **resurrección**. Y eso solo lo puede producir el Espíritu, cuando encuentra corazones dispuestos a pactar.

Antropológicamente, lo que ocurre es que hemos roto la cadena. El flujo de lo humano se sostenía por una transferencia ininterrumpida de sabiduría entre generaciones. En todas las culturas antiguas, el anciano no era un estorbo, era un archivo viviente. El joven no era un peligro, era una promesa. Pero hoy ambos son enemigos. Y cuando esa dinámica se pudre, **la tribu colapsa**. No hay civilización sin transmisión. No hay pueblo sin pacto. No hay futuro sin memoria.

Y espiritualmente, el juicio ya comenzó. No con fuego del cielo, sino con el silencio de Dios. Con iglesias que no sienten su presencia. Con familias que no oran. Con pastores que ya no escuchan a Dios, solo a sus números. Con jóvenes que no esperan al Señor, solo un escape. Esta es la tierra maldita de la que hablaba Malaquías. Esta es la maldición que se cierne cuando los padres no vuelven su corazón a los hijos, ni los hijos a los padres.

Este es el resultado de rechazar la tregua.

Pero aún no es tarde.

Puede que estemos enfermos, sí. Pero aún respiramos. Y mientras haya aliento, hay posibilidad. El cielo espera a un hombre que se atreva a encender la primera chispa. Que diga basta. Que se convierta en puente. Que se quiebre por dentro para sanar a otros por fuera. Un hombre que vea la ruina, la enfrente, y no huya. Un hombre que escuche el clamor de los hijos, y también la ira de los padres. Que no quiera tener la razón, sino restaurar el linaje. Un hombre que diga con lágrimas: *aquí empieza la tregua. Aquí empieza la reconciliación. Aquí empieza el Reino.*

CAPÍTULO DIEZ

LA VIDA CON HONOR

CAPÍTULO DIEZ

LA VIDA CON HONOR

Dios, en su providencia y gracia, me concedió servir ministerialmente en tres instituciones distintas, a las cuales entregué mi corazón. No las menciono con ingratitud, sino como testigo de lo que ocurre en los bastidores del alma institucionalizada. Porque hay cosas que deben decirse no con amargura, sino con verdad; y la verdad es que he servido al Señor entre su pueblo cuantas veces pude, con altura y otras veces, con bajeza. Porque afirmar que he sido el estandarte de *“todo lo bueno, todo lo justo y todo lo que es de buen nombre”*, (Fil 4:8) sería falso. No obstante, cierro este libro con una búsqueda sincera del honor, no solo para mí, sino para los que leyendo sepan que no son menos que lo que Dios pretende de ellos.

En toda estructura religiosa, inevitablemente llega el momento de las elecciones internas: cargos, comisiones, títulos, liderazgos. Y lo que debería ser un ejercicio de discernimiento espiritual, con temor de Dios y corazón contrito, termina siendo (muy a menudo) una pasarela de egos con Biblia en mano. No importa la etiqueta denominacional: Ortodoxos, Reformados, Papistas... el instinto de poder se disfraza de vocación, y el circo empieza. Campañas veladas, promesas solapadas, alianzas estratégicas. No exagero. No me excluyo. Pero lo viví, lo vi, y es un mal que, si no se confronta, devora.

Pablo escribió algo que resuena aquí con fuerza: *“Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado”* (Filipenses 4:12). Muchos están entrenados vivir en la escasez, la pobreza y el hambre, pero nunca para la honra, la abundancia o la riqueza. Por eso, cuando llegan a ella, se autodestruyen. El honor, como la riqueza, es un bien peligroso cuando no está disciplinado por la cruz. No es difícil para el pobre “vivir en la pobreza”, lo difícil para el pobre, que ha sido mordido toda la vida por la serpiente de la escasez, sería saber “tener abundancia”. Y este es el caso por el que muchos atraviesan, pues siendo hombres inútiles, forjados entre chistes, algarabías fútiles y frivolidades de la vida, no merecen el honor, no lo buscan, y Dios nos libre de que lo lleguen a tener, pues no saben “tener abundancia”.

La Escritura no condena el honor en sí, de hecho, lo afirma: “*Honra a quien honra merece*” dice Romanos 13:7, pero sí advierte del falso deseo de grandeza. Jesús lo dijo con claridad: “*El que quiera ser el primero, sea el servidor de todos*” (Marcos 9:35). El verdadero honor no se persigue, se encuentra en el camino de la obediencia.

El problema entonces no es que se honre al hombre fiel; el problema es que muchos anhelan el cargo, no para servir, sino para escapar de su vacío. Por eso, el honor es un campo minado. Puede exaltar, pero también destruir. Puede edificar, pero también corromper.

Cierro este capítulo con una exhortación: si Dios alguna vez te concede honra, tiembla. Y si te concede anonimato, dale gracias. Porque el alma que no sabe morir al aplauso no está lista para cargar la cruz.

Nota lo que Pablo dice: “*El que desea obispado, buena obra desea*” (1 Timoteo 3:1). Esta afirmación, tantas veces usada para justificar ambiciones clericales, ha sido distorsionada por quienes la leen desde la lógica del poder, no desde la cruz. Pablo no exalta la sed de mando ni la carrera eclesiástica; habla de algo más alto, más grave, más santo.

El verbo que utiliza, oregetai (ὀρέγεται), no es un simple querer: es un anhelo profundo, una aspiración orientada con dirección y propósito. No es impulso del ego, sino impulso del alma regenerada. Y el objeto de ese deseo no es un título ni un escalón jerárquico, sino una “*buena obra*”—kalou ergou (καλοῦ ἔργου)—una obra bella, digna, sacrificial. Esta “buena obra” es el Ph. D, del ministerio.

Contextualmente, Pablo escribe en un tiempo en que ser obispo no era ocupar un trono, sino abrazar un altar. No había privilegios, sino persecución. No había reverencias, sino cadenas. Por eso, quien lo deseaba con sinceridad, mostraba virtud, no vanidad. Este pasaje se alinea perfectamente con la idea tomista de que el honor, la gloria y el poder no son pecados, sino bienes espirituales externos que, cuando son subordinados a la caridad y al bien común, reflejan la vocación más alta del hombre: representar a Dios en la tierra.⁶¹

Antropológicamente, el deseo de reconocimiento justo no es una desviación del alma, sino su clamor por trascendencia. El anhelo de honor auténtico, el que ha estado presente en toda cultura que no ha colapsado en cinismo o barbarie. Reprimirlo o

⁶¹ Santo Tomás de Aquino. (2021). *Suma Teológica* (I-II, q.2, a.4)

caricaturizarlo, como hacen hoy ciertos discursos eclesiásticos o ideologías niveladoras, no es humildad: es amputar la estatura moral del hombre, Dios ama al hombre y lo honra cuando lo ve preciso y de entre esos que Dios ha honrado, nosotros debemos aprender a honrarlos también, pues *“todo don perfecto, y toda buena dadiva, procede del Padre”*. (Stg 1:17)

Para los griegos, por ejemplo, el honor no era una medalla banal, sino el rostro social de la *areté* (ἀρετή), la excelencia moral. Homero no escribe sobre guerreros sedientos de sangre, sino sobre hombres que quieren *merecer* su memoria. Aquiles escoge una muerte temprana pero gloriosa sobre una vida larga y anónima, porque entendía que vivir sin honra es prolongar una muerte interior ⁶²

Los romanos, más sobrios, no eran menos comprometidos, estructuraron toda su vida cívica sobre el *cursus honorum*, que era una escalera de méritos públicos que implicaba sacrificio, disciplina y virtud. Iniciabas como Cuestor: Un administrador financiero, el primer paso hacia el Senado, y seguías una serie de pasos hasta ser Cónsul, que era la cúspide del sistema republicano. Máxima autoridad ejecutiva. Ser reconocido no era una concesión, sino una prueba de que el alma estaba despierta al llamado del deber. En palabras de Cicerón: *“la honra es el premio de la virtud, y quien la desprecia, desprecia también la virtud”* ⁶³

Incluso en el pensamiento oriental, donde la humildad tiene una forma distinta, el honor no es abolido, sino refinado. En el confucianismo, el cargo público solo puede conferirse a quien ha cultivado su virtud interior. El *junzi* el “hombre noble” no se define por su linaje ni por su visibilidad, sino por su rectitud. Pero una vez que esta rectitud es visible, se le reconoce. *“Gobernar es rectificar”*, decía Confucio, *“si tú das el ejemplo, el pueblo se corregirá”* ⁶⁴

Despreciar el honor, por tanto, no es virtud, sino deformación. Porque el alma humana ha sido creada a imagen de un Dios que *“honra a los que le honran”* (1 Samuel 2:30), que se complace en coronar a los fieles con gloria imperecedera (2 Timoteo 4:8). Negar este diseño es rebelarse contra la arquitectura moral del universo. Es cortar los móviles que le dan sentido a lo que es ser hombre y ser hecho a imagen de un Dios

⁶² Homer, *The Iliad*, trad. Lattimore, 1951, p. 97

⁶³ *De Officiis*, I.20; Cicero, 1991, p. 37.

⁶⁴ *Analectas*, 12:17; Confucio, 2003, p. 145.

que nos creó en el deseo de gloria. “...Pero gloria, honor y paz para todos los que hacen el bien”. (Rom 2:10)

Jesús mismo no rechazó la gloria, sino que la redimió. No vino a buscarla de los hombres (Juan 5:41), pero pidió al Padre que le glorificara (*Juan 17:5*) con la gloria que tuvo antes que el mundo fuese. Es decir, el Hijo no despreció el honor, sino que lo subordinó a la obediencia. La cruz fue su trono, y el oprobio, su vestidura de majestad.

Por eso, la obsesión contemporánea por una “humildad” anónima, sin rostro, sin fruto y sin peso, no es humildad: es nihilismo espiritual. El alma que no quiere ser vista por Dios ni por los hombres no es humilde, es cobarde. Y la institución que llama a matar todo deseo de reconocimiento, no forma santos: fabrica sombras. Como dijo Pascal con brutal lucidez: “El hombre no es ni ángel ni bestia, y el infortunio quiere que quien quiere hacer el ángel, hace la bestia”⁶⁵ Negar el deseo de gloria justa, de honra bien ganada, es suprimir el impulso vertical del alma. Porque sólo el que aún quiere importar, aún no está muerto. ¿Deseas ser honrado? No pecas. Pues Dios honra a los que le honran (*1 Samuel 2:30*), y los testimonios de los honrados por Él están escritos a fuego en toda la Escritura. Dios honró a José en Egipto, levantándolo del calabozo al trono por su fidelidad; honró a Jacob, a pesar de su torpeza, por su perseverancia en la bendición; e Isaac fue engrandecido por el pacto, no por la ambición. La honra no es enemiga de la piedad, si viene de Dios y no del mercado de los hombres.

¿Deseas ser honrado para tener poder? Pecas. Porque el honor, cuando se convierte en pretexto para dominar, deja de ser honra y se transforma en usurpación. No buscas la gloria de Dios. “recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único” (Juan 5:41). Si no buscas la honra de Dios, no aspiras al bien del pueblo, pues la honra de Dios evidencia la aprobación de un buen carácter, y un buen carácter, hace el bien. Ese es el motor que lo impulsa todo, ¡Busca la honra de Dios!

El deseo de grandeza, cuando ha sido redimido por la verdad del evangelio, no es pecado, es justo, es deseable. El anhelo de honra no es, en sí mismo, una desviación moral, sino una pulsión natural del alma racional que, iluminada por la gracia, orienta su aspiración hacia el beneplácito divino y no hacia los aplausos vacíos del mundo. El hombre que no desea la honra que proviene de Dios no está liberado del ego; es un parásito espiritual inútil. No es humilde, es indiferente. Una paría sin un fin, un

⁶⁵Pascal, *Pensées*, 1995, p. 131.

mentecato en nuestra viña, el Señor le reprenda, y “despierte” porque duerme. No ha vencido la vanidad, ha perdido la dignidad.

Pablo escribe a Timoteo que “*en una casa grande hay vasos no sólo de oro y de plata, sino también de madera y de barro, y unos son para usos honrosos y otros para usos viles*” (2 Timoteo 2:20). Esta imagen doméstica, lejos de ser trivial, es una representación escatológica y ética: hay vasos que han sido santificados para honra, es decir, para fines nobles, visibles, útiles y dignificantes. El creyente que purifica su vida dice Pablo, será uno de ellos (2 Timoteo 2:21). ¿qué será? ¡Un vaso honroso! ¿de quién le viene esta honra? ¡De Dios! El llamado al honor es un motor precioso que debe pulsar en el corazón del hombre.

El mismo Cristo, paradigma de humildad, rechazó la gloria de los hombres: “*Yo no recibo gloria de los hombres*” (Juan 5:41), y cuando la multitud quiso hacerlo rey por la fuerza, Él se retiró al monte solo (Juan 6:15). Sin embargo, no rechazó la gloria que viene del Padre: “*Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*” (Juan 17:5). Es decir, Jesús discernía entre la gloria falsa, impuesta por manos impuras, y la gloria justa, otorgada por el Padre. No toda exaltación es de Dios, ni todo rechazo es humildad. Por eso conviene, como afirma el Salmo, reconocer cuando es Dios quien “*levanta del muladar al pobre, y hace sentar con los príncipes*” (Salmo 113:7–8), y cuando son las multitudes carnales las que intentan coronar a un nuevo Absalón, cuyo fin no será trono, sino horca (2 Samuel 15–18). Mira, pues, tu honra, y pregunta: ¿fue dada de lo alto?

Desde la filosofía clásica, esta tensión entre la búsqueda de gloria y el peligro de la adulación fue abordada con profundidad. Los estoicos distinguían entre *fama* (la opinión de la multitud) y *honor* (el reconocimiento de la virtud por parte de los sabios). Séneca advertía que “*quien vive según la opinión de otros, no vive nunca para sí*”⁶⁶, y Epícteto señalaba que el sabio debe desear “*ser bueno más que parecerlo*”⁶⁷ La honra verdadera es un fruto de la virtud, no de la manipulación del juicio ajeno. Por eso Marco Aurelio diría con desdén: “*La alabanza de otros no añade nada a lo que vales*” lo mismo que dice Tomás de Kempis y que tanto han leído los hombres a lo largo del tiempo. Sin embargo, el evangelio no nos llama a ser indiferentes a todo juicio, sino a buscar el juicio de Dios como el único válido. Pablo

⁶⁶ *Epistulae Morales*, 1.4; Séneca, 2000, p. 21

⁶⁷ *Enchiridion*, 33; Epícteto, 1994, p. 85

lo explica con nitidez: *“Pues no me importa ser juzgado por vosotros, ni por tribunal humano... el que me juzga es el Señor”* (1 Corintios 4:3–4). La honra deseada por el creyente no es la aprobación de los hombres, sino esa voz final que dirá: *“Bien, siervo bueno y fiel”* (Mateo 25:21). Quien busca esa aprobación no es orgulloso, sino hijo leal. Porque como bien enseña Hebreos, *“sin fe es imposible agradar a Dios”* (Hebreos 11:6), y agradarle implica vivir con la esperanza de que Él es galardonador de los que le buscan. El galardón: gloria, honra, aprobación, no es idolatría si proviene de Dios y no se convierte en ídolo.

Por ello, debemos erradicar no el deseo de honra, sino su perversión. Educar el alma no para que niegue su aspiración, sino para que la purifique. *“Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”* (Colosenses 3:1) y entre esas cosas, está la aprobación celestial, la honra incorruptible y el reconocimiento del Padre a los que han sido fieles en lo poco.

La mojigatería es un cáncer del alma. No es virtud, es basura infernal. Se disfraza de santidad, pero está podrida de miedo. Es la *apariencia de piedad* de la que Pablo advierte, esa que *“niega la eficacia de ella”* (2 Timoteo 3:5). Su lenguaje es pulcro, pero su corazón está lleno de temor a ser genuino, a ser visible, a ser usado por Dios fuera del molde eclesiástico que el pietismo moderno impone. Esta falsificación de la humildad ha castrado la aspiración legítima del alma regenerada: la de ser honrada por Dios.

En muchos círculos neo-evangélicos, no se permite hablar del deseo de honra si no es en el contexto de un púlpito o una misión. El *“honroso”* solo es el predicador. La predicación ha sido convertida en el único altar legítimo, y todo lo demás es mundano, secular, menor. Pero ¿es Dios solo Dios en el púlpito? ¿No es también el Señor del taller, del parlamento, del cuartel, del hogar? ¿No es *Señor de toda la tierra* (Salmo 97:5)?

La Escritura nos enseña que *“Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre”* (Hebreos 6:10). No dice *“vuestro sermón”*, sino *“vuestra obra”*. Y esta obra puede ser predicar, sí, pero también puede ser trabajar con excelencia, gobernar con justicia, criar con ternura, liderar con integridad. Porque Dios ha preparado *“buenas obras, para que anduviésemos en ellas”* (Efesios 2:10), y no restringió su santidad al perímetro del templo. Donde hay obediencia, hay altar.

Dios honra al buen trabajador que no roba ni miente. Honra al soldado que defiende con justicia. Honra al político que no se vende. Honra a la esposa que edifica su casa. Honra al hijo que cuida a sus padres. Porque Dios no es injusto, y el honor que Él otorga no es para lucirse, sino para perseverar. Como escribió Juan Calvino: “*Dios se complace en honrar a los que le sirven fielmente, no porque se lo debemos exigir, sino porque así manifiesta su benignidad*”⁶⁸

La falsa humildad mata el alma. La auténtica honra la santifica. Porque aquel que desea agradar al Padre, no para exaltarse, sino para ser contado entre sus vasos nobles (2 Timoteo 2:20–21), ese no es soberbio: ese es sabio. Ese ha entendido que, en el Reino, el honor no es lo contrario de la cruz, sino su consecuencia.

EL ANIMAL RESTAURADO

Para todo hombre que vive integrado en una sociedad, ya sea en la iglesia, la escuela, el trabajo o la familia; debe quedar clara una distinción esencial: no toda humildad es virtud. Hay una humildad verdadera, que nace del corazón recto y es elevada por Dios, y hay una falsa humildad, que es cobardía disfrazada de modestia. Las Escrituras nos muestran ambas, y la historia humana ha sabido distinguir las también.

Todo hombre, consciente o no, desea ser aprobado. No es un capricho, es parte de su diseño. Fuimos creados para vivir *coram Deo*, delante de Dios, y todo lo que hacemos, desde lo más grande hasta lo más simple, tiene sentido cuando se hace para su gloria. La Escritura lo expresa con claridad: “*Ya sea que comáis o bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios*” (1 Corintios 10:31). No hay tarea pequeña si está bajo la mirada del Padre.

La gloria de Dios no se limita al culto, al púlpito o al templo. Dios no es Dios sólo en la iglesia. Es Señor del taller, del hogar, del campo, del escritorio, del aula, del hospital. Por eso, la verdadera honra del hombre consiste en hacer bien lo que hace, sabiendo que hay unos ojos eternos contemplando su fidelidad, su esfuerzo y su intención. El fin último de todo creyente no es simplemente "haber vivido", sino haber vivido de tal forma que pueda oír aquellas palabras que resuenan como coronación: “*Bien, buen siervo y fiel... entra en el gozo de tu Señor*” (Mateo 25:21).

Esa es la gloria que vale: no la fama del mundo, sino la aprobación del Padre. No el aplauso circunstancial, sino la voz que dice: “*Este es mi hijo amado, en quien tengo*

⁶⁸ Calvino, *Comentario a Hebreos*, 6, 2006

complacencia” (Mateo 3:17). Ser encontrado fiel. Ser reconocido no por lo que el mundo premia, sino por lo que Dios ve. Eso es gloria verdadera.

Aquí es donde el protestantismo histórico (especialmente desde la Reforma) introdujo una revolución silenciosa pero decisiva. Frente a una visión medieval que dividía la vida entre lo "sagrado" y lo "secular", los reformadores afirmaron que todo lo que el creyente hace, si lo hace para Dios, es vocación santa. El campesino que ara la tierra con integridad, el artesano que fabrica sin engaño, el gobernante que sirve con justicia, todos ellos glorifican a Dios tanto como el predicador fiel. No hay oficio menor cuando se vive con dignidad ante Dios.

Max Weber lo describió con claridad: la ética protestante trajo al hombre moderno una visión de la vida como una esfera donde cada acción podía ser (y debía ser) expresión de obediencia a Dios. La vida se convirtió en altar. El trabajo, en liturgia. Y la honra divina, en el centro de la existencia.

Esta comprensión transforma. Ya no trabajamos solo para ganar, para ser vistos o para sobrevivir. Trabajamos para ser aprobados por el Padre. Vivimos no para impresionar a otros, sino para ser encontrados fieles ante Aquel que pesa los corazones. Es el fin del espectáculo y el inicio de la consistencia. El protestantismo, ha sido el legítimo movimiento de emancipación espiritual, pero también de integración social. Mientras los papistas sueñan con misas en idiomas muertos, el protestante levanta la pala y adora a Dios, teclea números en su computadora y adora a Dios, conduce un carro y adora a Dios. El protestantismo es Daniel en Babilonia, sabe que el lugar en el que vive es putrefacto, pero tres veces al Día ora viendo a la Jerusalén que desea. El protestante no ha temido ser hombre en un mundo putrefacto, ha sido hombre a pesar de estar muchas veces en el horno de fuego de Nabucodonosor.

Por eso, la fama puede mentir, pero la gloria de Dios no. La sociedad puede no ver, pero Dios sí. Y eso basta. Que el Padre diga “*bien hecho*”, eso es todo lo que importa. Vivir para esa voz, caminar hacia esa declaración, perseverar por esa honra. Esa es la verdadera libertad. Y esa es, al final, la única gloria que permanece.

Ahora, lo siguiente que debo decirte, es crucial para que entiendas en donde estará tu lucha final como hombre y que te ayudará a salir de la debacle de ser un animal enfermo, a uno que inicia su restauración: Nuestra conciencia es un santuario. Un terreno sagrado donde se delibera cada acto, cada intención, cada juicio de valor. Pero

hoy ese santuario ha sido invadido. No por herejes abiertos, sino por mojigatos con cara de virtud, por beatos domesticados que se disfrazan de santos mientras adoran a su verdadero dios: la opinión pública. No buscan la honra de Dios, sino la reputación que se compra con frases hechas y sumisión cultural. Son los que, como Sor Murcia, reclaman a los demás: “*¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? ¿Porque no se lavan las manos cuando comen!*” (Mateo 15:2).

Es decir, no les importa el corazón, les importa el protocolo. Y son tan hipócritas que te lo dicen mientras tuercen los ojos al cielo como en una suerte de contemplación, para que pienses que sus palabras zalameras vienen inspiradas por una suerte de infusión espiritual superior. Son rastreros, inútiles, que beben en secreto, pero oran en público y condenan la bebida. Fariseos, que aprendieron a huir de la ira venidera, no solo trastocando su conciencia, sino haciendo de su vida un trastocar la conciencia de los demás. A estos llama la Biblia “*Débiles*”, pero ellos en vez de avergonzarse de tener 30 años en la iglesia y ser parásitos, subliman la palabra “*débiles*” como virtud y la venden desde los pulpitos

Esta cobardía doctrinal que confunde paciencia con sumisión justifica la debilidad patológica como si fuera un tipo especial de madurez escondida. Basta de canonizar al creyente inmaduro crónico que lleva 30 años vegetando en la iglesia y ahora quiere que todos retrocedamos para que él no se sienta incómodo. A esos no se les llama “*débiles en la fe*”, se les llama lo que son: piedras de tropiezo, sabotadores del crecimiento eclesial, arquitectos de sus propias jaulas morales. Ciegos.

Porque una cosa es un creyente recién nacido que tropieza mientras aprende a caminar. Y otra muy distinta es el adulto de barba blanca que, por necesidad, orgullo o pereza, nunca quiso educar su conciencia y ahora exige que todos andemos en puntillas para no herir su fragilidad autoimpuesta. No confundamos debilidad con terquedad. La Escritura no lo hace.

Vamos por partes:

La Biblia es clara: “*Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos*” (Romanos 15:1). Soportar no es ceder. Soportar no es rendirse. Soportar es cargar sin permitir que el débil tome el timón. El débil no lidera. El débil no define el paso del rebaño. El débil es llevado. Con amor, sí. Con paciencia, sí. Pero no con sumisión intelectual ni teológica. No con

miedo a que se ofenda. No con reverencia a su inmadurez. El débil es la carga que se pone encima del lomo del burro, el fuerte es el burro, que debe llevar a este por amor.

Hay hermanos que no entienden ciertas libertades. Vienen de contextos religiosos duros. Les enseñaron que Dios se ofende por una copa de vino o por usar jeans en el púlpito. A estos los amamos. Porque su proceso es genuino. No nos burlamos de ellos, no los atropellamos. *“Si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor”* (Romanos 14:15). Pero atención: el amor aquí es pedagógico, no servil. El objetivo es que el hermano crezca, no que todos retrocedamos para siempre ni que él se quede siempre creyendo que la mezclilla hace encender la ira divina. La paciencia es PARA TRANSFORMAR, no para que toda la iglesia haga un becerro a su debilidad. Es decir, debemos soportar, no SUBLIMAR.

Aquí está el verdadero cáncer. Los lobos con sotana evangélica. Los que se disfrazan de “débiles” para convertir su debilidad en norma universal. Los que espían la libertad de los demás para después tratar de secuestrarla. Pablo los desenmascara sin anestesia: *“Falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad... a los cuales ni por un momento cedimos”* (Gálatas 2:4-5). Es decir: ni un centímetro. Ni una reunión. Ni un devocional. Ni una decisión. A estos no se les tolera: se les enfrenta. Su religiosidad no es sensibilidad, es manipulación. Son amantes de las cadenas, y les molesta ver a un hombre libre.

¿Te das cuenta cómo se repite el patrón? Toda discusión de los débiles disfrazados de piadosos gira en torno a lo superficial: la ropa, la bebida, el maquillaje, la música, los horarios. *“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”* (Romanos 14:17). ¿Qué parte de eso no entienden? Que se metan su pietismo miserable donde no brille el sol. El Reino no tiene tiempo para jugar con sus obsesiones legalistas.

Esto no lo escribió Nietzsche. Lo escribió Pablo: *“¿Por qué se ha de juzgar mi libertad por la conciencia de otro? Y si yo con agradecimiento participo, ¿por qué he de ser censurado por aquello de que doy gracias?”* (1 Corintios 10:29–30). Es decir: tu inseguridad no es mi regla. Tu fragilidad no es mi techo. Si hago algo con fe, con entendimiento y con gratitud, no tengo por qué someterme a tu complejo espiritual. El cristiano no fue llamado a caminar con el terror de qué pensará el más torcido del grupo como sor Murcia. Dios no me juzgará por tu estómago débil, sino por mi fidelidad y mi conciencia limpia.

Así que, si: querido varón que estás leyendo esto, mira “*Con cuan grandes letras te lo escribo*” si dejas que estos pseudo-místicos te moldeen la conciencia, TE DESTRUIRÁN. La mayoría de los que hoy se llaman “débiles en la fe” no lo son. Son viejos fariseos que han convertido su flojera intelectual y su moralina enferma en el nuevo canon del Espíritu Santo. Son hombres inmaduros con 30 años en la iglesia que aún no saben pensar por sí mismos ni vivir sin reglas humanas. Pablo no les llamaría “*hermanos sensibles*”. Pablo los llamaría perras farisaicas. Y a las perras no se les da el púlpito. Se les disciplina o se les ignora. Pero no se les da el liderazgo de la conciencia colectiva.

Y ojo, que, con esto, estoy reconociendo lo obvio: por supuesto, existen los débiles genuinos. Y a esos los cuidamos. Los toleramos. Caminamos con ellos. Porque van creciendo. Y mientras crecen, tienen valor. Cristo murió por ellos. Y quien no los ama, peca. Pero a esos se les tolera *porque están en proceso de crecimiento*, no porque pretendan mantenernos a todos como niños eternos.

¿Cómo discernir entre uno y otro? Simple: el que quiere crecer es débil. El que quiere dominar es fariseo. El que hace preguntas, es débil. El que impone respuestas desde su caverna mental, es un falso hermano. Y a esos hay que resistirlos como se resiste al cáncer. Los débiles, son niños que han llegado a la fe, están en el proceso de aprender y conocer. Los otros, son perros rabiosos farisaicos que, teniendo una vida en la iglesia, quieren que sepas que por cuanto él no baila, tú tampoco debes hacerlo, porque “*le eres de tropiezo*”, a estos remedos de fariseos, exhíbelos en público como Cristo hizo con los mercaderes o Pablo lo hizo con Pedro en Antioquía, pues vergüenza es lo que deberían de tener por pretender que otros soporten el hedor de su pañal putrefacto.

He sido pastor. He tenido que aguantar a estos *vigilantes del infierno*. Gente que no ha crecido nada en décadas, pero que quiere imponer su ruina espiritual como modelo a seguir. Son inmaduros, pero peligrosos. Frágiles, pero autoritarios. Si tú no pones un alto, arrastrarán a toda la iglesia con ellos. Porque lo que no pueden construir, quieren destruir. Lo que no entienden, lo prohíben.

Así que si a alguno le ofende esta verdad, que se ofenda. Si le da urticaria, que se rasque. Prefiero tener fariseos ofendidos que una iglesia esclavizada por sus cadenas disfrazadas de santidad. Porque Cristo vino a libertar cautivos, no a apacentar necios.

A estos hay que llamarles lo que son: sepulcros blanqueados. Fabricantes de culpas ajenas y guardianes de una santidad artificial que no transforma a nadie, que no redime a nadie, que no construye una sociedad, que no forma hombres, que no educa la conciencia ni eleva el alma. Son los campeones del *“no toques, no gustes, no palpés”* (Colosenses 2:21), como si la vida cristiana fuera un catálogo de prohibiciones y no una consagración gloriosa a la voluntad de un Dios vivo. Esa moralina rancia, ese pietismo narcisista que se aplaude a sí mismo, ha parido generaciones de cristianos temerosos de vivir, inútiles para reinar y ciegos para ver la belleza del Reino.

Con voz de mil truenos lo advierto: si dejas que tu conciencia sea educada por estos residuos de religión, terminarás como un monje raquíto, muerto de culpa, envuelto en harapos de ascetismo, sin fuerza para amar ni autoridad para actuar. No hay honra en esconder la luz. *“¿Acaso se enciende una luz y se pone debajo de un almud?”* (Mateo 5:15). No, se pone en alto, para que alumbre a todos. Porque el hombre que vive ante Dios no se oculta: brilla.

La conciencia no es una jaula. Es un espejo que debe ser limpiado con verdad, con sabiduría, con sobriedad. No puede ser educada por supersticiones disfrazadas de prudencia. Necesita higiene intelectual: pensamiento profundo, madurez doctrinal, amplitud de visión. Pero más que eso, necesita grandeza. Porque servimos al Altísimo. No a un dios de sacristía, no a un moralista cósmico, no a un ídolo de papel: servimos al Rey de gloria. Y el contexto en el que vivimos es guerra, no convento. Batalla, no ceremonia. La conciencia debe ser afilada como espada, no embalsamada como reliquia.

La verdadera piedad no se mide en lo que evitas, sino en lo que construyes. No en lo que callas, sino en lo que proclamas. La gloria de Dios no se manifiesta en hombres que se esconden, sino en siervos fieles que viven con la frente en alto, que trabajan, que piensan, que gobiernan, que aman con poder, porque saben que el Padre los ve, los sostiene y —si son fieles— los honra.

-Sé hombre. Sé un buen hombre. Sé el mejor hombre.

AGRADECIMIENTOS

Inicié este libro cuando me había alejado del cristianismo, y lo concluyo para la gloria del Señor, dentro de sus caminos. En medio de todo el caos que fue insertarme en aquel pueblo que había vilipendiado, encontré una familia que me abrazó, amigos que me apoyaron, y una comunidad que se creó en torno al trabajo apologético que inicié en redes sociales.

Con mucho cariño y agradecimiento quiero dedicar este libro con todo mi corazón a mi hermano Jorge Shailer, quien apostó una y otra vez por mí y que juntos formamos la “*Alianza Evangélica*”, que a tantos ha ayudado hasta el día de hoy. A mis hermanos de ENDK, con quienes he fraguado una amistad a la distancia que valoro tanto como si los tuviera presentes. A todos y cada uno de ellos que forman parte de mis sentimientos y oraciones, muchas gracias.

Un agradecimiento especial a mi esposa, mi compañera de batallas, sin ella, este libro y mucho de lo que hago sería imposible.

Y para terminar, quiero decir con Pablo en Rom. 11.36:

“Porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria para siempre. Amén.”

